MONTY JAY

¿QUÉ ES EL AMOR
SIN OBSESIÓN?

LA SANGRE

que anhelamos

PARTE I



SIREN BOOKS

MONTY JAY



HOLLOW BOYS 3

Traducción de
Ana María Rubio Jiménez

SIREN BOOKS

Primera edición: junio 2026
© *The Blood We Crave: Part One* by Monty Jay, 2022
This edition is published by arrangement with THE SEYMOUR AGENCY
© de la traducción: Ana María Rubio Jiménez, 2026
© de la corrección: Gonnhe
© diseño de cubierta: Opulent Designs
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2026
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/

ISBN: 979-13-87864-34-7
Depósito legal: M-10202-2026
THEMA: FRV
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aviso de contenido:

Violencia gráfica, sexo explícito, agresión sexual, asesinatos en serie, crueldad animal, trata de personas, abuso a menores, menciones de suicidio y pensamientos suicidas, secuestro, tráfico sexual, tortura, sangre y gore.

A todas aquellas personas que, al igual que yo, vieron La reina de los condenados *y desarrollaron un fetiche por la sangre. Y a las amistades que nunca se apartaron de mi lado pese a las dificultades que surgieron a lo largo de este libro, que no fueron precisamente pocas. Os debo mucho.*

«Estamos unidos por la sangre, y la sangre es memoria sin lenguaje».

—Joyce Carol Oates

Prólogo

Hace trece años...

—Scarlett, despierta.

La bruma del sueño que me envolvía amenazaba con dispersarse, pero traté de aferrarme a ella, pese a que la voz de mi madre me pedía justo lo contrario. Me acurruqué aún más entre sus mantas e inhalé el aroma a café y a su gel de baño, dejando que esa mezcla tan reconfortante de fragancias me arrastrara de nuevo a los brazos de Morfeo.

Estaba soñando con un país hecho por completo de caramelo. Era una auténtica obra maestra digna de Willy Wonka: praderas de regaliz, taburetes de gominola, casas construidas con tablones de chocolate y senderos pavimentados con azúcar endurecido. El estómago se me retorció de hambre al acordarme de ello y un antojo que me resultaba bastante familiar se apoderó de mí.

Quería volver a mi sueño y devorar tantos dulces como quisiera sin tener que escuchar las constantes advertencias de mi madre. Sabía que llevaba razón, siempre la tenía, y que todo ese azúcar haría que se me picasen los dientes algún día. Sin embargo, me era imposible dejarlo, y más con la devoción que sentía por los dulces.

Aún a día de hoy me cuesta sacarme de la cabeza las cosas que me apasionan.

—¡Scarlett Lyra Abbott!

Al sentir el roce de sus gélidos dedos en el brazo, un escalofrío me caló hasta los huesos. Pero no fue su tacto lo que me puso la piel de gallina, sino su tono de voz. Nunca me llamaba por mi nombre completo; al menos no de esa forma tan insistente, como si estuviera aterrada.

Abrí los ojos, con un nudo en el estómago que me decía que algo iba mal. Aquella no era la voz que empleaba para despertarme

cuando no me apetecía salir de la cama para ir a clase ni la que le salía cuando me negaba a peinarme los rizos enmarañados y necesitaba un poco de disciplina. Era una voz completamente distinta.

Me froté la cara para intentar espabilarme mientras me incorporaba con un sonoro bostezo. El sol aún no había salido; los rayos blanquecinos de la luz de la luna atravesaban la ventana de la habitación como si fueran lanzas. Era demasiado temprano, incluso para mi madre, a pesar de que a veces la oía moverse por la casa justo antes del amanecer para dar de comer a Rosca y a Moca, las dos pitones de un refugio de animales que le habían llevado al laboratorio.

Estaban tan desnutridas y maltratadas que no pudo someterlas a ningún estudio, de modo que decidió traérselas a casa. A mí, por desgracia, no me permitía jugar con ellas, pero a veces, cuando no miraba, pasaba los dedos por las escamas de Rosca y le acariciaba la parte superior de la cabeza. Era mucho más dócil que Moca, que trató de atacarme la primera y única vez que metí el dedo en su terrario.

—¿Qué pasa, mamá? —susurré con la voz todavía adormilada, incapaz de desprenderme del sueño.

—Creo que hay…

Entonces escuché un crujido.

Las palabras que fuese a decir se perdieron en la nada al sentir unas pisadas sobre las tablas del suelo del pasillo. La casa victoriana en la que llevaba viviendo prácticamente desde que nací se había erigido con la fundación del pueblo, y mi madre solo había reformado lo imprescindible porque abogaba por preservar la historia del edificio. Yo, en cambio, odiaba que el suelo crujiera con cualquier brisa y que el agua tardase siglos en calentarse.

Fruncí el ceño y dirigí la mirada hacia la puerta de su dormitorio.

—¿Mamá?

El miedo que desprendía mi propia voz me asustaba, aunque no tanto como el de mi madre. Me agarró de los brazos y me sacó de la cama con urgencia. Creía que me llevaría con ella a comprobar qué estaba sucediendo al otro lado de la puerta, pero, en vez de eso, me

arrastró hacia el armario.

—Scar, quiero que te escondas, ¿vale? —Sus ojos verdes reflejaban el mismo nerviosismo que los míos, por más que tratase de mantener la calma—. Quédate dentro del armario y no salgas hasta que yo venga a por ti, ¿entendido? Voy a asegurarme de que todo va bien. Lo más probable es que no sea nada más que un animal perdido que se nos ha colado en casa.

Sentí la tela de su ropa rozándome la espalda conforme me empujaba hacia el espacio oscuro del interior del armario. Los ojos me ardieron por las lágrimas contenidas y me di la vuelta para encarar a mi madre con la vista nublada.

—Pero, mamá, ¿qué pasa con…?

—Todo irá bien, Scarlett. Te lo prometo. Tú solo quédate aquí. Volveré enseguida.

No sabría cómo explicarlo, pero tenía la certeza de que me estaba mintiendo. Aunque ella pensara que se tratase de un mapache o de una zarigüeya que había entrado por la puerta para perros, yo sabía que algo iba mal. Me dijera lo que me dijese para tranquilizarme, no podía quitarme de encima la sensación de que no regresaría a por mí.

Un dolor sordo y persistente me atenazó el corazón, como si alguien me lo estuviera machacando incesantemente con un mazo pesado. Ella era la única persona que tenía en el mundo, siempre nos habíamos enfrentado a todo juntas. Ese pensamiento me impulsó a aferrarme a su mano para que no se marchara, consciente de que, si la soltaba, no volvería. Las lágrimas me resbalaron por las mejillas y saboreé la sal en los labios.

—Mamá, no… —musité con la voz ronca, asustada y sin saber cómo describirle lo que estaba sintiendo—. Tengo miedo. No… —Las palabras se me atascaron en la garganta—. No me dejes.

La mirada se le suavizó y me acunó el rostro entre sus manos frías con ternura. Me incliné hacia su tacto en busca de esa sensación reconfortante que me transmitía el simple hecho de estar junto a ella, de ese consuelo que toda niña necesita de su madre.

—No tengas miedo, Scar. Todo irá bien —murmuró, agachándose para depositarme un beso en la frente—. Te quiero, tesoro.

No me dio tiempo a suplicarle que se quedara ni a intentar explicarle lo que de verdad me daba miedo. Se retiró del armario y cerró la puerta hasta dejarme solo una diminuta rendija para que pudiera observar lo que ocurría en el exterior a través de ella.

Me llevé una mano al pecho y me froté el esternón, tratando de aliviar el dolor que me atenazaba la zona, pero no sirvió de nada. Entonces alcé los bracitos para palpar la tela de su ropa y tiré con desesperación de uno de sus jerséis hasta descolgarlo de la percha.

Me envolví en el tejido suave y mullido como si fuera una manta e intenté calmarme. Me presioné una de las mangas contra la nariz y procedí a inhalar profundamente aquel aroma familiar, dispuesta a aferrarme a cualquier cosa con tal de distraerme de la sensación que me oprimía por dentro.

A través de la rendija, vi cómo cubría su figura alta con una bata y se ataba el cinturón con firmeza antes de aproximarse a la puerta. La luna se reflejaba en el oscuro suelo de madera, siguiéndola como un foco. Contuve el aliento y me preparé para verla desaparecer por el pasillo, pero ni siquiera le dio tiempo a agarrar el pomo.

La puerta se abrió despacio, como si una ligera ráfaga de viento la hubiera empujado.

Pero no había sido el viento, ni tampoco un animal nocturno que se nos hubiera metido en casa. No, el ser que estaba haciendo crujir las tablas del suelo era humano. Una presencia alta y dominante que ocupaba todo el espacio bajo el umbral de la puerta.

La luz de la luna iluminaba el rostro del intruso y le reverberaba en la mandíbula como si estuviera hecha de piedra. Quizá se debiera a mi escasa estatura, pero habría jurado que tuvo que agacharse para adentrarse en el dormitorio.

La sensación que me atenazaba el pecho no había sido una mera sensación: había sido él. Había percibido su presencia en lo más profundo de mi ser, recorriendo la estancia, colándose en el armario conmigo. De su cuerpo manaba una bruma sombría y amenazante que se derramaba por el suelo y anegaba la habitación de miedo.

A pesar de que aún me quedaban unos meses para cumplir los ocho, era una niña observadora, de modo que sabía que aquel hombre no tramaba nada bueno. De hecho, la palabra «bueno» me

amargaba el paladar al contemplarlo a través de la rendija, como si no soportara aparecer en la misma oración que él.

No había ni un solo resquicio de bondad en aquella persona.

—¿Qu-qué…? —La voz de mi madre, que normalmente desprendía fortaleza y autoridad, sonaba apagada.

El hombre alzó una de sus cejas oscuras y la miró con el rostro impasible. Nunca había visto a nadie con una expresión tan vacía. Irradiaba una indiferencia absoluta mientras observaba a mi madre, como si se la hubiera encontrado en el supermercado y no estuviese en una casa ajena en mitad de la madrugada.

—¿Que qué estoy haciendo aquí? —completó él por ella—. Me pareció que era hora de presentarme ante la pequeña Scarlett, ya que vamos tan en serio. Al fin y al cabo, has averiguado mi secreto, ¿no, Phoebe?

Un torbellino de preguntas me sacudió la mente hasta marearme. No conocía de nada a aquel hombre, ni siquiera me sonaba su cara. Tal vez se debiera a que mi madre me educaba en casa y que, por lo tanto, pasaba mucho tiempo metida ahí dentro, pero también salía al pueblo con ella y, aun así, nunca lo había visto. Sin embargo, él sabía mi nombre… y sabía quién era mi madre.

—Scarlett no está aquí, y tú tampoco deberías, Henry. No tengo ni idea de lo que estás hablando. ¿Tu secreto? —respondió con voz firme mientras daba un paso atrás para alejarse de él—. Ya te lo dije el otro día: esto se ha acabado. Somos demasiado diferentes. Tu familia tiene sus expectativas, y no pienso formar parte de ellas.

¿Quién era ese hombre? ¿Por qué no me había mencionado nada acerca de él? ¿Trabajaban juntos? ¿Eran amigos? Creía que me había hablado de todos sus conocidos. Pensaba que no había nada que no supiera sobre mi madre, pero todo apuntaba a que me había ocultado algo…

Al oírlo chasquear la lengua, un escalofrío me recorrió la espalda. La piel de los brazos se me puso de gallina y me aferré aún más al olor del jersey con el que me había envuelto el cuerpo.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando nos conocimos, Phoebe? —inquirió él, acercándose más a ella, invadiendo su espacio como si tuviera derecho a estar allí—. Que odiaba a las mentirosas. Y tú me

prometiste, con esos ojos grandes y verdes, que lo último que harías sería mentirme.

—No soy…

—Sabes que tengo amigos. Mi familia tiene amigos. Así que, si te diera por entrar en alguna comisaría y presentar una denuncia contra mí o afirmar haberme visto haciendo algo, me enteraría. Pero tú no harías eso, ¿verdad, Phoebs?

El modo en el que inclinó la cabeza hizo que mi madre se estremeciera, como si fuera consciente de que aquel hombre podía descifrar hasta el más mínimo de sus movimientos.

—No lo…

—No habrás hecho tal cosa, ¿no? ¿O lo has hecho y luego me has mentido a la cara?

Mi madre estaba de espaldas, así que no podía verle la expresión, pero sí percibí la forma en la que se le tensaron los hombros al tiempo que seguía alejándose de él.

—¿Qué esperabas que hiciera, Henry? Después de lo que vi, ¿qué esperabas? —susurró mientras él avanzaba sigiloso, de la misma manera en la que Rosca y Moca acostumbraban a acorralar a sus ratones vivos: como si fuera a atacar en cualquier momento. Con cada paso que daba, el corazón se me encogía un poco más—. Podemos conseguirte ayuda, ¿vale? Si te entregas, buscaremos el modo de ayudarte.

La ignoró por completo, como si aquellas palabras murmuradas le hubieran entrado por un oído y salido por el otro. Una calma inquebrantable dominaba sus gestos. No necesitaba gritar ni discutir, le bastaba con la seguridad de su voz.

—Confiaba en ti, Phoebe. Me convertí en un hombre mejor por ti. Me aseguraste que no había nada lo suficientemente siniestro como para que no pudieras lidiar con ello y, cuando más te necesito, ¿vas y huyes de mí?

Acto seguido, la agarró con una de sus descomunales manos, sin concederle la oportunidad de apartarse, y tiró de ella. Oí a mi madre jadear cuando impactó con dureza entre sus brazos. La brutalidad con la que la sujetaba le imposibilitaba escapar. Estaba atrapada, y yo…

Yo me quedé paralizada. El miedo me impedía hacer otra cosa que no fuese mirar.

—Confiaba en ti, Phoebe. Y ahora no me dejas otra opción. —Le llevó la otra mano al rostro y le recorrió la mejilla con un nudillo. Encajaban de una forma extraña, como si no fuera la primera vez que se abrazaban de esa forma. Sus caricias estaban cargadas de tanta delicadeza y serenidad que deberían haberme transmitido cierta ternura; sin embargo, solo me parecieron repugnantes y forzadas—. Te lo has ganado tú sola, has destrozado lo que teníamos. Quiero que sepas que yo no quería hacer esto… Has sido tú quien me ha obligado, cariño.

Mi madre forcejeó con él para tratar de zafarse de su agarre, pero incluso yo desde el armario podía ver con claridad que la superaba en fuerza y tamaño. Aun así, no se detuvo: pese a lo frágil e indefensa que parecía entre sus brazos, la mujer que me trajo a este mundo era de todo menos débil.

—No, Henry —dijo con la voz temblorosa, aunque se las apañó para mantener la cabeza alta—. No tienes por qué hacer esto. Vete y olvidaremos lo que ha pasado.

Vi el rostro del hombre con nitidez y cómo frunció el ceño en forma de V.

—¿Cómo voy a olvidarlo? ¿Cómo voy a olvidar lo que compartimos, Phoebe? ¿Cómo voy a olvidar lo que fuimos? Me dijiste que te consumía, ¿lo recuerdas? ¿O vas a mentirme también y fingir que no fue así? Dijiste que todo mi ser envolvía el tuyo y te hacía sentir… segura. ¿Todavía te sientes segura conmigo, mi amor?

Intentaba transmitir la tristeza de un hombre destrozado, con el corazón roto, pero su cuerpo, su tono de voz y sus ojos no expresaban nada, ni siquiera el más mínimo indicio de algo que fuese más allá de una emoción superficial. No parecía una persona, sino un vacío profundo, oscuro y amenazador que estaba engullendo a mi madre.

Se inclinó hacia delante y le susurró al oído algo que no alcancé a escuchar. Cuando ella se arqueó contra su cuerpo por voluntad propia, el hombre esbozó una sonrisa de un blanco casi cegador; una sonrisa llena de intenciones siniestras.

Entonces mi madre le asestó un rodillazo en el estómago que lo sorprendió lo suficiente para desprenderse de su agarre. Un grito silencioso de ánimo brotó en mi interior al verla dirigirse hacia la puerta de la habitación, tratando de escapar de él.

Por un momento, creí que lo conseguiría, que mi intuición me había fallado, que no le pasaría nada y que todo saldría bien si lograba alejarse lo bastante como para pedir ayuda o hacerse con algún tipo de arma.

Pero la vida no es como los cuentos que solía leer o las historias que mi madre me contaba antes de dormir. No había ningún «felices para siempre» al final de aquel «érase una vez», sino una historia completamente diferente, envuelta en oscuridad y melancolía: una donde el príncipe apuesto resultaba ser el brujo malvado y la damisela en apuros acababa convirtiéndose en la presa.

La víctima.

No había rana capaz de enmendar aquella situación, ni siquiera con el más dulce de los besos, al igual que tampoco había ningún hada madrina que la salvara. Mi futuro se estaba reescribiendo ante mis ojos, daba comienzo una nueva historia que me dejaría cicatrices permanentes en el alma y una mancha imposible de borrar en la memoria.

Podía sentir la pluma deslizándose sobre el papel de mi vida, tachando todo lo que había conocido y transformándome en una persona muy distinta, alguien a quien no reconocía.

Henry, como mi madre lo había llamado, se recuperó a una velocidad sorprendente y se giró hacia ella, mostrando por primera vez una emoción auténtica: la ira.

Se hizo patente en su rostro y en sus movimientos cargados de tensión. La agarró del pelo, enredando los dedos en los suaves mechones oscuros de su melena, y tiró de ella hasta dejarla en el lugar donde estaba antes, solo que esa vez no la sostuvo de pie, sino que la arrojó al suelo.

Cuando percibí el crujido de los huesos al chocar contra la madera, los dientes me palpitaron de dolor y un regusto metálico me inundó el paladar. Sin darme cuenta, me había estado mordiendo la lengua.

Me tragué la sangre, la usé para saciarme la sed y permanecer en

silencio. Había tanta que su amargor se tornó dulce, como un caramelo.

En ese momento, mi madre estaba de cara hacia mí…; bueno, más bien hacia la puerta del armario. Era la única que sabía que estaba allí, escondida dentro sin hacer ruido. Se arrastró hasta quedar de rodillas y miró fijamente la rendija, cruzándose con mis ojos sin ser consciente de ello.

Nunca la había visto así de asustada y abatida.

Siempre había sido el ejemplo perfecto de una madre soltera y fuerte. Una bióloga premiada que trabajaba a tiempo completo y que nunca permitía que el hecho de ser mujer se interpusiera en su camino al éxito. Se exigía muchísimo, y a veces también a mí, pero sabía encontrar el equilibrio. Era cariñosa, comprensiva, maternal y, además, me impulsaba a dar lo mejor de mí.

¿Cómo iba a saber cuál era la mejor versión de mí misma sin ella?

Un sollozo amenazó con brotar de mi garganta ante aquel pensamiento, pero lo reprimí como pude, tapándome la boca con las manitas mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas sin intención alguna de parar. Ella permaneció allí delante, mirándome, y entonces movió los labios para articular unas palabras en silencio.

—Te quiero, Scar. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Lo repitió una y otra vez, como si fuera una promesa para tranquilizarme, como si esperase que, al decirlo las suficientes veces, el recuerdo de su amor me marcara de forma indeleble y nunca me faltara, aunque ya no estuviese a mi lado.

Sabía que no podía verme ni oírme y, aun así, extendí la mano hacia ella. Deseé ser más grande, más fuerte, poder tragarme el miedo y protegerla, pero fui incapaz de moverme. No pude…

—Siempre me ha gustado ese coraje tuyo, Phoebe —gruñó Henry.

El sonido hueco de sus zapatos retumbando contra el suelo hizo que me estremeciera. Con la vista borrosa, capté el destello de algo brillante a la luz de la luna, pero, cuando logré identificarlo, ya era demasiado tarde.

El hombre volvió a agarrarla del pelo con una mano gigantesca. Sin embargo, esa vez, no la lanzó al suelo. La levantó y la arrastró hacia su enorme pecho, y mi madre impactó contra él con fuerza.

Me apresuré a taparme los oídos cuando ella empezó a gritar, pero el eco agudo de su miedo se coló entre los huecos de mis diminutos dedos. Me resonó en la cabeza, me recorrió las venas y se me grabó en el alma de tal forma que supe que, a partir de ese instante, cada vez que me quedase a solas con mi mente, solo oiría los gritos de mi madre, su temor y su lamento.

No me había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados, quizá porque la oscuridad me resultaba más reconfortante que lo que estaba ocurriendo al otro lado de la puerta. Lo desconocido era más seguro.

Una parte de mí, la que aún se esforzaba por mantenerme con vida, sabía que no soportaría ver lo que estaba a punto de hacerle a mi madre. Ya estaba perdiendo demasiado de mí misma y, si hubiera visto la agonía que se le reflejaba en el rostro, me habría quebrado por completo. No habría sido capaz de salir nunca de aquel armario.

Me presioné las manos contra los oídos con tal intensidad que notaba los latidos del corazón en la cabeza, pero, aun así, seguía oyéndola, y también podía oírlo a él: sus jadeos entrecortados, el sonido de su cuerpo forcejeando con el de ella. Por más que intentara evadirme, era prisionera de la tortura que aquel hombre estaba infligiéndole a mi madre.

Sin saberlo, me había concedido un asiento en primera fila para presenciar el final de su vida.

Con cada grito, algo dentro de mí se rompía. Antes era un vaso frágil de cristal guardado en una estantería, intacto e impecable; en aquel instante, la balda bajo mis pies amenazaba con ceder y cada chillido agudo me abría una nueva grieta. Era tan solo cuestión de segundos que me convirtiera en simples fragmentos de cristal desparramados por el suelo.

Debieron de transcurrir horas, o tal vez solo unos minutos interminables. Lo único que sé es que, para cuando el sudor me había empezado a empapar el pijama, por fin había conseguido dejar de oírlos. El corazón me martilleaba con tanta fuerza que los latidos retumbaban por encima de los gritos.

Aflojé la presión que estaba ejerciendo con las manos y noté cómo me rugían los tímpanos, atentos al más mínimo sonido. Me

estremecí, con los oídos doloridos, preparada para encogerme ante otro chillido. Pero no percibí nada.

Los gritos habían cesado y su intensidad se había desvanecido por completo. No se oía ni un gemido ahogado, ni siquiera un gruñido. Habían parado, como si nunca hubieran existido.

Un silencio desconocido hasta ese momento para mí flotaba en el aire. Era tan denso que podía sentir su peso oprimiéndome el pecho, los hombros y todo el torso. Era el tipo de silencio que se adhiere a las lápidas y se respira con la niebla temprana de una mañana cálida.

No se parecía en nada al silencio que reinaba en el bosque junto a mi casa ni al silencio en el que yo me sumía cada vez que les daba de comer a las serpientes. No, esos estaban repletos de paz. Bajo el dosel de pinos verde esmeralda solo sentía una calma inquebrantable. En el bosque imperaba un silencio poblado de murmullos que la mayoría jamás captaba, al menos no de manera consciente.

Es comprensible: pasan desapercibidos hasta que colocas la oreja cerca de la tierra húmeda y dedicas un segundo a escucharlos de verdad. Las risas de las agujas de los pinos cuando el viento les susurra secretos. Los grillos y las ranas respondiéndose entre sí. Las ramas quebrándose, los pájaros alzando la voz. Incluso los troncos de los árboles dan la impresión de latir con sus propias pulsaciones.

Sin embargo, aquel no era el silencio del bosque; era uno absoluto. Todos los sonidos se habían extinguido, como si un agujero negro se los hubiera tragado.

Era el silencio que acompañaba a la muerte.

No podía respirar. El calor sofocante que me consumía en aquel armario se asemejaba a un infierno. La garganta se me contrajo y busqué desesperadamente un soplo de aire, cualquier alivio.

«Por favor, por favor, por favor, que vuelvan los gritos», rogaba en mi mente, a quien fuera que pudiese escucharme. Yo misma había implorado que cesaran, pero no me refería a que lo hicieran de aquella forma.

Nunca habría pedido algo así. «Ten cuidado con lo que deseas», se suele decir. ¿Acaso era el universo dándome una lección,

mostrándome por las malas que los deseos tenían consecuencias?

«Por favor, que alguien, quien sea, traiga los gritos de vuelta». Ansiaba suplicarlo a pleno pulmón, lanzar aquella plegaria al mundo. Quizá, si alzaba la voz lo suficiente, haría temblar a quienesquiera que gobernasen sobre el universo y me concederían aquel favor.

Pero, cuanto más pensaba en ello y en las implicaciones de mi súplica desesperada, más se acentuaba el vacío que sentía en el pecho y más me arrebataba las ganas de intentarlo.

Si mi madre no estaba gritando, entonces, había dejado de forcejear con él, y eso solo podía significar que había dejado de respirar, que ya no estaba viva.

Dejé de desear que volvieran los gritos y deseé que mi madre regresara a la tierra de los vivos, pero sabía, del mismo modo en el que siempre presentía cuándo se avecinaba la lluvia, que su alma se había marchado y que lo único que me quedaba era su cuerpo inerte.

Estaba acostumbrada a oír el acompasado subir y bajar de su pecho, era lo que me arrullaba casi todas las noches, y en ese instante… no había nada.

Solo silencio, vacío.

Sabía, en lo más profundo de mi ser, el momento en el que su corazón se había detenido. Tal vez se debiera a la amarga quietud de su cuerpo o quizá… a la sensación de que algo se había partido por la mitad en mi interior, como si una luz que siempre había estado ahí, guiándome por la vida, se extinguiera de pronto en mi mente; como si un interruptor del que nunca había sido consciente se hubiera accionado de golpe, hubiera arrasado con todo y hubiera dejado únicamente… una indiferencia fría.

No podía sentir nada, no me importaba lo que me sucediese. Me daba igual si conseguía escapar de aquel armario o si nadie daba conmigo y acababa muriéndome envuelta en el jersey de mi madre. Si aquel monstruo, Henry, se hubiera aproximado a mí con los dientes al descubierto y las garras extendidas, ni siquiera me habría movido.

Y fue precisamente esa frialdad la que me llevó a abrir los ojos.

Su atacante, con el pelo revuelto y los hombros relajados, como si

se sintiera aliviado, seguía sentado sobre su cuerpo. Y ella estaba rígida, demasiado rígida.

«Mamá», articulé, pero de mi garganta no brotó ni el más mínimo sonido.

El reloj de pie del vestíbulo resonó alto y solemne y rompió el silencio. Pareció sacar al hombre de su trance, como si la campanada que anunciaba la hora lo hubiera obligado a dejar de regodearse en la muerte de mi madre.

El labio inferior me tembló al verlo levantarse del suelo, y el sonido viscoso del líquido que había bajo él me revolvió el estómago. Por más que intentaba tragar saliva, la bilis me trepaba por la garganta.

No solía pensar en la muerte ni en la posibilidad de que alguien pudiera arrebatarle la vida a otra persona —tal vez porque llevaba una vida feliz y no tenía ningún motivo para imaginarme algo tan macabro—, pero, en ese momento, no pude evitar pensar que nunca había visto algo que encarnase tanta violencia y serenidad al mismo tiempo.

Un amplio círculo, oscuro y aceitoso, había empezado a formarse alrededor de mi madre. La luz de la luna se reflejaba en la superficie brillante, mostrando el rojo que la noche trataba de ocultar. Desde donde me encontraba, distinguí varios círculos más sobre su bata, todos empapados de sangre.

El cuchillo que el hombre sostenía en la mano había sido el causante de cada herida que adornaba su cuerpo, frágil. Lo observé mientras se ponía de pie por completo y arrastraba con elegancia la hoja por su ropa para limpiarla. En ese instante, me percaté de los guantes de cuero que llevaba puestos y de su ropa oscura e impecable.

Aquello no había sido un acto impulsivo y, por la naturalidad con la que se movía junto al cuerpo inerte de mi madre, supe que no había sido su primera vez matando a alguien. Estaba claro que había segado más vidas y que ella tan solo había sido otra víctima que acababa de añadir a su creciente lista. Un obstáculo del que necesitaba deshacerse, según lo que había alcanzado a escuchar de su conversación.

Cuando se dirigió a la puerta de la habitación, no se encontró con

un pasillo vacío, sino con otra figura que emergió en el umbral.

—Por fin —dijo Henry con un tono de voz tranquilo. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que mi madre había exhalado su último aliento—. ¿Has dado con ella?

El corazón se me detuvo de repente.

«Con ella».

Me estaban buscando, y le había encomendado a su compañero que se encargara de mí. Si esa noche hubiera dormido en mi dormitorio, es probable que hubiera compartido el mismo destino que mi madre, solo que a manos de otra persona; de hecho, aún corría el riesgo de acabar como ella.

Lo único que alcanzaba a ver eran las largas piernas de su cómplice; todo lo demás quedaba oculto tras la figura descomunal de Henry. Pero…

—No.

Aunque solo fue una palabra, una respuesta breve, sentí cómo me calaba hasta los huesos, como si una ráfaga de viento frío hubiese irrumpido en el armario abrasador donde me ocultaba.

—La casa está vacía, salvo por unas serpientes que hay en una de las habitaciones de invitados —añadió.

Era la voz de una persona joven. Por más que la oscuridad tratase de enmascararla, podía percibir la juventud en su timbre.

—Quédate aquí, hijo. Voy a echar un vistazo rápido y nos vamos. No toques nada…

—A menos que lleve los guantes puestos —lo interrumpió el compañero desconocido, con una elegancia que contrastaba con el tono juvenil de su voz—. Recuerdo perfectamente tus reglas.

«¿Hijo?», pensé. ¿Aquel hombre había llevado a su hijo consigo para asesinar a alguien? ¿Qué clase de padre haría algo así? ¿Qué clase de ser humano permitiría que un crío presenciase tal atrocidad como si nada?

Estaba preparada para que la cabeza empezara a darme vueltas, tratando de asimilar la escena que tenía ante mí, pero apenas me dio tiempo a hacerlo, porque Henry desapareció en la oscuridad del pasillo y dejó la figura de su hijo expuesta frente al armario, en el umbral de la puerta.

Todos los vellos de la nuca se me erizaron como si estuvieran cargados de una electricidad que me atravesó hasta la planta de los pies. Me sentí como si la nieve hubiera irrumpido en mi casa, como si la escarcha brotase de sus zapatos con cada paso que daba. Era la personificación del invierno y del frío más implacable. No pude evitar sumergirme en la frialdad que descansaba sobre sus hombros como una segunda piel.

Parecía una especie de Jack Frost, precioso y sin luz.

Contuve el aliento al observarlo, consciente de que nunca había visto a aquel chico. No aparentaba ser mayor que yo, pero daba la impresión de haber vivido bastantes más años, como si su alma llevara vagando por el mundo mucho más tiempo que su joven cuerpo.

Un par de vaqueros bien entallados le envolvían las piernas largas y un jersey oscuro le cubría el torso. Caminaba con la cabeza alta y un porte tan regio que parecía deslizarse flotando por las tablas del suelo.

Los dedos de la mano se me estremecieron al presenciar cómo la luz de la luna se derramaba sobre su cabello blanco como la porcelana. No parecía real y, aun así, era lo más tangible que había en aquella habitación.

No tenía ni un defecto, ni una sola imperfección ni mancha.

Cuando se acercó a mi madre, o más bien a su cadáver, la realidad me golpeó como una maza y me arrancó de mi ensimismamiento. La niebla de su influjo comenzó a disiparse y pude volver a pensar con claridad.

Aquel chico, el hijo de Henry, estaba allí para matarme. Después de todo, ese era el motivo por el que había acompañado a su padre, ¿no? Para ayudarlo a dejar todo bien atado, y yo era un cabo suelto.

No obstante, al contemplar cómo se inclinaba sobre ella, no lo vi capaz de hacer algo así, de seguir los pasos de su padre. Por un momento, me lo imaginé encima de mí, hundiéndome el cuchillo una y otra vez en la carne hasta acabar conmigo. Su cabello, cuidadosamente peinado, estaría alborotado al terminar, y la sangre mancharía su figura inmaculada.

Pero no, no sería capaz.

Era demasiado… limpio, metódico. Estaba tan acicalado que me hacía sentir sucia en comparación, como si fuera a repelerle el sudor que se me había pegado a la espalda o a arrugar la nariz al percatarse de los mechones que se me habían secado de forma alborotada tras la ducha que me había dado antes de meterme en la cama.

A diferencia de su padre, aquel chico sí se detuvo a observar el destrozo del suelo. Miró el cuerpo de mi madre, lo único que me quedaba de ella, y se arrodilló. Estaba desesperada por saber qué se le pasaba por la mente, porque si algo tenía en común con su padre era la capacidad de mantener el rostro inexpresivo, frío, impasible; vacío.

Ansiaba meterme en su cabeza. ¿Qué estaba pensando? ¿Qué sentía? ¿Era tan cruel como el hombre que lo había engendrado? ¿Era ese el futuro que quería para sí mismo?

Algo dentro de mí se quebró cuando lo vi sacarse un objeto del bolsillo y acercarlo al rostro de mi madre. ¿Acaso no les había bastado con someterla a tal brutalidad? ¿Debía seguir soportando más tormentos aun estando muerta?

De pronto, dejé de temer por mi vida. No me preocupaba ni lo más mínimo lo que pudiera ocurrirme si renunciaba a mi escondite y revelaba mi presencia.

Agarré con fuerza uno de los tacones de mi madre antes de empujar la puerta del armario con el pie. Cuando se abrió lo suficiente y el chico quedó expuesto ante mí, hice lo único que se me ocurrió en aquel momento: le lancé el zapato directamente a la cabeza.

Mi intención era darle en la parte trasera del cráneo, pero el sonido de la puerta al abrirse debió de alertarlo, porque se giró para encararme justo antes de que el tacón le impactara en el labio inferior con un golpe sordo.

Sin perder ni un segundo más, me puse de pie como pude, tropezándome con la ropa esparcida por el suelo del armario. Todo a mi alrededor daba vueltas por la rapidez con la que me había incorporado, pero no me importaba.

Solo quería poner fin a aquella pesadilla, de una forma u otra.

—No deberías…

—No la toques —dije, haciendo acopio de todo el valor que fui capaz de reunir, pero las palabras abandonaron mis labios como un débil susurro.

Mis pies temblorosos me condujeron hasta ella.

Dudo que hubiera podido defenderme de alguno de los dos, pero creo que, en realidad, no pretendía hacerlo. No buscaba proteger el cuerpo de mi madre: sabía que, si salía de mi escondite cuando aún estuvieran allí, acabarían conmigo sin pensarlo y no tendría que aprender a vivir sin ella ni preocuparme por lo que me aguardase el futuro. En el fondo, lo que buscaba era no verme forzada a vivir en un mundo en el que ella no existiese.

—Me has hecho sangrar.

Su voz se extendió por mi piel y me quemó igual que lo hubiera hecho el fuego. Había un deje de sorpresa en su tono, como si la idea de que alguien pudiera herirlo le resultara inconcebible.

—¿Qué le has…? —Bajé la vista hacia el rostro de mi madre. Aunque estaba pálido y sin vida, su belleza seguía intacta. Pero no podía verle los ojos: dos monedas a juego ocultaban el verde de sus iris que tan bien conocía, el mismo que había heredado yo—. ¿Qué le has puesto encima?

—Me has hecho sangrar —repitió.

¿Se creía invencible? ¿Lo habría convencido su padre de que habían sido bendecidos por los dioses de algún modo y solo ellos eran capaces de matar a otras personas?

Dirigí la mirada hacia donde se encontraba, sentado en el suelo a escasos metros de mí, con los dedos extendidos bajo la luz de la luna y la vista fija en la sangre que los cubría. La sangre que se le derramaba del labio y le resbalaba por la barbilla hasta aterrizar sobre la tela de su jersey.

—¿Qué le has puesto encima? —insistí, esa vez en un tono más alto. Estaba perdiendo la paciencia y el miedo a que alguien pudiera oírme gritar, incluido su padre.

Solo tardó una fracción de segundo en reaccionar, por lo que no me dio tiempo a apartarme. Alzó la mano, me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia él para arrojarme al suelo. Cerré los ojos,

aguardando que el dolor del impacto me retumbara en los huesos, pero lo único que sentí fue la frialdad de su brazo envolviéndome la espalda y aprisionándome contra él. Me tumbó en la madera con delicadeza, apoyando una parte de su cuerpo sobre el mío y la otra, en el suelo junto a mí para no aplastarme con su peso.

Abrí los ojos de par en par al notar que me cubría la boca con una de sus manos para mantenerme callada. Su olor me inundó por completo: oscuro, intenso, amaderado. Igual que el del bosque después de la lluvia.

De algún modo, logró tranquilizarme. Me recordó a los árboles altos de la floresta y a la felicidad que sentía entre la espesura, mi último atisbo de paz. Había llegado el momento en el que cumpliría su cometido, la razón por la que había irrumpido en mi casa en mitad de la noche con su padre. El péndulo de la muerte oscilaba cada vez más cerca de mí con cada segundo que permanecíamos allí tendidos.

Las lágrimas se me deslizaron de nuevo por las mejillas. A pesar de que mi mente había hecho las paces con aquel destino y con la idea de morir junto a mi madre en aquella habitación, mi corazón no estaba preparado. Se negaba a aceptarlo y me martilleaba con tanta violencia contra el pecho que estaba segura de que el chico al que le habían ordenado matarme podía sentirlo también. Era imposible que no lo hiciera.

Incliné la cabeza y contemplé a mi madre. El dolor me atravesó el alma y sentí en mi propio cuerpo cada una de las puñaladas que aquel hombre le había asestado. Me quedé contemplándola, deseando que girase la cabeza y sus ojos se encontraran con los míos, que me dedicara una más de sus sonrisas o pronunciara mi nombre. El cuerpo me temblaba por el llanto y podía oír mis sollozos ahogados.

Era incapaz de respirar. Los pulmones se me habían cerrado.

—No la mires.

Al percatarse de que estaba ignorándolo, me presionó la mano con un poco más de fuerza para tratar de captar mi atención.

—No la mires —susurró de nuevo, rozando con su aliento helado la calidez de mi piel. Se había acercado tanto que podía sentir cada

una de las exhalaciones que escapaban de su nariz—. Mírame a mí.

¿Que lo mirase a él?

—Scarlett. —Mi nombre se deslizó entre sus labios como si fuera agua, de manera fluida y suave—. Mírame.

Había un hilo intangible tirando de mí; un hilo que él sostenía y que, de alguna forma, se me había enroscado en las entrañas. Insistió una y otra vez, hasta que cedí y aparté la vista del cadáver de mi madre.

Al cruzarme con sus ojos, me sentí como si me hubiera zambullido en una capa de hielo puro. Eran de un azul increíblemente claro, como las aguas congeladas de Alaska. Contemplarlos era una experiencia semejante a la de masticar un chicle de hierbabuena y aspirar una bocanada de aire. Me transmitió un frío tan intenso que creí que iba a dejarme sin aliento.

No desvió su mirada de la mía ni por un instante, ni siquiera cuando me retiró la mano de la boca y comencé a hablar.

—¿Vas a matarme? —dije mientras el frío glacial se me extendía por los pulmones—. Es lo que vas a hacer, ¿no? Entonces, ¿por qué no lo haces ya? Acaba con esto de una vez y…

—Son monedas —repuso, interrumpiendo mi verborrea y señalando con la cabeza hacia mi madre—. Le he puesto monedas en los ojos.

—¿Qué…?

—Me has preguntado qué le he puesto encima. Acabo de responderte.

Lo observé desde abajo con el rostro inexpresivo en un intento de comprender qué tenía que ver aquello con el hecho de que fuera a matarme o de qué me servía saberlo para impedir que ocurriera lo inevitable.

—¿Por qué? —inquirí en un susurro sin poder callarme.

Se me desaceleró el corazón y la presión que me oprimía el pecho cedió lo justo para darme a entender que no me estaba ahogando.

—Son… —Se trabó con las palabras, y ese gesto pareció fuera de lugar, como si no estuviera acostumbrado a titubear—. Las monedas son el pago que se les exige a los muertos para cruzar a la otra vida. Garantizan que su alma pueda atravesar el río Estigia y llegue a

salvo al más allá.

Una sensación de calidez permeó el frío con el que me había envuelto. Un rayo de calor diminuto se asentó entre nosotros y me impulsó a suavizar la mirada, aunque enseguida fruncí ligeramente el ceño.

¿Por qué mostraba tanta… compasión? Si su objetivo era seguir los pasos de su monstruoso padre, ¿por qué se desviaba del camino para ofrecer consuelo a los muertos?

—No sabía…

Las tablas del suelo crujieron y el sonido de unos pasos pesados rebotó contra las paredes del pasillo. El pánico volvió a apoderarse de mí y provocó que esa efímera sensación de serenidad que había experimentado desapareciese por completo.

—¿Vas a matarme? —pregunté de nuevo, con más urgencia en la voz, mientras su padre avanzaba hacia el dormitorio.

Si iba a morir, si uno de los dos iba a acabar con mi vida, prefería que fuese él: el chico sin nombre que le había deseado a mi madre un buen viaje hacia cualquiera que fuese el destino que nos aguardaba más allá. Quería que fuese él quien me arrebatase mi último aliento, del modo que decidiera hacerlo. Si alguien merecía matarme aquella noche era él.

Al mirarme, en sus ojos percibí una emoción que no supe descifrar y que desapareció cuando los pasos se oyeron cada vez más cerca.

—No. —Puso una mueca con la que me quedó claro que no le agradaba aquella respuesta, como si hubiera querido decir que sí y matarme—. Pero si no te metes en ese armario, mi padre sí lo hará.

Negué con la cabeza de manera vehemente.

—No quiero entrar ahí. No quiero esconderme.

Las fosas nasales se le dilataron y la impaciencia brotó de él como el agua que gotea sin cesar de un grifo averiado.

—No importa lo que tú… —murmuró contra mi rostro—. Tienes que esconderte, vuelve al armario. Quédate callada y no hagas ni un solo ruido. No respires. Sé un fantasma. No quieres morir, no así.

Me alzó del suelo con facilidad, como si no pesara nada, y me sujetó para estabilizarme antes de clavar sus ojos en los míos y asegurarse de que le sostenía la mirada.

—Sé un fantasma, Scarlett. No dejes que él te vea, jamás.

No pude reprimir la pregunta que escapó de mis labios ni el torbellino de emociones que me arrasó de repente.

—Si me convierto en un fantasma, ¿cómo me verás tú?

Había algo aterrador en él, algo puro e impredecible que rezumaba peligro. Pero, incluso en una situación tan horrible como aquella, al observar cómo se apresuraba a limpiarse la sangre del rostro, hizo que me sintiera a salvo.

Escondía bajo la superficie mucho más de lo que me había dejado entrever, algo que solo alcancé a vislumbrar durante un breve instante, y ese simple vistazo parecía lo único que me anclaba a la vida.

—No lo haré.

Eso fue lo último que me dijo antes de recoger del suelo el tacón con el que lo había atacado y colocármelo en los brazos. Acto seguido, me empujó hacia el otro lado de la habitación, donde se hallaba mi escondite.

La cabeza comenzó a darme vueltas por todo lo que había sucedido aquella noche. Mis niveles de adrenalina se desplomaban y sabía que pronto tendría que lidiar con el inevitable derrumbe que me aguardaba una vez que me hubiera quedado sola.

Porque esa era mi nueva realidad: estaba completamente sola.

Y, por un momento, aquel chico me había hecho sentir que no era así, pese a haber perdido a la única persona que me había querido en la vida. Sin embargo, iba a perderlo a él también, antes de tener la oportunidad de conocerlo siquiera.

Estaba sola.

Me metí de nuevo en el armario y me convertí en un fantasma.

Y él…, bueno, mantuvo su palabra: no volvió a verme jamás.

1
El fantasma

Lyra

—Lyra, cuando me dijiste que sería complicado, no me había imaginado que te referías a esto.

Me estremezco al oír la voz. Estoy acostumbrada a ser yo la que se camufla entre las sombras, la que se acerca a los demás sin hacer ruido y hace que peguen un respingo. Es raro que alguien consiga sobresaltarme a mí con su presencia, aunque valoro a las pocas personas que me ven de verdad.

Dejo a un lado el par de pinzas que estaba empuñando como si fueran un arma, me coloco las gafas sobre la cabeza y dirijo la mirada hacia la puerta del aula. Estamos a mediados de agosto, de modo que los profesores llevan ya unas semanas en el campus y los estudiantes han ido instalándose poco a poco en sus respectivos dormitorios.

En verano, Hollow Heights se transforma en un lugar tranquilo, libre del ajetreo de los estudiantes. Las puertas viejas crujen con el viento, el romper de las olas contra los acantilados envuelve el ambiente justo debajo del distrito Kennedy y todo adquiere un aire un poco más inquietante. Las escaleras serpenteantes emiten quejidos disconformes con cada pisada, y es imposible no oír sus lamentos en la quietud de los pasillos desiertos.

Dicen que sentarse en la biblioteca cuando se encuentra vacía puede volver loca a la gente: los libros comienzan a susurrar entre ellos y voces inhumanas llenan el silencio. No son más que rumores, por supuesto, y aun así me gusta la idea.

Disfruto de la soledad y de disponer de este lugar a mi antojo, aunque habría preferido no tener que tratar con el decano Sinclair

para conseguir la llave del laboratorio. Estar cerca de él es como imagino que debe de ser ahogarse en un mar de masculinidad tóxica: siempre se las arregla para hacerte sentir inferior y asegurarse de que sepas que es el más inteligente de la sala.

Al margen del patriarcado, me encanta Hollow Heights cuando saca a relucir su lado más espeluznante.

—He tardado una eternidad en conseguir la mariposa luna. —Señalo con un gesto el insecto verde pálido colocado debajo del papel encerado—. Habría acabado hace una semana si hubieran salido a tiempo.

Conner Godfrey entra por la puerta con una camisa vaquera de botones arremangada hasta los codos y el cabello rubio arena peinado hacia atrás con esmero. Me he ido acostumbrando a su agradable compañía desde que empezó el verano, sobre todo porque esta va a ser su aula el próximo semestre.

Después de que Greg West, el anterior profesor de química orgánica, fuera brutalmente asesinado el año pasado, la universidad necesitaba algo más que un mero sustituto para reemplazarlo. El señor Godfrey —o, mejor dicho, el profesor Godfrey— trabajaba como orientador del centro, pero, como cuenta con numerosas titulaciones, se ofreció para ocupar el puesto del señor West.

Todo el mundo —bueno, casi todo el mundo— se sorprendió cuando los investigadores concluyeron que lo más probable era que la muerte de West estuviera relacionada con un asunto de drogas. Lo dejaron en que se había debido a un negocio fallido, a un cliente insatisfecho o a un distribuidor resentido. Y, con eso, los ciudadanos de Ponderosa Springs se quedaron tan tranquilos. Cualquier cosa es aceptable en este lugar excepto la verdad.

No sé qué me saca más de quicio, si el hecho de que esta gente sea tan simple como para tragarse cualquier mierda que le cuenten o que hubieran visto el cuerpo de Greg West, con unos cortes tan precisos y un desmembramiento tan meticuloso, y pensaran, aunque solo fuera por un instante, que su muerte no era sino la obra de un artista.

El cuerpo fue desangrado, blanqueado y diseccionado con tal perfección que es impensable que un cliente descontento,

consumidor habitual de éxtasis, pueda estar detrás de todo aquello. Alguien que responda a esas características no cuenta con la paciencia ni la habilidad para hacer algo así.

No como él, por supuesto.

—La paciencia es una virtud, Lyra, y yo creo que la espera ha merecido bastante la pena, ¿no? ¡Fíjate en esos colores! —La voz entusiasta de Conner me saca de mis pensamientos e impide que viren en la dirección hacia la que acaban inclinándose siempre.

Bajo la vista hacia la vieja campana de cristal, cuya tapa descansa a un lado, dejándola al descubierto. Hay seis tipos de polillas dispuestas alrededor de un cráneo humano falso que encontré en una tienda de taxidermia. En la parte superior, y en los lados, yacen varias de mis favoritas colocadas estratégicamente: la polilla atlas, la tigre, la mariposa de la muerte, la gitana y la rosada del arce. Tenía reservado el espacio justo encima de las cuencas de los ojos para la mariposa luna, porque sabía que su tono de verde pálido brindaría armonía a toda la composición.

He formado un enjambre de criaturas aladas que resultará deslumbrante una vez coloque la campana de cristal sobre la base y selle la obra. No puedo evitar que se me dibuje una sonrisa en los labios al imaginarme el proyecto terminado.

A Briar le va a encantar. Ah, ¡y a Silas! Quizá la próxima vez que vaya a visitarlo al centro donde está internado me dejen llevarle algunas fotos. Cuando conduzco hasta Washington para verlo, la mayoría de nuestros encuentros se reducen a una partida de ajedrez en la que él intenta enseñarme a jugar y yo acabo perdiendo estrepitosamente.

Trato de llenar los silencios hablando sin parar, pero creo que le agrada que le cuente cosas sobre mi taxidermia. Se le contraen las comisuras de los ojos y, a veces, incluso parece que va a sonreír, aunque aún no lo ha hecho. Así que me conformo con el silencio, sabiendo que mi compañía es suficiente para él.

No puede decirse que fuéramos íntimos amigos desde un principio, al menos no antes de todo lo que ocurrió. Él ignoraba mi existencia hasta el año pasado, mientras que yo sabía casi todo lo que podía saberse de forma pública acerca de él. Pero entonces nos

convertimos en conocidos gracias a que las personas a las que queríamos estaban muy unidas, de modo que fue inevitable vernos más.

Además, también nos unieron una serie de secretos mortales; secretos que me llevaré conmigo a la tumba. Él y sus amigos me atormentaron un breve periodo de tiempo después de que descubriera todo lo que habían hecho impulsados por la venganza.

Lo vi matar a alguien, y él también me vio matar a alguien. Y, con todo, no empecé a considerarlo mi amigo hasta que lo ingresaron en la unidad psiquiátrica.

—¿Esta es la rosada del arce de la que hablabas el otro día? —pregunta Conner, acercándose más, y puedo percibir el aroma de la madera de teca de su colonia.

Una oleada de calidez se me propaga por las entrañas al darme cuenta de que se ha acordado de nuestra conversación. Me fascina la forma en la que se le tensan los brazos mientras se apoya en la mesa para examinar cada insecto a una distancia prudente. Conoce las reglas: nada de tocar.

Me pregunto por qué alguien como él sigue soltero. Es un hombre atractivo, de éxito y amable. Cada vez que le miro la mano, me sorprende que no haya ningún anillo de oro adornándole el dedo.

—La misma que viste y calza. ¿Te puedes creer que ese sea su color natural? Cualquiera pensaría que un amarillo y un rosa tan vibrantes la convertirían en un blanco fácil…, pero ¡no es así! En realidad, es su modo de camuflarse. ¡Y ni siquiera tienen boca! Solo comen cuando son larvas. Cuando llegan a esta fase, su único objetivo es reproducirse. ¿A que es increíble?

Siento un cosquilleo de emoción en el estómago conforme hablo, y deslizo la vista hacia él justo a tiempo para sorprenderlo observándome con una sonrisa. Las mejillas se me encienden y aparto la mirada a toda prisa.

—Perdón, te he soltado un montón de datos innecesarios —añado, y dejo escapar una risita nerviosa.

—No —responde Conner—. No te disculpes por hablar de lo que te apasiona.

Frunzo el ceño y, cuando me atrevo a mirarlo de nuevo, sus ojos

marrón chocolate se clavan en los míos. Casi me remuevo de incomodidad en el asiento, pero me obligo a contenerme, y más sabiendo que el contacto visual siempre me pone nerviosa.

El profesor Godfrey no me gusta de esa forma. Solo hay una persona a la que desee de un modo que consume cada fibra de mi ser, y nadie podrá jamás ocupar ese lugar. Aun así, resulta agradable saber que alguien como él disfruta escuchándome desvariar sobre insectos.

Es reconfortante tener un amigo. Y eso es lo que ha sido para mí este verano, teniendo en cuenta que soy la única integrante de las Lobas Solitarias que se ha quedado en Ponderosa Springs y ha seguido yendo a Hollow Heights pese a estar de vacaciones.

Pero entiendo que mis amigos necesitaban salir del pueblo, al menos durante un par de meses. Estaban preparados para marcharse y dejar atrás los recuerdos amargos que impregnan este lugar, aunque no hayan podido hacerlo del todo; no mientras uno de ellos siga aquí, sin posibilidad de irse.

—El mundo intentará hacerte sentir mal por emocionarte con las cosas que te encantan e incluso buscará ridiculizarte por ello, pero no se lo permitas. No dejes que nadie pisotee tus pasiones —prosigue Conner, y me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—Eso es lo que me habría dicho mi madre —contesto sin pensar.

—Parece una mujer sabia. Ya sé a quién has salido.

—Lo era —murmuro, regodeándome en el dolor que se me expande por el pecho cada vez que pienso en ella.

Al percatarse de que es un tema delicado para mí, se recompone enseguida, enderezando la espalda y frotándose las manos.

—¿Y bien? ¿Vas a añadir la pieza final o tengo que mirar hacia otro lado mientras terminas tu obra maestra?

Agradecida por el cambio de conversación, me centro en la polilla de colores vibrantes que hay sobre la mesa. No es que no me guste hablar de mi madre, es que me cuesta acordarme de ella sin evocar aquella noche ni pensar en lo que cobró vida dentro de mí, en lo que me convertí.

Poco tiempo después de su muerte, me diagnosticaron un trastorno de estrés postraumático que me ayudó a comprender la

razón de las incesantes pesadillas, los recuerdos recurrentes y el miedo a la oscuridad. Viví un suceso traumático: era natural que experimentara tales cosas y que mi mente respondiera de esa forma.

Sin embargo, hubo algo que nadie me explicó, algo que nadie sabía y que, de haberlo sabido, tampoco habrían entendido.

Nadie podía decirme por qué la muerte había echado raíces en mi interior.

Serpenteaba por las grietas de mi esqueleto, habitando en mí como un órgano más, un líquido negro que me corría por las venas y bañaba cada célula de mi ser. La persona que había sido antes y los sueños que había tenido pasaron a ser un recuerdo lejano.

Hoy en día no puedo pensar en ella ni en aquella noche sin que me asalte el impulso mórbido que nació en ese momento: una obsesión que me punza la lengua, me brota de las entrañas y provoca que salive y que los ojos me ardan. Durante mucho tiempo, fui capaz de reprimirlo, de esconderlo en lo más profundo de mi ser y mantenerlo oculto.

Pero todo cambió hace unos meses, cuando le puse un cuchillo en la garganta a alguien y sentí la sangre manchándome las manos por primera vez desde la muerte de mi madre. Ahora sé lo que se siente al matar, y me aterra la facilidad con la que fui capaz de hacerlo, lo poco que me costaría repetirlo.

El día en el que asesinaron a mi madre, me reencarné en una persona completamente distinta. Scarlett murió con Phoebe, y Lyra ocupó su lugar. Me convertí en la reina de los bichos, la rarita; la chica loca por la taxidermia, la entomología y el arte de preservar a cualquier ser muerto.

Me convertí en un fantasma, tal y como él me pidió.

De pronto, percibo en la lengua un sabor metálico que me resulta familiar, pero me apresuro a tragar saliva y centro toda mi atención en la tarea que tengo entre manos.

Con cuidado, empiezo a retirar los alfileres diminutos que sujetan el papel encerado sobre las alas de la polilla. Me entristece un poco no haber podido criarla yo misma: siempre resulta mucho más satisfactorio formar parte de todo el proceso.

Disfruto observando su crecimiento, sus costumbres, cómo se adaptan y cómo mueren con el tiempo. Es lo que hace que el montaje de insectos sea una actividad más interesante e íntima. Si las veo crecer, vivir y existir, lo justo es que también me encargue de ellas tras sus inevitables muertes.

Una vez que he desclavado todos los alfileres y retirado el papel, utilizo las pinzas para levantar el lepidóptero con sumo cuidado y poner el tórax sobre el trozo empapado de pegamento en la parte frontal del cráneo.

—Más te vale no meter la pata —comenta Conner con una risita a mi lado.

Sonrío mientras sostengo la polilla durante unos segundos para asegurarme de que se queda fija a la superficie. Cuando compruebo que está bien colocada en su lugar, me aparto y contemplo el proyecto terminado.

—¿Crees que me he pasado? —pregunto. Me muerdo el labio inferior, insegura—. Quizá debería haberme ceñido a un solo tipo de polilla para que la paleta de colores fuera más uniforme, ¿no? A lo mejor puedo rehacerlo…

—Lyra —me reprende Conner—, deja de dudar de tu trabajo. Es impresionante. Me dan ganas de comprártelo para decorar la repisa de mi chimenea.

Lo miro con una chispa de agradecimiento en los ojos. Ojalá fuera como Briar o Sage, que confían plenamente en sí mismas y no necesitan la aprobación de nadie ni que les dediquen alguna que otra palabra de aliento.

A diferencia de ellas, yo crecí en silencio, sola, como una presencia difusa a la que pocos se dirigían y mucho menos elogiaban. Es natural que quiera sentirme validada; al fin y al cabo, no dejo de ser humana.

—Una pena, porque pienso llevármelo a mi apartamento.

Desvío la mirada de golpe hacia la puerta y veo el rostro de la única persona que llevaba esperando ver desde que se fue al acabar el semestre.

—¡Briar! —digo casi sin aliento, saltando de la silla.

Corro hacia ella, le envuelvo los hombros con los brazos sin

pensármelo y la estrecho contra mí.

—Sabes que Sage y los chicos odian al señor Godfrey, ¿verdad? —me susurra en el hueco del cuello mientras me devuelve el abrazo.

Me estremezco al escucharla. Por supuesto que lo sé.

—Ya hablaremos de eso luego —murmuro—. ¡Creía que no volvíais hasta la semana que viene!

Le doy un empujoncito de broma, fingiendo estar molesta por la sorpresa.

—No soportaba seguir oyéndola quejarse de cuánto te echaba de menos, así que la he traído de vuelta antes.

Briar alza el dedo corazón por encima del hombro, apuntando hacia la imponente figura sombría que se encuentra apoyada en el marco de la puerta.

La presencia de Alistair Caldwell es difícil de percibir, como una niebla oscura que no puedes ver pero sí notar en la piel y que, una vez que sabes que está ahí, es imposible de ignorar.

Extiendo el brazo más allá del hombro de Briar y le ofrezco el puño. Él alza los nudillos y los choca con los míos, inclinando la cabeza hacia atrás a modo de saludo.

—¿Qué tal por Texas? —le pregunto.

—Hace un calor de la hostia —resopla—. ¿Y este sitio qué? ¿Sigue siendo una pocilga, reina de los bichos?

Un apodo que la gente ha usado durante años para insultarme ha acabado convirtiéndose en uno de mis apelativos favoritos. Sé que no me lo dice para menospreciarme; es su manera de considerarme una amiga, o eso creo. Para empezar, ya no quiere mi cabeza en una pica.

Los Hollow Boys no tienen más amigos aparte de ellos mismos. Son como un puzle de cuatro piezas: allá donde uno va, los otros lo siguen sin falta. Nunca he visto un vínculo tan profundo, tan sólido.

Hubo un tiempo en el que me daba envidia su amistad. Ahora solo puedo admirarla.

—Depende del día —contesto, encogiéndome de hombros.

Nunca lo he admitido en voz alta delante de nadie, ni siquiera de Briar, pero me gusta Ponderosa Springs. Algunos aspectos, por lo menos, aunque no me importaría prescindir de la corrupción, los

escándalos, el tráfico sexual y los asesinatos. Una parte de mí adora este sitio, por más que intente renegar de él, porque al final no deja de ser el pueblo en el que creció mi madre.

Aun así, para ellos, sé que es diferente. Este lugar no ha hecho nada más que causarles daño, destrozarlos. Los ha convertido en algo tan espantoso que apuesto que, en algún momento, también llegaron a temerse a sí mismos. Aquí no queda nada a lo que mis amigos puedan aferrarse: Ponderosa Springs se ha asegurado de arrasar con todo.

—Os dejo a solas, Lyra. Seguro que tenéis mucho que contaros. —Conner pasa por mi lado, esbozando una sonrisa agradable, avanza hacia la puerta y saluda brevemente con la mano a mis amigos—. Señorita Lowell, señor Caldwell.

Observo cómo su figura se desdibuja por los pasillos vacíos y, cuando se ha alejado lo suficiente, me centro de nuevo en Briar.

—¿Rook y Sage también han vuelto? ¿Cómo está tu madre? Ay, Señor, verás cuando te enseñe la cabaña que he estado decorando todo el verano. Sé que ahora tenéis un apartamento para los dos, pero puedes seguir pasándote por aquí. No podemos descuidar las reuniones obligatorias de las Lobas Solitarias ni…

—Yo también te he echado de menos —me interrumpe Briar entre risas, dándome otro abrazo.

Sí que la echaba de menos, muchísimo. Los he echado de menos a todos.

La primera amistad que he hecho de verdad en años se ha pasado el verano en Texas, visitando a su familia y mostrándole a Alistair el lugar en el que se crio. Sage, una chica a la que he visto pasar por un auténtico infierno y he llegado a admirar como amiga y mujer, hizo las maletas para embarcarse en un viaje por carretera a lo largo de la costa con Rook Van Doren, el Hollow Boy con el que mejor me entiendo, sobre todo porque siempre lleva encima algo de picar. Y bueno, también le prendimos fuego a un árbol legendario de la universidad, pero esa es otra historia.

El caso es que me dejaron aquí sola y, a pesar de que una parte de mí quería estar molesta por ello, lo cierto es que lo entendí. Briar, Alistair, Rook y Sage necesitaban alejarse de tanta sangre y

destrucción, del constante sufrimiento y del interminable dolor al que este sitio los ha sometido. Aunque solo fuera durante unas semanas, se merecían disfrutar de una vida normal y, por más que lo intentase, no puedo reprochárselo.

—Sage y Rook volverán mañana por la noche. Hemos quedado en Black Sands Cove —responde Briar.

Ahí está, ese brillo travieso en los ojos que he aprendido a adorar y a detestar a partes iguales. Por lo general, significa que lo que sea que vayamos a hacer va a exigirnos algún tipo de esfuerzo físico.

—La playa está cerrada por la noche —comento, esperando que ese pequeño contratiempo sea suficiente para frustrar cualquier plan que tengan en mente.

—Ya lo sabemos. —Alistair sonríe detrás de ella—. A Rook le vendrá bien desahogarse un poco. Volver a Ponderosa Springs sin que Silas esté aquí va a dejarlo hecho mierda.

El corazón me martillea en el pecho. No sabemos cuánto tiempo necesitará Silas para recuperarse. Teniendo en cuenta la gravedad del brote psicótico que sufrió, los médicos dijeron que podría tardar unos meses o incluso varios años.

A mí se me partió el alma al recibir la noticia, pero a Rook lo destruyó por completo. Estaban muy unidos, y sé que se culpa a sí mismo por no haberse dado cuenta de que había dejado de tomarse la medicación.

El plan no es quedar mañana por la noche para vernos sin más, sino para mostrarle nuestro apoyo a Rook. En el fondo, creo que todos lo necesitan. Todos lo echan de menos.

—Juntos de nuevo por primera vez desde el funeral del alcalde Donahue. ¿Creéis que Sage estará bien? —pregunto.

—Creo —comienza Briar— que Sage está llevando bien la muerte de su padre. Sabe que un accidente lo tiene cualquiera.

Claro, un accidente. Porque provocar deliberadamente un incendio con su padre y un agente federal dentro de su casa fue, sin duda, un accidente.

Pero, como he dicho, son secretos que me llevaré a la tumba. Debo hacerlo para proteger a mis amigos. Además, yo también tengo unos cuantos que Sage y Briar conocen y han decidido

guardarme, incluso ante sus novios.

Nos protegemos las unas a las otras, y eso incluye mantener a salvo los secretos que cargamos a nuestras espaldas. Es parte del trato que sellamos al unirnos a las Lobas Solitarias: por muy solas que estemos, nunca nos sentiremos como tal.

—Hemos pensado que podríamos reavivar nuestra amistad con un jueguecito —interviene Alistair—. Por los viejos tiempos.

Un juego, cómo no. Es que encima estoy segura de que será ilegal y acabaré dejándome los pulmones por intentar seguirles el ritmo.

Me obligo a tragarme el miedo; no al juego en sí, sino al hecho de saber que mi plan está a punto de ponerse en marcha y que, para llevarlo a cabo, no me quedará más remedio que enfrentarme a él. No me limitaré a esconderme entre las sombras y observarlo en silencio, no. Tendré que encararlo, alzar la voz y pedirle lo que quiero.

Hace unos meses vino a buscarme, afirmando que la deuda estaba saldada. Pero yo aún no he terminado con el Príncipe de la Muerte. Esto no ha hecho más que empezar.

La primera vez que le pedí un favor me lo negó. En esta ocasión, no aceptaré un no por respuesta. Por más que me encante ser su fantasma, ahora quiero que me vea.

No me basta con atormentarlo, necesito más de él.

—¿Qué juego?

Briar esboza una sonrisa amplia y llena de emoción que hace que me dé un vuelco el estómago.

—El pillapilla.

2
La presentación

THATCHER

Todos los pueblos tienen su historia de fantasmas; de esas que se cuentan en fiestas de pijamas o alrededor de una hoguera crepitante por la noche y que, con los años, se convierten en una mentira increíble, aunque, en el fondo, guarden algo de verdad.

Mi apellido conforma ese tipo de historia. Es el ruido sordo que oyes en mitad de la oscuridad, el hombre que se esconde en el armario, las uñas que arañan la pared.

Mi familia se ha convertido en un mito centenario destinado a atemorizar a los habitantes de Ponderosa Springs: una leyenda que, según los rumores, se remonta a la propia fundación del pueblo. Los Pierson, al ser una de las familias fundadoras, nos hemos labrado una reputación de frialdad y expectativas inalcanzables. Los demás nos temen tanto que nos han concedido una parte del pueblo únicamente por el miedo a lo que podríamos hacerles si no recibimos lo que nos corresponde.

Existen numerosas historias sobre nuestros orígenes. Algunas de las más descabelladas afirman que somos vampiros o alguna otra criatura inhumana y demoníaca que se alimenta de almas puras. Debo admitir que me parecen bastante ingeniosas, sobre todo teniendo en cuenta que la verdad es mil veces más insulsa.

Mis antecesores vivían aislados. No compartían nada con otros a menos que fuera estrictamente necesario y no confiaban en los demás a la ligera. Hablaban de manera rápida y concisa, un comportamiento tan reservado que incomodaba a otros y que a menudo despertaba envidias.

Cuando las personas inseguras de sí mismas no reciben la atención

que esperan de quienes se hallan en la cúspide, procuran arrebatarles la corona o socavar su trono sacando conclusiones infundadas o propagando rumores excéntricos. Hacen lo que sea con tal de que aquellos a los que consideran una amenaza pierdan prestigio. Como perros peleándose por un trozo de carne.

Por desgracia para ellas, lo único que consiguieron fue engrandecer aún más nuestro legado. Al esforzarse tanto por que los demás nos contemplaran con miedo, acabaron beneficiándonos.

La gente tiende a dejarse dominar por aquello a lo que teme, y el pueblo de Ponderosa Springs nos temía más que a nada en el mundo. Nos temía tanto que ese miedo persistió con el transcurso de los años. Y, durante un tiempo, todos esos relatos horribles no fueron más que ficción, folklore entretejido de rumores inventados por vecinos aburridos.

Hasta que un día dejaron de serlo y mi familia, a causa de mi padre, demostró que cada una de las historias que circulaban en torno a nuestro apellido eran ciertas. Excepto la de los vampiros, claro.

Meneo la cabeza de un lado a otro mientras recorro con mis dedos largos las teclas de marfil. Una música elegante me llega a los oídos en cuanto el instrumento canta la melodía en la que estoy trabajando.

Aunque considero que están sobrevaloradas, las composiciones de Chopin fueron unas de las primeras que aprendí a tocar en el piano de cola Steinway & Sons de color blanco hueso, un regalo adelantado de cumpleaños que me hizo mi abuela cuando era pequeño. Incluso en ese entonces, tuve claro que el tono rojo cereza que bañaba la tapa, el atril y la varilla no se trataba de una mera coincidencia: la mujer sabía cuál era mi color favorito y por qué me gustaba tanto.

Percibo un movimiento aun con los ojos cerrados. Al abrirlos y dirigir la vista hacia el extremo izquierdo del sótano, mi cuarto de inmoralidad, me percato de que mi único espectador ha empezado a salir de su letargo.

No me hace falta acercarme para ver el miedo en su mirada. Me imagino que cualquiera entraría en pánico si nada más despertar se

diera cuenta de que no puede moverse y de que, además, está atado a una camilla fría de metal con solo unos calzoncillos puestos.

La parálisis temporal debería durar al menos otros quince minutos que a mi amigo Walter Hendricks le parecerán años, y es que el viaje de ketamina en el que se encuentra sumido ahora mismo no es muy agradable. Personalmente, nunca he comprendido la necesidad de colocarse ni por qué la gente está tan dispuesta a drogarse en busca de unas simples alucinaciones.

Decido dejar que Walter continúe retorciéndose en su pánico un poco más mientras el fármaco surte efecto y vuelvo a centrarme en el piano. He seguido tocando la pieza, pese a haber apartado la mirada, pero, como solía decir mi difunto maestro: «Si la música que interpretas no es capaz de consumir cada fibra de tu ser, ¿cómo esperas que les cale a otros?».

Puedo sentir su bastón atizándome en las manos; las tenues cicatrices que me hizo son prueba de su estricta enseñanza. A pesar de que han transcurrido años desde la última vez que mi profesor de piano me golpeó los nudillos, aún recuerdo cómo me resbalaba la sangre por la piel hasta manchar el instrumento. Al margen del dolor atroz, disfrutaba tocando con ella entre los dedos: me permitía deslizarlos por las teclas con más fluidez. Parecía lo correcto.

Cuando me concentro de nuevo en la pieza que estoy interpretando, me doy cuenta de que las siguientes partes no suenan como deberían. Alzo la vista hacia la partitura colocada en el atril y frunzo el ceño. Tras detenerme por completo, cojo el lápiz que llevo detrás de la oreja y borro unas cuantas notas.

Contemplo las líneas, ahora en blanco, y dejo que mis dedos serpenteen por las teclas, preguntándome cómo sonaba la música en mi mente cuando fui a por Walter en el exterior de aquel bar.

Notaba la calidez de la noche en la piel y podía percibir el penetrante olor a tabaco que se escapaba del interior del antro. El corazón me latía con calma mientras lo veía salir por la puerta trasera, con su traje negro arrugado por el desgaste del día y la miserable calidad del tejido.

Soy capaz de reconocer un traje mediocre a kilómetros de distancia, pero apuesto a que la gente de la que se había rodeado

en ese tugurio se pensaba que era de los caros. La simple idea me saca una risita de desdén.

En West Trinity Falls no sabrían distinguir un traje de diseño de una copia barata ni aunque la tela cobrara vida y les diera un guantazo en la cara. Dios, me siento sucio solo con pensar en poner un pie en ese pueblucho.

No siempre aguardo en las sombras cuando hago esto. A veces entro sin vacilar en el lugar donde está mi objetivo de esa noche, tomo asiento en una mesa y lo observo en silencio; o, si me apetece, lo conduzco hacia mi trampa con las palabras adecuadas. Sin embargo, esa vez me camuflé entre las sombras, en la penumbra de aquel callejón repugnante, esperando el momento perfecto.

Quiero que la música que brota del instrumento lo traduzca en sus notas. Quiero que cuente la historia sin palabras, en un movimiento lento y lírico que contraste con la primera composición que creé hace unos días; que se convierta en una pieza que me permita mostrar la belleza de mi interpretación.

Esta forma musical, la *caccia*, representa la caza. Debe reflejar a un depredador acechando a su presa, una víctima desprevenida que camina hacia su coche, ajena a todo peligro. Al principio, las notas han surgido despacio y han ido aumentando gradualmente, pero ahora necesito que adquieran más intensidad.

Quiero que las teclas canten el recuerdo de mi mano, enfundada en cuero, rodeándolo. Necesito escuchar en las notas cómo forcejeó contra mí justo antes de que le atravesara la piel con la aguja; cómo su cuerpo se vino abajo, debilitado por la droga, y se desplomó entre mis brazos. Lo fácil que me resultó llevármelo, la satisfacción que me produjo ser tan bueno en lo que hago.

Quiero revivir esos momentos, palparlos cada vez que seleccione el concierto de Walter de mi colección, y dejarme arrastrar por la fluidez de los sonidos hasta experimentar su tortura una y otra vez. Anhelo esa sensación que me provoca y que se desliza por mis venas corruptas.

Y, hasta que no logre transmitir esas emociones, no me moveré de esta banqueta. No pienso conformarme con algo que no sea

perfecto, aunque la frustración me esté carcomiendo por dentro.

«Tu padre ya habría acabado».

Una voz que detesto resuena en mi interior, me hace apretar el lápiz con fuerza y el material endeble cede bajo mi agarre.

Mi padre jamás habría sido capaz de ejecutar algo tan impresionante. Mataba a mujeres por capricho, se llevaba mechones de pelo de sus víctimas a modo de trofeo y carecía de creatividad. A mi lado, no es más que un donnadie.

Yo soy un artista, todo lo que él soñaba con ser y que nunca tuvo habilidad para lograr.

Oigo un gruñido de desesperación que me devuelve a la realidad. Henry Pierson es la última persona en la que me apetece pensar cuando estoy en mi sótano.

Respiro hondo y me llega el olor de la lejía que está hirviendo en la tina. La tengo colocada a propósito en una esquina junto al baño para que la limpieza resulte más sencilla, aunque lo bastante cerca para distinguir el ligero toque metálico que tanto me reconforta.

Contemplo la hoja frente a mí. Si no consigo dar con la combinación correcta, no lograré pasar a la fase final, y no puedo permitir que eso ocurra. Me niego a dejar una pieza sin acabar, otra vez no. Con una obra incompleta fue suficiente: no tengo intención de sumar ninguna más.

Sigo trabajando en silencio unos segundos más, escribo con cuidado unas notas nuevas que creo que encajarán mejor y empiezo a tocar desde el principio. Encadeno los signos con fluidez en la parte del puente y curvo los labios despacio en una sonrisa a medida que me aproximo al final de la canción.

Es un espectro de sonidos sombríos, redondos, oscuros y llenos de matices. Antes me parecían planos, pero ahora suenan justo como quiero. Son la materialización de un recuerdo perverso, vivo y palpitante que yo mismo he creado.

Los murmullos penosos y desconcertados de Walter se funden con las últimas notas de la canción. Un escalofrío me recorre la columna vertebral y, de pronto, me entra un hambre feroz. El aire se aquieta y la habitación se sumerge en un silencio absoluto.

La criatura pútrida que habita en mi interior emerge de su cueva

mostrando los dientes, preparada para darse un festín con el cuerpo que le he procurado. Cuando interrumpo el paseo de mis dedos sobre las teclas y el piano enmudece, doy por concluido el espectáculo.

Ya no tengo que aparentar nada. Por fin estoy en paz conmigo mismo y con lo que soy. Nunca me oculto, ni siquiera en público, pero es aquí abajo, en esta guarida siniestra que he construido, donde hallo la verdadera paz.

Impulsado por el hambre, me levanto de la banqueta, inclino la cabeza a izquierda y derecha y oigo un crujido satisfactorio. A continuación, acerco los dedos lentamente al puño de mi camisa de botones Tom Ford.

—Walter, creo que tu muerte será mi mejor obra hasta la fecha —musito mientras me remango con parsimonia y dejo al descubierto las venas violáceas que me trepan por los antebrazos.

Las drogas que le he inyectado en el cuello han perdido el suficiente efecto como para permitirle mantener los ojos abiertos y en alerta, aunque todavía no ha recuperado la movilidad de las extremidades. Los tacones de mis zapatos de cuero italiano resuenan sobre los azulejos rojos del suelo, que forman un mosaico de acabados brillantes y mate.

—¿Q-qué…? —balbucea, intentando que le respondan las cuerdas vocales—. ¿Qu-quién…?

—Ojalá se os ocurrieran preguntas más originales cuando recobráis la conciencia. —Pongo los ojos en blanco y rodeo la camilla de metal, que refleja la brillante luz de la lámpara del techo—. ¿Por qué todos sentís la necesidad de formular las mismas preguntas? ¿De verdad os tranquilizaría saber quién soy o qué estáis haciendo aquí?

Chasqueo la lengua y sacudo la cabeza mientras él sigue temblando y desmoronándose bajo las ataduras. Todas mis víctimas son iguales: personas débiles que piensan que saldrán de mi sótano con vida.

—¿Qué tal si te cuento otra cosa? —Cojo con cuidado la bandeja metálica en la que tengo todos mis juguetes favoritos colocados—. No me importa quién seas ni a qué te dediques, ibas a acabar aquí tarde o temprano, a mi merced. ¿Te brinda algo de consuelo

saberlo?

Rozo con las yemas de los dedos las hojas que he seleccionado para esta noche. Cualquier cazador bien adiestrado y hábil sabría apreciar mi colección. Los cuchillos de acero al carbono son una delicia para quien busque despellejar un ciervo u otra criatura cazada por deporte.

Un hormigueo me recorre el estómago. Si fuera capaz de sentir emociones, supongo que esto sería lo más parecido a la alegría. Tampoco tendría forma de saberlo con certeza: crecer siendo la personificación de una historia de fantasmas implica llevar una existencia solitaria.

Nací con la muerte pegada a mí como mi propia sombra.

La muerte —o una maldad pura, cuando menos— infestó el vientre de mi madre la noche en la que fui concebido. Algo perverso y monstruoso me dio forma y me vertió en las venas los instintos de un superdepredador y un apetito voraz por la sangre.

Nací siendo un psicópata, la muerte encarnada en un ser humano. El hombre del saco que se esconde bajo la cama, el que te hace echar el pestillo por las noches y aferrarte con fuerza a tus hijos.

No me importa lo que digan los psicólogos o los investigadores criminales al respecto. Todos los artículos y tesis doctorales aseguran que, según la genética, nadie está condenado a convertirse en un psicópata desde el vientre, sino que es algo que se aprende, se absorbe y se presencia. Aunque, por lo general, sea el primero en respaldar afirmaciones lógicas como esas, también soy la prueba viviente de lo contrario y, por lo tanto, sé que tales teorías son erróneas.

No obstante, comprendo que intenten tranquilizar a la gente. Resulta mucho menos aterrador creer que los seres humanos nacen puros e inocentes, que el amor y la amabilidad bastan para convertirlos en almas bondadosas. Bajo esa premisa, si todos los niños crecieran rodeados de cariño, podríamos erradicar por completo a los psicópatas y a los sociópatas.

Lo cierto es que nací así, con las herramientas perfectas para convertirme en un asesino, y resulta infinitamente más espantoso cuando sabes que no hay modo de luchar contra los que nacemos

con dicho impulso; que, pase lo que pase, por mucho amor que entregues, algunas personas están destinadas a segar vidas, cortar carne y hacer a otros sangrar.

¿De qué otra manera podría explicarse que fuera tan callado de niño? Mi abuela dice que la única ocasión en la que me ha oído llorar fue al llegar a este mundo, y que una vez que me limpiaron, me arroparon y me pusieron en los brazos de mi madre, no volví a hacer ni un ruido. ¿Cómo se explica si no que no sienta nada por nadie, ni siquiera por mí mismo? Mi lealtad es inigualable: haría casi cualquier cosa por quienes me rodean, aunque eso no significa, ni significará jamás, que me importen.

A mi familia le costó un poco asimilar la cruda realidad, pero, cuando mi abuelo me sorprendió en el jardín arrancándoles las patas a unos insectos y solo mostró un gesto de resignación, supe que por fin habían aceptado lo que era.

Una abominación, un monstruo, un asesino; aquello que mi padre, con tanta desesperación, había anhelado que fuera. A pesar de que sus enseñanzas y consejos parentales resultaron macabros, era el único que entendía mi verdadera esencia, aunque él fuera, en parte, la razón por la que he llegado hasta aquí.

Cuando entré en el instituto, ya me habían prohibido jugar con otros niños. Sus padres se quejaban de que mi presencia perturbaba las mentes de sus ingenuos críos.

Era extraño, diferente a los demás. Un estudiante excepcional dotado de una imaginación oscura, según los profesores. No había ninguna persona que no se sintiera incómoda conmigo, y sigue sin haberla, pero la verdad es que no me disgusta en absoluto que así sea.

—¿Qu-qué quieres? —tartamudea Walter. Por fin se ha acordado de cómo usar la voz, lo cual hace que esto se vuelva mucho más interesante, porque implica que sus gritos se oirán a la perfección—. ¿Qué cojones quieres?

Chasqueo la lengua, elijo uno de los cuchillos pequeños y lo hago girar entre los dedos.

—Recurriendo a palabras malsonantes no vas a ganarte mi simpatía.

Antes de concederle a Walter la atención que se merece, cojo el mando y le doy al botón de reproducir. Bach suena de repente a través de los altavoces y todo encaja en su lugar. Intento imaginarme dentro de diez años, cuando termine la carrera de Medicina, listo para abrir a alguien por un motivo muy distinto al que me guía ahora, vestido con un pijama quirúrgico y música clásica de fondo.

¿Sajar a alguien con la intención de salvarle la vida me dará la misma satisfacción que lo que me dispongo a hacer en este momento? ¿Abrirme paso entre la carne con fines médicos será suficiente para apaciguar este hábito insaciable?

No soy una persona muy optimista que digamos, así que lo dudo mucho.

Pongo la grabadora en marcha y, tras asegurarme dos veces de que la luz roja está encendida en la esquina superior derecha, la coloco en la bandeja. He aprendido de los errores que cometí en el pasado, cuando aún intentaba descubrir qué me complacía, cuál era mi rutina y mi modo de proceder. Después de haber presionado el botón equivocado con una de mis primeras víctimas, ahora siempre lo compruebo bien antes de comenzar, por si acaso.

¿Qué sería de un concierto sin orquesta, de un asesino sin los gritos de sus víctimas?

Una vez que empieza a sonar la *Lacrimosa* de Mozart, fijo la vista en el trozo de carne que yace sobre la mesa. Está sudando tanto que me pregunto si padece hiperhidrosis. Todavía no soy médico, pero he matado a seis personas por ahora y ninguna ha transpirado a estos niveles.

—Walter, ¿qué ha sido de esa figura de *quarterback* de la que tanto te gusta presumir? No podrías llevarte a nadie de paseo, mucho menos a un campeonato estatal.

Me detengo a observar su cuerpo medio desnudo. Tiene el pecho y el estómago cubiertos de pelos finos, una barriga prominente y la cara roja como un globo a punto de explotar. Me repugna. Es un desperdicio de espacio, y pensar que se veía reflejado en mí…

Él nunca podrá ser como yo. Nunca podrá hacer las cosas con el mismo grado de perfección que yo alcanzo. Unas semanas más y la

policía lo habría metido entre rejas para siempre. Conmigo, los federales tardarían una vida entera en percibir el más mínimo rastro de mi existencia.

—¿De qué me conoces? —pregunta entre jadeos, con la boca seca —. ¿Quieres dinero? Puedo…

—Por favor, no te humilles. No podrías permitirte sobornarme. — Extiendo los brazos y abarco el entorno que me rodea, desde los suelos diseñados a medida hasta la estatua exorbitantemente cara de la esquina. Este sótano, mi rincón de armonía, vale más de lo que la mayoría logra reunir en toda una vida—. Echa un vistazo a tu alrededor… ¿Acaso parece que necesite tu dinero?

Agarro el mango del cuchillo de caza, dirijo la punta hacia la cara de Walter y le deslizo el filo por la mejilla. La hoja afilada le rasura el vello áspero de la barba.

—No obstante, en honor a la poca humanidad que poseo, contestaré a tu primera pregunta.

La piel se me eriza al percatarme de lo sencillo que sería destriparlo como un cerdo y contemplar cómo le brota la sangre del estómago. Un simple movimiento de muñeca bastaría para acabar con su vida.

El poder me fluye por las venas. El control y el deseo se arremolinan en mi interior y me producen el éxtasis más puro y natural que alguien pueda experimentar. No existe ninguna sensación comparable a la de saber que su destino está en mis manos, que se encuentra a mi merced y que es patético y lamentable; inferior a mí en todos los aspectos. Por más que lo intente, nunca logrará ser como yo.

—Mierda —responde entre dientes—. Por favor, no lo hagas. Tengo una hija.

El impulso amenaza con apoderarse de mí. La abrumadora sensación que me provoca mi entorno es tan intensa que ni siquiera me había dado cuenta de que le he hundido la hoja en la mejilla con la suficiente fuerza como para hacerle sangre.

—Jessica, ¿verdad? —repongo. Tomo una bocanada de aire y le retiro el cuchillo de la cara—. Hará los quince en diciembre.

Los ojos se le abren de par en par, resplandecientes por el miedo

que lo consume y que a mí me inunda de calor. Quiero que muera asustado y temblando. Justo antes de dar su último aliento, sabrá cuál es el verdadero rostro de la muerte y a qué sabe el miedo en realidad.

—Ni se te ocurra tocarla —escupe, tratando de forcejear contra las ataduras que le cruzan el pecho.

No tiene ninguna posibilidad de soltarse. Aprendí a hacer nudos cuando era muy pequeño; fue una de las muchas cosas que mi padre me enseñó y que fui perfeccionando por mi cuenta. Además, el cóctel de sustancias que le he inyectado lo mantendrá parcialmente paralizado hasta que termine.

El hombre que me engendró era bueno en lo que hacía, pero yo soy aún mejor.

—Nunca lo haría. Los adolescentes, y los niños, en general, son más bien la presa de cierto grupo de cobardes. —Le dedico una sonrisa de condescendencia—. De gente como tú, ¿no, Walter?

Vuelvo a hacer girar la hoja entre mis dedos y centro toda mi atención en su mano. Le levanto el brazo, siento todo su peso, y examino cada línea y cicatriz mientras busco con los dedos enguantados el lugar perfecto para empezar.

—¿Qué? ¿Qué estás…?

—No me hagas perder el tiempo —le escupo con los dientes apretados a la vez que le doblo un dedo en un ángulo antinatural—. No soporto a los mentirosos, Walter. Yo que tú intentaría no empeorar la situación provocándome.

Ignoro sus gritos de dolor, le suelto el dedo regordete y procedo a colocarle el cuchillo sobre la punta del índice.

—¿Que de qué te conozco? —murmuro. Se me pone la piel de gallina conforme le atravieso las diferentes capas de piel con el filo y luego tiro hacia atrás despacio, asegurándome de que el corte sea preciso—. Te conozco porque crees que eres como yo. Dime, ¿quieres tanto a tu hija que por eso matas a otras chicas que se le parecen? ¿Es así como demuestras tu amor, Walter?

No estoy seguro de que me escuche por encima del sonido ensordecedor de los gritos que profiere a medida que el dolor se le extiende por todo el cuerpo. Por desgracia para él, las manos están

repletas de nervios, por lo que estará sintiendo cada centímetro de la hoja abriéndose paso a través de la carne.

La sangre brota de la herida como una fuente desbordada. Al derramarse sobre la mesa metálica, me dificulta la visión, pero noto cómo su piel cede ante el cuchillo. Mantengo la mano firme y no me tiembla ni una sola vez conforme le voy dejando los músculos y los huesos al descubierto.

Todos esos nervios sensibles, expuestos al aire frío de este sótano, deben de estar causándole un dolor inconmensurable. Desearía poder sentir lástima por él, pero no es así.

Sus exquisitos gritos de agonía me retumban en los oídos y hacen que me vibren los tímpanos. Es mejor que Bach; mejor que Mozart y Brahms. Este es mi estilo de música preferido.

—Sigue gritando —le digo, alzando la voz—. Solo yo puedo oírte, y lo único que estás consiguiendo es que quiera clavarte aún más la hoja.

Termino de desollarle el dedo índice y paso al siguiente, contemplando con admiración cómo sus ligamentos parecen ir a juego con los mosaicos del suelo. Las cuerdas tensas del tejido resistente y elástico resplandecen bajo la luz vibrante del techo.

Esto dista mucho de estudiar libros y diagramas. Nada se asemeja a observar la anatomía humana con tus propios ojos, percibir la sangre viscosa deslizándose por tus manos y el olor a hierro en el aire, sabiendo que tú eres el que inflige dolor y da muerte.

Me sumerjo en el proceso, en el deslumbrante derramamiento de sangre y en la matanza. Nací para esto: me dieron estos dedos ágiles y largos para torturar a los demás. Me criaron para matar.

Me quedo maravillado ante mi obra. Tiene la mano completamente desollada y en carne viva, con la piel colgando por encima y por debajo de la muñeca. Me río por lo bajo al pensar en lo mucho que me recuerda al plátano que he pelado esta mañana para desayunar. Nunca deja de asombrarme el aspecto del cuerpo humano en su estado natural.

—Eh, ni se te ocurra —digo, dándole una bofetada para espabilarlo mientras lo veo luchar por mantener los ojos abiertos—. Te quiero despierto. Háblame, antes te he hecho una pregunta: ¿matas a

chicas por el amor que sientes por tu hija o es porque en el fondo eres un puto degenerado y te pone tu propia sangre?

Las lágrimas se le escapan por las comisuras de los ojos y el cuerpo le tiembla sin control. No le queda rastro de color en la piel y sé que es porque está entrando en estado de *shock*. Ha perdido tanta sangre que le está pasando factura.

Aun así, debería resistir hasta que llegue al hombro antes de desangrarse del todo. Quizá, con suerte, siga consciente cuando empiece con la otra mano.

—Lo… —Un sollozo le quiebra la voz—. Lo siento. No pude evitarlo. No soy capaz de controlarlo. Lo siento.

Odio esta parte, pasa todas y cada una de las veces. Se disculpan por sus acciones, ponen excusas: «Estoy enfermo», «Necesito ayuda», «No puedo controlarlo». Todos mueren tratando de redimirse de sus crímenes, con la esperanza de que algún dios los perdone en sus últimos minutos para no pasar la eternidad en cualquiera que sea el infierno que creen que los aguarda.

Es patético.

—Me das asco —repongo distraído, hundiéndole el filo un poco más de la cuenta en el antebrazo.

Enseguida cambio el cuchillo por otro más grueso, uno de esos a los que los cazadores llaman gancho de tripa: un tipo especial de hoja cuyo lomo cuenta con un semicírculo afilado. Sujeto con él un trozo de piel expuesta, me deslizo bajo la última capa, justo por encima del músculo, y voy separando la carne del hueso.

La ira me nubla la vista.

—Más te vale sentirlo —escupo entre dientes—. No por lo que has hecho, sino por considerarte un buen asesino. No lo eres, Walter, ni por asomo. Se te da de pena. Solo eres un cobarde con traumas maternos.

Aunque mis palabras se vuelven cada vez más feroces, no me tiembla el pulso ni por un instante. Podría trocearlo como él hizo con todas aquellas chicas, pero eso no tendría ningún mérito ni tampoco me supondría esfuerzo alguno.

Se necesitan años de disciplina y práctica para mantener la calma y resistirse a las ansias de sangre que te incitan a acabar con una

vida. Eso sí que es maestría.

Aprendí a dominar el arte de matar siendo apenas un crío. ¿Cómo no iba a hacerlo? Cuando tu padre es un asesino en serie empeñado en que su nombre no caiga en el olvido, acabas siguiendo su ejemplo.

Si te cría un monstruo, te conviertes en un monstruo.

Mi padre mataba porque estaba furioso con las mujeres, no tenía autocontrol. En cambio, yo mato a otros asesinos. No porque me crea moralmente superior ni sienta la necesidad de salvar a la gente o hacer del mundo un lugar mejor.

No, no soy ningún justiciero en contra de aquellos con moralidad dudosa. Mato a otros asesinos en serie porque me encanta estar un paso por delante de todos ellos, sin excepción, y demostrarles, una y otra vez, que soy el mejor; que nadie mata como yo.

Mi padre aún busca apropiarse de mi legado y de lo que ha despertado en mí, porque eso es lo que hace Henry Pierson: adueñarse de los demás. Ahora que está entre rejas, yo soy la última esperanza que le queda de mantener viva su fama, y no pienso permitir que alguien que no está a mi altura se adueñe de nada mío. Nunca más.

—Pero esta noche, Walter —murmuro, observando cómo se desangra; no le queda mucho más tiempo entre los vivos—, vas a tener el privilegio de que te mate un asesino de verdad, el mejor que existe, y eso debería brindarte cierto consuelo.

Asciendo hasta la parte superior del brazo, le dejo el hombro al descubierto, cuando percibo el ruido que emiten sus pulmones. Me detengo en seco y lo miro a los ojos mientras me inclino sobre él para asegurarme de que mi cara sea lo último que vea antes de marcharse de este mundo.

La muerte lo alcanza, igual que una noche fría y fulminante. La vida se le escapa de los ojos delante de mí, como si la luz interna que los hacía resplandecer se hubiera fundido.

Y, así, mi cuenta asciende de seis a siete víctimas.

La euforia me fluye por las venas y un concierto de emociones me envuelve por completo. De las tonterías pueriles de mi padre he logrado forjar una técnica impecable: me he convertido en un

director de orquesta del miedo, un maestro del dolor. Compongo la melodía de la muerte.

A diferencia de lo que la gente cree, la sombra que me cobijó de niño no fue la que guio mis pasos. Porque yo nunca quise parecerme a mi padre, siempre quise ser mejor que él.

Y lo soy.

3
Una obsesión insana

Lyra

Todo el mundo sabe que las polillas se sienten atraídas por las llamas. Ya provengan de las bombillas resplandecientes de un porche o de las farolas altas y amarillentas colocadas a lo largo de la carretera, cientos de criaturas aladas se reúnen alrededor de los suaves rayos que emergen en la oscuridad de la noche.

Los insectos nocturnos han acumulado todo un acervo en torno a su existencia. Se guían por orientación transversal, manteniendo una fuente de luz constante en un punto fijo respecto a su cuerpo para saber por dónde avanzar. Esa luz es, por lo general, el resplandor de la luna, que actúa como su estrella polar, su brújula.

Sin embargo, lo más inquietante es que las polillas se dejan hechizar por la luz y persiguen su fulgor hasta consumirse en él, como una versión más melancólica de Romeo y Julieta. La atracción que sienten hacia el corazón de las llamas resulta mortal, pero nadie habla de ello.

A las parejas las comparan constantemente con las polillas y las llamas, atraídas la una por la otra, como si fueran imanes. Apuesto a que si supieran el motivo real, el símil perdería todo su encanto, al menos para la gente normal.

Las criaturas que se dejan hechizar por las luces brillantes acaban siendo devoradas por depredadores o muriendo abrasadas. No las mueve el amor ni ningún otro anhelo profundo: es la muerte lo que las cautiva. La polilla es consciente de que morirá si se aproxima demasiado a ese resplandor, pero acude a él de todos modos. Le es imposible resistirse, es una adicción.

Creo que eso lo hace todavía más romántico. Se arriesgan a morir

solo por acercarse y disfrutar de la luz unos segundos, pese a que la muerte las aguarde a la vuelta de la esquina.

Aunque casi todo el mundo conoce ese rasgo de las polillas, lo que muchos no saben es que ciertas especies de lepidópteros son incapaces de resistirse a los dulces fermentados; son su mayor debilidad. Cuando necesito recolectar ejemplares para algún proyecto, salgo con un tarro de plátanos mezclados con melaza y cerveza pasada. Después vierto un poco sobre los troncos de varios árboles y me limito a esperar.

La cantidad de bellezas aladas que acuden a saborear la mezcla es impresionante.

Quizá por eso las polillas son mi insecto favorito y me gustan tanto. Tenemos dos cosas muy importantes en común: nuestra pasión por lo dulce y nuestra obsesión por aquello que podría matarnos. Compartimos un corazón propenso a las adicciones, así es como lo definía mi madre.

Cuando me gusta algo, me gusta con todo mi ser. El órgano que me late en el pecho se transforma en una criatura ávida de las cosas que le apasionan o necesita. No soy capaz de experimentar emociones de forma moderada como los demás.

Mi corazón es un ente poderoso, según me explicó mi madre una vez antes de ir a la cama. Alberga tanta fuerza y amor que podría hundir ciudades e imperios. No sabe hacer otra cosa que no sea entregarse por completo a todo aquello que me brinda alegría.

Terminó diciéndome que era algo peligroso vivir con ello, pero también una bendición que debía tratar con sumo cuidado, pues pocas personas sabrían qué hacer con un corazón como el mío.

Yo, por supuesto, no entendía por qué podía ser peligroso entregarse con tal intensidad, sobre todo cuando las cosas que me brindaban alegría eran, en esencia, los dulces, los cuentos de hadas y las tormentas. ¿Qué daño podrían causarme ese tipo de cosas? Un par de caries y el pelo mojado a cambio de un poco de felicidad me parecía un precio razonable a pagar.

Ahora, a las cinco de la madrugada, no puedo evitar pensar en lo agotador que resulta tener un corazón como el mío. Mis brazos somnolientos y mis ojos cansados no están por la labor de participar

en lo que estamos a punto de hacer. Incluso mi cerebro está luchando desesperado por controlar la correa que envuelve el caprichoso órgano que habita en mi pecho.

«Tres horas más de sueño, Lyra. Tres horitas y luego podremos levantarnos de la cama y comernos uno de esos gofres de cereza negra que tanto te gustan en la cafetería de Tilly», trata de negociar, convencerme de sustituir una adicción por otra, pero mi cerebro es un ingenuo y ya debería saber que ni siquiera mis costillas son una jaula lo suficientemente fuerte como para mantenerme alejada de lo único que anhelo con todo mi ser.

Estaría dispuesta a no volver a comer más cerezas a cambio de estar junto a él una hora entera. No necesitaría más cuentos de hadas antes de dormir si pudiera inhalar su aroma.

No hay nada que me guste más que él, no existe otra persona en el mundo que me provoque tal nivel de adicción. Ni siquiera una vida repleta de todas mis cosas favoritas sería capaz de igualar un solo instante a su lado.

Así que sí, este corazón voluble y obsesivo me obliga a levantarme antes del alba, pero todo merece la pena por verlo, por sentir su energía, por estar cerca de él.

Salto a la pata coja por la carretera desierta mientras trato de calzarme bien el zapato, agradecida de que no haya ningún coche circulando que pueda presenciar mi maravillosa torpeza a medida que retomo el trote. Me he detenido solo un segundo para recuperar el aliento y examinar el estado de mi talón derecho.

Todo el mundo habla maravillas de ese increíble subidón que te da al correr, pero nadie dice nada de las puñeteras ampollas que te salen. Tras ponerme otra tirita en la herida de la parte trasera del pie y ajustarme el zapato, me pongo en marcha de nuevo.

Este verano he empezado a salir a correr por las mañanas. Nunca me ha gustado; siempre se me ha dado fatal. De hecho, cuando nos obligaban a correr en Educación Física, fingía estar mala o falsificaba una nota en la que mi familia de acogida informaba al instituto de que padecía asma.

Dicen que la única forma de mejorar en algo es practicándolo repetidas veces, así que, aunque odio esta sensación, eso es lo que

estoy intentando.

Después de lo que ocurrió en primavera, me cansé de ir por ahí sin aire, quedarme atrás y tener que esconderme por débil. No me había visto en la necesidad de correr de posibles depredadores hasta hace poco, y estos últimos meses he ejercitado músculos cuya existencia ignoraba por completo solo para sobrevivir.

También he descubierto que, aunque me duele salir de la cama todas las mañanas y los pulmones siempre me acaban ardiendo, el ruido de mis pisotones contra el suelo me ayuda a silenciar el flujo constante de pensamientos que me inunda y a calmar mi mente inquieta, que no conoce la rendición.

Ojalá pudiera decir que esas razones inofensivas y sensatas fueron las que me impulsaron a hacer ejercicio y que necesitaba despejarme o estar en mejor forma para huir de quienes quisieran hacerme daño; pero, por desgracia, estaría mintiendo.

Al echarle un vistazo al reloj que me compré específicamente para esto, me percato de que he llegado unos minutos antes de lo previsto, algo inaudito en mí. La pantalla táctil de mi muñeca también me indica que ya casi he completado los cuatro kilómetros que añadí a mi recorrido matutino para aparcar a una distancia segura y evitar que alguien reconociera mi coche.

Me desvío por un lateral de la carretera para evitar la entrada, que a veces está bastante concurrida, esquivando algunos árboles y deslizándome entre arbustos podados con esmero, antes de emerger junto al camino que serpentea por el arboreto del parque de Ponderosa Springs.

Los jardines botánicos se encuentran en pleno florecimiento y bañan de color los bordes de los estanques artificiales, dispuestos de manera estratégica alrededor del sendero circular de tres kilómetros y medio. Durante las mañanas de verano, el espacio se llena de residentes y visitantes, por lo que hay gente corriendo o caminando rápido mientras charlan y niños asomados al agua intentando observar la fauna.

Puedo oír el croar de las ranas y el dulce canto de los gorriones atravesando la niebla húmeda. Existen sitios peores en los que estar, a pesar de que aquí me paso todo el rato moviendo los brazos hasta

que me tiemblan como si fuesen de gelatina.

Me adentro con calma en el sendero pavimentado y me mezclo con los madrugadores que ya están allí y que, por suerte, no se han percatado de que acabo de salir de entre los árboles, aunque tampoco es que me resulte raro. Creo que me sorprendería más que alguien me hubiera visto que lo contrario.

Le echo un último vistazo al reloj y cuento hacia atrás desde sesenta en mi cabeza. La emoción me vibra en el estómago con tal intensidad que temo que se me empiece a notar por fuera. Al bajarme un poco más el gorro de lana, la tela se estira para mantenerme todo el pelo recogido dentro.

Vestirse con ropa de correr discreta es fácil, pero esconder la mata de rizos que me adorna la cabeza es harina de otro costal. Tengo que pasar desapercibida, mimetizarme con el entorno; algo que, a estas alturas, ya casi me sale de forma natural.

He perfeccionado tanto el arte de esconderme que es imposible que alguien me vea. Soy como un fantasma que merodea entre espacios, cruzando de una habitación a otra sin que nadie dirija apenas una mirada en su dirección.

Aunque eso está a punto de cambiar, pienso asegurarme de ello. Lo de hoy no formaba parte del plan, pero no he podido resistirme. Por mucho que acepte mis condiciones, seguiré sintiendo el deseo de observarlo cuando crea que está solo; seguiré queriendo ser la mirona que se oculta en los márgenes de su vida.

Esta noche lo cambiará todo entre nosotros, puedo sentirlo. Aun así, por ahora, no soy más que su fantasma y él, el chico al que me encanta atormentar.

Mis pies resuenan sobre el puente de madera arqueado y me fijo en cómo el agua bajo él yace cubierta por una capa fina de niebla. Justo cuando alcanzo la Cima y mi cuenta llega a dieciséis, siento su presencia. Aun si entrara en una habitación completamente a oscuras y con los oídos tapados, sería capaz de reconocerlo entre una multitud.

La oscuridad que desprende se adhiere a mí igual que una segunda piel; extingue toda luz y me envuelve en una red de negrura, pero no me intimida. Es reconfortante, como una mortaja

que me resguarda del frío glacial.

Los vellos de la nuca se me erizan y la piel de los brazos se me pone de gallina. Vislumbro la parte superior de su cabello rubio ceniza por la entrada sur, a pocos pasos de mí. Siento envidia de la soltura con la que corre y de la fluidez de sus movimientos, como si se deslizara por aguas mansas sin crear ni una sola ondulación.

El corazón me martillea las costillas, luchando por escapar e ir a su encuentro. «Anda, ¡hola! Ahí estás. Te he echado de menos. Amor mío, amor mío, amor mío», parece gritar con cada latido desbocado.

Y mi cerebro no tiene el valor de decirle que él jamás atenderá sus alaridos ni aceptará el amor que le ofrece con tanta generosidad. Su corazón nunca latirá por mí del modo que el mío late por él, porque se niega a reconocer que posea uno siquiera.

Pero eso no significa que vaya a darme por vencida. No cuando conozco la verdad y sé que, debajo de lo sombrío y lo macabro, hay un hombre capaz de mucho más de lo que él mismo se atreve a imaginar.

Se coloca delante del grupo con el que me he mezclado y así veo su espalda desnuda de forma directa. El pulso me retumba en el vientre mientras contemplo cómo se le contraen los músculos con cada pisada, resaltando las hendiduras y los ángulos como si estuvieran esculpidos en mármol.

La necesidad de tocarlo, de deslizar los dedos por los contornos de esos tendones definidos, es tan abrumadora que me tropiezo. No lo suficiente como para que alguien lo note, pero sí para recordarme que estoy en un lugar público.

Él es el que me impulsa a levantarme cada mañana.

Y es la razón por la que tardaba diez minutos de más en llegar al instituto, porque iba a propósito por el camino más largo solo para poder cruzarme con él. Es la razón por la que me quedé bajo la lluvia helada y pillé un resfriado, solo porque quería seguirlo hasta su casa después de las clases. Y también es la razón por la que, hace no tanto, casi me detienen tras haber entrado sin permiso en la propiedad de su familia y haber estado a punto de romperme el tobillo huyendo de uno de sus jardineros.

El hombre por el que haría absolutamente cualquier cosa. Mi más

oscura obsesión, esa a la que el adicto de mi corazón se niega a renunciar.

Se suponía que esto no iba a alargarse tanto, pero así empiezan todos los malos hábitos, ¿no? Con una idea inocente que se enquista y acaba convirtiéndose en una obsesión. Ha sido culpa mía, por creer que mi corazón sería capaz de renunciar a él después de haberle permitido probar el sabor de su presencia.

Mientras todos continuamos ejercitándonos en silencio, aprovecho para admirar la perfección de sus movimientos, y también su constancia con la rutina. El estricto horario al que se ciñe es el mismo día tras día, y en verano, cuando no tengo que preocuparme por los estudios ni las clases, yo también me ciño a él.

En teoría, es la persona más fácil de acechar del mundo: lleva siendo una criatura de costumbres desde que lo conozco. A pesar de que su rutina ha ido cambiando con el tiempo, sigue sin querer salirse de ella.

Por supuesto, también saco tiempo para otras actividades que me gustan. Voy a la biblioteca, me sumerjo en los libros, recolecto insectos nuevos, sigo con las reformas de mi cabaña y me pego maratones de mis series favoritas.

Soy una persona normal que hace cosas de lo más corrientes, lo cual creo que debería ser suficiente para contrarrestar esta peculiar obsesión que tengo, pero no. Al menos no a ojos de mis amigas ni de la sociedad.

Sé que está mal, que lo que hago es ilegal y se sale de la norma. Soy consciente de que resulta bastante retorcido que mi concepto de amor se base en guardar en una caja dentro de mi armario los objetos que a él se le van olvidando por ahí. Internet está lleno de teorías sobre por qué actúo así, pero el caso es que… me dan igual.

No me importan las consecuencias ni lo que piense la gente que no es capaz de comprender lo que él significa para mí, lo que somos el uno para el otro. No me hace falta que nadie juzgue mi moral solo porque al mundo le parezca que lo que hago es preocupante o denota una posesividad enfermiza por mi parte.

Toda la vida me han tratado como si fuera un bicho raro por no encajar en los estándares que le corresponden a una mujer en

Ponderosa Springs, así que, ya que iban a definirme como a la rarita del pueblo de todos modos, más me valía aceptarlo.

Lo que siento por Thatcher Alexander Pierson no tiene nada de malo. Es algo tan bonito, único y fuerte que la gente normal y corriente jamás sabría apreciarlo. La emoción que despierta en mí es el único sentimiento auténtico que me queda.

La noche en la que su padre, Henry, invadió mi casa y corrompió todo lo bueno que había en mí, mi mundo se hizo pedazos. Aquel hombre se encargó de desgarrar hasta el último ápice de bondad de mi alma con cada puñalada que le asestaba a mi madre.

Henry Pierson me dio tanto mi peor pesadilla como el regalo más dulce. Despertó en mí el impulso de matar y una profunda admiración por su hijo.

De pronto, me da un calambre en los muslos y recuerdo que aún me quedan otros cuatro kilómetros de vuelta al coche una vez que acabe, pero ignoro el dolor con alegría y mantengo la vista fija al frente.

Todo transcurre como de costumbre: él corre de espaldas a mí, ajeno a mi existencia, mientras yo observo cada centímetro de su piel cincelada. Y entonces ocurre algo inédito hasta este momento y el corazón me da un vuelco.

Llevaba la camiseta negra —que imagino que había pensado ponerse después de correr— enrollada y metida con esmero en la parte trasera de sus pantalones cortos, como siempre, pero, al girar una curva del sendero, se le ha escapado de la cinturilla y ha ido flotando en el aire, como las hojas que se desprenden de los árboles en otoño, hasta aterrizar sobre el suelo.

Echo un vistazo rápido a los demás, preguntándome si alguien más lo ha visto, y, cuando me aseguro de que los corredores que tengo cerca no se han dado cuenta de nada, tomo una decisión, sin pararme apenas a pensar en ello.

Dejo que el grupo me adelante y reduzco la velocidad para acercarme caminando al sitio donde yace la prenda olvidada. La figura de Thatcher va alejándose cada vez más y lanzo una mirada apresurada alrededor antes de agacharme sobre una rodilla.

A ojos de los transeúntes, solo estoy atándome los cordones. Nadie

puede ver cómo recojo la tela del suelo con dedos ágiles ni cómo me vibran las palmas de las manos al sentir el suave roce de la tela.

Con los pies doloridos, me dirijo a toda prisa hacia una zona cubierta de árboles a la derecha del sendero. Es lo bastante privada como para que nadie me vea, a menos que me busque expresamente, y si Thatcher vuelve a por su camiseta extraviada, no podrá dar conmigo.

Las ramas crujen bajo mis pasos y el sudor me resbala por la parte baja de la espalda a medida que voy adentrándome en el bosque, hasta que por fin llego a un lugar que me parece estar lo bastante apartado y a salvo de miradas curiosas.

Apoyo la espalda contra el tronco de un árbol cercano. La corteza se me clava en la piel y una oleada de alivio me recorre las plantas de los pies. El temblor que se ha apoderado de mis rodillas me recuerda que, de todos modos, necesitaba tomarme un descanso. El denso follaje que tengo delante me protege de la vista de cualquiera que camine por el parque.

Me paso unos cuantos minutos tratando de recobrar el aliento mientras deslizo los dedos por la tela de la camiseta para calmarme. Ni siquiera me doy cuenta de en qué momento he cerrado los ojos ni cuándo he empezado a acercarme la prenda a la nariz.

El aroma de su colonia se arremolina a mi alrededor en cuanto me presiono la camiseta negra de algodón contra el rostro y el olor que impregna el tejido me inunda las fosas nasales.

Acqua di Giò Absolu, de Giorgio Armani.

Lleva usando esa colonia desde los dieciséis, y su fragancia se quedó grabada en mi memoria la primera vez que la olí. Las notas de salida tienen una parte cítrica, como el aroma de la ropa recién secada y con un toque de limón, pero también se pueden percibir unas notas amaderadas, provenientes de alguna clase de especia terrosa que me recuerda al bosque después de la lluvia.

Huele a limpio y, al mismo tiempo, a un toque más intenso que encaja a la perfección con él.

El estómago se me retuerce y un latido sordo se me asienta entre los muslos al imaginármelo poniéndose esta camiseta por la mañana. Seguro que ha rebuscado con cuidado entre los cientos de

modelos similares que guarda en su cajón hasta elegirla. Y, como acostumbra a ducharse después de correr, el olor de su piel tras levantarse de la cama se ha quedado adherido a la tela.

Me aferro a ella con ambas manos y hundo los dedos en su suavidad mientras pienso en la firmeza de su cuerpo bajo el tejido de la camiseta. Por la noche, cuando estoy acurrucada en mi cama y sola, suelo hacer esto con el par de jerséis que he tomado prestados del armario de su habitación de la residencia sin que él lo sepa.

El hecho de encontrarme al aire libre, donde cualquiera podría verme, debería apagar mi deseo, pero solo contribuye a avivarlo aún más. Lo único en lo que puedo pensar es en la posibilidad de que él descubra que estoy aquí.

¿No se ha percatado de cómo la prenda se deslizaba de la cinturilla de los pantalones? Ni siquiera se ha girado para echar un vistazo; ha continuado avanzando sin detenerse. ¿Acaso era consciente de que yo estaba ahí y la ha dejado caer a propósito? ¿Se trata de algún tipo de regalo? ¿Sabe lo que hago con su ropa en las sombras de mi habitación?

Bajo la camiseta, arrastrándomela por el rostro, y me atrapo el labio inferior en el proceso. Rozo la tela con la lengua y la muerdo con delicadeza. Sigo tirando de ella hacia abajo y la presiono con fuerza contra la garganta y el pecho.

Sé que el tacto de Thatcher sería feroz y consistente justo donde debe y que me clavaría los dedos en la piel hasta hacerme sangre. Dios, lo que daría por sentir su cuerpo esbelto y firme contra el mío, dominándome mientras la lujuria más pura se le refleja en esos ojos azules como el hielo.

Me siento como un animal al frotarme su ropa con desesperación para marcar mi cuerpo con su olor, a la espera de que se me quede impregnado en la piel.

Deslizo la mano derecha bajo la parte delantera de mis pantalones cortos elásticos mientras que, con la otra, me vuelvo a pegar la tela contra el rostro para inhalar su aroma. Al rozar la zona más íntima de mi cuerpo con la yema de los dedos y percatarme de lo empapada que estoy, se me escapa un jadeo.

El escalofrío que me recorre el estómago hace que se me ponga la

piel de gallina. Tengo todo el cuerpo en tensión, ansioso por entregarse a su fantasía predilecta. El deseo es una emoción que rara vez experimento y, cuando lo hago, siempre se debe a él.

Lo deseo, a él por completo, incluso con esas partes de sí mismo que ahuyentan a los demás. Quiero liberar a los monstruos que alberga en su interior para que se entrelacen con los míos. Quiero sentir su cuerpo y que sean sus dedos los que me froten el clítoris con ferocidad hasta conducirme al orgasmo.

Solo de pensar en las cosas que permitiría que me hiciera y en la forma en que dejaría que me tocara se me tensa aún más el nudo que noto en el estómago. La excitación me nubla los sentidos al imaginármelo arrodillado ante mí mientras me hunde la punta de un cuchillo en el interior del muslo.

—Thatcher. —Pronuncio su nombre como si fuera una plegaria, fantaseando con el roce de su hoja en mi piel.

Sé que la única razón por la que toca a los demás es para cortarles la carne; los cuchillos son una extensión de sus manos, y yo dejaría que me cortara y me abriera con gusto. No me importaría en absoluto desangrarme por él.

Casi puedo sentir la sangre resbalándome por la pierna y la calidez de su boca acogiendo hasta la última gota carmesí que brota de mi herida. Lo veo lamiendo y limpiando la incisión con la lengua mientras clava sus ojos fríos en los míos.

El orgasmo se apodera de cada fibra de mi ser, me inunda sin previo aviso y me deja una última imagen grabada en la mente: la de Thatcher alzando la vista hacia mí con una sonrisa teñida de rojo por mi sangre a la vez que me agarra los muslos temblorosos.

El placer se me extiende por el cuerpo, me sacude entera y me alivia las extremidades resentidas tras el deporte.

Muerdo la tela de la camiseta y percibo el sabor especiado de su colonia en la lengua. Me arde la parte trasera de los muslos al inclinarme hacia mi mano en busca de más presión, más velocidad, más de él, más de todo.

Respiro de manera entrecortada por la boca y, cuando abro los ojos de golpe, la visión ha desaparecido. La adrenalina provocada por el clímax comienza a disiparse, como un globo desinflándose

lentamente.

Todo se desvanece. Las imágenes y la sensación que estaba persiguiendo desaparecen y me abrazo de nuevo a la soledad. Vuelvo a ser la chica que deambula de una habitación a otra sin que nadie repare en ella, un fantasma.

El fantasma que atormenta a la única persona que llegó a verla de verdad e hizo que se sintiera menos sola; la única por la que habría arrebatado una vida.

4
Un trato con la muerte

THATCHER

«Regla número doce de la guía de Henry para ser un buen asesino: Nunca llegues tarde». Un segundo de retraso significa estar veinte minutos más cerca de que te atrapen.

He modificado todas sus reglas para ajustarlas a mis necesidades, las he mejorado. Por lo general, se supone que los padres establecen unas normas básicas de convivencia que sus hijos deben seguir: ordenar la habitación, lavar los platos para que tu madre no tenga que hacerlo por ti, usar siempre condón…

Sin embargo, las únicas instrucciones que mi padre me dio de pequeño fueron para enseñarme a acabar con la vida de alguien de manera eficiente. Se aseguró de que cada regla se me quedara grabada a fuego, como si pudiera olvidar cómo se despedaza a alguien. Las memoricé todas, sin importar cuántas fueran ni lo absurdas que me parecieran.

Y ahora ya no tiene nada que enseñarme, de modo que me corresponde a mí pulirlas. Por ejemplo: «Regla número doce de la guía de Thatcher para ser un buen asesino: Nunca llegues tarde, a no ser que sea para hacerte de rogar».

No puedo cambiar el desafortunado hecho de que mi padre haya sido la raíz de todos mis retorcidos deseos. Una parte de mí siempre le pertenecerá; al fin y al cabo, fue el autor de la semilla malvada que contaminó cualquier bondad que mi madre hubiera podido transmitirme en el vientre.

Y, en vez de tratar de purgar esa oscuridad, se encargó de cultivarla como si fuera una más de sus preciadas rosas. Alimentó mi curiosidad por el cuerpo humano, me hizo ver la inmoralidad que

mancillaba mi alma y sacó de mi vida a toda persona que intentara establecer contacto conmigo.

Quería que estuviese aislado, solo, débil; que fuese como un trozo de arcilla intacto para que él pudiera moldearme a su antojo. Se esforzó en que fuera el único al que pudiese recurrir. No podía necesitar a nadie más que no fuera él.

Por eso, cuando conocí a los chicos, mantuve nuestra cercanía en secreto ante mi padre. De hecho, no permití que fueran a casa de mis abuelos hasta que lo arrestaron.

Tal vez por eso mi lealtad hacia ellos es tan profunda e importante para mí. Los he estado protegiendo de un monstruo sin preocuparme por las consecuencias porque sabía, incluso entonces, que eran como yo.

Bueno, más o menos, porque no hay nadie igual que yo.

Pero todos tienen esa semilla de corrupción en su interior, una oscuridad que no pueden controlar, y a mí me enseñaron de niño a dominar la mía. Me necesitan para mostrarles cómo reprimir esa hambre vil que los consume hasta que sea seguro liberarla.

El caos que habita en cada uno de nosotros no tiene por qué ser temerario. Puedo enseñarles a contenerlo y a convivir con él sin que los devore por completo.

Sigo la valla metálica que rodea la linde del bosque. El olor a sal me arde en los ojos y ya noto cómo la arena se me pega en el pelo. Cuando localizo en la verja una rendija que sé que ha sido obra de Rook, porque es el único que siempre se ha negado a aprender a controlarse, la abro un poco más y cruzo al otro lado, con cuidado de no engancharme la camiseta.

Para impedir que la gente se cuele cuando está cerrada, la entrada a Black Sands Cove está protegida por una cerca ridícula que nunca nos ha supuesto ningún impedimento a la hora de pasar, aunque hacía tiempo que no pisaba la playa. Estoy acostumbrado a observar este lugar desde la Cima, no a hacer cosas de turistas como tomar el sol o jugar en el agua, pero llevaba mucho sin verlos y habría sido de mala educación no venir.

Privar a alguien de mi presencia debería ser delito.

La hierba, que me llega hasta las rodillas, dará paso a la arena de

un momento a otro, y una brisa cálida me recorre los brazos expuestos. Al mirar hacia abajo, me percato de que tengo la piel de gallina y los vellos rubios erizados. Soy capaz de vislumbrarlos incluso en la oscuridad de la noche.

Me detengo en seco al oír el sutil sonido de unas pisadas cerca de mí. Por un segundo, pienso que se trata del grupo que va delante, pero enseguida comprendo que no es así. Porque los pasos, rápidos y nerviosos, provienen de atrás.

Sé lo que se siente al estar siendo acechado: la piel me pica y me dan ganas de ducharme. Soy plenamente consciente de que es ella y, cada vez que me observa, lo único que me apetece es frotarme el cuerpo hasta dejar de notar sus ojos sobre mí.

Su mirada me contamina. Me hace sentir igual de impuro por fuera que por dentro, y no es algo que me agrade, la verdad.

Es un acto cruel por mi parte permitir que siga alimentando esta obsesión enfermiza que tiene conmigo. Han pasado unos diez u once años desde que se convirtió en mi sombra y comenzó a seguirme en la oscuridad, convencida de que es tan invisible para el resto que ignoro su presencia.

Lo reconozco: hubo un par de veces que tardé en darme cuenta de que estaba ahí. Y ella lo sabía, porque, por muy rara que sea, no es tonta. Sabe cuándo soy consciente de su proximidad, de esos ojos enormes clavados en mí. Cada vez que voy andando hacia mi coche, estoy sentado en clase o incluso comiendo, ella me está vigilando a escondidas, curioseando a mi alrededor, admirando.

Aun así, jamás se lo he hecho saber. Nunca le he dicho que no es, ni por asomo, tan sigilosa como cree. No, al menos, hasta hace poco.

Una vez le ordené que se convirtiera en un fantasma, que desapareciera. No quería verla ni sentirla, ni siquiera oír su respiración. No necesitaba ningún recordatorio de mi único fracaso en la vida, la única persona a la que no he podido matar.

La pieza de música incompleta que lleva su nombre se encuentra en mis archivos. La carpeta que le corresponde está llena de hojas en blanco, pero, cuanto más crecemos y más se entromete en mi vida, más cerca estoy de poner fin a aquello que empecé hace

tantas noches.

—No sé si cada vez se te da peor esto o si siempre has sido así de descuidada y me das tan igual que hasta ahora lo había pasado por alto.

Sus pasos tambalean, como si se hubieran tropezado con el eco de mi voz. El efecto que provoco en mi querido fantasma consigue arrancarme una sonrisa de satisfacción.

—Yo…

Cualquier palabra que fuera a pronunciar se desvanece con el viento.

—¿Tú qué?

Al darme la vuelta, la veo a unos metros por delante de mí, con el rostro cubierto por unos cuantos mechones que el aire se ha encargado de revolverle aún más. Está de pie, en silencio, mordiéndose el interior de la mejilla como si allí se escondiera la respuesta a mi pregunta.

Los pantalones de cuadros azules oscuros y verdes combinados con el top negro de cuello *halter* que lleva me provocan escalofríos. No tengo problema con el negro y el azul marino, pero que como mínimo los conjunte bien, por el amor de Dios.

Todo en ella me resulta incomprensible. Bueno, salvo una cosa, lo único que tenemos en común: mi padre. Al margen de nuestras infancias entrelazadas en una red de sangre, no la comprendo en absoluto.

Hay ecuaciones irresolubles en el campo de la física que me parecen más lógicas que ella y ese estilo de vestir otoñal que insiste en llevar, por no hablar de la manía extraña que tiene de matar el tiempo cazando bichos. Hay gente que se considera un enigma y no le llegaría ni a la suela de los zapatos a Lyra Abbott.

O a Scarlett, la chica que fue antes de conocer a mi padre. Lyra es lo que quedó después de que él redujera su vida a pedazos.

—¿Tan nerviosa te pongo que no eres capaz ni de articular palabra?

Ladeo la cabeza. Me había olido que se mostraría así de tímida conmigo y que no me dirigiría nada más que un par de frases en voz baja.

—Quizá si no disfrutaras tanto oyéndote hablar a ti mismo y me dieras un segundo, podría responderte de manera adecuada.

No me pasa desapercibido el tono cortante de su voz. Por un instante, capto un destello de la chica audaz e intrépida que le rebanó el pescuezo a un hombre en mis narices. Porque sí: Lyra mató a alguien por mí, para salvarme.

Pero creo que fue tan solo una tapadera, una excusa de las grandes. Estoy seguro de que llevaba tiempo aguardando un momento como aquel, una oportunidad para liberar a la criatura que habita en su alma, al monstruo que mi padre engendró.

Lyra ansiaba matar con todas sus fuerzas. Yo simplemente estaba en el lugar perfecto y le di un motivo para hacerlo.

—Ah, ahí está —digo con un murmullo de aprobación y una sonrisa en los labios—. La chica que tanto te gusta esconder de los demás. Sabía que no me la había imaginado.

Traga saliva con dificultad y noto cómo se le contrae la garganta.

—No tengo nada que esconderles a mis amigas.

Me meto las manos en los bolsillos y acorto la distancia que nos separa mientras el viento arrastra su olor a cerezas hasta mí. Es tan denso, empalagoso y desconcertante que me produce náuseas.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿les has contado a Briar y a Sage lo que me pediste, lo que me suplicaste que hiciera? —susurro, inclinando la cabeza hacia su rostro.

Unos ojos enormes de un verde puro se alzan para mirarme. Son demasiado grandes para su rostro, y tan absorbentes que apenas me doy cuenta de cómo se desvían hacia mis labios. La mandíbula se me tensa y el estómago se me encoge. Si intentara besarme ahora mismo, le destrozaría los labios hasta hacerla sangrar.

—No te lo supliqué —musita—. Fuiste tú el que vino a buscarme al mausoleo, Thatcher, no al revés.

—No tergiverses las cosas, Lyra. Fui a buscarte para dar nuestra deuda por saldada. Yo te salvé una vez y tú me has devuelto el favor. Quería poner fin a esa manía que tienes de seguirme a todas partes —protesto con desdén, molesto por la falta de respeto con la que ha pronunciado mi nombre—. No habría hablado contigo si hubiera sabido que te me ibas a insinuar de esta forma.

El rubor se apodera de su rostro redondo, igual que cuando le revelé que conocía su secreto y que sabía que le gustaba observarme. Creí que se debía a nuestra historia; que, de algún modo, estaba esperando a salvarme igual que yo la había salvado a ella cuando era débil y joven y aún no comprendía mis habilidades.

Pero ha logrado sorprenderme.

—¿Has considerado al menos lo que te pedí?

—No —respondo de manera tajante, sin dar lugar a más preguntas, pese a que soy consciente de que es mentira.

En realidad, he pensado en ello más de lo que me gustaría y más de lo que debería, y no precisamente porque sea algo sobre lo que me guste reflexionar, sino porque no consigo sacármelo de la cabeza. No ha parado de rondarme como una mosca cojonera.

Sus ojos color jade centellean de ira y, en vez de dejarla salir, la reprime. Seguro que lleva toda la vida conteniendo ese lado salvaje y agresivo por miedo a lo que pudiese ocurrir si diera rienda suelta a las partes más oscuras de su ser.

Aunque la verdad es que ni es mi problema ni me importa.

—No voy a contárselo a nadie, si es eso lo que te preocupa —insiste ella, tratando de colocarse los mechones detrás de la oreja, pero los rizos indómitos no tardan en volver a cubrirle el lado de la cara—. Si me enseñas, te prometo que no abriré la boca. Se me da bien guardar secretos y pasar inadvertida.

—La única razón por la que no he reparado en tu presencia es porque preferí no hacerlo, no porque seas buena espiándome. —La barbilla le tiembla ante mi tono, lo que me empuja a seguir y aviva mis ganas de abrirla en canal—. Para mí, no existes ni has existido nunca.

A pesar de saber con certeza que mis palabras le han sentado como un jarro de agua fría, no se rinde, lo cual me impresiona y me irrita al mismo tiempo.

—Aprendo rápido. No necesitaría nada más que un par de clases y algunos consejos. Es lo único que pido. Es que… —se retuerce las manos— necesito ayuda para lidiar con… esto.

Me río con desprecio.

—¿Un par de clases? ¿De verdad crees que con eso basta para ser

como yo? Tardé años en perfeccionar mi técnica. Años que no pienso desperdiciar en alguien que no es capaz ni de aceptar lo que lleva dentro. Ni siquiera te atreves a decirlo en voz alta, ¿a que no?

Alza la cabeza y se encuentra con mi mirada cortante. Sus enormes ojos rebosan una variedad de emociones que, por suerte, jamás he tenido que experimentar.

¿Cuántas veces habrá contemplado su reflejo y se habrá estremecido al reconocer lo que su piel esconde ante el resto? ¿Cuántas veces habrá tratado de convencerse de que la noche en la que asesinaron a su madre no brotó algo malvado en su interior?

—¿Qué esperas que admita? —contesta—. Dime qué tengo que decir para que me enseñes y lo haré, Thatcher.

Algo hierve dentro de mí. Algo tóxico e impuro; caliente, pegajoso y sucio. Algo que no debería estar en mi organismo. Me recorre las venas como un fuego blanco solo de verla suplicándome, inclinándose ante mí.

Una ira que nunca había sentido me quema la sangre.

«No, no, no. Tú eres el que manda aquí. No puede influirte de esta manera. La gente no provoca ningún efecto en ti, Thatcher Pierson».

Doy un paso atrás para alejarme de ella, y luego otro, hasta que ya no percibo su aroma a cerezas. Echo un vistazo al reloj y la miro con hastío.

—No pienso enseñarte cómo ser una asesina porque no eres capaz de asumir que ya lo eres. Torpe, inexperta e impulsiva, pero lo eres. Y, ahora sí, doy por terminada esta conversación. —Me giro—. Para siempre.

Ya puedo continuar con mi vida tal y como era antes, ignorarla por completo y borrar hasta su existencia de mi mente. Ella puede continuar con sus jueguecitos si quiere; yo me niego a seguir regalándole la atención que tanto busca.

—¡Me lo debes! Tu padre es la razón por la que… —me grita, más alto que nunca—, por la que estoy hecha un lío y podrida por dentro. Me debes al menos este favor, Thatcher. Por favor, enséñame a vivir con esto.

Los principios que rigen mi vida son simples: respetar mi rutina, mantener el control, matar. Eso es todo, no existe nada más. Con

esas tres palabras, sin embargo, ha logrado resquebrajar uno de ellos.

¿Que se lo debo?

El control se me escapa de las manos bajo el peso de tal afirmación.

—¿Que te lo debo? —le digo con una calma inusitada.

Me vuelvo de nuevo hacia ella y avanzo entre la maleza hasta invadir su espacio personal, de modo que el olor a cerezas me invade una vez más.

Me he acercado tan rápido que se tambalea al dar un paso hacia atrás y tengo que agarrarla del brazo. Enrosco mis pálidos dedos alrededor de su bíceps blando y débil, y, cuando se los hundo un poco, se le escapa un gemido breve e incoherente.

Podría hacerle lo que quisiera ahora mismo y ella no opondría resistencia alguna.

Tocar a la gente de esta forma me revuelve el estómago, pero tocarla a ella hace que quiera arrancarme la piel a tiras y meterla en la lavadora. Entrecierro los ojos y le lanzo una mirada tan cargada de odio que veo cómo su cuerpo se aleja de mí.

—No te debo una puta mierda, Scarlett —replico entre dientes, casi escupiéndole las palabras en la cara—. Si tanto te apetece aprender a matar a la gente, ve a hacerle una visita al centro penitenciario de Rimond. Él es quien te lo debe, no yo. No eres mi problema. —Separo las últimas sílabas y le aprieto aún más el brazo con cada pausa, hasta tal punto que puedo notar su húmero bajo mis dedos —. Ahora sal de mi vista antes de que te parta el cuello.

Al oír el grito ahogado que emite, imagino que debo estar haciéndole daño, que teme por su vida o que está desesperada por huir de mí, pero no intenta zafarse de mi agarre. Permanece completamente inmóvil, imperturbable; sin un ápice de miedo hacia mí.

—Tú… —Le tiembla el labio inferior—. Tú no dices tacos, nunca.

Aprieto los dientes con tal fuerza que, si acabo rompiéndome uno por culpa de Lyra Abbott, voy a cabrearme de verdad. ¿Eso es lo único con lo que se ha quedado? ¿En serio? ¿Qué le pasa a…?

La espalda se me endereza de golpe.

Yo no suelto palabrotas, no es típico de mí. No pierdo los nervios ni exploto de ese modo. Soy una persona calculadora que siempre mantiene el control.

He diseccionado cuerpos humanos y he escuchado a hombres suplicando por su vida. No será ella la razón por la que comience a perder el control. Me niego a permitírselo.

Le retiro la mano de golpe; le he dejado marcas rojas ahí donde he puesto los dedos encima. Me apresuro a limpiarme en la camisa, como si así pudiera desprenderme de la sensación de haberla tocado.

Quiero apartarme de ella.

Quiero que se vaya lejos, muy lejos de mí.

Quiero…

Me giro sin mediar más palabra, decidido a poner la mayor distancia posible entre nosotros. Solo necesito unos segundos para recuperar el control y que todo vuelva a su cauce.

Nunca debería haberme hablado. Nunca debería haber ido a buscarla.

Respiro hondo, me ajusto la correa del reloj y me sacudo el polvo imaginario que me ensucia la camisa negra. El simple hecho de participar en una actividad que no me permite llevar traje me parece una auténtica tragedia.

Conforme avanzo, distingo la parte trasera del pelo oscuro de Alistair a escasos metros de distancia, una distracción que agradezco.

—¿Y si gano al pillapilla esta noche? —dice a toda prisa corriendo tras de mí, y el sonido de sus pasos me retumba en los oídos—. Si gano esta noche, tendrás que enseñarme a matar, a vivir con lo que hizo tu padre.

Por el amor de…

Un momento.

—¿Y qué obtengo yo si no lo consigues? —pregunto, aminorando el paso hasta detenerme, sin apartar la vista del grupo que nos espera más adelante.

Ella se detiene a mi espalda con la respiración entrecortada.

—¿Qué?

Los labios se me curvan en una sonrisa felina mientras me giro despacio.

—La cuestión más importante es qué obtengo yo si pierdes.

Me mira con el ceño fruncido y las cejas temblorosas.

—Ah, creía que era evidente. No volveré a pedírtelo y te dejaré en paz. Pararé de… —Se interrumpe—. Te dejaré en paz.

Alzo una ceja, chasqueo la lengua y una risa perversa me sacude el pecho.

—Piensas continuar siguiéndome a todos lados como si fueras mi mascotita, ¿verdad?

Si se empeña en hacerme notar su presencia, entonces tendré que ocuparme de este asunto como debería haberlo hecho desde el principio.

El viento le pega el pelo a la cara mientras las oscuras olas rompen contra la orilla. Da la impresión de que las aguas negras van a engullirla entera si me descuido.

—No soy ninguna mascota —murmura sin mucha convicción—. Es que me resultas fascinante, nada más.

No se lo cree ni ella. Casi puedo saborear la mentira en sus labios.

—Bienvenida al club. Todo el mundo me encuentra fascinante.

Hunde los hombros y veo cómo se dispone a replicar, pero decido tener un poco de compasión con ella y aceptar su juego.

—No quiero que me dejes en paz, Lyra Abbott.

Lo digo en un tono suave, como el que uso cuando quiero manipular a mi antojo a aquellos que se creen superiores a mí por ostentar alguna clase de poder. Algún día, seré un político extraordinario.

Estoy repleto de motivaciones corruptas y he aprendido a camuflarme con maestría. Puedo imitar prácticamente cualquier emoción. Tendré al Congreso comiendo de mi mano más pronto que tarde.

Me convertiré en el hombre que mi padre nunca logró ser.

—¿Y qué quieres?

La esperanza le ilumina la mirada y el brillo de la luna se le refleja justo en los iris. Un cosquilleo de emoción me atraviesa el estómago al ser consciente de que voy a arrebatarles todo atisbo de luz a esos

preciosos ojos color jade. Haré trizas todas y cada una de las fantasías perversas que se ha construido a mi alrededor y acabaré con esa manía de seguirme allá donde vaya.

Porque, por muy intensa que sea la obsesión que tiene conmigo, mi sed de sangre lo es aún más.

—Te quiero muerta.

5
En algún lugar del bosque

Lyra

Un rayo quiebra la oscuridad del cielo y baña con su resplandor lila nuestras manos extendidas, donde reposa un pacto en la yema de nuestros dedos. El viento aúlla entre ambos, enredándome los rizos en la cara, y el olor a agua salada me llena las fosas nasales.

—Espero que te merezca la pena arriesgar la vida por este trato, mascota.

Me suelta la mano justo cuando el rugido de un trueno retumba más allá de las nubes. Ese estruendo sella nuestro acuerdo y condena mi destino. Ya no hay vuelta atrás.

Thatcher se mete las manos en los bolsillos antes de alejarse de mí y dirigirse hacia nuestro grupo de amigos, que nos espera un poco más abajo en la playa. Yo me detengo un instante para asimilar lo que acabo de hacer.

No tengo ninguna posibilidad de vencerle. He estado a punto de escupir los pulmones con la caminata de kilómetro y medio que hay entre los árboles hasta llegar a Black Sands Cove. Está claro que no voy a poder huir de él lo bastante rápido en el pillapilla. Además, la niebla que se extiende por el bosque a mi espalda va a reducir la visibilidad durante el juego, por lo que estaré cegata y corriendo a duras penas mientras trato de salir con vida de aquí, literalmente.

Respiro hondo y avanzo por la playa, embarrada por la lluvia y la marea alta. En realidad, no me queda otra opción: convivir con impulsos homicidas que no sé cómo controlar es peor que la muerte. Esta es mi única oportunidad de tener una vida normal.

Tengo que ganar. Necesito que me instruya, que me enseñe cómo es capaz de soportar lo que su padre hizo de él, porque mi cordura

pende de un hilo cada vez más fino.

Hace tres meses, cuando maté a aquel detective en la casa de Sage para salvarle la vida a Thatcher, desperté algo que llevaba demasiado tiempo dormido en mi interior. Me he pasado años viviendo con esta enfermedad carcomiéndome el alma. Al mirarme en el espejo, la veía acurrucada en un rincón oscuro, mostrándome las garras de vez en cuando.

Pero ahora está despierta, siseando, con un apetito que no sé cómo saciar.

Me gustó matar a aquel hombre, sentir la calidez de su sangre recorriéndome el brazo en oleadas carmesí, presenciar cómo se retorcía y se atragantaba en el suelo justo antes de exhalar su último aliento.

No debería sentirme así, lo sé. Es inmoral e inaceptable, aunque no puedo evitarlo. Si pudiera extirparme ese ser monstruoso, lo haría, pero no sé cómo, y tampoco sé cómo vivir con ello.

Thatcher Alexander Pierson es mi única esperanza de salvación y mi condena.

Entre nosotros nunca ha habido un punto medio, siempre hemos sido blanco y negro. Como el yin y el yang, la luz y la oscuridad. En reposo o en movimiento, entre líneas difusas y caricias sangrientas.

Somos dos espíritus de origen maldito, creados a partir de la misma semilla perversa, condenados a no juntarse y, aun así, me es imposible apartarme de él. Acecharlo entre las sombras ya no me basta para contener lo que habita en mi interior.

Necesito que me vea.

—Si eres el único que lleva reloj, ¿cómo cojones te las has apañado para ser también el único de nosotros que ha llegado tarde, Thatch?

La voz explosiva de Rook Van Doren casi me hace sonreír. Si las circunstancias no fueran tan graves, incluso me habría reído.

—Prefería dármelas de misterioso —replica con calma—. Además, no soy el único que no ha llegado a la hora acordada.

Rook se limita a sonreír y se acerca a su amigo.

—Yo también te he echado de menos, capullo.

Thatcher resopla con desdén y deja que Rook le dé un apretón en

el hombro a modo de saludo. Es lo más parecido a un abrazo que podrán obtener de Thatch, y lo saben. Alistair aprovecha ese momento para reunirse con ellos mientras yo me aproximo un poco más al grupo y atisbo a las dos personas que más me importan en el mundo.

—¿Esto cuenta como reunión de las Lobas Solitarias? —Las saludo con una sonrisa de oreja a oreja.

Sage y Briar se abalanzan sobre mí a la vez para envolverme en un abrazo muy necesario. Las tres hemos pasado por algo imposible de describir y seguimos teniendo que lidiar con los recuerdos que nos atormentan, además de un trauma devastador que permanecerá grabado para siempre en nuestras almas.

Nos hemos enfrentado a los problemas y huido de ellos de la mano; hemos escapado de un destino mortal y encarado juntas el mal que se esconde en Ponderosa Springs. Todo lo que hemos compartido contribuyó a forjar un vínculo inquebrantable entre nosotras; uno similar al tungsteno, capaz de resistir el desgaste del tiempo y cualquier cambio durante toda una vida.

Nuestra Sociedad de las Lobas Solitarias está vagamente inspirada en *El club de los poetas muertos*, un libro que mi madre me leyó más veces de las que puedo recordar y una película que me sé de memoria. Aunque nunca he sido poeta ni escritora, anhelaba tener un grupo íntimo de amigas con quienes compartir pasiones, sueños y secretos que el resto del mundo desconociera. En definitiva, chicas con las que pudiera ser yo misma sin miedo a hacer el ridículo y a las que acabase llevando en el corazón durante muchos años.

Cuando conocí a Briar y a Sage, lo encontré. Ellas también habían experimentado las adversidades de la vida y no cumplían con los estándares de la sociedad. Eran como aquellas personas que deambulan por los márgenes, abandonadas y solas, sin un sitio al que llamar hogar ni una familia a la que pertenecer, y buscaban ser aceptadas por los demás con desesperación.

No importó que fuéramos diametralmente opuestas, tanto en carácter como en apariencia, pese a que, de no haberse dado ciertas circunstancias, tal vez jamás nos habríamos dirigido la palabra.

Si Briar Lowell no hubiera accedido a venir a Hollow Heights, no

me habría cruzado en su camino. Podría haber pedido un cambio de compañera al ver los bichos muertos colgados en vitrinas en la pared o el desorden de mi lado de la habitación, pero no lo hizo.

Vio algo en mí, al igual que yo vi algo en ella. Reconocí a la persona que siempre había aspirado a ser: inteligente, tenaz y resiliente. No había permitido que su educación corrompiera la bondad que llevaba dentro. Se había servido de las habilidades que le enseñaron de niña para abrirse camino en la vida, y no hay nadie a quien admire más por ello.

Por otro lado, sé con certeza que nunca habría puesto un pie en la casa de Sage Donahue en el instituto. La reina de las máscaras, una chica forjada en fuego y acero por los abusos que había sufrido.

Era la animadora cruel, con una elegancia y belleza despampanantes, aunque ahora soy consciente de que tan solo se trataba de uno de los muchos papeles que tuvo que interpretar para proteger a la chica que hoy conozco: una persona atenta, apasionada y que defiende a muerte a aquellos a quienes quiere. Es mucho más de lo que otros dicen sobre ella y de lo que su padre la obligó a ser. Sage es increíble.

—Podrías haberte venido con nosotros —me murmura Briar contra el hombro—. Te dije que vinieras. Mi madre se puso triste de narices por no haber podido conocerte.

—Alistair y tú necesitabais estar a solas, no quería entrometerme.

Inhalo sus aromas, con los que tanto he llegado a familiarizarme, y, si no fuera por el miedo a lo que está por venir, siento que podría ponerme a llorar de felicidad.

—¡Le habría dado igual! —Se aparta y clava los ojos en los míos—. Aunque no te lo diga, le caes bien. Ya no te dedica esa mirada de «odio a todo el mundo», y eso es un logro. Mucho más de lo que ha conseguido esta —añade, dándole un empujoncito a Sage con la cadera mientras esboza una ligera sonrisa.

La aludida deja escapar un gemido a modo de queja y se echa el pelo rubio fresa por encima del hombro.

—No se le va a olvidar en la vida. ¡Fuiste tú quien insistió en ir allí aquella noche!

—Se le pasará. Es que es un cascarrabias. No lleva bien que le

hagan daño a su cariñito y esas cosas.

Mi broma les saca una carcajada a ambas. Reencontrarme con ellas y ponernos al día es lo que hace que la espera valga la pena. Las dos me ofrecieron que las acompañara en sus respectivas vacaciones, pero me negué. No porque no quisiera ir, sino porque sabía que necesitaban tiempo para asimilar esta nueva vida, las consecuencias a las que habremos de enfrentarnos y el futuro que nos aguarda.

Todos lo necesitábamos.

—¿Qué tal la costa? ¿Te has cansado ya de Rook? —le pregunta Briar a Sage, que sonríe y aparta la vista de nosotras.

Sigo su mirada y descubro que está observando al moreno que se encuentra a pocos metros y que tiene los brazos apoyados con despreocupación sobre los hombros de sus dos amigos. Thatcher y Alistair dan la impresión de preferir la muerte antes que el contacto humano, aunque le permiten quedarse así.

Una amplia sonrisa le ilumina el rostro mientras se ríe de algo, lo que provoca que ambos chicos a su lado le correspondan el gesto o bien sacudan la cabeza. Puede que no entienda los mecanismos internos de su grupo, pero Rook es la chispa que impide que decaiga el ánimo, el que utiliza las bromas para aliviar el dolor e ilumina toda una habitación con su risa. Es el faro de los chicos, y también el de Sage, porque la ha sacado de la oscuridad en la que se encontraba sumida. Por eso, el amor con el que lo mira me produce una punzada de anhelo en el pecho.

Amar y ser amado; de manera vehemente, apasionada, con toda el alma. Eso es lo único que quiere en realidad todo el mundo.

Bueno, o casi todo el mundo.

Desvío los ojos hacia Thatcher solo un segundo y vuelvo a centrarme en mis amigas.

—No creo que sea posible cansarse de él. Puede que a veces me den ganas de matarlo, pero no estoy cansada de él.

—Te estoy escuchando hablar de mí, cielo. Que no se te olvide hablarles del *piercing* que te has hecho en San Diego —grita Rook, con alegría y un toque de deseo en la voz.

Sage entrecierra los ojos y le hace una peineta con el dedo antes

de dirigirse de nuevo a nosotras.

—Olvidadlo. Me retracto de todo lo que acabo de decir.

Nos reímos y seguimos charlando, hasta que Thatcher eleva la voz lo suficiente para que lo escuchemos, como si reclamara nuestra atención.

—¿Por qué estáis los dos tan pesados? Ya os he dicho que estaba ocupado. Además, no he sido el único que ha llegado tarde. ¿Por qué no le preguntáis a vuestra querida reina de los bichos qué la ha retrasado a ella?

Al girar la cabeza en mi dirección, deslizan la mirada hacia mí.

Puedo leer la intriga que se les refleja en el rostro. La curiosidad es un atributo que tenemos en común. Todos parecen decir: «¿Dónde te habías metido?».

Hago un gesto torpe con la mano para restarle importancia, incómoda con el hecho de sentir tantos ojos puestos sobre mí.

—Perdón, estaba terminando un proyecto.

—¿Con Conner Godfrey? —inquiere Alistair con una ceja alzada, retándome a mentirle.

Cada vez que me mira, me siento como si fuese una alumna de instituto a la que acaban de pedirle que acuda al despacho del director.

—Es solo un amigo, un profesor —respondo, lanzando una mirada cautelosa a todos los ojos que me escrutan—. Me ha estado ayudando este verano a aumentar mi colección y a identificar especies.

—Sí, y cuando no está contigo, se dedica a ayudar a Stephen Sinclair a secuestrar y traficar con chicas.

Rook tensa la mandíbula y observo cómo Sage se acerca, entrelaza su brazo con el suyo y se pega a él.

—Todavía no lo sabemos, Van Doren.

—Por favor, ¿quién va a ser si no? Le falta llevar un letrero que diga: «Me van las movidas raras e ilegales». Ningún miembro de esa puta familia es de fiar. Seguro que están todos metidos en el ajo.

Alistair pone los ojos en blanco, aunque no se muestra en desacuerdo.

—Tampoco podemos aparecer sin previo aviso haciendo ese tipo de

preguntas. Aunque ahora mismo no estemos en el punto de mira de la poli, no somos intocables, y meternos con la familia Sinclair sería pedir a gritos que nos arresten.

—No seremos intocables, pero sí los reyes del sudapollismo —repone Rook con una sonrisa radiante.

—Esa palabra ni siquiera existe —escupe Thatcher en un tono irritado.

—No le quita verdad a lo que he dicho —le responde con un encogimiento de hombros, impasible ante la actitud de su amigo.

—No he visto nada sospechoso en su comportamiento. Ha sido… eh, bastante majo conmigo, agradable. —Me aclaro la garganta—. Si estuviera involucrado, ¿no creéis que ya me habría secuestrado? Quiero decir, soy el objetivo perfecto. No tengo familia que me busque y tampoco es que goce de gran popularidad. La gente ni siquiera se daría cuenta de que he desaparecido.

La cruda realidad de esa afirmación debería molestarme, porque nadie se preocuparía si faltara a clase. Para este pueblo y para quienes viven en él, no soy más que un fantasma. Nadie me echaría en falta.

Sin embargo, es un hecho que asumí mucho antes de enterarme de la existencia de la Aureola, una red de trata de personas ubicada justo en el corazón de Ponderosa Springs. La misma organización con la que el padre de Sage llegó a negociar y que le arrebató la vida a su hija, la hermana gemela de mi amiga.

Algo que ninguno de nosotros esperaba descubrir cuando empezó todo esto.

—Lyra… —comienza a decir Briar, pero Thatcher la interrumpe.

—Exacto. Nadie se percataría de que has desaparecido.

Thatcher clava la vista en mí y observo cómo el azul intenso de sus ojos centellea con acritud. Dioses, destila tanta frialdad que me siento como si fuera a hundirme en las aguas de Alaska ante el más mínimo paso en falso.

—Pero tus amigas, que se están acostando con un Caldwell y un Van Doren, se darían cuenta, lo cual te convierte en el peor objetivo posible. A quienquiera que se encuentre al mando de la Aureola no le conviene tener a los hijos de las familias fundadoras como

enemigos. Eso ya lo hemos dejado bien claro, ¿o no?

—Que Conner…

—Deja de decir su nombre —me corta Thatcher, con sus dientes blancos reluciendo bajo la luz de la luna, sin permitirme acabar la frase—. No es nuestro aliado ni es amigo tuyo. Que no se te olvide de qué parte estás, Lyra.

Un silencio denso y pesado se instala entre todos nosotros y me roba el aire. Sé que tiene razón: ser amable con Conner Godfrey es igual que serlo con Stephen Sinclair, el decano de Hollow Heights. Ambos son amigos.

Por más que quiera creer que no está metido en esos asuntos, si algo he aprendido es que, en esta parte de Oregón, no se puede confiar en nadie. Todo el mundo guarda algún secreto oscuro bajo llave.

—Solo intentamos asegurarnos de que estés a salvo. Después de lo que les pasó a Rosemary y a todas esas chicas desaparecidas, tenemos que cuidarnos las unas a las otras —interviene Briar con ternura.

Extiende el brazo para agarrarme de la muñeca y me atrae hacia ella, lejos de la mirada dura y fría de Thatcher. Siempre actúa como un escudo entre ambos, sin darse cuenta de que no quiero que me proteja de él, porque soy yo la que lo busca.

Antes le he mentido al decir que no les ocultaba nada a mis amigas, porque les he escondido mi obsesión por él, a ellas y a todos. Thatcher es mi mayor secreto.

Mi primer día de sexto fue casi al final del año escolar, de modo que pasé enseguida a secundaria. Me acababan de trasladar a un hogar de acogida en Ponderosa Springs tras haber pasado dos años fuera, y aún no me había olvidado de él.

Su rostro se me aparecía en sueños cada noche. Lo veía como el chico que me había salvado la vida. Creía que Thatcher era impresionante bajo la oscuridad de la noche, pero nada podía haberme preparado para contemplarlo a plena luz del día en el aparcamiento del instituto.

Mi plan era acercarme lo suficiente con la esperanza de que se dirigiera a mí; sin embargo, fiel a su palabra y ante sus ojos, no era

más que un fantasma, uno que él había creado, y nunca me veía. Pese a que deambulaba por las mismas aulas y por el mismo comedor, no me prestaba ni un ápice de atención.

Y entonces algo cambió. Me convertí en un fantasma para todos, nadie parecía percatarse de mi presencia, y únicamente me sentía comprendida y aceptada de verdad cuando me encontraba a su alrededor. No había otra persona en el mundo que conociera mi historia, quién era yo y los horrores que había presenciado.

Aunque no se diera cuenta de que yo estaba allí, me reconfortaba seguirlo y saber que no estaba sola, que había alguien más que vivía con un monstruo en su interior. Con el tiempo, dejó de importarme si llamaba su atención o no, porque estar cerca de él, observarlo, era lo primordial. Incluso las cosas más mundanas que hacía me resultaban fascinantes.

Le acechaba en el instituto, pero luego me fui atreviendo más y comencé a vigilarlo también fuera para ver si era distinto cuando estaba solo, lejos de la gente. Acabé conociendo a los chicos a través de él, porque la mayor parte de su tiempo libre lo pasaba con al menos uno de ellos al lado.

Iba al Cementerio y me quedaba entre la multitud, mirándolo mientras apoyaba a sus amigos en cualquiera que fuese el deporte sangriento en el que participaran aquella noche. Lo veía reunirse con ellos en el acantilado, a las afueras del pueblo y, con el tiempo, también en su casa.

No me parecía suficiente. Daba igual desde dónde lo espiara o lo apartado que estuviera el sitio, nunca me sentía lo bastante saciada de él. Hasta hubo un momento en el que intenté parar, pero me di cuenta de que el daño ya estaba hecho. Mi corazón se negaba a dejarlo marchar.

Y aquí estamos, aunque ahora dista mucho de ser aquel chico que dejó monedas sobre los ojos de mi madre y que me salvó de la ira de su padre.

El que se encuentra frente a mí es el ángel de la muerte, la propia parca envuelta en sombras y elegancia. Un hombre cuyas manos han sido diseñadas para segarles la vida a otros. El alma más oscura de todas, aprisionada en un cuerpo gélido como el invierno y

cincelado a la perfección a partir del mármol más puro, con una piel de porcelana que resplandece a la luz de la luna.

Lleva la camisa de manga larga remangada hasta los codos, dejando al descubierto las venas de color azul oscuro que le recorren los antebrazos como las raíces de un árbol. Y, por un instante, me pregunto de qué color es su sangre. Si le abriera la piel ahora mismo, ¿brotaría rojo de la herida o sería negro?, ¿tal vez dorado?

—Hablando de las otras chicas… —interviene Sage. Parpadeo y aparto la vista del rostro de Thatcher—. Tenemos que ayudarlas de alguna forma. Sabemos que existe esta organización. Hay quince desaparecidas nada más que en Ponderosa Springs y sus inmediaciones. ¿Quién sabe cuántas más habrá por ahí? No podemos quedarnos callados y permitir que mueran.

—Cariño, ya hemos hablado de esto…

—Ni cariño ni cariña. —Fulmina a Rook con la mirada y mantiene los ojos clavados en los suyos durante unos segundos, como si se estuvieran comunicando en un lenguaje privado—. Mi hermana podría haber sido una de ellas; de hecho, fue tan víctima como las demás. No pienso mirar hacia otro lado como hace todo el mundo en este puñetero pueblo.

Estiro la mano sin pensármelo, entrelazo mis dedos con los de Sage y le doy un apretón para que sepa que la apoyamos. Hablar de Rosemary es duro para todos, y más aún para ella. No puedo ni imaginarme lo que debe de ser vivir sin tu otra mitad.

—Briar, Lyra y yo hemos estado recopilando nombres a lo largo del verano. Podemos llevar lo que tenemos a…

—Si estás pensando en la policía, entonces eres más tonta de lo que creía, y eso ya es decir mucho —la interrumpe Thatcher con una risa sombría—. Esas chicas no son nuestro problema. No nos metimos en esto para hacer de justicieros. La única razón por la que estamos aquí es por Silas: cumplimos con lo que él quería y ahora estamos esperando a que le den el alta. En cuanto salga, se acabó, y haremos como si esto no hubiera pasado. Él es el principio y el final de todo este asunto.

—Bueno, no todos somos unos psicópatas sin corazón, Thatcher. No voy a permitir que muera gente inocente porque tú seas un

narcisista con unos traumas paternos chungos de cojones —le espeta Briar para provocarlo.

No puedo decir que me sorprenda la tensión que se instala alrededor. Sabíamos que podría pasar algo así cuando les sacáramos el tema; lo que no me había imaginado es que sería la primera noche que volvíamos a estar todos juntos.

Su lealtad está con el resto de los chicos, con Silas.

Thatcher tiene razón: el único motivo por el que se pusieron a indagar en este desastre fue por él y Rosemary. No se comprometieron a salvar a nadie. Y son momentos como este los que me recuerdan con quién estamos tratando, a quién hemos ligado nuestras vidas.

Los Hollow Boys no se ganaron la fama que tienen por ser precisamente los héroes. Alistair, Rook, Silas y Thatcher no son buenas personas. Hacen lo que hacen para cumplir con sus propios objetivos y protegerse entre ellos, y lo respeto, pero también tengo que entender que es imposible que cambien su naturaleza.

El hecho de que dos de los cuatro hayan encontrado cierto consuelo en los brazos de mis amigas no los convierte en criaturas dóciles. Siempre serán lobos capaces de llegar a cualquier extremo con tal de defenderse los unos a los otros.

—Ya lo discutiremos —dice Alistair con voz firme y controlada, tratando de rebajar la tensión del ambiente.

—Pero…

—Briar —susurra Alistair, mirando a mi amiga con unos ojos oscuros como la noche—. Deja que lo hablemos, ¿vale? Dame un poco de tiempo.

Mi amiga gira la cabeza con un gesto desafiante, rehuyendo su mirada. Sé que no va a replicarle porque no es de las que discuten con su pareja en público. Ambos son bastante reservados con su relación; es algo suyo y, como tal, se lo guardan para ellos. A diferencia de Sage y Rook, que son capaces de airear los trapos sucios del otro en mitad de un supermercado cuando alguno de los dos se enfada.

Se me dibuja una sonrisita al ver cómo él le sujeta la barbilla y le vuelve el rostro para que lo mire de nuevo.

—¿Por favor? —le pregunta en un tono mucho más bajo.

Cuando la expresión de su novia se suaviza, observo cómo relaja los hombros. Mientras tanto, yo sigo intentando asimilar que Alistair Caldwell haya dicho «por favor».

El silencio se prolonga solo unos segundos antes de que me recuerden por qué estoy aquí.

—A mí se me había prometido un juego —dice Thatcher—. Así que ¿vamos a jugar o solo estáis haciéndome perder el tiempo?

6
Callejón sin salida

Lyra

La lluvia cae con una furia implacable. Las gotas de agua me impactan en la piel como balas conforme avanzamos hacia la linde del bosque.

Rook se sube la capucha de la sudadera y se sumerge en la oscuridad. Nos echa un vistazo por encima del hombro y revela la máscara de rayas negras y rojas que le cubre el rostro. Al percatarse de que estoy observándolo, me saluda con la mano, moviendo los dedos de forma juguetona.

—No tendría que habérsela comprado —murmura Sage, sacudiendo la cabeza—. Estábamos en una tienda de antigüedades de Hollywood y no parecía tan terrorífica a la luz del día.

—La próxima vez abstente de regalarles cualquier cosa que se parezca a una máscara. Creo que entre todos ya tienen suficientes —añade Briar, y yo asiento, de acuerdo con ella.

Da igual que sea solo un juego. Los Hollow Boys no desaprovechan nunca la oportunidad de sembrar el pánico. No importa quiénes seamos para ellos: una parte de su ser siempre anhelará el poder que les otorga el miedo que infunden a los demás, incluso a aquellos a quienes quieren.

Cuando llegamos al límite del bosque, trago saliva con fuerza y trato de mantener la sonrisa mientras mis amigos se ríen y hacen bromas. Para ellos, esto es como adentrarse en una casa encantada en la que los actores no pueden tocarte y todo forma parte de un divertido juego.

Un susto de nada para que se te acelere el corazón. Una reunión de amigos. Una forma de olvidarnos por un instante de lo que

Ponderosa Springs nos depara este año, de honrar a uno de nosotros, el único que falta esta noche, y a la chica cuya muerte nos unió a todos.

Me gustaría poder disfrutar de este momento con las personas que se han vuelto indispensables en mi vida y que me hacen sentir humana en lugar de un simple fantasma, pero no puedo parar de pensar en que quizá esta sea la última vez que los vea.

¿Estoy preparada para encarar a la muerte? En el pasado lo hice y logré salir ilesa. ¿Estoy lista para pasar por ello de nuevo, para mirar a la muerte a los ojos y aceptar el destino que eludí de niña?

—Átate los zapatos.

La brisa fría de su voz me roza la oreja y, al bajar la vista, compruebo que, en efecto, tengo los cordones desatados.

—Me sorprende que me estés ayudando. Si me tropezara, tendrías ventaja, ¿no?

Miro hacia atrás por encima del hombro y veo a Thatcher caminando hasta colocarse a mi lado e igualar mi ritmo. Me devuelve la mirada con una sonrisa torcida y la máscara apoyada sobre la cabeza.

El viento sopla con tal intensidad que casi me hace perder el equilibrio.

—No quiero ganar solo porque seas torpe. —Alza la mano y procede a deslizarse la máscara con lentitud sobre el rostro. Luego ladea ligeramente la cabeza—. Buena suerte, mascota. Yo que tú empezaría a rezarle al dios en el que creas para que no te atrape.

De las cuencas negras de su máscara blanca y rígida se derrama sangre falsa. La expresión vacía que se dibuja en ella le oculta por completo las facciones.

No me da tiempo a responder. Antes de que pueda darme cuenta, avanza con paso acechante y se reúne con los otros dos chicos, que van por delante. Me agacho y me ato los cordones de tal manera que podrían cortarme la circulación, pero espero que aguanten así durante todo el juego.

—Cinco minutos —ordena Alistair, volviéndose hacia nosotras con los brazos cruzados—. Esa es la ventaja que os ofrecemos.

—No es tiempo suficiente —protesta Sage, frunciendo el ceño—.

Deberíais darnos por lo menos diez, tío.

Alistair entrecierra los ojos y fulmina a mi amiga con una mirada que me pone los pelos de punta. Aun así, ella no cede y mantiene la cabeza alta y los hombros rectos en actitud desafiante. Es la única forma de ganarse su respeto: tener el carácter necesario para plantarle cara y no dejarse acobardar.

—Cuatro minutos y treinta y cuatro segundos —gruñe él en respuesta. Si no fuera por la máscara de calavera que le cubre la mitad inferior de la cara, estoy segura de que vería una sonrisita—. Tic, tac. Estás perdiendo el tiempo, tía.

Por un instante, el mundo se congela. Incluso la lluvia parece detenerse para que todos intercambiemos una mirada, como si un acuerdo silencioso se desplazase entre nosotros con el viento.

Deslizo la vista hacia Thatcher, el más alto del grupo de chicos que tengo enfrente. Siento sus ojos fijos en mí, a pesar de que no puedo distinguirlos bajo la máscara. Soy su presa, el trozo de carne que cuelga de una garra, mientras que él es el animal hambriento y enjaulado que espera a ser alimentado.

El alma se me cae a los pies y, cuando siento la lluvia golpeándome la piel una vez más, empiezo a correr.

O gano o muero, no hay más opciones. Porque, si me atrapa, estaré indefensa ante su ira. Ni siquiera el mismísimo Dios podría salvarme de Thatcher Pierson.

No tardo mucho en sentir ardor en el pecho y presión en los oídos. Aunque he estado saliendo a correr todos los días, sigo sin ser capaz de controlar la respiración como es debido. Y esto tampoco se parece en nada a mi rutina apacible de las mañanas, en la que me paso el tiempo admirando los músculos de la espalda de Thatcher. No hay pájaros cantando ni un sol reconfortante que calme mis extremidades doloridas.

Supongo que es más fácil correr cuando tu vida depende de ello.

Los imponentes árboles parecen retorcerse en mi dirección, como si quisieran engullirme con sus ramas y troncos empapados. Inhalo con dificultad una bocanada de aire húmedo que me sacude los pulmones. Puedo oír a Sage y a Briar cerca de mí, respirando de forma entrecortada mientras tratamos de alejarnos lo máximo

posible de quienes pretenden darnos caza.

La niebla se cierne densa sobre nosotras y, cuanto más nos adentramos en el bosque, más confuso se vuelve todo alrededor. Huelo la lluvia en el aire conforme muevo los brazos para impulsarme hacia delante. Una rama, o tal vez un arbusto, me rasga los pantalones y me araña la piel. Un siseo de dolor se me escapa de los labios, pero no me molesto en revisar la herida. Ya me encargaré de ella más tarde.

El tiempo ha dejado de existir. Lo más probable es que solo hayan pasado unos minutos, aunque, a juzgar por lo resentidas que me noto las piernas, parece mucho más.

Debemos mantenernos fuera de su alcance durante media hora. Todos nos hemos puesto una alarma en el móvil que nos avisará cuando se termine el juego. Los ganadores podrán quedarse con la ropa puesta, pero los perdedores deberán zambullirse desnudos en las aguas del Pacífico.

Avanzamos serpenteando entre los troncos, dispersando el manto de niebla con nuestros cuerpos y corriendo sin un destino en mente. Intento percibir sus pasos, pero lo único que oigo son mis latidos desbocados y mi respiración agitada.

Están acechándonos entre las sombras, esperando el momento de actuar. Callados y en calma, como las aguas mansas.

—¿Deberíamos…?

Un grito desconsolado interrumpe a Sage.

Es un alarido de sorpresa y terror que reverbera entre las ramas y que me provoca un nudo de pánico en el estómago.

—Briar —susurro con voz temblorosa.

Giro de golpe hacia la derecha y el pelo me azota la cara por la fuerza del movimiento. Mi amiga está colgando bocabajo, con la melena rubia ceniza balanceándose en la oscuridad.

Una cuerda le rodea los tobillos, manteniéndola suspendida de una rama robusta que se alza sobre nosotras. No parece estar herida, solo asustada, pero creo que tanto Sage como yo nos hemos quedado conmocionadas.

¿Una trampa de lazo?

La sensación se desvanece rápidamente cuando Briar vuelve a

gritar, lo que nos obliga a Sage y a mí a ponernos en alerta máxima.

—Te quiero —murmura Sage. Se arrodilla frente a Briar y le tapa la boca con la mano—, pero cállate de una puta vez, que no te pasa nada. Vamos a bajarte de ahí y crucemos los dedos para que no te hayan oído.

Comienzo a deshacerle el nudo con las manos temblorosas. La cuerda gruesa me raspa los dedos y me maldigo por no haber traído un cuchillo.

Deberíamos haber venido más preparadas. Por lo visto, ellos lo tenían todo pensado. No creía que fuesen a llegar tan lejos; se ve que he sido una ingenua al pensar que se apiadarían de nosotras.

—El nudo está demasiado apretado. ¿Tenéis algo afilado? —les pregunto a ambas.

Con cada segundo que permanecemos quietas, vamos perdiendo la ventaja que les sacábamos.

—Mierda, no. No tengo mi bolso ni… —Sage maldice mientras yo sigo tirando de la cuerda, buscando con desesperación algún borde suelto o cualquier otra forma de liberarla—. ¡Espera, espera!

Miro hacia abajo y observo cómo se mete la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros. Acto seguido, extiende la palma y el objeto metálico que sostiene en ella capta el brillo de la luz de la luna. No me había alegrado tanto de ver un Zippo en la vida.

—Dios bendiga la puñetera costumbre de fumar de tu novio —murmuro mientras se lo quito de las manos y ella alza a Briar de los hombros para evitar que la sangre se le suba a la cabeza.

Giro la rueda una vez y luego otra, pero el mechero no se enciende. El viento aúlla, arrastrando consigo el sonido de una risa frenética, y el pánico me cala los huesos.

Nos están alcanzando.

—Ladronzuela, puedo oír tu respiración incluso desde aquí —grita Alistair en la oscuridad de la noche.

Parece encontrarse lejos y cerca al mismo tiempo. Su voz retumba entre los árboles, de modo que es imposible saber con certeza dónde está.

«Joder, joder, joder».

Las manos me empiezan a temblar al intentarlo de nuevo. Esta

vez, la chispa prende y contemplo la llama danzando en la penumbra. Acerco el fuego a la cuerda y echo un vistazo alrededor para comprobar si están lo bastante cerca como para vernos.

Pero se han convertido en sombras, y la noche se funde con la espesura del bosque. Para cualquier otra persona, esa negrura absoluta sería una desventaja; ellos, en cambio, prosperan en ella, como si ese hubiera sido siempre su hogar.

—Vaya, qué tenemos por aquí.

A esa voz, la de Rook, le sigue una risa malvada que hace que se me encoja el estómago.

Dirijo la vista hacia la cuerda, cuyas hebras de color marrón claro se han vuelto casi negras bajo el calor de la llama. Quedan solo unos segundos para que se debilite lo suficiente y se quiebre, pero el tiempo corre en nuestra contra.

—¿De qué coño sirve que nos deis ventaja si nos habéis puesto trampas de antemano? —grita Sage en su dirección, con los ojos ardiendo de rabia.

—No dijimos que fuéramos a jugar limpio —responde él, emergiendo de entre los árboles y caminando hacia nosotras.

No creo que sepan siquiera lo que significa jugar limpio. Lo único que les importa es ganar, cueste lo que cueste.

El fuerte crujido de la cuerda resuena en el aire y Briar cae sin gracia al suelo con un golpe seco. Presa del pánico, intenta quitarse el nudo de los tobillos mientras Sage la ayuda.

Pero Rook sigue avanzando e invade nuestro espacio, dispuesto a ponerle fin al juego. Si ganan ellos, Sage y Briar acabarán nadando desnudas y yo me enfrentaré al abrazo gélido de la muerte.

No puede atraparnos a las tres. Tengo ante mí la oportunidad perfecta para echar a correr y dejarlas atrás, aunque algo en mi interior me lo impide. Aun cuando lo que arriesgan ellas es insignificante en comparación con lo que me juego yo, no soy capaz de abandonarlas.

Me he pasado toda la vida escondiéndome o huyendo de lo que me asustaba. Siempre he procurado fundirme con el entorno para evitar confrontaciones o miradas. Me convertí en un fantasma para sobrevivir, me volví débil, y ya no quiero seguir siendo así.

No quiero ser la clase de persona que huye de sus amigas y las deja solas ante el peligro. Quiero ser la amiga que no teme defenderlas, de modo que eso es lo que pienso hacer.

Me alejo trotando a toda prisa y recorro el suelo con la mirada hasta dar con un buen trozo de madera seca y carcomida que parece ser una rama larga, justo lo que necesito para lo que tengo en mente.

Rook se acerca a las chicas y da la impresión de estar lo bastante absorto en ellas como para que yo pueda aproximarme por un lateral. Me aferro a la rama, sintiendo cómo me sudan las manos y la madera se me clava en las palmas.

Los brazos se me mueven solos. Se impulsan hacia delante como si blandiera un bate de béisbol y le estrellan la rama en la espalda a Rook con un fuerte chasquido. La madera quebradiza se rompe al entrar en contacto con su piel, aunque consigue tirarlo al suelo y arrancarle un gemido de dolor.

—¡Corred! —grito, consciente de que el golpe ha sido suficiente para aturdirlo, pero no para dejarlo fuera de combate.

Briar y Sage se levantan a trompicones y salen pitando en direcciones opuestas mientras yo echo a correr por el bosque y dejo a Rook farfullando en el suelo. Lo último que alcanzo a oír es una risa oscura.

No tengo ningún plan ni estoy segura de a dónde me dirijo. Lo único que sé es que es imperativo que ponga la mayor distancia posible entre Thatcher y yo.

El problema es que desconozco por completo su paradero —y, con mi suerte, es probable que esté corriendo directa hacia él—, lo cual es raro en mí, porque siempre sé dónde se encuentra. Soy como una sombra que se le adhiere a la punta del zapato, el fantasma que habita en su pasillo. Dondequiera que vaya, lo sigo.

Se levanta, sale a correr, se ducha y se prepara el desayuno: fruta y yogur los jueves, y claras de huevo y tostadas el resto de la semana. Como su abuela, May, va al mercado los miércoles, creo que, en el fondo, se siente mal si no se come la fruta fresca que le compra. O quizá le guste sin más.

Me sé su horario de clases, gracias a una administrativa despistada

de la secretaría de Hollow Heights. Hay muy pocos sitios donde no logre localizarlo, como, por ejemplo, durante los breves intervalos de tiempo en los que desaparece una vez cada seis meses. En ocasiones, un día entero; en otras, solo unas horas.

Podría seguirle el rastro a su Lamborghini personalizado allá donde fuera, pero esos viajes esporádicos me parecen tan íntimos que hasta a mí me da cosa invadir su privacidad en esos momentos. Que yo sepa, ni siquiera sus amigos tienen constancia de ellos.

Puede que una parte de mí sepa a dónde se dirige y con qué propósito, aunque no quiera interferir en sus planes. O puede que simplemente no esté lista para verlo hacer lo que mejor se le da: infligirles daño a los demás.

—Mi querido fantasma. —La voz de Thatcher se abre paso entre la niebla—. ¿Has acabado ya de huir de mí?

No me da miedo que me atrapen Rook Van Doren o Alistair Caldwell. Su reputación es terrorífica y tendría sentido que temiera por mi vida —al fin y al cabo, no son personas con las que una desee cruzarse—, pero no son ellos los que me hielan la sangre ni los que provocan que se me detenga el corazón. No me asustan, no como él.

Ellos solo juegan por alardear. En su mente, esta no es más que una noche de diversión entre amigos, una forma de celebrar todas las dificultades a las que nos hemos enfrentado y nuestro reencuentro.

Sin embargo, yo no estoy jugando por diversión. No he hecho un trato con el diablo ni con el vengativo: he apostado mi vida con la muerte, el psicópata, el Hollow Boy que incomoda a todo el mundo. El que consigue que los demás enderecen la espalda al verlo aparecer. El que hace que quieras esconderte debajo de la cama, pero que, aun así, logra que no te atrevas a apartar la vista de él.

El corazón me retumba en el pecho cuando aminoro la marcha. Solo necesito un segundo para recuperar el aliento y orientarme. A pesar de que hemos dejado atrás la playa y nos hemos adentrado en el bosque, todavía puedo oír el romper de las olas.

Me apoyo las manos en las rodillas y tomo una bocanada de aire tras otra hasta que la cabeza me da vueltas. Al escuchar el crujido

de los árboles movidos por el viento, me sobresalto y alzo la vista a toda prisa para escudriñar el entorno, pero el pánico me impide concentrarme.

Aunque estoy poniendo todo mi empeño en mantenerme alerta, parece que mis instintos de supervivencia no se encuentran por la labor de colaborar. Cada rama que cruje y cada criatura que se mueve más allá de la niebla hace que mi miedo se intensifique. Me es imposible reprimir un grito ahogado cuando el graznido de un cuervo retumba en mitad de la noche.

El bosque se pliega a favor de Thatcher como un títere a su merced. Las sombras danzan, la tierra húmeda da la impresión de querer engullirme y la lluvia me golpea con fuerza mientras corro. Me aturde, me confunde; teje una trampa de la que no puedo escapar.

Al darme la vuelta para mirar a mi espalda, el cuerpo se me hiela por el miedo. La niebla parece moverse a su alrededor, separándose de su figura para no tocarlo, y él camina entre los árboles con calma, sin preocuparle que pueda seguir huyendo.

Avanza sin prisa hacia mí, con pasos calculados. En un ataque de pánico, decido girarme y salir pitando a tal velocidad que la boca me sabe a sangre, el sudor me cae por la espalda y me choco con cada rama caída que se interpone en mi camino. Ha conseguido sumergirme en mi propio purgatorio sin levantar ni un solo dedo.

Tras tropezarme con otra rama, me veo forzada a detenerme. Estoy sin aliento, de cara a él y agotada de tanto correr.

Cuando dirige la vista hacia mí, esos ojos glaciales me provocan un hormigueo en lo más profundo del estómago. Cada vez que me mira, me siento como si me atravesara la piel con dos puñales de hielo, aunque es un dolor del que no puedo ni quiero escapar.

No ocurre a menudo, pero en las raras ocasiones en las que Thatcher me presta atención, siento que es la única persona en el mundo que logra verme de verdad. Sus ojos me insuflan vida, me despojan de mi condición de fantasma y me devuelven al mundo de los vivos.

No quiero huir de esa sensación, quiero lanzarme de cabeza hacia ella y, en esta ocasión, no puedo. Debo resistirme.

Cuando percibo sus anchos hombros con mayor claridad, me doy cuenta de que la máscara que llevaba ha desaparecido y la luz de la luna le resalta los ángulos afilados del rostro. Un escalofrío me recorre el cuerpo al ser consciente de su cercanía.

—Te dejé escapar una vez, Scarlett. —Su voz firme atraviesa el ruido de la lluvia—. Pero esta vez vas a sangrar para mí.

«Sangrar para mí».

Una imagen atroz y espantosa me cruza la mente: yo tendida en su cama mientras él desliza la punta de su cuchillo predilecto sobre mi piel pálida y deja un rastro de sangre a su paso. Me quedaría inmóvil, al igual que una virgen ofreciéndose como sacrificio.

¿Cómo le digo que sangraría para él en este preciso instante si me lo pidiera, que no tendría ni que matarme para conseguirlo?

Un relámpago rasga el cielo mientras una oleada de calor me inunda por dentro y despierta en mí un anhelo tan intenso y voraz que me roba el aliento.

Nunca he experimentado atracción sexual ni deseo por nadie más, porque este tipo de sed solo puede saciarla él. Nunca he dejado que nadie me toque, porque la única persona a la que deseo ni siquiera puede considerarse una persona.

Todos los pueblos tienen su propia historia de miedo. Una casa encantada que devora almas, un fantasma vengativo al acecho de nuevas presas. Ponderosa Springs cuenta con un montón de ellas, aunque ninguna resulta tan aterradora como él.

Es un monstruo. La oscuridad que eclipsa la luna. Una maldita pesadilla.

Y es mío.

—Enséñame y sangraré para ti —digo, retrocediendo para alejarme de su imponente figura, sin prestarle atención al camino que se encuentra a mi espalda.

—¿Ya estás negociando? Todavía no te he pillado —replica en un tono burlón y perverso—, pero por mí no te cortes. Adelante, arrodíllate y suplícame por tu vida.

—Si lo hago, ¿accederás a lo que te pedí? ¿Me enseñarás a vivir con el deseo de matar y cómo hacerlo?

Lo único que necesito es que me diga que sí, que me muestre

cómo sobrevivir a esto.

—No —contesta, y el sonido de su risa provoca que tiemble la tierra bajo mis pies mientras se mete las manos en los bolsillos—, aunque me encantaría ver esos ojos tuyos implorándome clemencia desde el suelo antes de acabar con tu vida.

El filo de una hoja de acero centellea en la oscuridad. Thatcher sostiene con firmeza el mango en su mano robusta. El viento amenaza con hacerme perder el equilibrio a medida que los árboles se dispersan y van dando paso a un claro.

—¿Tanto me odias que prefieres matarme antes que ayudarme?

La pregunta surge de una profunda sensación de inseguridad que aflora cuando estoy cerca de él.

—No te odio, mascotita. —El frío que desprende su voz me atraviesa de la cabeza a los pies—. Para eso tendría que sentir algo por ti.

La decepción me cala hasta los huesos. Sus palabras no me sorprenden, siempre lo he sabido, pero no puedo evitar que me duelan.

Aunque nunca he visto a Thatcher con una mujer, sé que no soy su tipo. ¿Por qué iba a interesarse por la chica que se revuelca en el barro y colecciona bichos? Tiene dónde escoger, y yo no estoy entre sus opciones.

—No…

El sonido de las olas impactando contra las rocas me arrebata lo que fuera a decir y me hace echar un rápido vistazo hacia atrás. De pronto, entiendo por qué Thatcher no tiene ninguna prisa por alcanzarme. En mi desesperación por huir de él, he acabado en el borde de uno de los muchos acantilados que se alzan sobre Black Sands Cove.

Con cada paso que doy para alejarme, me aproximo cada vez más al filo del precipicio escarpado. Puedo ver las aguas oscuras reclamándome.

—Estás en un callejón sin salida.

Aparto la mirada de golpe de las profundidades que me aguardan abajo y vuelvo a clavar los ojos en Thatcher, que parece un gato a punto de cazar un ratón. Es consciente de que ha ganado. Lo sabe

desde el mismo instante en el que comenzó este juego.

—¿Qué tal si lo dejamos? —propongo.

Me estoy quedando sin tiempo y sin espacio. Es inminente que me caiga al vacío, lo noto en cada fibra de mi cuerpo.

—No tienes dónde esconderte, mascota.

Chasquea la lengua, sin borrar de sus labios esa sonrisa felina y depredadora que lo caracteriza. Se saca el móvil del bolsillo y lo balancea ante mí para mostrarme que aún dispongo de dos minutos.

Casi lo consigo. Casi gano. Solo un par de míseros minutos más.

El talón del zapato izquierdo se me resbala un poco y me giro para mirar hacia abajo. He alcanzado el límite: si continúo retrocediendo, me precipitaré hacia un abismo sin fin. El viento me revuelve el pelo en la cara y provoca que los mechones húmedos se me metan en la boca mientras el corazón se me dispara.

Me tiene atrapada en su telaraña venenosa. No hay escapatoria, a menos que me entregue al vacío.

Cuando miro de nuevo a Thatcher, se encuentra tan solo a unos pasos de mí, rebosante de confianza y listo para reclamar su recompensa.

Arrastro ambos pies hasta el borde del acantilado, consciente de que es probable que no sobreviva, pero es eso o dejar que me gane. Si existe aunque sea una mínima posibilidad de sobrevivir y salir victoriosa, pienso arriesgarme.

—Thatcher…

Pronuncio su nombre en un susurro que es arrastrado por el viento mientras la lluvia sigue empapándome la ropa.

—¿Unas últimas palabras, mi querido fantasma?

Me muerdo el interior de la mejilla, tratando de sofocar el miedo que amenaza con apoderarse de mí cada vez que pienso en la vasta extensión de agua que me aguarda abajo. Resulta casi poético que las dos veces que me he enfrentado a la muerte haya sido mirando a los ojos a Thatcher.

Una extraña calma me inunda al saber que la persona a la que me he dedicado a observar gran parte de mi vida estará aquí para presenciar mis últimos momentos.

Extiendo los brazos, siento cómo el viento y la lluvia me empujan

hacia el agua, y asiento con la cabeza. A juzgar por la expresión de alarma con la que me mira, sé que está atando los cabos que se le han escapado.

—Antes de que me enseñes a controlar mis instintos, hay algo que debes saber —digo, esbozando una sonrisa.

Estoy a punto de morir, pero no me importa.

—Lyra, ni se te ocurra.

Demasiado tarde.

—No subestimes a una chica capaz de hacer cualquier cosa por lo que quiere.

Me inclino hacia atrás y siento cómo el estómago se me revuelve conforme desciendo directamente hacia las olas que rompen abajo. Pese a tener los ojos empañados, logro distinguir la figura de Thatcher contemplándome desde arriba, al borde del acantilado.

El rugido del viento me retumba en los oídos. La caída parece mucho más larga de lo que esperaba, pero entonces el impacto del agua contra mi espalda me libera de toda agonía.

He ganado.

7
Perdido en el frío para siempre

THATCHER

—Tío, no me jodas…

El viento me azota con fuerza en la cara al bajar la ventanilla. Ignorando las protestas de Rook, saco la mano con el paquete de cigarrillos como si se tratase de un rehén, dispuesto a arrojarlo al asfalto.

Alistair desliza el brazo por el reposacabezas y me lo enrosca alrededor del cuello. Clavo la vista en el espejo retrovisor de mi coche, entrecerrando los ojos ante su mirada depredadora.

—Si quieres llegar a Portland con esa cara bonita intacta, te sugiero que pienses muy bien lo que estás a punto de hacer —me amenaza.

Los labios se me curvan en una sonrisa y, cuando lo noto tensar el músculo contra mi cuello, como una boa preparándose para engullir a su presa, piso el acelerador a fondo. Hay cosas que nunca cambian: le sigue fascinando tanto como siempre la idea de controlar hasta el más mínimo aliento que exhalan los demás.

Y luego soy yo el obseso del control.

—Oh, Ali —digo, haciendo un puchero—. ¿Crees que tengo una cara bonita?

El rostro se le contrae en un gesto desafiante mientras agito el paquete de esa cosa cancerígena al otro lado de la ventanilla.

—Pobrecito. ¿Necesitas reafirmación, Thatch? ¿Quieres que te dé un besito para que se te pase?

Arqueo una ceja y un breve recuerdo centellea ante mis ojos azules. A juzgar por la forma en la que se le dilatan las pupilas, sabe exactamente en qué estoy pensando sin que tenga que pronunciar

una sola palabra.

Por un instante, permito que el recuerdo se abra paso y veo a un Alistair de quince años destrozado que, tras una pelea con su padre, se emborrachó hasta el punto de echarse a llorar, por primera y única vez, en el suelo de mi habitación.

No tolero la debilidad ni en mí ni en quienes me rodean. No sé cómo actuar cuando alguien está tan bebido que se despoja de todas sus defensas. En ese momento, dejó al descubierto su vulnerabilidad y me confesó una verdad devastadora: que prefería morir antes que existir solo para ser el repuesto de su hermano mayor.

Me cabreé con él por permitir que su familia lo apaleara de esa forma. Nosotros no nos quebramos; por más que el resto del mundo lo intente, no cedemos ante sus desprecios.

Aquel beso que deposité en sus labios manchados de lágrimas estaba impregnado de una rabia que hacía tiempo que no sentía. Quería vertérsela por la garganta como plata fundida hasta sellar cada grieta que su familia le había abierto en el alma. Quería que respondiera con acritud, no con tristeza o debilidad.

Y el niño que llevaba dentro, ese que se refugiaba en un rincón olvidado de su mente y que, al igual que yo, jamás había recibido ni la menor muestra de afecto, devoró toda la rabia que le ofrecí, me la arrancó de los labios con ansia, como si fuera oxígeno, y la almacenó en algún lugar de su cuerpo.

Los corazones malnutridos tienden a darse festines con cualquier cosa que se asemeje al amor, aun si se trata del primer beso, frío e inexperto, de un chico que no sabe nada sobre el cariño ni la bondad. Así pues, se alimentó de aquel gesto sin importarle nada más.

—Aunque me encantaría besarte solo para fastidiar a tu juguetito, me temo que esta vez voy a pasar.

Dicho eso, suelto el paquete a rebosar de nicotina y lo veo danzar con el viento mientras murmuro una breve plegaria para que acabe aplastado contra el asfalto.

—Ya conoces las normas: nada de fumar en mi coche.

—¡Qué coño haces, tío! —grita Rook.

—Capullo de mierda.

Me limito a poner los ojos en blanco mientras Alistair se recuesta contra el asiento trasero con los brazos cruzados como un niño mimado. Ya me lo agradecerán cuando no tengan que depender de una máquina para respirar.

—Nos faltan veinte minutos para llegar al psiquiátrico. Por desgracia para mí, podréis sobrevivir hasta entonces.

Piso un poco más el acelerador y observo el velocímetro, consciente de que, cuanto más rápido vaya, menos tiempo tendré que aguantar sus quejas.

—Cuidado, Thatcher, no sé si este coche cumple con todas las normativas en Estados Unidos. Sería una pena que echaras a perder ese impecable historial de conducción que tienes —dice Rook en un tono mordaz desde el asiento del copiloto.

Deslizo los dedos por el volante antes de bajar la mano para subir de marcha. El Aston Martin Victor es mi favorito dentro de mi modesta colección. Fue uno de los últimos regalos de mi abuelo, que se las ingeniaba para saber exactamente qué regalarme. Por muy atroces que fuesen mis deseos, él siempre me concedía lo que necesitaba.

Para cuando arrestaron a mi padre y lo metieron entre rejas, yo ya estaba tan aislado del resto del mundo que rara vez socializaba. Los profesores se quejaban de que molestaba a los demás niños y los padres abrazaban con un poco más de fuerza a sus hijos cada vez que me encontraba cerca.

La noticia de lo que mi padre había hecho y de lo que era se propagó como un incendio implacable por todo el pueblo y arrasó con cualquier otro cotilleo durante los cinco años siguientes. Lo único de lo que todo el mundo quería hablar era de Henry Pierson, el Carnicero de Ponderosa Springs.

Tal vez, cuando mi abuelo me sorprendió en el jardín arrancándoles las extremidades a los insectos, comprendió lo que tenía que hacer. Renegar de mí solo habría empeorado las cosas, de modo que aceptó el monstruo en el que mi padre me había convertido. Incluso desde la tumba, ha seguido allanándome el camino para continuar con mi pasatiempo favorito.

Nunca he llegado a enterarme de los pormenores. Era tan reservado como yo, pero ahora, cada seis meses, aparecen en el buzón varios expedientes con nombres distintos, todos de hombres sospechosos de alguna clase de asesinato. El regalo perfecto para un chico que trata de luchar contra sus impulsos homicidas.

A los diecisiete años, cuando empuñé una hoja y acabé con mi primera vida, dejé de ser el discípulo de mi padre y me transformé en algo mucho más aterrador: una pesadilla que superaba con creces cualquier atrocidad que Henry Pierson hubiera sido capaz de imaginar.

—Primero tendrían que pillarme —respondo con una sonrisita.

Aprieto el agarre sobre el volante y adelanto a dos coches que circulan a paso de tortuga, moviéndome con soltura entre los carriles de la autopista para eludir el tráfico. Conducir me resulta agradable, pero, cuanto más nos acercamos al psiquiátrico, más asfixiante se vuelve el aire dentro del coche. La tensión aumenta al recordar la razón por la que tenemos que hacer este viaje cada semana.

Rook no tarda en inquietarse y juguetear con su Zippo. Lo hace girar una y otra vez entre los nudillos de la mano izquierda mientras contrae la derecha de manera sutil en el lateral del asiento. El chasquido metálico del mechero al abrirse y cerrarse sin cesar inunda el espacio y me agota la paciencia.

—Si no quieres hacerles compañía a tus queridos cigarrillos, te sugiero que pares —escupo, girándome un segundo para mirarlo—. Suelta lo que tengas que decir y deja de removerte.

Me dedica una mirada fulminante y llena de rabia. Sé que no va toda dirigida hacia mí; parte de esa hostilidad la reserva para sí. Cada vez que venimos de visita, su subconsciente trata de convencerlo de que lo que le ocurrió a Silas fue culpa suya, lo cual me parece una soberana estupidez.

Silas Hawthorne es el único responsable de sus actos. Por muy tercas y silenciosas que nos resulten las decisiones que toma, son enteramente obra suya. Rook es consciente de ello y, pese a todo, sigue sin ser capaz de aceptar que no haya tenido nada que ver en esta situación.

La culpa lo carcome por dentro, y ni siquiera el cariño de Sage

Donahue basta para contenerla. Pasarán años antes de que pueda mirarse al espejo y creerse de verdad lo que todos hemos tratado de explicarle.

—¿Creéis que está bien allí?

La pregunta se queda suspendida en el aire, aguardando a que alguno de nosotros se atreva a responderla, pero no creo que sea Alistair el que se anime a romper el silencio, porque ambos conocemos la verdad.

—No —contesto yo, negándome a mentirle—. Creo que se siente como un animal rabioso y enjaulado al que están enseñándole a hacer la croqueta y a sentarse cuando se lo ordenan.

Las entrañas me arden y una oleada de furia se apodera de cada fibra de mi ser. Detesto la idea de que uno de los nuestros se encuentre atrapado en una especie de celda. Puede que mi corazón no sienta ningún tipo de afecto por los tres hombres a los que he invitado a formar parte de mi vida, pero mi lealtad hacia nuestro vínculo es más poderosa que cualquier sentimiento.

—No…

—Él sabe lo que necesita —interrumpo lo que fuera a decir Alistair y lo fulmino con la mirada a través del espejo retrovisor—. Aunque a ninguno nos agrade esta situación, nadie conoce la mente de Silas mejor que él mismo.

Le echo un vistazo a Rook y me percato de que el temblor que le sacudía la mano derecha ha cedido lo suficiente como para estar seguro de que no va a intentar volar el coche por los aires con él dentro.

Sé perfectamente lo que ansía: castigo y dolor. Busca un modo de liberarse de la culpa que le corre por las venas, solo por un instante. Sin embargo, es consciente de que no voy a acceder a hacerle daño por ese motivo y de que, además, Sage estallaría si lo viese recurrir a la violencia para lidiar con la pérdida de Silas.

Antes solía proporcionarle el dolor que necesitaba para seguir adelante cada vez que me lo pedía, pero ya no pienso seguir haciéndolo, y menos por esto.

—Sí —susurra, mirando por la ventana—. Tienes razón.

Un manto de silencio envuelve el interior del coche conforme nos

aproximamos a nuestro destino. Una vez que entramos en el aparcamiento del edificio de cristal de varias plantas, permanecemos sentados dentro unos segundos más de los necesarios.

—Cuando Silas esté listo —empieza a decir Alistair, inclinándose hacia delante. Apoya una mano sobre el hombro de Rook—, arrancaremos de cuajo las putas puertas de este sitio para sacarlo. Puedes reducirlo todo a cenizas si quieres, me da igual. Cuando le hagamos falta, aquí estaremos.

No lo expreso en voz alta, pero una emoción centellea en lo más profundo de mi retorcido ser y logra revolverme las tripas al darme cuenta de que, en efecto, siempre podrá contar con nosotros.

8
Una partida de ajedrez

THATCHER

No hay nada que me guste más que el olor a lejía y antiséptico. Me hace salivar porque me recuerda a una de las partes que más me satisfacen de mi rutina: limpiar.

Mi padre detestaba limpiar los desastres que él mismo provocaba, así que, para enseñarme otra de sus reglas y, de paso, ahorrarse la tarea, era yo el que se encargaba de la limpieza. Para cuando me dejaba entrar en el cobertizo donde retenía a sus víctimas, ya había terminado con ellas.

Sus cadáveres colgaban de cadenas enormes que se encontraban enrolladas en las vigas del techo y que chocaban entre sí con el vaivén de su peso muerto. Tenían repartidos por toda la piel cortes profundos de los que aún brotaba sangre.

No recuerdo haberme sorprendido ni asustado al verlos. Si llegué a sentir alguna emoción en esos momentos, la he borrado de mi mente. No obstante, sí me acuerdo de cada cubo de sangre aguada que tiré por el desagüe, del chapoteo que emitía la fregona al arrastrar el denso líquido rojo por el suelo, de cada gota de lejía y de cada par de guantes que usé. Me acuerdo de lo que se esperaba de mí, pero de nada más.

Lo único que de verdad me llamaba la atención era lo diferentes que parecían los cuerpos que escogía de una vez a otra. Nunca había dos mujeres iguales. Castañas, rubias, pelirrojas, morenas, altas, bajas. Aunque no compartían rasgos físicos, sí tenían algo en común: de todas brotaba el mismo líquido carmesí que goteaba sobre el suelo en hilos espesos y que impregnaba el aire con ese inconfundible olor a óxido.

Me dejaba allí dentro durante horas mientras él trasladaba los cuerpos al invernadero para prepararlos y poder deshacerse de ellos, algo que no llegué a presenciar con mis propios ojos hasta la tierna edad de siete años. Tuvo el detalle de ahorrarme la parte del desmembramiento durante todo un año tras iniciarme en el negocio familiar.

La primera vez que me ocupé de limpiar su desastre, el olor de todos los productos químicos al mezclarse hizo que me mareara. Probablemente fuese por la fragancia tan intensa que despedían o por el hecho de que me pasaba horas enteras en aquella habitación, y es que no podía irme sin asegurarme de haber borrado hasta la última huella que pudiera usarse como evidencia.

Aun así, con el tiempo, aprendí a apreciarlo.

Claro que no disfrutaba de que me despertase siempre a las tres y cuarto de la madrugada; tampoco el oír su voz cansada y áspera al ordenarme que me vistiera para llevarme a mi trabajito nocturno, por el cual cobraba una miseria.

Lo que terminó gustándome de aquella situación fue el olor.

Mi padre solía decirme que la lejía no era suficiente; que, aunque eliminaba el ADN, no hacía desaparecer los restos de sangre bajo un análisis forense. Por ello, tenía que fregar con lejía y luego con sosa cáustica antes de pasar una vaporeta por toda la habitación de acero inoxidable.

Ahora que soy adulto y sigo mi propio método para eliminar pruebas, he descubierto que disfruto del silencio y la paz que me invaden cuando limpio. Después de semanas de cacería y de horas torturando a mis víctimas, borrar cualquier rastro de su paso por mi habitación me provoca una descarga de poder que me corre por las venas y me inunda todo el cuerpo.

Es un desenlace sublime para una ejecución impecable.

—Odio el olor a hospital —murmura Rook a mi lado mientras se remueve en la silla metálica en la que está sentado, incapaz de permanecer quieto más de dos segundos seguidos.

Resoplo ante la ironía que solo yo percibo.

—Y yo odio el olor a gasolina.

Se vuelve hacia mí con los ojos abiertos casi de par en par y una

ceja alzada.

—Eso es blasfemia, tío.

—No sabía que fueras religioso —murmuro, echándole un vistazo al reloj por pura inercia—. ¿Has visto a Dios entre las piernas de Sage o qué?

Los ojos le arden con deseo al escuchar su nombre y tengo que contenerme para no vomitar.

Sonríe con malicia y chasquea la lengua.

—¿Quieres que entremos en detalles?

Le lanzo una mirada inexpresiva que deja claro que no me impresiona su vida sexual.

—La verdad es que no —respondo antes de apartar la vista de él, sin ningún interés en seguir hablando del tema.

Nunca he entendido la pasión carnal que acompaña a la atracción ni las razones que llevarían a alguien a buscar placer en brazos ajenos. Nunca he conocido a nadie cuyo cuerpo despierte en mí el mismo anhelo que la sangre.

El sonido de unos pies arrastrándose me saca de mis pensamientos y dirijo la mirada hacia el motivo de nuestro viaje. Ver la cara de Silas casi hace que soportar la música metalera de Alistair haya merecido la pena.

Parece tener el cuerpo más voluminoso; al menos rellena la camiseta gris de manga larga que lleva puesta como si dedicara todo su tiempo libre al gimnasio. Su piel cálida ha recuperado el color.

Antes de que lo ingresaran, tenía las cuencas de los ojos hundidas por todo el peso que había perdido, pero la persona que tengo delante da la impresión de ser casi humana.

Excepto por la mirada, que sigue igual de vacía. Sus ojos me recuerdan a un cementerio desierto, decadente y lleno de almas en duelo.

Cuando toma asiento frente a nosotros, me permito disfrutar durante un segundo del silencio que trae consigo. No es de los incómodos, al contrario: resulta bastante agradable, algo propio de Silas. Echo de menos la calma que aporta al grupo cada vez que discuto con alguno de los chicos y Rook saca a relucir su lado más molesto.

—Tienes un aspecto sorprendentemente bueno —comento con franqueza.

Rook gira la cabeza en mi dirección con tal brusquedad que casi se le despega del cuello.

—¿Qué? —Alzo las manos a modo de defensa y me recuesto en la silla para apoyar una pierna sobre la rodilla de la otra—. Solo digo la verdad.

—¿No puedes dejar de ser un puto gilipollas veinte segunditos de nada?

—Me siento bien —responde Silas con una ligereza sorprendente en la voz.

Desde luego, está mucho mejor que cuando vine a visitarlo hace tres semanas.

—Entonces, ¿te siguen tratando bien por aquí? ¿No ha habido ningún problema? —inquiere Rook, moviendo la rodilla con tal ímpetu por debajo de la mesa que temo que acabe volcándola.

—Estoy bien. La nueva medicación me da un poco de náuseas por la mañana, pero, por lo demás, estoy bien —contesta Silas, mirándolo sin apartar los ojos por si acaso no le basta con sus palabras—, tal y como te he dicho las últimas diez veces que me lo has preguntado.

Esa respuesta le arranca una carcajada a Alistair, que no ha abierto la boca desde que hemos entrado.

—Me alegro de verte, tío —dice con una sonrisa tensa.

Me quedo sentado en silencio mientras ellos se ponen al día, limitándome a permanecer a su lado y a observar cómo bromean sobre cosas triviales. Silas, como yo, habla poco y muestra aún menos de lo que siente, igual que cuando íbamos todos al acantilado por las tardes.

Si me concentrase lo suficiente, podría hasta convencerme de que toda esta tragedia que ha destrozado nuestro mundo nunca ha sucedido y de que volvemos a estar en el último año de instituto. Por desgracia, la vida no funciona así: siempre se las ingenia para recordarte que está plagada de miseria y horror.

—¿Habéis cambiado las flores? —pregunta Silas.

Se quita el gorro y deja al descubierto su corte rapado y

ligeramente más denso por arriba.

Rook asiente, pero yo opto por darle una respuesta más elaborada.

—Esta vez le he puesto violetas y tulipanes. Si yo fuera ella, ya me habría cansado de las peonías.

Me sacudo un poco de polvo del traje antes de dirigirle la mirada de nuevo.

—¿Las has estado cambiando?

—Sí —digo con naturalidad—. Fue lo único que nos pediste que hiciéramos mientras estuvieras fuera, y estos dos se encontraban en dos estados distintos del país, así que no me quedó más remedio que asumir la primera línea de defensa contra los trabajadores perezosos del cementerio.

Me observa durante un segundo, y luego otro, con esos ojos que perciben mucho más de lo que quiero y de lo que permito que el resto vea.

—Gracias. Seguro que a Rosemary le habrían encantado los tulipanes y las violetas.

Rosemary Donahue.

Su muerte fue la que provocó que desatáramos nuestra venganza sobre Ponderosa Springs. El pueblo llevaba mereciéndose que sembráramos el pánico desde que nos desterraron a las sombras y, cuando asesinaron a Rose, nos quedamos sin ningún motivo para refrenar el caos que guardábamos dentro.

No creo que exista alguien que sea inocente por completo o que no merezca la muerte. Todos tienen secretos oscuros enterrados en el jardín o mentiras despiadadas escondidas en el suelo del armario.

Pero si había una persona pura y honesta en este diabólico mundo era Rosemary. Era amable, elegante y risueña. Recuerdo la primera vez que oí su risa: un chiste de Rook hizo que le brotara una carcajada desde lo más profundo de su ser. Ni siquiera parecía un sonido que proviniera de sus labios.

Estaba en sus ojos y en la forma en la que le centelleaban. Las arrugas de las comisuras hacían que el cuerpo entero le vibrara de alegría. Su voz estuvo a punto de sobrecogerme, porque nunca había visto a nadie rebosando tanta emoción. Era una felicidad pura que la sociedad no había logrado corromper.

Cuando murió, el silencio nos azotó con un frío despiadado y el mundo se convirtió en un lugar un poco más gris sin su risa.

No me gusta la gente, pero si estuviera capacitado para ello, me habría gustado Rosemary. Cuando entró en nuestro círculo, no nos juzgó ni por un instante. El hecho de que nos hubieran condenado en público y se nos considerara unos monstruos no afectó a su forma de cuidar de Silas. Se negó a permitir que el pueblo y su arrogante familia influyeran en su lealtad hacia nosotros.

Y no hay nada que admire más en una persona que la lealtad.

—Ahora que la mencionas —Alistair se aclara la garganta—, tenemos que hablar de una cosa.

Esa es una de las principales razones por las que hemos venido juntos en vez de por separado, como de costumbre.

—¿Qué ha pasado?

Suelto un suspiro y entrelazo las manos detrás de la cabeza.

—Los juguetitos de Alistair y Rook han estado haciendo de detectives y, como ellas son las que mandan sobre sus partes bajas, nos toca escucharlas.

Si bien era capaz de tolerar la presencia de Rosemary, su gemela solo me provoca repulsión. No es más que una pelirroja mentirosa y astuta que se ha enganchado a Rook como una garrapata.

Dudo seriamente que pueda mirarla alguna vez a la cara sin que me den ganas de estrangularla. Estuve meses abriéndole la espalda a Rook por culpa de sus errores y, por mucho que él haya decidido perdonarla por amor, por mi parte no recibirá la misma indulgencia, ni ahora ni nunca.

—Thatcher, estoy harto de repetírtelo —dice Alistair. Tensa la mandíbula y aprieta los puños—. La próxima vez que insultes a Briar, te parto la boca sin previo aviso.

Mi opinión sobre Briar Lowell no ha cambiado desde que la conocí: es como una piedra en el zapato de la que no voy a poder deshacerme hasta que Alistair se haya cansado de jugar con ella. Aunque, al menos, respeto su forma de pensar y sus motivos para odiarme tanto.

Es una ladrona incapaz de mantener las manos quietas que no ha hecho más que ablandar a Alistair. Una chica que, al igual que

nosotros, tiene las garras afiladas y no teme sacarlas cada vez que me acerco a su querida Lyra, lo que me lleva a pensar que su amiga no le ha confesado cuál es su pasatiempo favorito. Me pregunto si la percepción que Briar tiene sobre mí cambiaría si supiera que es la propia Lyra la que me busca a mí y la que acostumbra a meter esa nariz diminuta y respingona en mis asuntos.

¿Disminuiría su hostilidad hacia mí si supiera que salvé a Lyra del destino que mi padre le había reservado? En mi inexperiencia, le mostré misericordia al perdonarle la vida, y, a cambio, me toca aguantar a una sombra con olor a cereza que me sigue a todas partes y a la impertinente de su mejor amiga.

—¿Qué han descubierto? ¿Están bien? —pregunta Silas, cruzándose de brazos.

—Nombres de más chicas desaparecidas. Han estado investigando todos los casos. Sage dice que hay al menos quince en nuestra zona y quieren hacer algo al respecto. Quieren ayudarlas —responde Rook, después de exponer lo que nos han contado.

—¿Y creéis que deberíamos mantenernos al margen?

—Yo creo que nos metimos en esto por Rosemary, no por chicas que no son nuestro problema —contesto con frialdad.

—Puede que ellas no sean nuestro problema, Thatcher, pero mi novia sí lo es —replica Rook, mirando a Silas—. Y tengo el presentimiento de que van a hacer algo, las ayudemos o no, así que yo lo veo claro: descubrimos quién está al mando y destruimos la organización desde dentro, porque está claro que no podemos acudir a la puta poli.

—¿No escuchaste ni una palabra de lo que dijo el detective Breck cuando me estaba presionando el cañón de la pistola contra el cráneo? —inquiero, inclinándome hacia delante—. Lo que descubrimos es solo la punta del iceberg. No tenemos ni idea de quién está detrás ni de quiénes trabajan para ellos. Basta un descuido para que acabes suplicando clemencia en la cárcel.

—No te tenía por la clase de hombre que se deja acobardar por los demás.

Me muerdo el interior de la mejilla e intento no imaginarme la cabeza de Rook estallando entre mis dedos.

—No pienso ir a la cárcel por personas que no me importan ni lo más mínimo. ¿Por qué voy a tener que pasar mi vida entre rejas por hacerme el héroe? ¿Acaso se te ha olvidado quién soy o quién eres tú? —espeto entre dientes con el ceño fruncido—. Lo que hicimos fue por Silas y por Rosemary, por nadie más.

Mi desaprobación le provoca una oleada de ira y noto cómo su impulsividad amenaza con salir a la superficie mientras lo reto con la mirada a intentar golpearme. No suelo meterme en peleas porque no me gusta ensuciarme —y los trajes que me pongo son demasiado caros como para rasgármelos con un golpe tonto—, pero, ahora mismo, si se atreviera a ponerme una mano encima, me aseguraría de recordarle por qué debe medir sus palabras conmigo.

—Thatcher lleva razón, Rook. —Alistair lo agarra del hombro, dejando aflorar al hermano mayor que nunca tuvimos ni mostramos especial interés en tener—. Todo esto empezó por Silas y Rosie, así que depende de él.

Rook sigue desafiándome con la mirada durante unos segundos, el tiempo suficiente para que le dedique una sonrisita sarcástica y le guiñe un ojo, aunque al final opta por no estrellar los nudillos en mi rostro de porcelana y vuelve a centrarse en Silas.

No me entusiasma la idea de que desaparezcan chicas y las vendan como esclavas sexuales. Me parece repugnante y, a decir verdad, de muy mal gusto, pero eso no significa que esté dispuesto a arriesgar nuestra libertad por ellas. Llevo años protegiendo a estos tres sin que se den cuenta y no voy a permitir que todo se vuelva en mi contra ahora.

—Thatch. —Silas pronuncia mi nombre con firmeza y espera a que mis ojos se encuentren con los suyos antes de proseguir—. ¿Y si fuera Rosemary?

—¿Disculpa?

—Si Rosemary siguiera con vida y estuvieran a punto de venderla como esclava sexual, ¿lo harías? ¿Estarías dispuesto a arriesgarte si te dijera que quiero muertos a todos los que tuvieron algo que ver con la muerte de Rosie, sin excepción, incluso a los que están al mando de la Aureola?

El silencio corta el aire durante apenas un segundo.

—Sí —respondo entre dientes—. No estaría satisfecho con tu decisión, pero sí, lo haría.

Silas me conoce, por desgracia. Sabe cosas de mí que no le he contado ni quería que supiera. Es consciente de que mi lealtad hacia ellos es lo más importante para mí y que haría cualquier cosa que necesitaran en el momento en el que la necesitaran.

Ellos son mi única debilidad, y creo que una parte de mí los odia precisamente por eso.

Rook resopla y alza las manos al aire, dispuesto a discutir conmigo una vez más, pero el tono firme de Silas lo interrumpe.

—Bien, porque quiero sus cabezas en una pica. —Se queda mirándome un poco más antes de girarse hacia Alistair—. Ve con las chicas, averigua todo lo que sepan y no les quites el ojo de encima ni a Easton ni a Stephen Sinclair.

—¡Lo sabía, joder! —exclama Rook.

Los trabajadores que nos rodean lo observan con el ceño fruncido y le lanzan miradas de vergüenza ajena. Yo les dirijo una sonrisa tranquilizadora a aquellos que todavía nos vigilan con recelo y les pongo mi mejor cara de político para tratar de transmitirles que no estamos haciendo ninguna barbaridad.

Cuando todos vuelven a sus tareas, levanto la mano y le doy un guantazo en la nuca a Rook.

—Por favor, Van Doren, no te cortes. Ponte a gritar a pleno pulmón que estamos planeando una masacre. Y, de paso, asegúrate de que les quede claro que eres imbécil.

Se frota la zona donde ha recibido el golpe y me dirige una peineta.

—Lo sabía —repite en un tono de voz mucho más bajo.

—¿Por qué? —inquiere Alistair.

—Antes de que pasara lo de Frank, estábamos revisando las finanzas de Stephen. Tiene un montón de pasta.

—¿Y eso te alarma? ¿Debería estar en la lista de posibles cabecillas yo también? —pregunto, orgulloso de mi riqueza.

—Tiene más pasta de la que le correspondería como decano, aunque sea en una institución tan prestigiosa como Hollow Heights. Además, se abrió varias cuentas en el extranjero que no pude

rastrear, ni siquiera usando mi *software* —interviene Silas.

—¿Le hackeaste la cuenta del banco? —pregunta Alistair, alzando las comisuras de los labios.

—Y su historial de búsquedas, el móvil, los correos electrónicos… Ah, y sus cámaras de seguridad.

Por un segundo, parece estar a punto de sustituir su habitual ceño fruncido por una ligera sonrisa.

A Silas se le dan bien muchas cosas, y aun así no hay quien lo iguale en la informática ni a la hora de manipular un arma. Pese a tratarse de dos aficiones diametralmente opuestas, las domina con tanta naturalidad que parecen ser una sola.

—Si conseguís convencer a mis padres de que os dejen entrar en mi habitación, todavía tengo a Easton pinchado en uno de mis monitores. Este —señala a Rook con la cabeza— sabe cómo manejarlos. No digo que tenga algo que ver en todo esto, pero es mejor que nada. Debería serviros como punto de partida y… ¿Lyra?

¿Lyra? ¿Lyra Abbott?

La situación me resulta de lo más divertida.

Qué osadía por parte de mi sombra presentarse aquí tras su saltito mortal desde el acantilado. Sabía que vendría a buscarme tarde o temprano para hablar de nuestro trato, ese al que ha conseguido que accediera con sus artimañas.

La chica que ha logrado burlar a la muerte no una, sino dos veces.

No me esperaba que me siguiera hasta aquí mientras estoy con los chicos. ¿Tan entregada está a la causa? O, lo que es aún peor, ¿tan obsesionada está conmigo? Por primera vez en la vida, una pregunta relacionada con Lyra logra abrirse paso en mi mente: ¿cuánto habrá visto a lo largo de todos los años que lleva espiándome?

Me giro en la silla y, cuando miro hacia la puerta, me encuentro a Lyra empapada por la lluvia, con un paraguas roto y unos mocasines de suela gruesa. Lleva un jersey marrón de cuello alto, que se ciñe a las curvas de su cintura, metido por debajo de una falda de pana. Es la primera vez desde aquel baile de Halloween del año pasado que la veo con un atuendo que le resalta la figura en vez de ocultarla.

La diversión se desvanece y da lugar a una irritación tan intensa que noto cómo me arde la piel.

No es por la ropa ni los zapatos embarrados, no: es por la sonrisa amplia, cegadora e impoluta que le dirige a Silas. Le ocupa todo el rostro y parece sumirla por completo en un estado de euforia. Irradia una luz que se cuela entre el dosel de pinos y penetra en el suelo del bosque.

Sin embargo, desaparece en cuanto nos ve; en cuanto me ve a mí.

Las comisuras de la boca se le curvan hacia abajo, ocultan sus dientes blancos, y puedo percibir en mi propio cuerpo cómo el sol se repliega en su pecho hasta privarme de su luz y de su calor. Es algo que logra alterarme de un modo que me resulta inexplicable.

Me apoyo los puños en el regazo y los aprieto hasta clavarme las uñas en la palma.

—Ay, mierda —murmura, cruzando sus ojos con los míos durante un segundo antes de mirar de nuevo a Silas—. Perdón, me voy. No sabía que iban a estar aquí. Nos vemos la semana que viene.

«¿La semana que viene?».

Los nudillos se me vuelven blancos de la fuerza que estoy haciendo y una punzada de dolor me atraviesa el cuerpo.

Silas niega con la cabeza.

—No me había dado cuenta de que ya estábamos a jueves. Quédate. No estarán por aquí mucho más tiempo, así que podremos jugar luego.

Mi autocontrol es una fortaleza de hierro que he ido forjando y consolidando a lo largo de los años, pero, en este instante, al contemplarla a ella, me parece más bien un hilo raído e insignificante.

Las palabras que escapan de mi boca me resultan ajenas.

—¿Jugar? —pregunto como si estuviera escupiendo un trozo de uña mordida—. ¿A qué, exactamente?

Lyra introduce una mano temblorosa en su enorme bandolera, saca una caja y la extiende a modo de tregua, como si su contenido pudiera apaciguar de algún modo la sensación abrasadora que se ha apoderado de mi pecho.

—Al ajedrez —responde Silas—. Ya que se empeña en venir todas las semanas, he estado enseñándole a jugar.

«¿Todas las semanas? ¿Enseñándole a jugar?».

Noto cómo algo líquido me cubre la palma y se me desliza por la mano al hundirme aún más las uñas en la carne. No me hace falta bajar la mirada para saber que es mi propia sangre.

—Lyra —digo entre dientes—, ¿podemos hablar un momento?

No espero a que acepte mi invitación. El chirrido de mi silla al arrastrarla por el suelo se traga cualquier respuesta que fuera a darme, si es que pensaba darme alguna.

Me acerco a ella conforme abre la boca para decir algo, pero niego de manera casi imperceptible a modo de advertencia. Si oigo una palabra más sobre las visitas que le hace a Silas, traspasaré un límite cuya existencia desconocía hasta que apareció ella.

Abro la puerta que da al recibidor, la sujeto y me doy la vuelta. La miro con expectación y ella, observándome, se queda inmóvil como si tuviera los zapatos pegados al suelo. Si no implicara contacto físico, la levantaría yo mismo y me la echaría al hombro, pero no quiero tocarla.

—Scarlett —pronuncio con voz rasposa, en un tono bajo para que solo ella pueda oírme.

Ese nombre la impulsa a moverse por fin.

Su figura menuda pasa junto a mí arrastrando los pies por el suelo y su aroma, mezclado con algo extrañamente familiar, me inunda las fosas nasales. Una vez que entra en el recibidor y la puerta se cierra a mi espalda, me meto los pulgares en los bolsillos para obligarme a mantener las manos quietas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Abre la boca, sorprendida ante mi pregunta, pero puedo leer la respuesta en sus ojos.

—Más te vale tener una excusa más convincente que la del ajedrez, mascotita.

Frunce el ceño, como si no entendiera por qué la he apartado del grupo y viviera en la más feliz de las ignorancias, ajena a lo que ha hecho, a lo que ha despertado en mí.

—Entonces, Thatcher, ¿qué quieres que te diga? Porque esa es la razón por la que estoy aquí. No te estaba… —se abraza el cuerpo a modo de defensa y baja la voz— siguiendo, si es eso lo que crees. Ni siquiera sabía que ibas a estar aquí.

Me paso la lengua por los dientes delanteros, sacudiendo la cabeza en un gesto de comprensión fingida.

—Así que has venido hasta aquí solo por Silas, ¿no?

Asiente con rapidez antes de que haya terminado de formularle la pregunta.

—Sí, jugamos al ajedrez los jueves. Esa es la única razón, te lo juro.

Bajo la mirada hacia mi mano y, al abrirla, veo la sangre que me mancha la piel y los cortes abiertos donde me he hundido las uñas.

—Y estás dejando que te enseñe, ¿eh? —pregunto, sintiendo cómo se me contrae la mandíbula mientras froto entre sí el índice y el pulgar ensangrentados—. ¿También estás aprendiendo cosas de Rook y Alistair?

Cometo un error al levantar la vista hacia ella, porque me percato de que ha fijado los ojos en mi mano, atraída por el color cereza que me impregna la palma, y parece incapaz de quitármelos de encima, como si ansiara tocarme.

O darse un festín con mi sangre.

—Te he hecho una pregunta —mascullo—. ¿Los observas a escondidas? ¿Los sigues a todas partes como una niña que solo piensa en chicos?

—¿Qu-qué? —tartamudea.

Niega con la cabeza y hace que todos esos rizos húmedos que tiene por el pelo reboten con el movimiento.

Me avergüenza lo sencillo que me resulta extender la mano, agarrarla del cuello y atraerla hacia mí para impedirle huir. Así, acurrucada contra mi pecho, solo puede inhalar mi aroma. Mi presencia es la única que importa.

Le hundo el pulgar en un lateral del cuello y siento cómo le late el pulso bajo mi agarre. El líquido resbaladizo de mi palma le cubre la piel pálida, como si tiñera con trazos de sangre un manto de nieve. La boca se me hace agua al verla lucir mi sangre como un collar de rubíes.

—¿Los vigilas? —le pregunto de nuevo.

Los suspiros que se le escapan me rozan la cara a medida que bajo el mentón y la obligo a alzar el cuello para que me mire a los ojos

mientras sigo sujetándola.

—No, Thatcher —responde con la voz entrecortada, incapaz de exhalar a su antojo por la presión de mis dedos—. Solo te vigilo a ti. Soy tu fantasma, el de nadie más.

Sus palabras deberían haber tenido el mismo efecto que el hielo sobre las llamas, pero lo único que consiguen es avivar el fuego que se ha desatado bajo mi piel. Verla esforzándose por respirar entre mis manos, con mi sangre esparcida a lo largo de la frágil columna de su garganta y admitiendo su obsesión conmigo, solo me provoca un calor abrasador que me recorre todo el cuerpo.

En los últimos meses no ha hecho más que irritarme y sacarme de quicio, rasgar los muros de mi autocontrol con unas garras que ni siquiera sabía que tenía. No quiero acercarme a ella más de lo estrictamente necesario.

Cada vez que la miro, veo mi primer y único error.

Sin embargo, en este instante, parece la amante predilecta de la parca. El mismísimo ángel de la muerte habría atravesado tierras y océanos enteros solo para poder tocarla así y bañar cada centímetro de su cuerpo con su sangre con la esperanza de lamerla después hasta no dejar ni rastro.

Una descarga eléctrica me atraviesa la espalda.

—No quiero que seas nada mío —repongo, deseando alejarme de ella de inmediato.

Necesito darme una ducha, frotarme la piel hasta quitarme la sensación de su tacto de encima. Ahora mismo.

Esta es la razón por la que me mantengo alejado de ella, por la que ignoro el ardor de sus ojos sobre mi piel y su presencia en cualquier habitación. Porque, durante una fracción de segundo, un mísero grano de arena en el reloj, me rendí ante ella.

Y, aunque fuera un novato por aquel entonces, no quiero volver a experimentar lo que sentí en ese momento. Permití que sobreviviera y la aparté del camino de mi padre en vez de cumplir la tarea que se me había encomendado.

No pienso dejar que vuelva a doblegarme de ese modo.

Le suelto la garganta para que pueda respirar hondo, sin ningún tipo de impedimento, e intento apartar la mirada de la huella

carmesí que mi mano le ha dejado impresa en el cuello.

—Por desgracia, un trato es un trato —doy un paso atrás y se hace palpable que su cuerpo se debilita al no encontrarse bajo mi agarre —, así que no me queda más remedio que ser tu profesor.

Le dejaré claro en qué consiste esto y cuáles son los límites que necesito para evitar problemas.

—¿Cuándo empezamos? —susurra, como si quisiera decir algo más y se estuviera conteniendo por miedo a que me retracte de mis palabras.

—El jueves que viene.

—Pero…

—Pero ¿qué? Te estoy haciendo un favor, mascotita. No hagas que me arrepienta —le advierto, consciente del acuerdo que tiene con Silas ese día en concreto.

Se muerde el labio inferior. La parte más insolente de sí misma ansía enfrentarse a mí con tanta fuerza que amenaza con salir a la superficie. Casi me asombra que esté logrando contenerla.

—Muy bien. ¿Algo más, su alteza?

Introduce la mano en su bolso, saca lo que parece una chaqueta o un abrigo y procede a limpiarse con la manga el rastro de sangre que he dejado en su delicado cuello.

Me paso la lengua por el labio inferior al ver cómo se le quedan unas manchitas que no ha podido quitarse con la tela áspera de su chaqueta. No recuerdo haberle dado permiso para limpiarse.

Si quiere seguir adelante, tendrá que aprender como lo hice yo, con reglas.

—Pues sí.

Me miro la mano unos segundos y me llevo el pulgar a los labios para chuparlo. Su sabor ácido me estimula las papilas gustativas mientras lo envuelvo con la lengua antes de sacármelo de la boca.

Por el rabillo del ojo, noto cómo se le separan aún más los párpados y sigue cada uno de mis movimientos con la mirada a la vez que se desliza la lengua por el labio inferior.

—Habrá normas. Si incumples alguna, por insignificante que sea, nuestro acuerdo quedará anulado. ¿Entendido?

—¿Forman parte de la guía de Thatcher para ser un buen asesino?

—murmura.

—Puede que ahora te parezca gracioso, pero te aseguro que no lo es. —Continúo apartándome de ella, interponiendo una distancia más que bienvenida entre ambos con cada paso que doy—. Te quiero en mi casa a las seis. No hace falta que te indique cómo llegar, ¿verdad?

Las mejillas se le encienden y cada rincón de su rostro parece teñirse de un rosa empolvado. Con la vista fija en el suelo, hace chocar los talones entre sí al mecerse hacia delante y hacia atrás.

—No, sé dónde está.

—Lo suponía —respondo, ajustándome los gemelos de la camisa—. No llegues tarde.

Me niego a admitirlo, pero creo que voy a disfrutar poniendo a Lyra Abbott en su sitio. Se acabaron esos bolsos caóticos que parecen albergar nidos de ratas cada vez que los abre para buscar un libro, y tampoco voy a tolerar que lleve los dedos manchados del barro donde se mete a cazar bichos.

Ella es quien ha acudido a mí en busca de consejo, así que eso es precisamente lo que le daré, tanto si le gusta como si no.

Agarro el pomo helado de la puerta, dispuesto a dejarla sola en el recibidor, pero, antes de que pueda pensármelo mejor, le dirijo unas últimas palabras.

—Ah, y Lyra.

Giro la cabeza hacia la derecha y echo un vistazo por encima del hombro a su figura inmóvil, que parece erguirse ante el sonido de mi voz, como si aguardara con nerviosismo alguna orden que acatar.

—¿Sí?

—Ni se te ocurra volver a limpiarte mi sangre sin permiso.

9
Los lugares olvidados

Lyra

Las bibliotecas se caracterizan por el silencio que reina en ellas. Lo único que debería oírse son los bolígrafos al garabatear sobre el papel intacto, el murmullo de las páginas gastadas al deslizarse entre los dedos, el chirrido esporádico de alguna silla al arrastrarse por el suelo o el susurro de voces al hablar.

Sin embargo, en la biblioteca Caldwell, siempre reina el caos durante el semestre de otoño. Los estudiantes vuelven de las vacaciones presumiendo de sus viajes a las Maldivas y a España, se reúnen en grupos numerosos y se apiñan alrededor de las largas mesas rectangulares de caoba mientras se ríen a carcajadas sin cortarse un pelo.

El diseño interior del edificio es impresionante, con su arquitectura de estilo gótico, sus altos arcos, el techo abovedado y las increíbles vidrieras que recorren las paredes. Es una pena que nunca haya sido capaz de estudiar en este sitio durante el curso académico.

En mi primer semestre, me era imposible intentar hacer cualquier cosa aquí que no fuera escuchar conversaciones ajenas. El ruido constante me zumbaba en los oídos y me impedía concentrarme, pero había tantos estudiantes que los bibliotecarios no lograron imponer silencio, así que el cotilleo se ha adueñado del espacio y lo ha convertido en una especie de sala de estar para aquellos que quieren fingir que están estudiando cuando, en realidad, no hacen más que darle a la lengua sin parar.

Aun así, no perdí la esperanza y me bastaron unas pocas incursiones secretas para dar con el escondite perfecto. Si hay algo que se me da bien en esta vida es descubrir esos lugares que los

demás pasan por alto.

Recojo los libros que necesito para la clase de Genética y genómica, junto con algunos más para la asignatura optativa de Ecología en la que he decidido matricularme. Cuando llegó el momento de escoger una especialización, no dudé ni un segundo en decantarme por la biología organísmica y evolutiva.

Estudiar Entomología en Hollow Heights no es la opción más solicitada, pero es la que yo he elegido y estoy satisfecha con ella, a pesar de no tener ni idea de lo que quiero hacer después. He barajado la posibilidad de dedicarme a la etología para poder observar a los insectos en su hábitat natural con fines científicos, aunque el futuro se me antoja siempre tan incierto que hacer planes a tan largo plazo me parece una pérdida de tiempo.

Me deslizo entre las mesas repletas de estudiantes sin que nadie repare en mi presencia, como si no fuera nada más que otra alma en pena morando entre las estanterías. Subo a la segunda planta y me inclino sobre la barandilla, que me llega por la cintura, para echarle un vistazo a toda la gente que se encuentra abajo.

Observar a los demás es mi especialidad. A veces, cuando estoy aburrida, miro a quienes me rodean y tejo historias sobre sus vidas en mi mente, pese a que, en realidad, ya lo sé casi todo sobre ellos.

Yasmine Poverly, por ejemplo: hija no de uno, sino de dos magnates del arte y conocida por tener, según se dice, unos trazos parecidos a los de Picasso. Está sentada sospechosamente cerca de Jason Ellis, el chico con el que su mejor amiga, Felicity, lleva saliendo casi toda una vida.

Puede ser que, después de tantos años juntos, se hayan hecho buenos amigos sin más, pero es mucho más divertido imaginarse algo más escandaloso. ¿Y si Yasmine y Jason estuvieran liados y no pudieran confesárselo a nadie porque Jason depende de la recomendación del padre de Felicity para entrar en la Johns Hopkins? O, peor aún, ¿y si llevan un tiempo planeando cargarse a Felicity porque, en realidad, se comporta como una auténtica zorra con los dos?

¿No es mucho más interesante verlos así que detenerse a conocerlos de verdad?

Me doy la vuelta y camino junto a las imponentes estanterías compuestas por filas interminables de libros de consulta, algunos con más años que yo. El olor a cuero viejo y papel mustio se intensifica a medida que avanzo hacia el fondo de la biblioteca.

Unas secciones más adelante hay una bibliotecaria colocando libros, y parece ser la misma de la última vez que estuve aquí. Supongo que su tarea consiste en asegurarse de que los estudiantes no se bajen los pantalones para echar uno rapidito en los rincones más oscuros del edificio.

Me deslizo con habilidad junto a una estantería, cojo unos cuantos libros de manera selectiva y los dejo caer al suelo con un estruendoso golpe seco. El ruido enmascara mis pasos mientras me coloco entre dos estanterías y me sirvo de la penumbra para ocultarme.

Ser invisible tiene muchas ventajas, y esta es una de mis favoritas.

La mujer pasa junto a mí suspirando y se dispone a recoger los libros del suelo. Aprovechando que está de espaldas a mí, me adentro más en la sección y avanzo fila tras fila hasta llegar a mi destino.

Una escalera de caracol hecha de hierro forjado se alza entre dos estanterías de caoba que no contienen gran cosa: son solo archivos antiguos sobre la fundación de Ponderosa Springs y documentos históricos acerca de la renombrada Universidad de Hollow Heights.

No obstante, el hecho de que hayan decidido reforzar la vigilancia en esta zona no se debe a los libros en sí, sino a lo que se oculta en lo alto de la escalera. Una barandilla en espiral asciende hasta desembocar en una zona de la biblioteca Caldwell a la que nadie tiene permitido entrar. Es uno de los dos puntos de acceso a la torre tapiada que lleva fuera de servicio desde hace tiempo.

Una vez leí que la utilizaban los estudiantes de astronomía y astrofísica y que, en cada una de las cuatro columnatas arqueadas, había telescopios caros con los que la gente podía contemplar las estrellas desde el edificio más alto del campus.

La mayoría de las historias de fantasmas que circulan por estos pasillos no son nada más que eso: cuentos que se han inventado para alimentar el trasfondo de oscuridad que envuelve este sitio y

asustar a los estudiantes nuevos o poner nerviosos a los habitantes de la zona.

Pero la torre no es una historia más ni una leyenda urbana, es real.

Salto la cadena y el cartel que reza «PROHIBIDO EL PASO» y me aventuro por el estrecho tramo de escalera. Subo los peldaños de dos en dos, girando una y otra vez hasta llegar arriba.

Al oír el taconeo de unos zapatos, me apresuro a empujar el contrachapado que cubre la entrada ovalada que hay en el techo y lanzo mi mochila a la planta superior justo antes de impulsarme hacia arriba.

Una vez que estoy dentro, vuelvo a colocar la madera sobre el agujero del suelo, lo cual me oculta por completo de quienquiera que se encuentre abajo. Contengo la respiración durante un instante mientras compruebo que nadie me haya visto trepar hasta aquí y luego dejo escapar el aire en un suspiro.

Cuando me pongo de pie y me sacudo el polvo de la ropa, siento una ráfaga de viento que se cuela a través de las cuatro ventanas tapiadas. El espacio, amplio y solitario, está repleto de telarañas y cajas con libros demasiado deteriorados como para venderlos o consultarlos.

En una esquina, apartado, descansa un escritorio pequeño que limpié para poder estudiar cada vez que subiera aquí. A su derecha hay una puerta alta cuyo interior nunca he llegado a ver, aunque, según los planos del edificio, tras ella se esconde una escalera que rodea la fachada de la torre en espiral y desciende hasta la entrada de la biblioteca, pero siempre está cerrada con llave y no me he atrevido a forzar el cerrojo.

Me acerco al lateral donde falta una tabla en una de las ventanas y me asomo al exterior. Desde este ángulo se puede ver todo el campus e incluso el océano que se extiende más allá del acantilado, junto al distrito Kennedy.

Cada vez que me quedo aquí de pie, contemplando el campus, pienso en lo que debió de sentir Tabitha Flëur la noche en la que se lanzó al vacío; o en la que la empujaron, dependiendo de la versión que uno escoja creer.

En el invierno de 1979, Tabitha, una alumna brillante de segundo

curso que estaba especializándose en ética, se precipitó desde la torre Caldwell de manera abrupta y se abrió el cráneo contra el sendero de abajo. La violencia del impacto fue tal que el servicio de mantenimiento tuvo que cambiar todo el bloque de adoquines porque se habían agrietado, y algunos incluso dicen que el golpe resonó por todo el campus.

Hay quien asegura que fue la presión a la que sus padres la tenían sometida lo que la impulsó a quitarse la vida. Si fue así, supongo que debió de sentirse liberada al plantarse bajo el arco abierto y observar el suelo, anhelando escapar de unas expectativas imposibles.

Sin embargo, la versión más aceptada, y la que yo creo que sucedió, es que la empujaron. Nunca pudieron averiguar quién fue, aunque muchos apuntaron a su mejor amiga, la cual, tras su muerte, qué casualidad, pasó a convertirse en la alumna con el mejor expediente académico de su curso.

Denise Bohart sigue viviendo en Ponderosa Springs, está casada con el exnovio de Tabitha y pasa sus días como ama de casa jubilada. La gente se pone a cuchichear cuando la ve por la calle, pero ella jamás se ha pronunciado sobre lo ocurrido.

Los estudiantes llevan años afirmando que oyen pasos aquí arriba cuando se encuentran en la planta de abajo o que ven un espíritu flotando entre las estanterías. Cada libro que se cae, cada objeto que aparece en un sitio distinto al que le corresponde y cada ruido en mitad de la noche se le atribuye al fantasma de la torre Caldwell, a la señorita Tabitha Flëur.

Sé que este lugar está repleto de traiciones y que la energía que desprende Hollow Heights resulta inquietante, pero, aun así, no puedo evitar apreciar la belleza que lo envuelve. La arquitectura gótica, las gárgolas de piedra, las fuentes de mármol y los espacios abiertos hacen que el campus en su conjunto sea impresionante.

Tal vez sea porque sé lo que se siente cuando los demás te consideran inquietante. Y quizá también porque espero que algún día lleguen a apreciar mi belleza en vez de verme como la chica rara y espeluznante a la que le gusta rodearse de bichos.

De pronto, me vibra el móvil en el bolsillo. Lo saco y veo un

mensaje de Sage avisándome de que Briar y ella están de camino. Le envío una respuesta breve para que sepa que lo he leído antes de volver a guardarme el teléfono en el bolsillo trasero y colocar mis libros sobre el escritorio.

Si el fantasma de Tabitha ronda la torre, nunca se ha acercado a molestarme. Quizá sea porque sabe que está en buena compañía conmigo; al fin y al cabo, aunque esté viva, yo también soy un fantasma, una persona que valora los lugares macabros por su verdadera esencia.

Hay algo extrañamente magnético en los espacios deshabitados. Los cementerios, el mausoleo abandonado detrás del distrito Rothchild y esta torre polvorienta; todos albergan diferentes historias de miedo e infunden temores sin sentido, pero, en el fondo, sirven a un mismo propósito.

Son un hogar para los que han sido relegados, aquellos cuya existencia se ha diluido en la memoria colectiva y solo persisten para asustar a los demás. Todos ellos me transmiten más una sensación de familiaridad que de tristeza o dolor, porque yo también fui desterrada al olvido.

El susurro de una tela llega a mis oídos y, cuando giro la cabeza para ver de dónde proviene, me percato de que una de las sábanas blancas que antes cubría un mueble ahora se encuentra en el suelo.

Frunzo el ceño. Mi parte racional intenta convencerme de que solo ha sido obra del viento, pero entonces un fuerte gemido retumba a través del suelo, acompañado por la vibración de unos pasos contundentes que se aproximan desde algún lugar cercano.

Una oleada de miedo me revuelve el estómago mientras mi subconsciente me dice que se trata de algo más allá de la antigüedad del edificio y las potentes ráfagas de viento que soplan en el exterior.

Echo un vistazo alrededor para asegurarme de que sigo estando sola en la torre. Al comprobar que está vacía, me repito lo que todo el mundo suele pensar en estas situaciones.

«La mente te está jugando una mala pasada, Lyra. Te estás dejando llevar por las historias que cuentan por ahí. Esto te pasa por ver tantas pelis de miedo antes de irte a la cama».

Otro gemido retumba en el aire, esta vez parece estar mucho más cerca. Examino la puerta de metal cerrada frente a mí, aguardando hasta que el sonido se repite. Son unos pies que avanzan con calma por los antiguos escalones.

Cada paso provoca que el material viejo emita un quejido, cuyo eco se propaga por toda la torre. En las películas siempre queda claro que es mejor no acercarse a ningún ruido raro, pero la curiosidad humana es un impulso difícil de refrenar.

Me dirijo hacia la amenazante puerta de metal, con pernos a modo de decoración en los bordes y con manchas de óxido que, por el tiempo, salpican su color oscuro. No es precisamente la clase de puerta que te invita a indagar en lo que se oculta al otro lado.

Me inclino hacia delante y apoyo las palmas sobre el acero helado. Está tan frío que casi se me escapa un siseo de sorpresa. Su tacto me quema la piel, aunque no me aparto, sino que me acerco aún más a ella.

El silencio que se instala en la estancia es tan denso que resulta casi ensordecedor. Puedo oír el aliento que se me escapa de los labios y sentir el pulso de cada uno de mis latidos. Apoyo la oreja contra la puerta, esperando percibir los pasos, pero no oigo nada.

Un estruendo a mi espalda me impulsa a apartarme a tal velocidad que las piernas no me responden a tiempo y, cuando noto cómo empiezo a desplomarme hacia atrás, me apresuro a colocar las manos debajo de mí para amortiguar la caída.

Al estrellarme de culo contra el suelo, suelto un alarido. Una punzada de dolor se apodera de mis nalgas mientras giro la cabeza para averiguar de dónde provenía el estrépito. Una ráfaga de viento ha arrancado otra de las tablas que tapiaban las ventanas y ha arrojado la madera al suelo con un golpe seco.

El viento aúlla y se cuela por las rendijas, silbando dentro de un espacio que, hasta este momento, siempre me había parecido encantador. Una sensación ardiente me recorre el cuerpo y me miro las palmas. Me han salvado de romperme el coxis, tal y como pensaba, pero, a cambio, me he ganado unos cortes feos y dentados que me surcan la carne.

Me muerdo el interior de la mejilla al observar las capas de piel

desgarradas. El daño no es tan grave como para requerir atención médica, aunque, desde luego, sí que voy a necesitar un montón de Neosporin y varias vendas.

—Se acabaron las pelis de miedo después de la mediano…

Me detengo en seco al oír el chirrido agudo y escalofriante de una puerta abriéndose.

La oscuridad y los entes desconocidos que puedan esconderse en esta nunca me han asustado. Jamás he tenido miedo de los ruidos que resuenan en mitad de la noche ni de los armarios entreabiertos, porque ya vi de frente a mi peor pesadilla y logré sobrevivir a ella. Fui testigo de la crueldad humana en su máximo esplendor, del verdadero rostro del mal, y salí de allí con vida.

Cada vez que me miro al espejo, es la negrura que aterroriza a todos la que me devuelve la mirada. No tengo nada que temer cuando yo misma soy aquello que debería infundirme tanto miedo. Por fuera, parezco la misma niña que una vez fui, pero, por dentro, me he convertido en un abismo de sombra y muerte.

Así que no me sorprendo a mí misma cuando me vuelvo otra vez hacia la puerta, sin preocuparme demasiado por lo que pueda estar aguardándome al otro lado. Mi imaginación conjura a todos los villanos y monstruos de las películas de miedo que he visto, mentalizándose para hacer frente a cualquier demonio o asesino que aparezca.

La puerta se ha abierto un poco, lo suficiente para percatarme de que no está cerrada del todo, aunque no hay nada al otro lado que intente atravesarla. Me quedo sentada, observándola un minuto de más, esperando pacientemente el sobresalto inevitable que parece avecinarse, y, al ver que no ocurre nada, dejo escapar un suspiro de alivio.

¿De verdad el viento ha tenido la fuerza necesaria para empujar la puerta y abrirla? Y, si así fuera, ¿cómo ha podido hacerlo sin una llave? Yo misma tiré y tiré de ese pomo la primera vez que subí aquí y no conseguí que cediera. No hay forma de abrirla sin forzar la cerradura.

Tampoco dedico mucho tiempo a pensar en los mecanismos que han llevado a la puerta a entreabrirse y verter su oscuridad en la

habitación. Me pongo de pie y me sacudo el polvo del pantalón con el dorso de las manos, procurando no frotarme las heridas abiertas contra la tela vaquera.

Por un instante, solo se oye el viento, pero entonces empieza a sonar un tintineo metálico tras la puerta. Esa melodía argéntea me eriza el vello de los brazos y me hace arquear las cejas. Se filtra por la rendija, flotando y entrelazándose con el silbido del viento.

La música que componen juntos me transporta a la noche en la que bailé con Thatcher, en la celebración de Halloween del primer semestre del curso pasado. El vals en el que nos embarcamos fue algo tenso, pero no se trataba nada más que de una distracción para que Alistair y Briar pudieran escabullirse sin que nadie se diera cuenta, según me dijo él cuando sonó la última nota. No obstante, aunque apenas nos dirigimos la palabra, me pasé meses soñando con esa noche y con la sensación de su tacto al sostenerme mientras me hacía girar sobre el suelo encerado.

La melodía caprichosa y punteada que inunda el espacio logra justo lo contrario de lo que quizá pretendía, porque no me asusta en absoluto. Me intriga lo que sea que esté al otro lado de la puerta interpretando una canción que me recuerda tanto a cómo me sentí en los brazos de Thatcher; o, más bien, a cómo me sentí al bailar un vals con la propia muerte y salir ilesa.

Cuando tiro de la puerta para abrirla un poco más, noto cómo se resiste, pero sigo tirando de ella con fuerza hasta que se abre lo bastante como para asomarme al interior. Una única vela descansa sobre el primer peldaño, que es de piedra, tal y como me había imaginado, igual que los muros que rodean la escalera.

La llama de la vela titila, iluminando tan solo un círculo diminuto a su alrededor, de modo que apenas alcanzo a ver el segundo escalón. Todo lo que se encuentra más abajo da la impresión de sumergirse en un vacío que devora cualquier atisbo de luz, como si estuviera hecho de obsidiana.

Junto a la palmatoria dorada, que ahora está cubierta de cera blanca, reposa la fuente de la melodía: una caja de música cuadrada. Me agacho para cogerla justo cuando la canción termina de sonar. La base de madera oscura está decorada con delicados

remolinos blancos que recorren toda la superficie, y cada trazo parece pintado a mano.

Deslizo los dedos por la parte superior, donde se alza una jaula de plata pequeña cuyas brillantes barras encierran un ejemplar artificial de esfinge de la calavera. Es la especie de polilla más conocida en la cultura popular, por *El silencio de los corderos* y el distintivo patrón con forma de cráneo que le adorna el tórax.

Giro la palanca de la parte trasera y, una vez que la he tensado lo suficiente, la suelto. Observo cómo la polilla se pone a dar vueltas dentro de la jaula, cómo forma un círculo perfecto, y me quedo fascinada por su belleza.

Se agradece el regalo. No sé si será de Tabitha Flëur, que ronda la torre y ha empezado a disfrutar de mi compañía, o de algún ser más terrenal. Lo cierto es que no me importa.

—Gracias —susurro a la nada, contemplando la escalera sin luz mientras contengo el aliento.

No recibo ninguna respuesta, pero… puedo sentir la presencia de alguien merodeando en las sombras, más allá del alcance de la vela.

—¡Lyra!

Oigo mi nombre susurrado con ímpetu desde la abertura del suelo. Echo un último vistazo a la oscuridad antes de volver a toda prisa a la habitación y cerrar la puerta. Apoyo la espalda contra ella y observo cómo la trampilla se abre para dar paso a la melena rubia de Briar. Mi amiga recorre la habitación con los ojos hasta dar conmigo.

—Parece que has visto un fantasma —murmura desde el agujero, alzando la vista hacia mí con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

Me froto el esternón con el puño, intentando que el corazón deje de latirme a un ritmo tan acelerado. Tiene que haber alguna explicación lógica para la caja de música, pero, en este momento, lo único que se me ocurre es que haya sido un regalo de alguien.

Si hubieran querido hacerme daño, podrían habérmelo hecho.

—Creo que llevo demasiado tiempo aquí arriba.

Ayudo a Briar a levantarse y contemplo cómo Sage se alza con rapidez por el agujero, hasta adentrarse por completo en la habitación, y se sacude los vaqueros de lunares que tan bien le

sientan.

—Deberías dejar que te diera un poco el sol, tía, que a este paso te vas a fundir con la oscuridad —añade Sage mientras avanza hacia mí con una sonrisa que le ilumina el rostro repleto de pecas y me aparta un rizo de la cara con la mano.

—Podríamos habernos reunido en un sitio donde no hiciera falta entrar a la fuerza, ¿sabes? Mi apartamento, el de Sage, tu cabaña… —dice Briar con un suspiro, escudriñando la estancia polvorienta a nuestro alrededor—. Estoy empezando a pensar que no quieres que veamos tu guarida.

Se refiere a la cabaña de mi madre, o, mejor dicho, a la que ahora es mi cabaña.

Me he pasado los dos últimos veranos reformando el interior, pintando el exterior y convirtiendo el espacio en un lugar habitable. Ese sitio es una de las muchas cosas que me legó en su testamento, y también uno de sus rincones favoritos.

Tras cumplir los dieciocho, mi custodia dejó de estar a manos del estado y mi cuenta bancaria aumentó de manera considerable. Aunque sabía que mi madre y yo teníamos una buena posición económica, los ojos estuvieron a punto de salírseme de las órbitas al ver los números. La compañía de seguros me dijo que toda esa cantidad provenía de su póliza, pero, aun así, me pareció una suma excesiva de dinero.

No es que no quiera a las chicas allí, porque sí que me gustaría que fueran a visitarme, más de lo que se imaginan. Lo que pasa es que me pone nerviosa la idea de compartir con otras personas un proyecto en el que he invertido tanto esfuerzo y que, además, era un lugar muy importante para mi madre.

Sé que no van a juzgarme —son mis amigas, las únicas que he tenido en la vida—, pero mi inseguridad y todos los años de burlas que he sufrido a manos del resto de la gente hacen que me ponga en alerta.

—No os estoy ocultando nada a ninguna de las dos —respondo con calma—, es que este sitio me parece mucho más guay.

—Lyra, yo te quiero mucho —murmura Sage mientras Briar deja caer su mochila—, pero eso no quita que dé un mal rollo de la

hostia.

—La mayoría de los lugares que me gustan suelen darlo.

—Y por eso te queremos —dice Briar guiñándome un ojo desde el suelo.

Está en cuclillas, rebuscando algo en su mochila; cuando lo encuentra, se levanta para ofrecérmelo. No obstante, al acercarme con la intención de cogerlo, lo aparta antes de que llegue siquiera a tocarlo.

—Alistair me ha contado lo de la visita que le hicisteis a Silas.

—Ya, lo sé —respondo, frunciendo el ceño—. Quedamos en que investigarían las desapariciones de las otras chicas. Os lo dije.

—Me lo ha contado todo, Lyra —recalca, y la mirada se le endurece de repente—. Pensaba que entre nosotras no había secretos.

—No pasó nada, Bri.

La mentira me deja un regusto tan amargo y agrio en el paladar que me dan ganas de soltar un escupitajo.

—Entonces, ¿solo te llevó aparte para hablarte de tareas de clase? —inquiere, cruzándose de brazos—. Mira, si te está molestando, puedes decírmelo. Puedo…

—No hace falta que hagas nada —contesto, manteniéndome firme —. No quiero que vayas a contárselo a Alistair. Soy perfectamente capaz de ocuparme de Thatcher Pierson yo sola. Lo que pasó entre nuestros padres no tiene nada que ver con nosotros.

En realidad, sí que tiene que ver, y mucho, pero quiero dejarle clara mi postura.

Sé que Briar lo ve como el enemigo. Cree que, por culpa de lo que hizo su padre, me he convertido en su objetivo. Está comportándose como una buena amiga al intentar protegerme, aunque puedo defenderme sola.

Soy callada, no débil.

—Sabemos que eres más que capaz —interviene Sage—. Es solo que nos preocupamos, Lyra. Tienes que ir con cuidado. Intento respetar la fascinación que sientes por él, pero no quiero que Thatcher monte una pataleta cuando descubra que has estado… —la palabra se le queda atascada en la garganta—, bueno, ya sabes, siguiéndolo.

—Querrás decir acosándolo, ¿no? —la corrijo, y ella se estremece ante mi respuesta.

Ellas mismas dijeron que no tenían derecho a juzgar lo que hago ni lo que siento, aunque sé que es difícil de comprender, para ellas y para cualquiera. La conexión que compartimos es algo que solo él y yo podemos sentir y entender, y me gusta que sea así.

La caja de recuerdos que he ido guardando de Thatcher a lo largo de los años fue lo que me delató. Son conscientes de lo obsesionada que estoy con él y, a pesar de que he intentado explicarles por qué siento la necesidad de tenerlo cerca, siguen sin aprobarlo.

—Es peligroso. Esa fijación que tienes con él podría ser solo una secuela de la experiencia tan traumática que tuviste que vivir, Lyra. Me da miedo que te acerques a él —replica Briar, sin molestarse en disimular lo poco que le agrada.

Me encojo de manera involuntaria ante la evidente hipocresía de sus palabras. Briar Lowell es la típica persona valiente que quieres a tu lado cuando se desata el caos alrededor. Haría cualquier cosa por ella, y ella por mí, pero esto no es propio de mi amiga.

—Ah, ¿sí? Porque recuerdo haber oído lo mismo sobre Alistair y mírate ahora, Bri —le espeto—. ¿Crees que él es menos peligroso, que no asusta a la gente?

—Lyra…

—Pero no importa lo que se rumoree por ahí, ¿no? Porque sabes que no es cierto. El Alistair que la gente cree conocer no es al que tú quieres —prosigo, y miro a Sage—, ni el Rook al que tú ves. Para Ponderosa Springs, no son más que los villanos de la historia, aunque vosotras sabéis que no es así.

Los Hollow Boys son los hijos de las familias fundadoras, condenados por el mismísimo pueblo que sus antepasados erigieron, antihéroes que rehúsan redimirse porque su propia corrupción les resulta reconfortante.

—Thatcher es la bestia que temes que se esconda bajo tu cama, la criatura malvada que acecha en tu armario esperando a que te duermas. Es la muerte personificada y el cuento de terror que a todo el mundo le gusta escuchar, pero nunca ha sido, ni por un instante, el monstruo de mi historia.

No, él es el chico que me salvó una vez. Un mísero detalle que mis amigas desconocen y que podría cambiar la forma en la que lo ven. Aun así, no puedo contárselo: él no querría que lo hiciera.

Lo que sucedió aquella noche es un secreto que ambos guardamos.

—Lo siento —dice Briar, extendiendo la mano para entrelazar nuestros meñiques con fuerza—. Estoy de los putos nervios con todo esto. No puedo evitar preocuparme todo el rato, por los chicos y por vosotras. Haz como si no hubiera dicho nada, ¿vale?

—Sabes que te lo agradezco. Yo haría lo mismo por ti si creyese que lo necesitas, pero te prometo que estoy bien. —Las tres intercambiamos una mirada en son de paz, lo que significa que lo dejarán estar hasta que él haga algo que no les guste—. Y ahora dime, ¿qué hay en la carpeta?

—Alistair me ha dicho que van a vigilar a Easton y a Stephen, aunque tengo otro caso que creo que podríamos investigar.

Briar me coloca la carpeta en las manos y le echo un vistazo a las hojas, pasando de una a otra con el pulgar.

Sage se estremece al oír el nombre de Easton Sinclair, y no la culpo. El tío es un asqueroso, y una parte de mí espera que esté metido en el ajo para que reciba de una vez su merecido.

—Coraline Whittaker —dice Sage mientras ojeo las fotos y los artículos sobre su desaparición—. Eso es todo lo que he podido averiguar, pero, incluso con lo poco que tenemos, su caso es distinto al de las demás.

Conozco a Coraline. Bueno, más bien, he oído hablar de ella.

—La mayoría de las chicas secuestradas eran de West Trinity Falls y provenían de familias desestructuradas o de casas de acogida. Por eso se las considera fugitivas —murmuro, completando la información de Sage—. Coraline era rica, popular y vivía con sus padres. ¿Por qué iban a arriesgarse a secuestrar a una chica a la que la gente echaría en falta?

En el instituto de Ponderosa Springs, cada grupo tenía su propia jerarquía. No había un único grupo que fuese popular: todo el mundo era demasiado rico como para no gozar de cierta fama. La pandilla de Coraline, por llamarla de alguna forma, eran las góticas.

Estaba compuesta por frikis del arte, prodigios de la música y poetas. Eran chicas creativas que expresaban su rebeldía delineándose los ojos y vistiendo de negro, de modo que, aunque era conocida dentro de sus amigas y había gente que la apreciaba, seguía siendo un tanto solitaria.

—Eso fue lo que pensé yo, así que indagué un poco más y encontré esto.

Sage se mete la mano en el bolsillo trasero y saca un papel doblado.

—No me jodas —susurro tras desplegarlo y ver que se trata de una fotografía.

Está algo granulada, pero puedo distinguir con claridad todos los rostros.

Frank Donahue, el padre de Sage, aparece sonriendo, sentado junto a Greg West, Stephen Sinclair, James Whittaker y, por último, Conner Godfrey, todos en el salón de la finca de los Sinclair, alzando las copas en un brindis.

En la foto aparentan tener tan solo unos años más que nosotras, pero dan la impresión de ser buenos amigos o, al menos, de compartir algo que los une.

—Eso fue lo mismo que dije yo. Qué casualidad que dos de ellos hayan muerto por su vinculación con la Aureola, ¿no? Nada nos asegura que no estén todos involucrados —responde Briar—. Creo que deberíamos investigarlo.

Los engranajes de mi mente comienzan a girar a toda velocidad y, de repente, me doy cuenta del papel que esperan que desempeñe.

—Greg y Frank están muertos y los chicos van a ocuparse de Stephen, así que solo nos quedan James y Conner.

—¿No sería maravilloso que contáramos con alguien que ya se hubiera relacionado con alguno de ellos? —canturrea Sage, mirándome con una sonrisa de complicidad.

—O, mejor aún, alguien que fuera amiga de alguno de ellos —añade Briar, con un brillo de malicia en los ojos.

Vuelvo a mirar la foto y me centro en el hombre que se encuentra a la derecha del todo. Unas gafas negras y cuadradas enmarcan su atractivo rostro. No me gustaría que estuviera implicado en todo

esto; no porque sienta algo por él, sino porque parece una persona de buen corazón.

Es amable conmigo. Podría decirse que es casi como un amigo.

Sin embargo, vivir aquí me ha enseñado que no puedes concederle a nadie el beneficio de la duda. En Ponderosa Springs, todo el mundo es culpable hasta que se demuestre lo contrario, no al revés, lo que implica que tendré que vigilar a Conner.

—Mantén a tus amigos cerca… —murmuro, deslizando el pulgar por la foto.

—Y a tus enemigos bajo tierra.

10
El jardín sobre la colina

Lyra

La casa encantada de Pierson Point. Esa es la historia que se les cuenta a todos los niños de Ponderosa Springs, una especie de rito de iniciación.

Todos los que nos criamos aquí nos hemos plantado en algún momento de nuestras vidas frente a las verjas de hierro forjado con la estatua de un cuervo a cada lado. Siempre suele ser un grupo de chavales el que se arma de valor y se aventura a ir hasta el pie de la colina solo para contemplar la casa, como si ese gesto probara su valentía.

La finca, situada en lo alto de una loma, tiene una vista panorámica de Ponderosa Springs y de todos los que la habitan. Según la leyenda, observa con un aire amenazante a los niños que se portan mal y, cuando descubre todas las travesuras que han hecho, los atrae hacia ella del mismo modo que las sirenas llaman a los marineros. Les susurra una nana al oído hasta conducirlos a las verjas de la entrada y los invita a cruzarlas.

Sin embargo, una vez que entran, no vuelven a salir.

Cuando el padre de Thatcher fue condenado por los crímenes que había cometido, aquel mito no hizo más que cobrar fuerza. Desde entonces, no son solo los niños los que desaparecen tras adentrarse en la infame propiedad.

La música que llevo puesta suena por los altavoces a un volumen bajo mientras las verjas se abren con un chirrido para permitirme pasar. Me siento como una mosca que se dirige volando hacia una telaraña por voluntad propia. El camino de entrada es largo y está flanqueado por enebros de un verde profundo y arces frondosos

cuyas copas brindan sombra a la carretera asfaltada.

No me hizo falta buscar mucho para dar con la historia y el plano de la finca de cincuenta y siete acres de la edad dorada a la que los Pierson llevan décadas llamando hogar. Me puse a investigarla poco después de que mi costumbre de acosarlo traspasara los límites del instituto.

He seguido a Thatcher a muchos sitios distintos, pero jamás he entrado en su casa, y no porque no lo haya intentado. Sé por experiencia que es imposible poner un pie en la propiedad sin que salte alguna alarma o te vea alguno de los jardineros, así que lo que hace con su vida una vez que cruza la puerta y se refugia en la intimidad de su hogar ha sido siempre todo un misterio para mí.

A veces me asomaba brevemente a las ventanas de la planta baja y lo veía pasearse por la cocina o ir de una habitación a otra, sin poder oírlo. Su abuela, May, casi nunca estaba en el ala oeste de la casa, de modo que no llegué a verlo con ella.

Me lo imaginaba preparándose el desayuno con música clásica sonando por los altavoces y me preguntaba si se haría la cama él mismo; si blanquearía sus sábanas, en caso de que fueran blancas, claro, o si tendría el armario organizado por colores.

Me vuelve loca el hecho de pensar que todavía hay demasiadas cosas que desconozco acerca de este espécimen al que he estado siguiendo de cerca con tanta devoción. Cuando me obsesiono con un nuevo tipo de insecto, necesito saberlo todo sobre él: cómo se mueve, cómo vive y cómo es por dentro. Me gusta examinar al detalle cada uno de sus gestos y costumbres.

Los cristales a través de los que lo observaba se interponían entre nosotros como si nos encontráramos a dos mundos enteros de distancia, y lo peor era que, cuando se metía en el sótano, ni siquiera podía tratar de espiarlo, porque allí no hay ninguna clase de ventana.

Es el único lugar donde sé que se muestra tal y como es, sin reservas, y se permite bajar las defensas. Aún no he tenido la oportunidad de contemplarlo en su hábitat natural y hoy por fin podré hacerlo.

En cierto modo, me alivia saber que quizá aprenda de su mano

cosas que nadie más podría enseñarme y que me ayudarán a liberarme de alguna forma de estas fantasías tan macabras que me consumen.

Pero también siento un cosquilleo de emoción. Debería centrarme en lo que voy a aprender y no dejarme llevar por la idea de estar dentro de su casa, donde su olor impregna el aire de manera perenne y sus movimientos no forman parte del papel que interpreta ante los demás.

Solos él y yo, sin escondites. Un hormigueo me recorre los dedos al pensar en invadir aquellos lugares que guarda para sí mismo.

Cuando los árboles se dispersan y el camino de entrada llega a su fin, me recibe un patio de adoquines decorado con arbustos de magnolias repletos de colores vivos. La mansión de estilo *château*, construida en piedra caliza, siempre consigue robarme el aliento con su delicada arquitectura y sus arcos sostenidos sobre ménsulas y pilares decorativos. Cada medallón y cornisa están esculpidos a mano, como si la casa estuviera hecha a medida para quienes la habitan.

Aparco mi coche anticuado, sintiéndome tremendamente inferior, frente a los Cadillac y al resto de lujos que me rodea. Al comprobar el móvil, veo que he llegado con varios minutos de antelación, de modo que mis únicas opciones son quedarme dentro del coche o salir. Teniendo en cuenta que soy una criatura bastante curiosa, me decanto por la segunda.

Mis aparatosas botas de lluvia amarillas chapotean al aterrizar sobre un charco. La calidez de la lluvia me acaricia el rostro al instante y levanto la vista hacia las nubes grisáceas, densas y amenazantes.

En vez de adentrarme en la enorme y majestuosa casa, me doy una vuelta por el lateral y trato de contar todas las ventanas que hay conforme avanzo. Llego a la número treinta y uno cuando por fin alcanzo el jardín trasero.

Nunca había podido detenerme a contemplar este lugar por miedo a que me pillaran husmeando, pero, ahora que me han invitado, siento que puedo admirarlo en su totalidad como es debido.

No hay piscina ni pistas de tenis ni nada que delate un lujo

excesivo, solo flores. El jardín verde y frondoso parece extenderse ante mí, como si no tuviera fin, y da la impresión de estar cubierto por completo de rosas. Pétalos rojos, rosados, amarillos y blancos salpican todo el terreno hasta donde comienzan los árboles.

En el centro se alzan unas columnas firmes coronadas por un enrejado. Unas rosas trepadoras serpentean alrededor de los pilares y ascienden hasta formar un lecho sobre la estructura de la celosía.

Unas enredaderas envuelven con delicadeza unos arcos altos y blancos. Hay estatuas de mármol vestidas nada más que con pétalos entre hileras de arbustos rebosantes de flores coloridas. Cerca del fondo descansa una fuente, también adornada con rosas.

La fragancia que desprenden es tan intensa que me aturde los sentidos y no consigo decidir dónde posar los ojos primero.

Mi cuerpo avanza con decisión por el espacio. Me muevo con calma, observando cómo las enredaderas y las rosas trepadoras se aferran a los laterales de la casa. Al pasar bajo las columnas, pienso en cuántos años habrán dedicado a perfeccionar todo esto.

Alargo la mano y sujeto un pétalo entre el pulgar y el índice para frotar su textura sedosa. La lluvia ha parado y llevo el cárdigan empapado, pero no me importa. Rozo una espina con la yema de los dedos, como si la retara a atravesarme la piel.

—No vas a encontrar a Thatcher por aquí. —Una voz elegante y suave como la miel hace que me gire—. Siempre rehúye de esta parte de la casa.

Una mujer mayor, con un sombrero blanco de ala ancha y guantes de jardinería, me examina mientras acomoda las flores en su cesta. Al contemplarla, me planteo por un segundo si no será cierto el rumor que asegura que los Pierson son criaturas inmortales como los vampiros.

—Estaba… Eh… Sus flores son preciosas —tartamudeo, señalando las rosas a mi espalda—. Perdón, me llamo Lyra. Soy…

Me detengo en seco. ¿Qué soy exactamente para Thatcher? ¿Una alumna? Desde luego, no es que seamos muy amigos.

—¿Una amiga suya? —inquiere, alzando una ceja oscura con una expresión cargada de complicidad que hace que me pregunte cuánto sabe de mí en realidad.

—Sí, algo así —murmuro. Me humedezco el labio inferior, que parece haberse secado de pronto—. Siento molestarla. Si no le importa indicarme dónde…

—Tonterías. —Agita la mano y, con ese simple giro de muñeca, logra que me calle—. Hace años que ninguna mujer entra en esta casa por voluntad propia. Estoy harta de tanta testosterona.

No intento luchar contra los escalofríos que me recorren la piel ni contra el peso de lo que implican sus palabras. Las mujeres no entran en esta casa porque conocen la historia y el destino al que otras fueron condenadas hace años.

—¿Es usted la madre de Thatcher?

Una risa cálida y juvenil le brota del pecho. A lo lejos, una bandada de cuervos grazna al sobrevolar el cielo grisáceo, pero ella sigue riéndose con alegría.

—No, querida, soy su abuela. No sé si estás intentando ganarte mi favor o son los nervios, aunque te acepto el cumplido.

Lo cierto es que aparenta menos edad de la que tiene. El hecho de que no luzca ni una sola arruga en el rostro y lleve el pelo recogido en un moño bajo contribuye a darle un aspecto mucho más joven. Supongo que los Pierson envejecen con la misma elegancia con la que hacen la mayoría de las cosas.

Al percatarme de que estaba al tanto de mi visita de hoy, su calidez logra que me relaje un poco y noto cómo la tensión que se me había acumulado en los hombros empieza a disiparse.

—Tiene una casa preciosa —digo de manera distraída, volviendo a pasar el dedo por las rosas—. ¿Ha vivido aquí toda la vida?

Se quita el sombrero con un movimiento elegante, lo deja en la cesta que le cuelga del brazo, y luego se deshace de los guantes despacio. El brillo del sol, oculto tras las nubes, se refleja sobre los diamantes del voluminoso anillo que porta en el dedo mientras se masajea las manos con delicadeza.

—La mayor parte, sí —susurra, contemplando el amplio espacio que la rodea como si estuviera evocando todos los recuerdos que aún se respiran en este lugar—. Me casé con Edmond, el abuelo de Thatcher, cuando tenía veintiún años, aunque él llevaba pidiéndome matrimonio casi todos los días desde que nos conocimos a los

dieciséis. Pero yo quería terminar la universidad y labrarme un nombre propio porque me negaba a ser la típica esposa florero. Nos mudamos aquí cuando él comenzó a hacerse cargo de la empresa de su padre, como si fuera una especie de rito de iniciación. Todos los hombres Pierson siguen el mismo camino: van a la universidad, asumen el negocio familiar y entonces se instalan en la finca. Los padres de Edmond se trasladaron a Francia para disfrutar de su jubilación y nos dejaron aquí solos, hasta que nació Henry.

Las líneas que le surcan el rostro reflejan una profunda tristeza, y el dolor que parece anidarle en los huesos me permite vislumbrar por primera vez su edad. No me puedo ni imaginar lo difícil que debe de ser continuar amando al hijo al que diste a luz y, al mismo tiempo, lamentarte por el hombre en el que se ha convertido.

Todos los libros y teorías que existen discuten sobre la influencia de la crianza y de la naturaleza en el desarrollo de la psicopatía; se preguntan si es algo con lo que se nace o si son las influencias externas las que moldean la conducta humana en su totalidad. Sin embargo, por alguna razón, no consigo imaginarme a esta mujer causándole a Henry un daño tan grave como para propiciar que se convirtiera en el hombre que llegó a ser.

Los monstruos se crean a partir de otros monstruos, pero, si no es así, quizá la verdad sea aún más espantosa. A veces, las criaturas más aterradoras ni siquiera se crean, simplemente nacen de esa manera, y no hay amor ni terapia que pueda cambiar lo que su naturaleza les dicta.

—Llevas tus pensamientos escritos en la cara, jovencita —me advierte con voz melódica—. Conviene que lo tengas presente si quieres seguir siendo amiga de mi nieto.

Parpadeo, distraída, sin saber cómo evitar que las emociones que se me arremolinan por dentro se reflejen en la superficie.

—Edmond y yo nos mudamos una vez que Henry pasó a hacerse cargo de la empresa, pero volvimos cuando Thatcher tenía ocho años para cuidar de él. No nos pareció adecuado trasladarlo todo a otro sitio después de que arrestaran a Henry. Ahora la compañía está en manos de unos empleados que llevan trabajando allí toda la vida, hasta que Thatcher termine sus estudios y pueda tomar las

riendas.

—¿Cómo era Thatcher? Después de… —hago un gesto con la mano, avergonzada por mi brusquedad y mi incapacidad para contenerme— todo lo que pasó.

—¿Te refieres a después de que mi único hijo fuera condenado por ser un asesino en serie? —dice sin titubear—. No tienes por qué andarte con rodeos conmigo, niña. Este pueblo de metomentodos ya lo hace bastante.

Asiento con la cabeza.

—Lo siento, no quería ofenderla.

—Lo sé, querida —dice, inclinándose sobre uno de los rosales para cortar una rosa de la enredadera—. Thatcher no cambió en absoluto después de que Henry se marchara. Continuó siendo el mismo chico brillante y carismático de siempre, aunque fuese algo frío y detestase la idea de que lo tocaran. Los médicos nos confirmaron que estaba sano y que no había indicios de abuso físico. Un terapeuta nos dijo que podía tener estrés postraumático, porque Thatcher se negaba a hablar sobre su padre. Y sigue haciéndolo… Ojalá pudiera decir que ocurrió algo más después y que fue eso lo que lo cambió, pero creo que Henry ya le había dejado huella mucho antes de irse.

Se me cae el alma a los pies al recordar al chico que conocí y cuyo padre lo envenenó con pensamientos retorcidos y malvados. A Thatcher no lo habían destrozado sin más, no: lo que le había sucedido era mucho peor.

Henry lo había moldeado desde su nacimiento hasta convertirlo en una pieza infernal de arcilla que solo conocía la muerte. Yo viví una única noche bajo la horripilante impronta de su padre, mientras que los años de adoctrinamiento que Thatcher había pasado junto a él terminaron por esculpir al príncipe de la sangre que es hoy.

Y yo…, yo soy la chica a la que despedazaron, la que está hecha de fragmentos de cristales fundidos y ensamblados. Somos dos mitades de un todo, y creo que, en el fondo, lo supe en el momento en el que entró en el dormitorio de mi madre aquella noche.

¿Quién habría sido Thatcher si lo hubieran criado May y Edmond desde el principio? ¿En qué se habría convertido? ¿Seguiría mi

corazón anhelándolo del mismo modo?

—Thatcher no es Henry —digo sin pensar, mirando a la anciana hacia la que, según me comentó Briar, los chicos sienten un gran afecto.

—Eso ya lo sabíamos Edmond y yo. Creo que incluso Thatcher es consciente de ello. Aun así, mi marido hizo todo lo que estuvo en su mano para protegerlo de la misma suerte que corrió Henry. —Me dedica una ligera sonrisa—. Pero hay ciertas cargas que nuestros padres nos imponen y de las que resulta imposible liberarse.

La alarma me suena en el bolsillo y noto el móvil vibrándome en la piel para avisarme de la hora que es. Mierda, Thatcher va a pensar que llego tarde y dudo que pueda convencerlo de que estaba charlando con su abuela en el jardín.

—¿Le importa si entro? No quiero que se ponga de mal humor porque crea que llego tarde a nuestra… —hago una pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas— sesión de estudio.

Me sale más como una pregunta que como una afirmación y, de repente, siento que no estoy preparada en absoluto para lo que estamos a punto de hacer. ¿Seré capaz de mantener la boca lo suficientemente cerrada como para salirme con la mía tras cometer un asesinato? Si ya me atasco mintiéndole a una abuela que no sospecha nada, ¿cómo narices pienso salir airosa de los interrogatorios policiales?

Las palmas de las manos me sudan y una oleada de inquietud me atraviesa todo el cuerpo. ¿Podré hacerlo? ¿Arriesgué mi vida por algo que ni siquiera soy capaz de hacer?

—¿Me permites darte un consejo, Lyra?

May ladea la cabeza y me observa hasta sacarme de la espiral de pensamientos negativos en la que me había sumido.

—Sí.

El viento sopla con energía, arrastrando consigo el intenso aroma de las rosas. La abuela de Thatcher se acerca a mí con una rosa roja y brillante entre las manos mientras desliza los dedos por el tallo y acaricia las espinas que lo recorren.

—Las espinas protegen la parte más vulnerable de su flor; esa es la manera que tiene la naturaleza de recordarnos que hasta las

criaturas más dóciles poseen dientes afilados y que, cuando se las fuerza a ello, incluso las cosas más bellas de la vida pueden hacerte daño. —Me extiende la rosa, invitándome a cogerla—. Quiero a mi nieto con toda mi alma, señorita Abbott, pero las espinas de Thatcher son muy punzantes y su padre se encargó de afilarlas bien hace muchos años. Ten cuidado con cómo lo tratas. Solo le han enseñado a hacer sangrar a los demás.

Sin dudarlo, cojo la flor que me ofrece y, cuando nuestros dedos se rozan, le dedico un leve asentimiento de cabeza para que sepa que comprendo lo que quiere decirme. Conozco a Thatcher desde hace mucho tiempo y soy consciente del dolor al que me expongo solo por estar cerca de él.

Pero he sobrevivido a la muerte. La he presenciado, he sentido su influencia. Y sé quién es Thatch. Aunque haya facetas suyas que no conozca, en lo más profundo de mi alma, sé quién es. Nada de lo que haga podría atemorizarme lo suficiente como para renunciar a él.

La observo alejarse hacia la casa hasta dejarme sola con mis pensamientos. Me quedo un momento en el jardín, intentando recuperar la confianza que tenía en mí misma antes de la conversación que hemos mantenido. Hay un montón de preguntas cuyas respuestas necesito conocer, empezando por cuánto sabe May sobre Thatcher y lo que hace en la oscuridad de la noche.

Soy un fantasma. Nadie sospechará nunca de mí, no con mi habilidad de pasar desapercibida ante el resto. Además, la técnica de Thatcher me permitirá liberarme de las cadenas que reprimen ese impulso que me consume por dentro y aprenderé por fin a vivir con él.

No me queda otra.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me dijiste que no llegara tarde —respondo, girándome sobre los talones para encararlo—, así que he venido antes. Solo estaba echando un vistazo por los alrededores.

Sé que el color favorito de Thatcher es el rojo, pero, cada vez que se viste de negro, algo se me remueve por dentro al verlo. Mantengo los labios pegados para intentar reprimir el jadeo que

amenaza con brotar de mi boca mientras lo examino rápidamente de arriba abajo.

Lleva el pelo peinado a un lado y, aunque se lo ha echado hacia atrás, unos mechones rebeldes le caen sobre el rostro. Ese ligero toque desenfadado es lo que más me gusta, porque me recuerda que, en efecto, es humano.

El cuello alto y el abrigo largo lo hacen parecer más alto e intimidante. Me observa con la mirada atenta y una expresión seria. Los pantalones negros que le cubren las piernas esbeltas van a juego con los zapatos de vestir del mismo color.

Todo lo que lleva es negro.

El estómago se me contrae al contemplar cómo la luz sombría del sol se le refleja en los ojos. Dioses, quizá, si no fuera tan atractivo, no me supondría un esfuerzo continuo estar a su lado.

Un calor abrasador se apodera de mí al evocar nuestro encuentro del otro día. Llevaba años esperando para poder sentir su tacto sobre mi piel de esa manera.

Su mano enroscada en mi cuello, acariciándome el pulso con los dedos, dominándome por completo con su agarre. La sensación de su sangre resbalándose por mi piel. Me habría encantado que me cubriese entera de ella. Si me la limpié fue por terquedad, no porque quisiera.

Soy consciente de que tengo poca experiencia en el plano sexual, pero, de algún modo, mi cuerpo sabe lo que quiere de Thatch y tiene claro que solo él puede darle lo que anhela.

Necesito que me marque, que me magulle, que me empape, que me posea.

—No recuerdo haberte dicho que vinieras antes ni que te dieras una vuelta por el jardín —sentencia, dejándome claro que no estoy aquí para fantasear sobre cómo sería acostarme con él—. Cuando te diga que hagas algo, quiero que lo hagas a la perfección, mascotita. No llegues tarde ni antes de tiempo. Sé puntual.

En un intento por quitarle hierro al asunto y rebajar la tensión del ambiente, me pongo recta y le hago un saludo militar.

—A la orden, capitán.

La sonrisita que había esbozado se me borra de la cara al instante

en cuanto veo su reacción. Se queda mirándome, inmóvil, y luego se mete las manos en los bolsillos, se da media vuelta y me deja aquí plantada como una tonta.

—Ya me estoy arrepintiendo de haber accedido a esto —gruñe mientras se aleja de mí.

Bajo el brazo, con las mejillas encendidas por la vergüenza, y voy tras él a toda prisa, esforzándome por seguirle el ritmo a sus largas zancadas.

—Creía que íbamos a empezar hoy —digo a su espalda.

Trato de ignorar la forma en la que se le flexionan los hombros al oír mi voz, cómo se le tensan y se le mueven debajo de la chaqueta.

Está bien, si quiere comportarse como un capullo todo el rato, por mí, adelante.

Roma no se construyó en un día, de modo que los muros de hielo de Thatcher tampoco van a derrumbarse en uno. Además, su actitud no afecta a nuestro acuerdo: sea un imbécil o no, lo importante es que cumpla con su parte del trato.

Enderezo la espalda, preparada para lo que sea que venga a continuación. Le guste o no, pienso penetrar esa coraza invernal tras la que se escuda hasta que mi presencia impregne cada fibra de su ser y sienta que no puede respirar sin mí.

Puede que el principal objetivo sea que Thatcher me enseñe a matar, pero no voy a desaprovechar la oportunidad de demostrarle que me necesita tanto como yo a él.

—Y así es —responde en un tono cortante, como si quisiera dar la conversación por terminada.

A ver, si vamos a trabajar juntos, tendrá que aprender a comunicarse un poco más conmigo, aunque no le guste.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —pregunto.

Durante un minuto, se limita a seguir caminando sin decir nada.

—Al cementerio —contesta de manera escueta.

Cuando salimos del jardín y nos dirigimos a la parte delantera de la casa, me percato de algo. No le he dicho a la abuela de Thatcher, en ningún momento, cuál era mi apellido.

11
Agarra la pala

THATCHER

—¿Y tú qué sientes?

El sonido de la pompa de un chicle al estallar sigue a su pregunta. Es el mismo sonido que lleva taladrándome la cabeza todo el trayecto hasta que hemos llegado aquí. Su incapacidad para permanecer en silencio será el mayor reto al que deba enfrentarme durante el tiempo que pasemos juntos.

Me arriesgo a echar un vistazo por encima del hombro y veo su expresión despreocupada. La pala que lleva apoyada en el hombro se balancea con cada paso que da a mi espalda mientras recorre los epitafios con la mirada.

Mi pequeña dama de la muerte y la miseria trota alegremente entre las lápidas como si estuviera en un campo de plantas silvestres. Supongo que esta es una prueba más de que Lyra Abbott dista mucho de ser lo que se consideraría una chica normal.

Algunas corretean entre las flores; otras, por playas cálidas y arenosas. Y ella nació para caminar entre los muertos y hacerles compañía a los cuerpos en descomposición.

—¿Es como quitarte un peso de encima? ¿Te sientes aliviado? ¿Obtienes placer sexual de…?

—Ni se te ocurra acabar esa frase —mascullo, manteniendo la vista fija al frente y tratando de ignorar la tensión que me provoca su cercanía.

—Si vamos a hacer esto, en algún momento vas a tener que tratarme como a un ser humano de verdad —replica, acelerando el paso para colocarse a mi lado y alzar la mirada hacia mí—, no como a una mascota. Si te hago una pregunta, podrías decirme al menos

que no te sientes cómodo respondiéndola.

Me detengo y vuelvo el rostro para observarla desde mi altura. Es mucho más baja que yo; le saco dos cabezas como mínimo. Parece tan diminuta que podría partirla en dos sin ningún esfuerzo. Y, aun así, insiste en provocarme, sin miedo alguno a lo que pueda ocurrirle al meter el dedo en una llaga que no permito que nadie vea y al agotar la escasa paciencia que me impide perder los estribos y hacerla pedazos.

—Veo que a esa parte de ti que tanto te empeñas en ocultar le gusta sacar las garras —digo, arqueando una ceja—. Espero que sepas usarlas, mascotita, porque se me ocurren mil maneras de deshacerme de tu cuerpo.

Hace seis meses, solo era un incordio que siempre estaba en segundo plano, una chica con la que había compartido una noche hacía mucho tiempo y nada más. Pero ahora se ha convertido en alguien que ha matado a otra persona para salvarme, ha saltado desde un acantilado para garantizarse mi mentoría y me está siguiendo a ciegas por un cementerio para demostrarme su determinación.

Mi fantasma ha cobrado vida; ya no le basta con esconderse entre las sombras para observarme como ha hecho tantas otras veces. Está aquí y es de carne y hueso, y no hay nada que desee más en este mundo que matarla de nuevo.

—Lo dices como si tuviera personalidad múltiple. No existen más partes de mí, solo una. Lo que pasa es que estoy harta de que me ignores como a una niña y no respondas a lo que te pregunto.

Sus pasos se convierten en fuertes pisadas y hace un puchero con los labios cuando reanudamos la marcha.

Suelto una risita por la nariz ante la osadía de exigir que la traten como a una adulta cuando sigue comportándose como una cría. A lo mejor me sale más a cuenta acabar con mi propia vida antes de que continuemos con esto.

El suelo embarrado se hunde bajo mis pies y rompe el silencio conforme examino las lápidas. El cementerio de mi familia no queda muy lejos de nuestra finca y, aunque es mucho más modesto que la mayoría, es un lugar privado y protegido de miradas indiscretas.

Además, en él reina el silencio, que es justo lo que necesito para su primera lección.

Cuando llegamos a la verja, saco un juego de llaves. Solo quienes llevan el apellido Pierson y unos pocos jardineros de confianza tienen acceso. Las rejas de hierro forjado, altas y de color negro, delimitan unas cuatro hectáreas de un terreno aislado y repleto de lápidas, monumentos y esculturas. Mi abuelo reposa en una especie de mausoleo pequeño al que se unirá mi abuela cuando le llegue la hora.

Las bisagras chirrían al abrir la cancela. Dejo que Lyra entre primero porque, ante todo, soy un caballero. Cuando pasa por mi lado, no obstante, suceden dos cosas.

La primera es que siento cómo el tiempo se ralentiza durante un segundo, lo suficiente para que el viento atrape su aroma. Sus mechones castaños y sedosos se mecen con la corriente y su fragancia me inunda las fosas nasales y me obliga a respirar hondo. Huele a cerezas dulces y pegajosas.

La otra es que noto que su labio inferior, carnoso y prominente, se encuentra colocado ligeramente hacia delante, y su boca rosada atrae mi mirada hacia ella. Tiene el ceño fruncido y está haciendo un puchero como una niña malcriada.

Decido concederle una tregua, aunque sea solo para borrarle esa expresión de la cara. Me está sacando de quicio y, si sigue así, voy a acabar arrojándola al lago que hay junto al cementerio.

—Poder —digo mientras me dirijo al extremo más alejado, donde sé que el terreno está más vacío.

—¿Qué?

—¿Por qué tengo que molestarme en responder a tus preguntas si ni siquiera tú las recuerdas? —replico para picarla, pero prosigo de todas formas—. Matar a alguien me infunde poder. Eso es lo que me aporta.

Jamás he hablado de esto con nadie. Los chicos han sacado sus propias conclusiones sobre mi vida privada y ninguno me ha preguntado qué ocurre en el sótano. Es un secreto que no he compartido con ellos, uno que solo me pertenece a mí.

Ni siquiera mi padre, que tenía las mismas aficiones que yo, sabía

lo que le estoy revelando a Lyra. ¿Y todo para qué?, ¿para que deje de hacer pucheros?

—¿Poder sobre qué? —pregunta, tratando de conseguir algún fragmento de mí con la esperanza de unirlos para comprenderme—. Vas a heredar una empresa valorada en miles de millones de dólares, un legado. ¿No es eso suficiente poder? ¿Necesitas más?

«Poder sobre él», eso es lo primero que se me viene a la mente. Renunciaría a todo, al legado y al dinero, si así pudiera arrebatarle el poder a quien me quitó el mío.

Ella no tiene ni idea de lo que es sentirse indefenso ante alguien, que te despojen de todo lo que eres hasta convertirte en un lienzo en blanco sobre el que trabajar. Eso fue lo que me hizo mi padre.

Cada corte, cada grito de dolor que le arranco de los pulmones a mis víctimas, es un pedazo más de poder que recupero. Aunque no le cuento nada de esto, porque tampoco hace falta que lo sepa.

—Nunca se tiene suficiente poder, y menos de este tipo. Los bienes materiales y el estatus son una cosa, Lyra, pero observar a un ser humano, sabiendo que su vida y su muerte están bajo tu control, es algo muy distinto. Posees su miedo, su respiración, su alma. Cuando oigas sus gritos de súplica y de pura agonía, entenderás a la perfección a qué me refiero.

Ardo en deseos de explorar con los dedos el interior del pecho de alguien y notar su corazón latiéndome en la palma, con la sangre cálida y resbaladiza corriéndome por las manos. En ese instante, cuando les toco las costillas como si fueran las teclas de un piano, me invade una sensación de poder inigualable.

El hecho de saber que tengo que esperar seis meses más antes de poder repetirlo debería alterarme, pero estoy tranquilo, porque así tendré más tiempo para decidir cómo voy a hacerlo. ¿Será un desmembramiento? ¿Lo abriré en canal? ¿Le rajaré el abdomen e impartiré una clase de anatomía mientras le saco los órganos uno a uno?

Se me ocurre un sinfín de opciones espantosas.

—¿Crees que a mí también me infundirá poder?

Ya tardábamos en llegar a esta parte de la conversación. En gran parte, porque intento convencerme de que me trae sin cuidado el

motivo que la ha llevado a pedirme esto con tanta insistencia, pero mentiría si dijera que no siento un poco de curiosidad.

Mi padre se encargó de alimentar al psicópata que llevaba dentro. Lo que podría haber sido una simple semilla de maldad dormida en mi interior acabó convirtiéndose en una flor crecida y feroz que él se aseguró de cosechar y adiestrar.

Sin embargo, descuidó lo que había sembrado en el armario del dormitorio de Phoebe Abbott. Quién sabe qué tipo de secuelas le dejó aquella noche a Lyra y qué habrá estado gestándose dentro de ella durante todos estos años de forma descontrolada.

—No me dedico a analizar la psique de asesinos en serie. Si tanto te interesa la respuesta, búscate un loquero.

—Creía que…

—Ya sabes lo que se siente, Lyra. Conoces perfectamente la sensación que estás buscando y el ansia por volver a experimentarla te corre por las venas. —Al mirarla, me asalta un recuerdo del que desearía desprenderme—. Es la misma que se apoderó de ti al hundirle el cuchillo en la garganta al detective Breck. Lo vi en tus ojos cuando te manchaste los dedos de su sangre.

Una vez más, le recuerdo que ya ha experimentado la euforia de arrebatar una vida. El hecho de que no fuera algo premeditado no la hace menos asesina.

Hay pocas cosas del pasado que se me hayan quedado grabadas. Suelo dejar que los recuerdos se deslicen por mi memoria como el agua, porque nada me parece lo bastante valioso como para aferrarme a ello, y solo unos pocos permanecen conmigo. Aun así, me cuesta olvidarla a ella con aquel cuchillo en la mano, un cadáver a sus pies y la sangre moteándole el rostro.

—¿Qué era lo que decías? —prosigo—. ¿Es como quitarte un peso de encima? ¿Te sientes aliviada? ¿Buscas que te entrene para convertirte en una sádica sexual, Lyra?

Las comisuras de los labios se le elevan con ligereza, pero la respuesta que le ronda por la cabeza reprime la sonrisa que quiere dedicarme, como si se estuviera debatiendo entre rendirse a la oscuridad que se oculta tras el telón de su mente o admitir que lo que siente es inmoral.

Dudo que se haya atrevido a pronunciarlo alguna vez en voz alta.

—Cuando ya estaba muerto, sí me sentí como si me hubiera quitado un peso de encima. —Respira hondo y se muerde el interior de la mejilla—. Mientras lo mataba…, todo se volvió tan confuso que lo único que recuerdo es lo caliente que estaba la sangre, lo espesa que era. —Traga saliva con dificultad—. Pero el momento de antes… es el que más vívido tengo en mi memoria. El sentimiento que me invadió al verlo apuntarte con la pistola era uno que ya conocía: el mismo que experimenté después de ver a Henry matar a mi madre.

La pausa que sigue a sus palabras es larga y densa. Los únicos sonidos que rompen el silencio son los de nuestros pasos sobre el barro conforme nos adentramos más en el cementerio.

—¿Sabías que estuve en una casa de acogida? —pregunta de repente, cambiando de tema.

—Sí. ¿Y tú sabías que he desayunado yogur esta mañana? ¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

Esto no es una sesión de terapia ni una conversación amistosa. No me interesa saber nada de ella ni de lo que ha sufrido. No pienso contarle cómo sé que creció bajo la tutela del estado ni cómo estoy al tanto de la considerable suma que tiene en su cuenta bancaria y que le permite vivir sola a su edad sin ninguna clase de preocupaciones.

Hay cosas que es mejor que la gente ignore.

—La primera vez que experimenté ese sentimiento después de aquella noche fue en una de las casas de acogida —susurra, con tanta dulzura que casi puedo percibir el aroma a cereza en su aliento.

Cierro la mano con fuerza hasta clavarme las uñas en la palma a través de la tela de los guantes. No quiero oír nada de esto, no puedo. Pero tampoco soy capaz de controlar mi reacción.

Bajo la vista hacia ella.

—¿Te tocó alguien cuando estabas allí?

La desafío con la mirada a que me mienta o me oculte información. No la dejé vivir para que otra persona abusara de ella. Puede que Lyra sea un incordio persistente y difícil de ignorar, como una espina que se te queda enterrada en la piel, pero es mía.

Solo yo tengo derecho a ocuparme de ella y destruirla, nadie más.

Mi regla de esperar seis meses entre cada víctima parece desvanecerse ante la idea de hervir vivo a quien se haya atrevido a tocar algo que me pertenece. Me imagino sus miembros desgarrados y la carne fundida. Los torturaría lentamente, asegurándome de que sintieran todos y cada uno de los cortes que les infligiese.

—No, no —niega ella mientras sacude la cabeza con vehemencia—. No es nada de eso.

Cierro una mano, enfundada en cuero, alrededor de su frágil bíceps y le hundo el pulgar en su delicada piel.

—¿Me estás mintiendo? Porque, créeme, Lyra, lo último que te conviene hacer es mentirme.

Sus ojos brillantes se abren de par en par y descienden hasta el punto de unión de nuestros cuerpos. Se queda contemplando durante un buen rato cómo mi agarre se estrecha en torno a su brazo, aunque ni siquiera se inmuta; si acaso, da la impresión de inclinarse más hacia mi tacto.

—A ti jamás te mentiría, te lo aseguro. No podría —afirma, alzando la vista hacia mí—. Me refería a que la primera vez que experimenté ese sentimiento, después de lo de Henry, fue cuando estaba en una de las casas de acogida.

«O sea, que sí les mentiría a otros, pero no a mí. ¿Por qué?».

No debería importarme su respuesta ni tampoco debería afectarme lo más mínimo, y aun así, cada vez que abre la boca, despierta algo en mi interior. Odio esta sensación, no soporto estar cerca de ella. Lo único que consigue es ponerme de un humor de perros.

Le quito la mano de encima y sigo caminando. Mi silencio debe de parecerle una invitación a continuar, porque no duda en retomar la historia que me estaba contando.

—Tenía once años y en mi hogar de acogida había una chica mayor. Se llamaba Sonya y era una adolescente amargada de narices que pagaba con los más pequeños su frustración por la vida que le había tocado. Una noche, bajé a la cocina a por agua y la vi obligando a un niño a caminar sobre los cristales rotos de una botella que se le había caído, y algo dentro de mí… —se lleva la mano al estómago, como si albergara un organismo vivo en su

interior— se revolvió. Me sacudió por completo. Y, de repente, lo único en lo que podía pensar era en ver su sangre derramándose sobre el suelo y en cómo me sentiría al clavarle un cuchillo en las entrañas una y otra vez.

Me limito a escucharla conforme nos aproximamos a nuestro destino. En lugar de ignorarla como hago con todo el mundo, centro mi atención en ella, porque, por primera vez, me siento identificado con lo que dice.

—Creí que solo se trataba de un instinto de protección, nada fuera de lo normal. Quería impedir que una mala persona hiciera algo malo. Me decía a mí misma que eso era lo que sentía todo el mundo. Pero siguió pasando y…

Se queda en silencio, como si la verdad la estuviera asfixiando.

—¿Y qué? —inquiero, obligándola a acabar la frase y a asumir sus propios pensamientos.

Un profundo surco en forma de V se le marca entre las cejas. De entre todas sus expresiones, esta es la que menos me gusta. Por mucho que me pese admitirlo, incluso para mis adentros, Scarlett Lyra Abbott es preciosa.

Tiene un gusto pésimo vistiendo, unos hábitos desagradables y el pelo hecho un desastre, sí, pero es preciosa con todas sus excentricidades.

La música clásica me parece fascinante; el sabor del *foie gras*, sorprendente; y algunos paisajes, agradables. Y, con todo, nunca he considerado atractivo a ningún ser humano. Solo son un amasijo de huesos, piel y carne; máquinas maleables que se mueven gracias a la sangre. Aunque me maravilla la cantidad de dolor que pueden soportar, no me atraen en absoluto.

Y, sin embargo, cada vez que me veo forzado a mirarla a ella a la cara, siento asco. No por su aspecto, sino porque no me queda más remedio que reconocer la belleza que guarda la proporción de sus rasgos, y eso me revuelve el estómago.

Es tan exquisita que me pone enfermo.

—Y entonces empecé a desear que los demás hicieran algo malo solo para poder justificar mis ganas de hacerles daño. Esperaba que cometiesen alguna atrocidad para darle sentido a mi necesidad de

verlos sangrar.

Rara vez me quedo mudo ante alguien. A veces da la impresión de que siempre tengo algún comentario ingenioso bajo la manga, pero escucharla hablar de esto me ha dejado sin palabras. Está describiendo algo que casi puedo saborear: ese intenso regusto metálico que te invade el paladar cuando el hambre te consume y todos tus instintos básicos se ven engullidos por las ansias de matar, cortar carne e infligir daño.

Jamás he hablado con alguien que haya experimentado esto de la misma forma que yo, ni con mi padre ni con mis abuelos ni con nadie.

Los chicos están familiarizados con la oscuridad, la corrupción y el caos que surgen del abandono. Saben que el abuso puede convertir a los niños en hombres sin alma. Han vivido en su propia piel lo que es ser rechazado y condenado por circunstancias que escapan a tu control, como el hecho de ser el hijo de repuesto en tu familia, haber estado presente en el accidente de coche que acabó con la vida de tu madre, tener un padre acusado de ser un asesino en serie o padecer una enfermedad mental. Pero no están familiarizados con esto.

Es un anhelo que amenaza con devorarte por completo, cuerpo, mente y alma, a cada segundo del día. Se apodera de ti como un virus, impregna cada molécula de tu ser, y no se detiene hasta haber drenado de vida la esencia de otra persona.

—¿Tú…? —Se muerde el interior de la mejilla mientras gira el anillo que lleva en el dedo índice, algo que he notado que hace a menudo —. ¿Tú matas a niños o a mujeres?

Esa pregunta me revela que nunca lo ha sabido y, aun así, no ha parado de seguirme a todas partes. Mi sombra se permitió obsesionarse conmigo sin saber si hacía daño a aquellos que son considerados inocentes.

¿Cambiaría mi respuesta sus sentimientos hacia mí? ¿Se apagaría ese brillo que le ilumina los ojos cada vez que me mira o su fijación sería lo bastante fuerte como para aguantar la realidad, por desgarradora que pareciera?

¿Acaso ha hecho lo mismo que su madre, enamorarse de un

monstruo?

Puede que sea un rasgo que compartan todas las mujeres Abbott, un gen que Phoebe le transmitió a su hija y que la empuja a sentirse atraída por hombres como yo: sin alma, sin emociones, psicópatas hasta la médula que disfrutan causándoles daño a otros.

—Tomar como presa a un niño es de cobardes. ¿Qué demuestras engañando a una mente inocente? Nada —digo sin rodeos, pasando junto a las lápidas de mis tatarabuelos—. Por lo general, de hecho, persigo a quienes les harían daño a unos simples críos.

—¿Y a las mujeres?

Se me dibuja una sonrisa cruel al ver cómo cambia la forma en la que sujeta la pala, algo que yo también hacía de pequeño.

Acto seguido, un solitario rizo oscuro se le desliza sobre el rostro y, como llevo las manos enguantadas, me aventuro a acomodarle el mechón de pelo encrespado detrás de la oreja.

—Solo hay una mujer a la que haya deseado matar con la suficiente intensidad como para saborear el dulzor de su sangre en mi lengua y visualizar lo preciosa que estaría retorciéndose de pura agonía sobre mi mesa.

Sus ojos color jade buscan mi rostro mientras le acaricio la mejilla con el dorso de los dedos, deleitándome en el marcado contraste entre mis guantes negros y su piel pálida. Entreabre la boca, aguardando mi respuesta con especial atención.

—Y eres tú, mascotita.

Le doy un ligero toquecito en la mejilla para despacharla y prosigo caminando por el cementerio como si nada. No me hace falta fijarme en ella para saber que la he dejado sin palabras, que todavía no ha cerrado la boca y que me está mirando la nuca conforme avanzo.

Lyra moriría de una forma asombrosamente bella. Me da cierta envidia que la propia muerte pueda reclamarla antes que yo.

—Capullo —murmura, aunque se le nota la sonrisa en la voz.

Nuestro paseo concluye cuando por fin llegamos a la parcela que estaba buscando. La extensa área de césped se encuentra a varios metros de cualquier familiar que yazca en este sitio.

—¿No te parece que estamos empezando por el final? Quiero decir, ¿cavar una tumba no debería ser lo último en la lista de cosas que

hacer para salir impune después de cometer un asesinato? Tengo que aprender a matar a alguien antes de plantearme siquiera qué hacer con el cuerpo. ¿Y si no quiero enterrarlo? Hay otros métodos para deshacerse de un cadáver: echárselo a los cerdos, desmembrarlo, disolverlo en ácido…

—Por favor, cállate —la interrumpo, tratando de frenar su verborrea antes de que se descontrole—. Ya te lo he dicho. Sabes de sobra cómo matar a alguien, Lyra. Te he visto hacerlo.

Algo feroz que no logro identificar me arde en las entrañas. Se me vienen a la mente destellos de Lyra cubierta de sangre, sosteniendo el cuchillo en la mano derecha con tal fuerza que los nudillos se le veían blancos. El brillo de sus ojos al contemplar el cuerpo que yacía sin vida entre nosotros. Una vez más, la muerte se había convertido en el puente que unía nuestras almas, y ahí comencé a preguntarme por qué siempre era ella la que me aguardaba al otro lado.

—Le rebanaste el cuello a un hombre delante de mí. Lo hiciste tú sola, sin ayuda de nadie. Acepta que ya eres aquello en lo que tanto anhelas convertirte o terminará consumiéndote. ¿Entendido?

—Lo sé. Pero es que…

—Dilo —suelto con brusquedad, metiéndome las manos en los bolsillos del abrigo.

—Pensaba que querías que me callara.

Sacudo la cabeza y chasqueo la lengua contra el paladar. Esa boca suya a la que tanto le gusta abrirse cuando no toca será su perdición y la razón por la que acabe estrangulándola.

—No es momento de hacerte la graciosa —le advierto—. Vamos, dilo.

El rubor le enciende la cara.

—¿Que diga el qué?

La boca se me hace agua y una sonrisita tira de mis labios al comprobar la docilidad con la que me obedece. Siempre cumple con precisión cada orden, cada pensamiento, cada gesto.

—Dime que eres una asesina.

—¿Por qué?

—Porque si ni siquiera eres capaz de decirlo, ¿cómo piensas matar a alguien? Si no puedes ni pronunciar las palabras, ¿cómo piensas

deshacerte de un cadáver? ¿Cómo vas a ser capaz de arrebatarles la vida cuando te imploren que no lo hagas o te hablen de sus familias y de todo lo que dejarán atrás si los matas? Todo esto no servirá de nada si no lo aceptas.

Se queda ahí plantada, con sus botas de agua amarillas, mordiéndose el interior de la mejilla. Sabe que tengo razón, así que ¿qué la detiene? ¿Por qué se niega a reconocerlo?

—Todos los días, al mirarme al espejo, veo lo que soy, Thatcher. Veo a esa cosa —traga saliva y se coloca la mano sobre el pecho— que he mantenido enterrada en lo más profundo de mi ser y que nadie más ha visto. La he ocultado toda mi vida y me he ocultado también a mí misma para proteger a los demás, para salvaguardar cualquier pedazo que quedase de la Scarlett que fui.

Me mira con unos ojos de un verde imposible de describir. Son puros y seductores, como un bosque encantado que te invita a adentrarte en sus profundidades y que sé que, una vez que ponga un pie en él, ya no habrá manera de volver atrás. Es fácil perderse en un lugar así, en unos ojos como los suyos.

—Sé que soy una asesina, que el anhelo que habita en mi interior es uno que solo se sacia con la muerte. Lo sé, Thatch.

—Entonces, ¿por qué te estás conteniendo?

Hay varias preguntas que me asaltan, pero agradezco que mi boca haya decidido darle voz a esa, porque las demás son solo pensamientos que necesito quitarme de la cabeza de inmediato.

¿Es el monstruo de Lyra el mismo que vive en mí? ¿Plantó mi padre la misma semilla de maldad en ambos? ¿Estamos más conectados de lo que creía en un principio?

—Estoy segura de que no entiendes este concepto porque eres Thatcher Pierson —hace unas comillas en el aire con los dedos para enmarcar mi nombre y, aunque me parecen un poco innecesarias, me encanta el dramatismo, así que lo dejo pasar sin soltar ningún comentario sarcástico—, pero tengo miedo de la criatura en la que pueda convertirme cuando libere lo que llevo dentro y me permita sucumbir a ese impulso.

Sé que en algún sitio debe de existir una regla en contra de lo que estoy a punto de decir, aunque si hay algo que me define es la

repulsión que siento hacia las mentiras.

—Deberías tener miedo, Lyra Abbott. Lo que habita en tu interior debería asustarte a ti y a cualquiera que se te acerque —afirmo, apoyando el pie sobre el claro de césped—. Deja que te asuste, pero no permitas nunca que te frene.

Siento el peso de su mirada sobre mi rostro.

—Y, ahora, basta de cháchara.

Si sigue hablando se nos va a hacer de noche antes de que pueda siquiera empezar la tarea que pienso encomendarle.

Una ráfaga de viento pasa por mi lado y agita la cinta métrica que saco del bolsillo. Recuerdo la vez que mi padre me trajo aquí y lo que me obligó a hacer para enseñarme qué era, quién era, y las consecuencias de no aceptar esa realidad.

Lyra debería sentirse afortunada de que solo esté siendo honesto con ella.

—Vas a cavar un hoyo de dos metros de profundidad, ni un centímetro de más.

Frunce el ceño y sacude la cabeza, confundida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Bueno, porque me suplicaste con esos ojos de cordero degollado que te enseñara y eso es lo que estoy haciendo —le espeto.

«Te estoy enseñando lo mismo que me enseñaron a mí», pienso, aunque no se lo digo.

—Y te lo agradezco, pero no entiendo…

—Quiero que caves una tumba, Lyra —la interrumpo—, tu tumba. ¿Me he explicado ya lo suficientemente claro o necesitas que te haga un croquis?

Por increíble que parezca, su piel blanca como la nieve se vuelve aún más pálida. El rosa polvoriento de sus mejillas se desvanece y, al verla dar un paso hacia atrás para alejarse de mí, algo primitivo se enciende en mi interior.

—¿Vas a rendirte tan pronto, mascotita? Esperaba que aguantases por lo menos hasta los desmembramientos. Qué decepción. —Chasqueo la lengua y sacudo la cabeza, acercándome a ella para acortar la distancia que trata de poner entre nosotros—. ¿Te parece demasiado cavar el agujero en el que vas a pasarte el resto de la

eternidad enterrada si te vas de la lengua? Es solo una garantía, un juego de niños.

El pánico se le dibuja en el rostro y sonrío con satisfacción.

—Eso es, mascotita. Me encanta verte así: con miedo de enfrentarte a mí, de mentir o de decirle una sola palabra de esto a alguien.

—No diré nada, Thatch. Nun-nunca se me ocurriría ponerte en peligro de esa manera. Además, si te delatara, yo también me metería en un lío. No tienes por qué obligarme a hacer esto —dice con voz temblorosa.

—Es todo un detalle por tu parte, de verdad, pero no confío en ti. No voy a jugarme mi libertad solo porque me des tu palabra. Tengo mucho que perder en este acuerdo nuestro, Lyra. Y pienso asegurarme de que tú también lo tengas.

—Thatcher…

—Nadie más puede enterarse de las cosas que hago ni de lo que te muestro. Si alguien lo descubre, sabré que has sido tú. No estoy bromeando: si abres la boca, te arrancaré los dientes del cráneo uno a uno antes de partirte ese cuello tan bonito que tienes y tirarte al agujero que tú misma vas a cavar —replico sin apartar la mirada de su rostro, con la esperanza de que comprenda que no podría ir más en serio.

No me supondría ningún esfuerzo borrar su existencia de la faz de la tierra.

Recojo la pala del suelo, agarrándola del mango.

—Esto es ridículo. Jamás te he dado ni un solo motivo para que desconfíes de mí —protesta, y yo aprieto la mandíbula.

Su impertinencia está empezando a sacarme de quicio.

—Mi padre me trajo aquí una vez, el día en que cumplí seis años. Me obligó a cavar una tumba, igual que tú vas a hacer ahora, pero, en vez de ser para mí, la usamos para enterrar a mi madre, y no recuerdo haber protestado tanto.

La conmoción se le refleja en los ojos al pensar en lo que debió de suponer dicha experiencia para un niño tan pequeño, y me revuelve las entrañas. No necesito que me tenga lástima ni que se preocupe por mí. No me importa lo que me ocurriera en el pasado; ni nada, en

realidad. El hecho de que pierda el tiempo sintiendo algo por mí me resulta irritante.

—Así fue como le demostré lo que era, lo que soy. Vas a cavar esa tumba y a ganarte el reconocimiento que tanto ansías que te otorgue. Y si no… —saco un cuchillo del otro bolsillo y lo hago girar entre los dedos—, podemos acabar con este trato ahora mismo. A mí me da igual.

El labio inferior le tiembla y los ojos se le empañan con lo que parecen ser lágrimas. Desearía, más que nada en el mundo, que esa reacción se debiese al miedo, pero sé que, en realidad, es porque se siente mal por mí.

Qué desperdicio.

—¿Tenías siquiera fuerza suficiente como para sostener una pala?

—No. —Me estremezco al recordar la cantidad de barro que tuve que sacarme de debajo de las uñas a base de frotar, lo incrustado que estaba y cómo me cubría la piel—. Me obligó a usar las manos. Agradece que yo te permita utilizarla —añado, empujando la herramienta hacia ella—. Ahora, haz lo que mejor sabes hacer, Lyra, y ponte a jugar con la tierra. No pienso repetírtelo.

12
Rosas rojas, rosas rojas

LYRA

—¿Alguien podría decirme cuál es la pregunta más importante en química orgánica?

Dejo de girar el anillo que llevo en el dedo índice. La pregunta se queda suspendida en el aire, seguida de un silencio incómodo. Es una respuesta sencilla que casi todos deberían conocer si hubieran estado prestando atención.

Lo más triste es que seguro que se la saben, pero están de resaca o demasiado cansados por el esfuerzo de volver a adaptarse a la rutina. Eso y que a nadie le gusta tener una clase a las siete de la mañana; ni siquiera a una servidora, por más que me encante aprender cosas nuevas.

—¿Cómo coño nos dejamos la asignatura?

Un coro de risitas resuena por el aula. Incluso a mí se me elevan un poco las comisuras de los labios al mirar a nuestro profesor ahí plantado delante de todos e imaginarme la contestación que va a darle a un comentario como ese.

Conner se ríe abiertamente, a diferencia de cualquier otro docente de esta institución, que habría reprendido de inmediato al alumno por tal bromita. Es, sin duda, el favorito de todos, por su actitud relajada y el hecho de que siempre esté dispuesto a echar una mano en lo que pueda.

—Por suerte para ti, Jacob, lo más probable es que ni siquiera te haga falta todo este conocimiento después de graduarte, así que limítate a aprobar con un suficiente y disfruta del maravilloso futuro que te espera vendiendo coches en el concesionario de tu padre.

La clase estalla en risas, murmullos y exclamaciones de asombro.

Desde mi asiento en la última fila no puedo verlo, pero me da a mí que Jacob se ha puesto rojo como un tomate y no va a volver a abrir la boca en lo que queda de curso.

Tampoco es que le haya dicho ninguna mentira. Cuando se gradúe, Jacob Nettle heredará la empresa de su familia, Automóviles Nettle, y pasará a convertirse en otro engranaje dentro de la maquinaria de Ponderosa Springs. Yo, por desgracia, sí necesito esta asignatura para poder llevar a cabo mis planes de futuro.

Aunque el seguro de vida de mi madre me haya dejado una cantidad de dinero más que aceptable, sigo queriendo labrarme una carrera. Y esa debería ser razón más que suficiente para concentrarme en clase, pero no: esta mañana me es imposible pensar en nada que no sea él.

—Venga, ya está bien, chicos. Silencio —ordena el profesor Godfrey con una ligera firmeza que hace que todo el mundo le preste atención—. ¿Alguna otra respuesta? ¿Cuál es la pregunta más importante en química orgánica?

Thatcher ocupa todos mis pensamientos, desde el primero hasta el último. Se encuentra presente en cada célula de mi ser. Lo único en lo que puedo pensar es en cuándo será nuestro próximo encuentro, aunque haya estado dando rodeos para no enseñarme lo que de verdad necesito aprender.

Cada vez que me envía un mensaje, espero en secreto que nos reunamos en su casa, pero siempre acaba eligiendo otros sitios para llevar a cabo nuestras lecciones. Supongo que todavía no confía en mí lo suficiente como para exponerme de nuevo a un lugar tan íntimo para él.

Después de las ampollas que me salieron en las manos por pasarme tantas horas con la pala, agradezco no tener que hacer ningún tipo de ejercicio físico. Sin embargo, ya han pasado unos cuantos días desde aquello y los callos y las palmas agrietadas ya se me han curado. Estoy lista para volver a mancharme las manos, aunque esta vez espero que no sea con tierra.

Me tiene harta con los tochos que me ha sacado de la biblioteca del pueblo: un manual de anatomía del cuerpo humano, un libro sobre asesinos en serie y sus víctimas e incluso una guía para

funerarias. ¡Y luego va y me pone un examen! Si quisiera estudiar asesinatos, me habría especializado en criminología.

Esto no era lo que quería cuando le pedí que me enseñara, y sabe perfectamente que sus bromitas incesantes no consiguen más que irritarme. Pero me ha quedado claro que, con Thatcher, o se hace a su manera o no se hace. Se toma su tiempo, es paciente; como los diamantes, que tardan miles de años en formarse bajo una presión y una temperatura extremas.

No obstante, salta a la vista que está retrasando lo inevitable, porque, cada vez que le señalo su comportamiento, me da la misma respuesta pasiva: «Los estudiantes estudian, Lyra».

Lo único que me ayuda a sobrellevar los momentos aburridos y silenciosos en aquella biblioteca abarrotada es ver a Thatcher con esas gafas de montura fina y color gris metálico que contribuyen a intensificar su mirada penetrante y parecen resaltar aún más el impresionante azul cristalino de sus ojos. Es imposible no sentirse diminuto cada vez que te observa y, aun así, todavía no he encontrado a ninguna persona que me resulte tan atractiva como él.

Me paso más tiempo mirándolo desde la silla de enfrente que leyendo de verdad. Analizo embelesada cada uno de sus gestos y sigo los movimientos de sus dedos delgados y firmes al pasar las páginas de su libro, con cuidado de no dañar las hojas antiguas.

Aunque casi nunca me presta atención, disfruto de su compañía. Prefiero que me ignore él a que me haga caso cualquier otro.

—¿Alguien? —repite Godfrey, lo que me saca de mis ensoñaciones sobre Thatcher.

Echo un vistazo alrededor y no veo a nadie dispuesto a responder, así que decido poner fin a nuestra miseria y levantar la mano para que el tiempo que tenemos que pasarnos aquí sentados avance más rápido.

Conner desliza los ojos hacia mi mano antes de posarlos sobre mi rostro. Entonces esboza una sonrisa amable que le suaviza los rasgos y me apunta con el dedo para darme la palabra.

Abro la boca con la intención de contestar, pero no es mi voz la que se oye. En su lugar, la respuesta confiada de Mary Turgid resuena en el aula.

—La pregunta más importante es: ¿dónde se encuentran los electrones? Comprender las electronegatividades nos permite determinar qué partes de una molécula tienen una densidad electrónica relativamente alta, así como las electronegatividades de los átomos que solemos ver en química orgánica.

Son situaciones como estas las que me hacen plantearme que quizá sea peor que Thatcher. Sé que matar es un acto inmoral, pero hasta él se rige por un código de conducta que le impide dañar a la gente inocente o indefensa. Yo, en cambio, no me guío por nada parecido.

No debería querer hacer daño a chicas de mi edad, aunque no creo que me importe de quién se trate. Una vez que el hambre se desata en mi interior, no tengo reparo alguno en clavarle los dientes a cualquiera que se interponga en mi camino. Por eso, lo único en lo que puedo pensar ahora es en agarrarla de esos mechones rubios platino y estamparle la cara contra la mesa una y otra vez hasta que se le deforme y acabe siendo tan fea por fuera como lo es por dentro.

No es porque me haya interrumpido, por supuesto. Si fuera por algo tan insignificante, habría estallado hace mucho tiempo. Es más bien por lo que le hizo a mi amiga. Es por esta sensación de clavos oxidados que me atraviesa la columna, de goma quemada y monedas viejas que me deja un regusto amargo en el paladar. Es por venganza.

Me imagino rodeándole el cuello con las manos; se lo aprieto con fuerza y cuento los segundos hasta oír cómo le cruje al romperse. Escucho sus gritos y la veo forcejear conmigo mientras paga por haber traicionado a alguien como Sage, por haberle dado la espalda cuando se suponía que era su mejor amiga. Quiero que sufra y que sienta en sus propias carnes el mismo dolor que le causó a ella.

De pronto, percibo un chasquido. Al bajar la mirada, me doy cuenta de que he apretado con tanta fuerza el lápiz que tengo en la mano que he acabado partiéndolo por la mitad. Un escalofrío me recorre la espalda y noto cómo el miedo me pisa los talones. ¿Cuándo dejará de aterrorizarme lo que soy y lo que siento?

—Correcto, señorita Turgid —responde Conner con una sonrisa con

la que no llega a mostrar los dientes, dedicándole un ligero asentimiento de cabeza—. Eso es todo por hoy. Nos vemos el lunes. Y, por favor, no os olvidéis de traer la lectura preparada.

Cuando me levanto, Mary se gira en su asiento y alza la vista hacia mí.

—Perdona, no me había dado cuenta de que estabas en esta clase —dice con una sonrisa radiante que es de todo menos amigable—. Es como si no existieras.

Las dos chicas sentadas junto a ella estallan en risitas, pero me limito a encogerme de hombros. No pueden decirme nada que no haya oído ya. Sé que soy uno de los muchos fantasmas de Ponderosa Springs; una leyenda, una historia de miedo que deambula por los pasillos y habita en los áticos. Lo acepté hace mucho tiempo.

Soy la chica con una infancia tan oscura que prefirió pasar desapercibida antes que destacar, porque se me da mucho mejor ser un fantasma que una simple humana.

—No pasa nada, entiendo por qué necesitas los halagos del profesor Godfrey. Seguro que no recibes muchos saliendo con alguien como Easton.

Se le descompone el rostro y abre la boca, sorprendida ante el hecho de que me haya atrevido a responderle, lo cual es comprensible. Hace tres años, me habría quedado callada y me habría ido. No está acostumbrada a que le plante cara.

Ha recibido el guantazo verbal que se merece por haber apuñalado a Sage por la espalda a la primera de cambio, y me parece poca cosa en comparación con lo que me gustaría hacerle de verdad. Debería dar gracias de que haya decidido blandir unas meras palabras hirientes contra ella en lugar de una hoja afilada.

La lealtad es algo que escasea en este pueblo. Todo el mundo mira por sí mismo, sin temor a pisotear a quienes quiere con tal de llegar a lo más alto. Ponderosa Springs solo engendra egoístas de mierda; eso es lo que debería poner en el escudo de esta universidad.

Una vez recojo mis cosas, me dispongo a salir pitando de esta aula. No tengo ninguna clase más por hoy, así que es la ocasión perfecta para ir a buscar el primer ejemplar de mi nuevo proyecto.

Llevo un tiempo queriendo hacer una cúpula inspirada en las abejas, con flores silvestres preservadas y varias especies distintas. Solo me queda comprobar si puedo trabajar con algo tan diminuto como ese insecto.

Este verano pregunté en un huerto local sobre su población de abejas albañiles. La abeja azul calamintha es nativa de Oregón y de los frutales que crecen en el estado. Serían perfectas para una obra como la que tengo en mente, sobre todo por ese color tan singular.

Ahora el verano se ha acabado, el otoño avanza con rapidez y pronto nos adentraremos en los meses más fríos, por lo que sé que las abejas ya habrán hecho sus nidos y dejado a las más ancianas, esas que se aproximan al final de su vida, revoloteando por ahí. Ojalá encuentre algunas ya muertas y en buen estado para no tener que andar cazándolas.

—Lyra, espera un momento —me llama Godfrey antes de que pueda escabullirme del aula, lo cual me obliga a detenerme.

Los demás estudiantes pasan por mi lado cuando me doy la vuelta, aferrada al asa de la mochila.

—¿Ya estás buscando puntos extra lamiéndole el culo al profe? —susurra Mary, empujándome el hombro con el suyo al salir—. Asegúrate también de lamerle otras cosas si quieres el sobresaliente.

«Será cerda».

La miro, consciente de que las chicas como ella necesitan tener la última palabra a toda costa. Es mejor ignorarla antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme, al menos en público.

Cuando el último alumno que quedaba deja la puerta abierta al salir del aula, me giro hacia Conner.

—No te he visto mucho últimamente por el mausoleo. ¿Ya no vas a cazar bichos? —lo reprendo de broma, consciente de que ha estado ocupado con las clases, pero lo cierto es que echo de menos aquellas tardes improvisadas en las que me acompañaba a buscar insectos—. ¿Cómo llevas lo de enseñar?

Se ríe y se apoya contra su escritorio con un suspiro a la vez que cruza los brazos.

—Cada vez que pienso en el tiempo que me quita y en lo complicado que me resulta en comparación con hacer de consejero

de la gente, me dan ganas de quemar todas las corbatas que tengo en el armario.

Me adentro más en el aula e imito su postura contra una de las mesas alargadas frente a él.

—¿Por qué haces eso? —pregunta frunciendo el ceño mientras se afloja el nudo de la corbata.

—¿El qué?

—Siempre estás jugueteando con ese anillo que llevas en el dedo. Sobre todo en clase, cuando te distraes y no atiendes a mis lecciones magistrales. ¿Tan mal se me da lo de ser profesor? —El tono burlón en el que lo dice me saca una sonrisa.

Bajo la mirada hacia el anillo de metal plateado que me rodea el dedo índice. La gema ovalada de ámbar en el centro, con una arañita atrapada en su interior, era la joya favorita de mi madre.

No se la quitaba nunca, ni para ducharse ni para trabajar ni para dormir, y la seguía llevando puesta incluso cuando murió. Fueron mis manos diminutas las que se la quitaron el segundo día, justo antes de que el personal médico de urgencias se la llevara. Yo estaba tumbada a su lado en el suelo, sobre la sangre, y me limitaba a hacer girar el anillo en su dedo, hasta que apareció la señora de la limpieza.

Me acostumbré de forma inconsciente a juguetear con él cuando pasó a ser mío. Creo que el profesor Godfrey es la primera persona en darse cuenta de ello, o al menos en preguntarme al respecto.

—Era de mi madre. Supongo que me reconforta. Es algo que hago sin pensar —respondo, encogiéndome de hombros—. Solía verla a ella girándolo durante horas cuando era niña. Ni te imaginas la envidia que le tenía. —Extiendo la mano ante mí y muevo los dedos —. Estuve años suplicándole que me lo prestara, pero siempre he sido un pelín caótica y desordenada, así que supongo que no me lo dejaba por miedo a que lo perdiera.

—O tal vez supiera que no te estaría bien en aquel entonces — contesta.

Me desliza su mano cálida bajo la palma antes de envolverme los dedos con su agarre. El gesto me pilla por sorpresa, pero no me incomoda, solo me sobresalta que me toque de un modo tan

repentino.

Alzo la vista y me lo encuentro observándome con el ceño fruncido mientras me pasa el pulgar por el anillo.

—Ahora te queda perfecto —susurra, como si estuviera confesándome un secreto que solo yo pudiese oír.

Estamos a una distancia prudente el uno del otro, la suficiente para que tenga que alargar el brazo para alcanzarme. Nuestras manos son el único punto de contacto que establecemos, y solo puedo pensar en que no siento absolutamente nada por él.

Imagino que para cualquier persona normal sería fácil sentirse atraída por alguien tan corriente como Conner Godfrey. He pasado mucho tiempo de mi vida deseando ser normal, sentir lo que sentían los demás y llevar una vida como la del resto. Era con lo que soñaba en todas las casas de acogida en las que estuve.

Pero no lo soy, nunca lo he sido.

Y alguien como Conner… no me hace sentir nada.

Incluso ahora, sabiendo que Thatch no está cerca de mí, puedo sentirlo; a él y a sus ojos, su energía flotando en el aula como el aire, envolviéndome.

Conner no es capaz de hacer que mi corazón se revolucione con su presencia como si lo necesitara para seguir bombeando sangre. No me invade el impulso de derrumbarme al no poder estar a su lado. Mi cuerpo no se doblega ante él ni ante nadie más como lo hace con Thatcher Pierson.

Hay un hilo largo y rojo como la sangre enroscado alrededor de una de mis costillas, y si lo siguiera, si tirara de él, me llevaría hasta el mismísimo príncipe de la muerte. Es un hilo que no me cansaría de perseguir, aun sabiendo que me conduciría a un destino amargo.

En eso consiste el amor, ¿no? En lanzarte al vacío aunque no haya nadie que te sostenga, en no esperar nada más que un amor ciego, puro y absoluto.

No hay ningún monstruo ni ninguna fantasía lo bastante aterradora como para que deje de amarlo, ni siquiera la oscuridad que lo envuelve. Quiero todas las partes suyas que conozco, todo lo que es y todo lo que llegará a ser. Lo quiero todo.

Moriría, mataría y sangraría por él. Y esa es una conexión única en

la vida; una que es difícil de experimentar con alguien normal y corriente.

—Es una joya preciosa, pero no te he retenido aquí para admirarla, por desgracia.

Conner me da un toquecito en el dorso de la mano, se aleja de mí y rodea su escritorio para rebuscar en los cajones.

—No es que me aburra en tus clases, por cierto, es que llevo unos días cansada —murmuro, parpadeando para disipar la neblina que parece engullirme cada vez que pienso en mi amor secreto.

—Ya, ya. Sé cuándo me están mintiendo, señorita Abbott. —Sonríe con suficiencia—. ¿Sigues sin poder dormir bien? ¿Has pensado en ir al médico? A lo mejor es insomnio, y hay medicamentos para tratarlo.

—¿Pastillas para dormir que me hagan caer en coma? No, gracias. Prefiero privarme de unas horas de sueño antes que levantarme como si me hubiera pasado un tren por encima.

—Mira que eres cabezota. —Se ríe y niega con la cabeza mientras saca un montón de papeles y me los tiende para que los coja—. Espero que no rechaces esto también.

Pongo los ojos en blanco, pero se los acepto, pensando que se tratará de alguna tarea relacionada con la asignatura; sin embargo, cuando bajo la vista hacia las letras impresas en negrita, me doy cuenta de que estaba equivocada. Deslizo los dedos por las hojas, de un blanco impoluto.

—¿Unas prácticas, en Nuevo Hampshire? —digo, alzando ambas cejas con sorpresa.

Él asiente y entrelaza las manos sobre el regazo.

—Es un programa de entomología forense en Dartmouth. Tiene pocas plazas, pero me pareció una oportunidad extraordinaria para ti.

—N-no… —Me interrumpo a mí misma, sacudiendo la cabeza, impresionada por semejante muestra de amabilidad—. No sé qué decir. ¿Cómo te has enterado de esto? ¿Cómo me has conseguido una solicitud?

Puede que le mencionara que quería dedicarme a la entomología forense en una ocasión, cuando me preguntó por mi futuro. Es un

campo muy poco habitual y con una competencia feroz, por lo que nunca creí de verdad que pudiera trabajar de ello algún día.

El estudio de los insectos en un procedimiento penal suele quedar relegado a un segundo plano u omitirse por completo, pero puede resultar clave en una investigación. Los bichos que tan asquerosos le parecen al resto y que se encuentran en la escena de un crimen, vivos o muertos, aportan datos muy reveladores, desde la hora del fallecimiento de la víctima hasta la localización exacta de su asesinato.

Reúne todo lo que me apasiona: muerte e insectos. No podría existir un trabajo más perfecto para mí.

—Hice allí el posgrado, así que tiré de algunos contactos que tengo por la zona. Si te interesa, el puesto es tuyo el año que viene. —Me guiña un ojo—. A falta de formalizar el contrato, claro.

Me aferro con fuerza a los papeles, consciente de que lo que me está ofreciendo es algo increíble. Mi futuro, el trabajo con el que llevo tanto tiempo soñando, está en mis manos, y lo único que me apetece es decírselo a mi madre, llamarla y oír su voz.

Cuantos más años pasan, más la echo de menos.

Cada vez me duele más pensar en todo lo que me habría encantado compartir con ella. Hay demasiadas cosas que he vivido y que jamás podré contarle. Su ausencia es como una herida que se vuelve más profunda con el tiempo. A pesar de que por fuera se ha formado una cicatriz, por dentro continúa doliendo y sangrando por el simple hecho de no tenerla a mi lado.

¿Sería capaz de marcharme del lugar donde se encuentra su tumba, del pueblo donde su recuerdo me persigue como un fantasma?

Un momento.

—¿El año que viene?

Él asiente con la cabeza.

—Sí, ¿hay algún problema?

Mis amigos, la Aureola, Thatcher… ¿Tan poco significan para mí que he estado a punto de olvidarme de ellos al pensar en mi futuro? ¿Podría dejarlos atrás como si nada, como si estos últimos años no hubieran existido? ¿Podría dejarlo a *él* al otro lado del mapa, donde

mis ojos no alcanzaran a verlo y mi corazón no fuera capaz de sentirlo?

Aunque pudiera, no sé si querría hacerlo. No quiero renunciar a los lazos que he forjado aquí, pese a que hayan surgido de la locura y la muerte. Quiero creer que lo que compartimos es una conexión única, de esas que no se dan con frecuencia, y la idea de marcharme lejos de ese vínculo que hemos construido me revuelve el estómago.

Me aclaro la garganta y niego.

—Bueno, en teoría, debería terminar la carrera antes de ponerme a trabajar, así que ¿qué sentido tiene hacer unas prácticas sin haberme sacado todavía el título?

—Puedes trasladar el expediente y acabarla allí. Sé que no es Hollow Heights, pero Dartmouth tampoco es una universidad cualquiera.

Sonríe, orgulloso de su *alma mater*.

Siempre puedo rellenar la solicitud y decidir si voy o no más adelante. Al fin y al cabo, no empezaría hasta el año que viene, así que tengo margen de sobra. Solo necesito tiempo para ver qué pasa con todo el asunto de la Aureola. No puedo marcharme sabiendo que todas esas chicas siguen desaparecidas.

Aunque no sea responsabilidad mía, me da la impresión de que somos su única esperanza, las únicas personas que las están buscando, por lo que, si nos rendimos antes de intentarlo, lo más probable es que acaben muriendo en el olvido.

De pronto, recuerdo que mi misión era vigilar de cerca a Conner Godfrey y averiguar si está involucrado en todo esto o si, por el contrario, vive feliz en la ignorancia.

—No sé por qué pensaba que eras de aquí —digo con naturalidad, fingiendo interés—. Conoces demasiado bien este sitio como para no ser de la zona.

Uno de los hombres que salían en la foto que encontró Sage era él, sin duda, y parecen haber pasado unos cuantos años de aquello.

—Nací y crecí en Nuevo Hampshire, aunque solía venir a Ponderosa Springs casi todos los veranos con el señor Sinclair. Mis padres murieron cuando era pequeño y me quedé huérfano, como

tú —esboza una sonrisa amarga—, así que me pasé la mayor parte del tiempo aquí con la familia Sinclair. Es como mi segunda casa.

Soy incapaz de imaginarme a Stephen Sinclair siendo lo bastante amable como para mantener una conversación civilizada que no esté llena de alardes pomposos, y mucho menos preocupándose por alguien.

—Ah, sí. El padre de Sage mencionó que erais amigos de jóvenes. ¿Qué te llevó a juntarte con ellos? —Me muerdo el labio, tratando de dar con las palabras adecuadas—. Sin ofender, pero tú pareces una persona mucho más… ¿honesta?

—¿Insinúas que mis amigos son unos mentirosos?

Alza una ceja y me observa con una mirada inquisitiva que me hace darme cuenta de que quizá he metido la pata y he provocado que le salten todas las alarmas si forma parte de la Aureola.

—No es eso, es solo que me pareces más auténtico. No sé si tendrías muchos temas de los que hablar con Frank Donahue, aunque por aquel entonces fuerais unos chavalillos en vuestros veintitantos y repletos de hormonas —bromeo, en un intento de rebajar la tensión del ambiente.

—Me lo tomaré como un cumplido, señorita Abbott. Pero los amigos son amigos por motivos mucho más profundos de lo que parecen a simple vista, créeme. Simplemente nos juntamos porque creíamos tener la misma visión de futuro.

Es una respuesta bastante críptica y no me aporta información suficiente para inculparlo. Si no está implicado en todo esto, va a llevarse un palo cuando se entere de lo miserables que son sus amistades.

—Ha debido de ser duro para ti y para el señor Sinclair perder a Frank y al profesor West. Lo siento. Sé que no sueles hablar de ello, pero aquí me tienes si necesitas desahogarte. —Me siento mal por aprovecharme así de sus emociones—. ¿Sigues en contacto con James Whittaker? ¿Cómo lo está llevando?

—Estará encantado de que ambos hayan muerto —responde, con una dureza que me hace aferrarme al papel que sostengo entre las manos. Su tono de voz ha perdido toda la diversión y ligereza que desprendía—. ¿Cómo sabes que éramos amigos? ¿A qué viene ese

interés de repente?

Una oleada de pánico se me extiende por el pecho como fuego sobre aceite hirviendo. Debería haber pensado mejor cómo abordar este tema. La respuesta que le dé tiene que ser lo bastante convincente como para no levantar sospechas.

«Mierda, mierda, mierda».

—Sage —suelto de pronto—. Eh…, estábamos recogiendo lo que sobrevivió al incendio y encontramos unas cajas con fotos en el desván. La mayoría eran de Rosemary y ella de bebés, pero también había algunas de Frank cuando era joven. Supuse que… Lo siento, no pretendía meter el dedo en la llaga. Solo quería…

—No pasa nada, Lyra. —Levanta la mano y suspira—. No te disculpes, sé que solo sientes curiosidad. Es que estos días estoy un poco tenso y lo de James es un tema delicado para cualquiera que lo conozca.

—¿Él no tenía la misma visión de futuro? —digo con una ligera sonrisa antes de soltar el aire y relajar los hombros.

La pregunta hace que se ría un poco.

—Exacto.

Si continúo indagando, desconfiará aún más de mí, así que decido dejarlo estar de momento y alzo los papeles que me ha dado.

—Gracias. No sé si lo aceptaré. No sé si puedo irme de aquí y…

—¿Por qué? —me interrumpe.

Se incorpora y me observa con tal preocupación en la mirada que me cuesta creer que sea capaz de hacer las cosas que las chicas creen que ha hecho.

—Mis amigas. Tengo amigas aquí y… —titubeo—. No sé si voy a poder irme y dejarlas plantadas.

Conner asiente y frunce los labios.

—Esas amigas a las que te refieres tienen novio y algún día seguirán con sus vidas muy lejos de este sitio. ¿Ellas se quedarían por ti?

La pregunta me provoca un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

«¿Se quedarían?».

—No me gustaría que acabaras pudriéndote aquí. Te mereces

mucho más de lo que este pueblo puede ofrecerte. En este mundo, solo puedes contar contigo misma. Tienes derecho a priorizarte, a ser egoísta…

Un grito ensordecedor interrumpe sus palabras y me saca de la espiral de pensamientos en la que me había sumido al cuestionarme la lealtad de mis amigas. Es un alarido que desprende pánico en estado puro y parece provenir del patio. Se filtra a través de las ventanas abiertas, se propaga por toda la primera planta del edificio, y no tardo en percibir cómo van sumándose más ruidos de desesperación, desconcierto, terror.

—¿Qué cojones está pasando? —dice Godfrey en voz alta, dirigiéndose hacia la puerta, y procedo a ir tras él.

Seguimos a la multitud de estudiantes y profesores que salen del edificio y se encaminan hacia el área común, una gran construcción circular que se encuentra en el centro del campus, cerca del roble que talaron hace poco.

Aquel histórico y frondoso árbol fue un daño colateral durante mi primer año, al que le prendí fuego con Rook para crear una distracción que ayudase a Alistair y a Briar, que se habían colado en el despacho del profesor West. El recuerdo brilla en el fondo de mi memoria como una cerilla prendida.

Sin embargo, no es la ausencia del árbol lo que tiene a todo el mundo absorto en esta ocasión.

Conner se abre paso entre el tumulto y yo sigo el espacio que va dejando tras de sí hasta que superamos las filas interminables de gente agolpada y nos topamos de frente con el horror que ha desatado el pánico en todo el campus.

Oigo un jadeo, un grito desquiciado, murmullos que se vuelven cada vez más ruidosos cuanto más tiempo permanezco aquí de pie. La boca se me seca y el corazón me martillea el pecho.

En la base del roble descansa una pierna humana que ha sido seccionada con precisión por la articulación y blanqueada con lejía hasta adquirir un tono espectral. Tiene una cinta blanca y fina atada en forma de lazo en la rodilla y una solitaria rosa roja apoyada contra ella.

Alistair nos advirtió que el pueblo en el que habíamos sembrado el

caos no tardaría en contraatacar. Puede que esquiváramos a las autoridades, pero hemos provocado a una organización que ya estaba harta de nuestras intromisiones.

Hemos matado a muchos de los suyos. Lo único que se me ocurre es que esta sea su forma de cobrarse lo que creen que se les debe.

—¿Eso es…? —susurro, más para mí que para Conner, aunque aun así me responde.

—Sí.

Grabado con una caligrafía salvaje y descuidada en la carne blanquecina de la pantorrilla hay un mensaje. Dos palabras de un asesino en serie que ha regresado para atormentar de nuevo aquellos lugares donde solía campar a sus anchas. Una advertencia del Carnicero de Ponderosa Springs.

HE VUELTO

Todo comienza a dar vueltas a mi alrededor, en unos colores preciosos y caóticos, a tal velocidad que no logro captar nada más que una mancha borrosa de pigmentos. Me llevo la mano al vientre y me la presiono contra la piel en un intento de apaciguar la guerra que ha estallado en mi interior.

No puede haber vuelto. A Henry Pierson lo encerraron en una prisión de hormigón, tras unos barrotes, hasta que su cuerpo se pudriese y sirviera de alimento para los gusanos. No hay forma de escapar de un sitio como ese, es imposible.

Y, sin embargo, ahí está su firma. Siempre colocaba una parte del cuerpo de su víctima a la vista, en cualquier espacio abierto de Ponderosa Springs, con un lazo y un mensaje grabado. Un obsequio para demostrarnos que era mucho más listo que todos nosotros, que podía arrebatarnos a nuestras hijas, esposas o madres sin que nos percatásemos, en el momento menos esperado.

Lo más lógico sería pensar que no se trata de él, que no es más que un imitador, pero no puedo usar la lógica ahora mismo. Me siento como si mi alma se hubiera separado de mi cuerpo y me hubiese quedado sola, con los miembros entumecidos, reviviendo una y otra vez los macabros recuerdos de la noche en la que mataron a mi madre.

Se me vienen a la cabeza destellos de la sangre que le brotaba del cuerpo, de los gritos ahogados que tuve que reprimir contra mis manos diminutas. Ahora que ha vuelto…, ¿vendrá a por mí, a por el fantasma que escapó de su ira?

Retrocedo tambaleándome entre la multitud, que sigue con la vista clavada en el miembro cercenado, me tropiezo ligeramente con mi propio zapato y choco con varios cuerpos que desconozco. En algún rincón de mi mente, oigo que alguien me llama, pero el olor lo eclipsa todo.

Lo único que ha persistido en mí a lo largo de los años, aunque me haya duchado un sinfín de veces desde entonces. El hedor de la carne en descomposición, el del cuerpo de mi madre pudriéndose. Me envuelve y me arrastra de nuevo a aquella noche de mi infancia en la que me quedé sola con un cadáver y el silencio absoluto que me rodeaba.

Ha vuelto. Ha vuelto y viene a por mí.

No va a…

—Para.

Mi espalda colisiona con algo tan frío que provoca que mis pensamientos acelerados se detengan por un instante. Percibo un olor distinto al de la muerte: el de cítricos y sábanas limpias.

—No dejes que te vean derrumbarte, Scarlett. —Su voz es firme, una roca a la que aferrarme frente a las olas embravecidas que amenazan con engullirme—. No tienen derecho a ver cómo te derrumbas, ¿me oyes?

Unas manos heladas se enroscan alrededor de mis brazos y noto unos pulgares deslizándose con delicadeza por mi piel. Todo su ser me envuelve.

Thatcher se acerca a mí y el contacto de su pecho contra mi cuerpo ahuyenta todos los recuerdos. Logra sosegar mi mente poco a poco, como una urna de luz invernal que se vierte sobre la oscuridad y alumbra el camino; como la escarcha que cubre las hojas de las flores y las protege.

Me permite respirar, detenerme.

Me aferro al tacto de su piel, ese que se niega a brindarle a nadie más. El cuerpo se me estremece allí donde sus dedos me recorren

los brazos desnudos. Inclino la cabeza hacia atrás para apoyarla contra su pecho mientras me giro hacia la parte inferior de su mandíbula e inhalo, porque sé que ahí el aroma de su colonia es más intenso y duradero.

—Vete de aquí. Sé un fantasma, Lyra, escóndete. Busca un lugar tranquilo —me susurra al oído, con una dureza que no admite réplica —. Espérame y no te derrumbes hasta que yo te encuentre. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza, aunque, más que un acto deliberado, parece un espasmo.

—Si me convierto en un fantasma —digo con la voz entrecortada —, ¿cómo me verás tú?

Un suspiro tembloroso le brota de la garganta y me roza el lóbulo de la oreja. El inquietante recuerdo de nuestro primer encuentro, cuando no éramos más que unos niños enfrentándose a un mal tan atroz que la mayoría ni siquiera podría imaginar, se cierne sobre nosotros.

Dos niños cuyos destinos fueron entretejidos por los dedos sangrientos de las moiras. Una historia escrita en carmesí e impregnada de finales despiadados.

¿Se habrían sentido nuestros padres del mismo modo? ¿Acaso Henry Pierson apaciguó el alma de mi madre, tal y como Thatcher ha hecho con la mía, antes de arrebatársela?

Mientras todo el mundo a nuestro alrededor se queda paralizado por el miedo, nosotros existimos en la memoria de nuestro comienzo y el preludio de nuestro desgarrador final.

—Siempre te he visto, mascotita —murmura.

13
Aprende a jugar según las reglas

THATCHER

—Señor, lo siento, pero no ha habido ninguna fuga de presos desde los años setenta. Le puedo asegurar que todos están bajo una vigilancia exhaustiva.

Agarro el móvil con fuerza, a punto de hacerlo añicos entre los dedos.

—Póngame con el alcaide.

La multitud a mi alrededor parece abrirse para dejarme paso. De sus cuerpos emanan oleadas de miedo, como una feromona que solo yo puedo percibir. La agitación por que haya aparecido un miembro en el campus se intensifica a medida que los susurros se convierten en voces desesperadas.

El Carnicero de Ponderosa Springs, o alguien haciéndose pasar por él, ha vuelto con un regalo. Y el principal sospechoso de todos camina entre ellos.

Unos pocos se atreven a mirarme fijamente; otros temen las consecuencias de quedarse observándome más tiempo de la cuenta. Puedo notar cómo tensan la espalda y comparten sus teorías entre murmullos. Todos creen que es cosa mía, como si necesitara rebajarme a un teatrillo tan vulgar para subirme el ego.

Por mí, que inventen los rumores que quieran. No me importa estar en boca de todos. Cualquier conclusión a la que estén llegando con sus reducidas mentes es el menor de mis problemas en este instante.

Adelante, que se consuman con sus teorías, que los engranajes de sus cabezas giren sin descanso hasta que la simple mención de mi nombre los haga temblar. Me da igual convertirme en su hombre del

saco.

—No puede ponerse al teléfono. ¿Quiere que le deje algún mensaje de su parte?

Dios debe de existir. Es la única explicación que hay a la suerte que tiene este imbécil de estar al otro lado de la línea y no delante de mí ahora mismo.

—Claro, dígale que Thatcher Pierson ha llamado para preguntar por Henry Pierson, un recluso por el que pagamos una suma considerable de dinero para que os aseguréis de que permanece allí encerrado —me apresuro a responder, moviéndome por el campus con pasos firmes y pesados.

—L-le… Señor Pierson, le pido disculpas. No tenía ni idea de…

—Ahórrate las excusas —le espeto—. Si quieres conservar tu puesto, ponme con el alcaide. No volveré a repetirlo.

La línea permanece en silencio unos segundos, hasta que una voz distinta me saluda al otro lado.

—Señor Pierson, ¿qué puedo hacer por…?

—¿Dónde está mi padre?

No tengo tiempo para andarme con diplomacias, un arte que me enorgullece haber llegado a dominar gracias a mi carisma y mi capacidad para fingir.

Avanzo con determinación más allá del campus y me adentro en la arboleda detrás del distrito Rothchild, donde sé que encontraré a mi querido fantasma, escondido en una cripta que se cae a pedazos. El único consuelo que puede hallar alguien tan ligado a la muerte reside en el silencio que rodea a quienes yacen enterrados.

Oigo el susurro de unos papeles justo antes de que el alcaide del centro penitenciario de Rimond responda.

—Donde ha estado durante los últimos años, señor: en su celda de aislamiento. ¿Por qué? ¿Desea que lo traslademos a otro sitio?

—¿Desde cuándo? ¿Cuándo fue la última vez que alguien comprobó personalmente que siguiera ahí?

La pregunta se queda suspendida en el aire y una especie de dolor incómodo y abrumador me atenaza el pecho. Las ramas crujen bajo mis pies a medida que me interno más en el bosque tras Hollow Heights.

—Inspeccionamos las celdas hace unos quince minutos, señor Pierson. Todos los presos, incluido su padre, estaban presentes. ¿Ha habido algún problema?

Sé que las probabilidades de que Henry se escape de una prisión de máxima seguridad son muy bajas, y odio que la razón por la que haya sentido la necesidad de comprobarlo mediante una llamada sea Lyra.

—No, solo me gustaría que reforzasen la vigilancia en las celdas de aislamiento durante las próximas semanas. Quiero un listado de todas las visitas que haya recibido mi padre en los dos últimos años y que me llamen si alguien solicita verlo de aquí en adelante —le digo a toda prisa antes de colgar.

Puede que mi padre aún siga encerrado, pero nunca desaprovecharía la oportunidad de montar un buen espectáculo. En eso, por desgracia, somos iguales.

Podría tratarse de alguien que no esté relacionado con él en absoluto y que haya aprovechado la información que los medios publicaron sobre sus asesinatos para atemorizar a la gente de Ponderosa Springs; un imitador al servicio de la infame Aureola que esté usando la leyenda de mi padre como arma contra nosotros. Aun así, debo asegurarme de que Henry no haya metido las narices en mis asuntos ni haya acabado involucrado de alguna forma, por si acaso.

Bajo la vista hacia el móvil y dejo el pulgar suspendido sobre el nombre de Alistair, dispuesto a llamarlo para echarle la bronca y quejarme de que sabía que pasaría algo de esto. Les advertí que, si seguíamos indagando sobre las chicas desaparecidas y en todo el asunto de la Aureola, vendrían a por nosotros.

Y voy a ser yo el que acabe comiéndose el marrón. Seré la primera persona a la que la policía señale cuando busquen un culpable. Soy el sospechoso perfecto, el hijo furioso que replica los asesinatos de su papaíto. Si llego a leer un titular como ese en algún periódico, me vuelo la cabeza de un tiro.

Un gruñido me brota de la garganta al pensar en el interrogatorio al que me veré obligado a enfrentarme tarde o temprano. Tengo que llamar a los chicos, debería ser mi prioridad.

Sin embargo, dirijo la mirada hacia el edificio deteriorado por años de abandono y tormentas. Me detengo justo en el límite del perímetro, donde hace mucho se alzaba una verja y, de repente, llamar a cualquier otra persona o lidiar con cualquier otro asunto más allá de este bosque ya no me parece tan importante.

Todo puede esperar: el caos, la Aureola, mi padre… Ahora mismo, solo existe ella.

Lo que aún queda en pie del edificio fue en su día el mausoleo de la familia Harrison, los fundadores originales de Hollow Heights. Es un refugio un tanto inquietante y sórdido y, a pesar de ello, nunca entenderé por qué le atrae este sitio.

Está rodeado de hierba alta y árboles. Su estructura de estilo romano recuerda a una iglesia, con sus dos torres idénticas al frente, o lo que resta de ellas. Solo una ha logrado sobrevivir al paso de los años, con una cruz resquebrajada en lo alto; la otra se derrumbó hace tiempo.

Desciendo los pocos peldaños que se encuentran en la entrada y abro de par en par la puerta ya desvencijada. El chirrido que emite agita a los pájaros que se refugian dentro y mis zapatos Oxford resuenan sobre el suelo desgastado con cada pisada.

El graznido de unos cuervos retumba en el espacio y, cuando alzo la vista al techo, veo cómo una bandada se dispersa hacia el exterior por la cúpula agrietada. Solo unos cuantos permanecen dentro, picoteando las migajas de pan esparcidas por el suelo.

Resoplo con desdén.

Por supuesto, cómo no iba a darles comida a los pájaros.

—Ha vuelto, ¿verdad?

Su voz no es más que una leve alteración en el aire, carente de la emoción que la caracteriza, desligada de la situación que la rodea.

Está acurrucada en el recoveco vacío bajo la ventana de granito, abrazándose las piernas contra el pecho y mirando por las grietas de la vidriera hacia el bosque que se extiende fuera.

El sol se filtra a través de los restos del cristal y proyecta sobre su rostro un caleidoscopio de colores. Una variedad de rojos intensos le resaltan la curva de la mandíbula mientras que la pendiente de la nariz se le tiñe de azules vibrantes.

Bajo esta luz tiene un aspecto etéreo, casi espectral. Es una imagen demasiado poderosa para ser real, una ensoñación que sabes que desaparecerá en cuanto parpadees. Durante unos segundos que parecen eternos, permanezco inmóvil en el sitio, incapaz de hacer otra cosa que no sea contemplarla.

Nadie me había hecho sentir nunca de esta forma. Es como si la viera de verdad por primera vez y me estuviera dando cuenta de la belleza tan cautivadora que posee.

Unos rizos negros y sedosos como las plumas de un cuervo le caen de la parte superior de la cabeza, recogidos por un coletero, y, por una vez en mi vida, siento el impulso de tocar a alguien, de deslizarle los dedos entre el pelo y comprobar si es tan suave como parece.

El jersey ajustado que lleva le acentúa el pecho y la firmeza del abdomen, resaltando cada curva, arco y hendidura de su cuerpo. Un hambre voraz me carcome las entrañas cuando me fijo en la falda de color verde oscuro que le abraza los muslos y me imagino el tacto aterciopelado de su piel bajo esas medias negras que se ciñen a sus piernas pálidas.

Tal vez se deba a que ya la he tocado con mis manos desnudas al agarrarla de los brazos, en un intento por consolarla. Y ahora, que he sentido su piel bajo mi palma, me es imposible no querer más: clavar los dientes en ella, ver cómo se enrojece, hacerla sangrar.

—Ha vuelto y viene a por mí —murmura, girando la cabeza para mirarme con esos enormes ojos verdes que, aunque normalmente están llenos de vitalidad y sentimiento, en este instante tan solo parecen ausentes.

Lo único que me apetece al verla así es insuflarle de nuevo todas las emociones que suele desbordar por cada poro de su piel, porque detesto la idea de que se haya convertido en una mera cáscara, vacía por dentro.

Su mente ha erigido unos imponentes muros para protegerse de aquello que la asusta; quizá los haya llevado consigo toda la vida. No me extrañaría que ese mecanismo de defensa fuera el que la ayudó a sobrevivir durante todos esos años que estuvo bajo la tutela del estado.

Ha aprendido a esconderse tras ellos con tanta eficacia que ya ni siquiera es capaz de encontrarse a sí misma, por eso le cuesta enfrentarse a lo que ve en el espejo.

—Mi padre sigue en la cárcel, querido fantasma —anuncio con voz amarga mientras me acerco a la ventana donde está sentada—. Y, aunque se hubiera escapado, no haría falta que le tuvieras miedo.

Me inspecciona de arriba abajo con sus ojos vacíos y luego deja escapar un resoplido que le sacude los hombros.

—Dice su hijo.

No quiero preguntarme por qué es ella la única que consigue provocar esta explosión de energía en mi interior, por qué parece correrme fuego fundido por las venas ante su respuesta.

—¿Me estás culpando por tener un padre al que no elegí? No pensaba que fueras como el rebaño de ovejas que conforma este pueblo —replico con el ceño fruncido, inclinando la cabeza hacia la ventana—. No te tenía por una de esas personas que se tragan cualquier cosa que les cuenten, sea verdad o no.

—No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho, Thatcher —responde, antes de tensar la mandíbula. Esta versión amarga y fría de mi pequeña dama de la muerte me inquieta, y yo nunca me inquieto—. Eres su hijo, tú no tienes nada que temer, salvo un reencuentro incómodo. Yo soy la chica que lo mandó a la cárcel.

La verdad que escapa de sus labios se queda flotando entre nosotros. Lo que mi padre le hizo a su madre aquella noche derivó directamente en su arresto. Después de años logrando pasar desapercibido ante la policía, Scarlett Abbott fue el único cabo suelto que no pudo dejar atado.

Y yo permití que se convirtiera en su perdición.

Sobrevivió a él, presenció todo lo que le había hecho a su madre y me vio a mí.

Jamás entendí por qué mi padre decidió no descuartizar a Phoebe Abbott. Henry seguía una rutina muy estricta, y aun así, en aquel momento, se saltó todos sus pasos.

Lo arrestaron poco después de que encontraran el cuerpo en su casa y Lyra se lo contara todo a la policía, excepto mi participación en los hechos. Nunca mencionó que yo también estuve allí.

—No le tengo miedo —añade con un suspiro—. Sabía que vendría a por mí tarde o temprano. Llevo un tiempo esperándolo.

Mentira.

Mi padre le infunde pavor. Lo he notado en sus hombros hace un instante, en cómo le temblaba el cuerpo entre mis brazos y parecía desligarse de sí misma, un mecanismo al que recurre la mente cuando revive una experiencia traumática grave. Es un síntoma frecuente del trastorno de estrés postraumático.

La he visto derrumbarse al descubrir la pierna. He visto cómo se autoprotegía del horror de la única forma que conoce: desvinculándose de su cuerpo y refugiándose en lo más profundo de su ser hasta que todos los monstruos se marchan, hasta que regresa la quietud que hallaba dentro de aquel armario y que le permite dejar de ocultarse.

Tras dar unos cuantos pasos hacia delante, me coloco junto a ella y alzo los dedos para rozarle la cinta de seda verde que le adorna el pelo. Siento cómo se le contrae el pecho ante mi cercanía y veo cómo cierra las manos a los costados.

—Por eso te escabulles siempre a estos rincones polvorientos, ¿verdad? Porque aquí no tienes que esconderte de lo que te asusta —pregunto, inclinando la cabeza, aunque no sé por qué lo he dicho en voz alta cuando ya conozco la respuesta.

El calor se le extiende por el rostro y le tiñe las mejillas de un rosa ardiente. La mirada se le ilumina de nuevo con unas emociones puras y sin filtro que brotan por y para mí.

De pronto, una certeza implacable se me asienta en el pecho. Sería capaz de hacer cualquier cosa con tal de que Lyra no volviese jamás a refugiarse sola en ese rincón oscuro de su mente.

—Son lugares olvidados por el resto, al igual que yo. Los únicos sitios donde siento que encajo.

Deslizo el pulgar por la costura de la tela y, cuando atrapo uno de sus rizos, compruebo lo suave que es bajo mi tacto. Desprende una calidez propia de ella.

—No viene a por ti, Lyra. Henry sigue entre rejas y, aunque no fuera así, te garantizo que no llegaría a acercarse lo suficiente como para tocarte —le prometo, descendiendo la mano hasta rozarle la

curva del cuello—. No se atrevería a poner ni un solo dedo sobre esta piel pálida.

Un escalofrío me atraviesa al recorrer su cuerpo con mi tacto y verla inclinar la cabeza para facilitarme el acceso a su delicada garganta, entregándose a mí deliberadamente, sin oponer resistencia alguna.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque el único que puede hacerte sangrar soy yo —murmuro—. Tu sufrimiento, tu miedo, tu sangre…; toda tú me perteneces, mascotita.

Rozo con el pulgar el latido de su pulso y siento cómo se le acelera. Todo en ella reacciona a mi caricia; incluso las venas y las arterias bajo su piel parecen agitarse. Su corazón late solo por mí.

—¿Quieres refugiarte tras tus muros, mi querido fantasma? ¿Quieres esconderte entre las paredes de estos lugares embrujados? Por mí bien —le digo con un leve asentimiento de cabeza mientras presiono el pulgar con firmeza sobre su cuello—. Eso sí: asegúrate de dejarme entrar antes de cerrar la puerta. Puedes apartar a todo el mundo si quieres, pero no consiento que me apartes a mí. Nunca.

Deja escapar un suspiro tembloroso y su cuerpo se inclina hacia mi tacto.

—No lo haré —susurra—. Nunca, mi ángel.

Alzo una ceja, observándola con curiosidad.

—¿Por qué me llamas así?

—Es lo que eres en mi cabeza.

«Un ángel. ¿Me está tomando el pelo?».

Se gira con naturalidad hasta quedar frente a mí, con los pies colgando sobre el borde del asiento de mármol. Sus rodillas se encuentran a escasos centímetros de las mías y mi mano todavía descansa en su garganta.

Veo cómo extiende un dedo hacia mí con vacilación y roza la chaqueta de mi traje color cámel. Recorre la tela de arriba abajo con tanta naturalidad que ni siquiera da la impresión de estar moviéndose.

—Un ángel de la muerte —murmura—. Un ser divino que, según se cree, consuela a las almas y las acompaña al otro lado.

Esperaba que, con el tiempo, se le hubiera olvidado lo que hice por su madre, pero, al parecer, a diferencia de mí, Lyra conserva cada recuerdo de su infancia y, en especial, de aquella noche.

Las monedas para pagar al barquero. Una tradición de los Pierson de la que me hablaron de niño y uno de los pocos recuerdos que aún guardo en la memoria. Todos los fallecidos que portaban mi apellido fueron sepultados con monedas sobre los ojos para que nuestra riqueza no pasara desapercibida en cualquiera que fuese el más allá en el que acabáramos.

A escondidas, arrojé monedas en la tumba de mi propia madre justo antes de ayudar a mi padre a enterrarla. Es una mujer a la que apenas recuerdo: no sé si era cariñosa o distante, cómo sonaba su voz ni qué ropa solía llevar.

Quizá fuesen los vestigios de mi conciencia los que quisieron tener un gesto de bondad con Phoebe Abbott. No obstante, fuese lo que fuese, mi padre se aseguró de destruirlo todo. El deseo de ayudar a otros a cruzar el río Estigia se esfumó y no regresó hasta que conocí a los chicos.

—No soy un ángel, mascotita. Si eso es lo que piensas, eres una ingenua.

Le aprieto aún más la garganta para obligarla a alzar el rostro y que sus ojos se encuentren con los míos. Ella se queda observándome sin más y, por su mirada, sé que no importa lo que le diga: creerá lo que quiera.

Su mente es un ser con criterio propio, uno que empieza a despertar mi interés.

—Entonces, ¿por qué me estabas buscando?

La respuesta que espera no es la que va a recibir, aunque sea la verdad. Porque la razón por la que he ido al patio ha sido la ira. Pensaba llevármela a rastras a un lugar privado, lejos de la multitud, donde pudiera inculcarle modales y recordarle las condiciones de nuestro acuerdo.

—Para enseñarte tu próxima lección.

Las comisuras de los labios se me elevan en una sonrisa de suficiencia. Doy un paso más hacia ella y la obligo a separar las piernas para hacerme un hueco.

Quiero que mi cuerpo sienta repulsión por el cálido tacto de sus muslos rozando los míos, pero lo único que me despierta aversión es lo que provoca en mí, la forma en la que se me tensa el estómago y se me endurece la polla en los pantalones.

Lo que me repugna es reaccionar de esta forma por el simple hecho de tocarla, no ella.

—Tu profesor soy yo, ¿no, mascotita? —digo tras meterme en el bolsillo la mano que me queda libre.

Traga saliva al reparar en la navaja que se interpone entre nosotros. Cuando presiono el botón que se encuentra a un lado, la hoja se despliega, surca la penumbra de la habitación, y la punta le roza la parte delantera del jersey que lleva puesto.

Todo el ardor que he reprimido antes, por el revuelo que ha causado la extremidad cercenada, está emergiendo de nuevo. La necesidad de verla suplicándome perdón, de oír a esa boquita con sabor a cereza pagando por lo que ha hecho.

—Thatcher…

—Responde a lo que te he preguntado —gruño.

Arrastro el arma hacia arriba y engancho la tela de su ropa en el proceso. El jersey se rasga y deja al descubierto el tejido blanco de su sujetador.

Un gemido me retumba en la garganta al sentir el cuchillo tan cerca de su piel, sabiendo que, si presiono solo un poco, podré contemplar un hilo carmesí resbalándose por el valle de sus firmes pechos.

Con el borde afilado, trazo un círculo alrededor de sus pezones por encima de la tela del sujetador, aplicando la suficiente fuerza como para que sienta la presión de la hoja en su piel. Giro el mango en la palma y observo cómo inclina la cabeza hacia atrás de placer.

La polla se me contrae, ansiando profundizar en la calidez que emerge de entre sus muslos blanquecinos. Me aprieto más contra su cuerpo y un gemido se le escapa de la boca al sentir cómo mi miembro endurecido roza el centro de su sexo.

Los ojos vidriosos con los que me mira le otorgan un aire soñador, como si dudara de la realidad del momento y creyera que tan solo se trata de una ilusión que se desvanecerá en cuanto se despierte.

A decir verdad, yo tampoco estoy seguro de que sea real. Me parece demasiado normal y bueno para ser de este mundo.

Lyra me enrosca las piernas alrededor de la cintura para atraerme hacia ella, desesperada por tenerme, cuando debería estar luchando por huir muy lejos de mí. Si supiera cuánto la deseo y las cosas que me gustaría hacerle, no me buscaría con tantas ansias.

Y, aun así, aquí estamos.

—Sí, eres mi profesor —gimotea, aferrándose con las manos a mi chaqueta.

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio inferior mientras dejo que la hoja ascienda hasta su garganta. El filo danza sobre su delicada piel, aunque no aplico la presión necesaria para cortársela.

Todavía no.

—En ese caso, ¿qué cojones hace Conner Godfrey tocando lo que es mío?

La bruma de deseo que le empaña los ojos se desvanece ligeramente.

—¿Q-qué? —balbucea, y tarda unos segundos en comprender a qué me refiero—. Espera, ¿me estabas espiando en clase?

Le deslizo la mano izquierda por la nuca, enredo los dedos en sus rizos indómitos y la agarro con tal firmeza que se le escapa un gemido de dolor. Aprovecho la sujeción para echarle la cabeza aún más hacia atrás, obligándola a acercarse a la punta de la navaja.

—Thatch —sisea al sentir la hoja punzándole la piel.

—Ahí estaba yo, de camino a mi siguiente clase —la interrumpo, contemplando cómo la primera gota de sangre brota del cortecito que le he hecho en el cuello y un hilo largo y rojo le desciende por la garganta—. Y entonces paso junto a la puerta abierta de un aula y veo a Conner Godfrey babeando por tu mano.

Las caderas se me impulsan solas hacia delante, lo que provoca que mi polla se restriegue contra su sexo. Puedo sentir lo mojada que está aun con toda la ropa puesta. Noto cómo la humedad se le escurre entre los muslos y su cuerpo se derrite ante mi tacto.

—Dime, ¿qué te ha hecho pensar que otros hombres podían tocarte? —Me inclino hacia ella hasta que mi boca queda suspendida justo sobre su nariz—. ¿Qué te ha hecho pensar que alguien que no

fuera yo podía tocarte?

Con el lado romo de la hoja, recojo la sangre que se le desliza por la garganta y la arrastro hacia arriba. Embadurno de rojo el recorrido hasta llegar a su barbilla, con cuidado de no hacerle otro corte.

—Solo estaba mirando mi anillo. Nada más.

Le tiembla la voz, pero empuja las caderas hacia mí, meciéndose con timidez contra mi entrepierna, desesperada por aliviar su deseo.

—¿Te crees que me importa lo que estuviera mirando? —espeto.

La rabia que me ha provocado ver a Conner Godfrey pasando sus manos mugrientas por las de ella impulsa cada uno de mis movimientos. No soy capaz de atender a razones ahora mismo; lo único que sé es que siento una irrefrenable necesidad de dejarle claro lo que me pertenece. Mi autocontrol se quiebra sin remedio cuando se trata de Lyra Abbott.

Y lo odio. Odio la forma en la que me enloquece y cómo cada gesto suyo me lleva a perder la cabeza. Me ha corrompido de un modo en el que mi padre jamás habría podido hacerlo.

Soy un hombre ordenado, de costumbres, que sigue una rutina de limpieza rigurosa. Y ella es mi sucia mascotita, la única por la que me mancharía.

—No es lo que te piensas. Es solo un amigo.

Traga saliva al sentir cómo le apoyo la parte superior de la hoja en los labios. El líquido rojo oscuro le cubre esa boca que siempre huele a cereza, haciéndola parecer tan dulce como sé que sabe.

—Tienes razón, mascotita —respondo con frialdad, siguiendo el contorno de sus labios con la navaja ensangrentada y pintándoselos de rojo, mi color favorito—. Él no soy yo. Nunca lo será.

Abre la boca sin que se lo ordene y permite que la hoja se adentre en ella. La polla se me aprieta contra los pantalones, ansiosa por liberarse, al ver cómo enrosca su lengua rosada alrededor del acero.

Dejo que juegue, que recorra el metal y succione el desastre que ella misma ha causado hasta limpiar la hoja por completo. El aroma a cereza y a sangre me inunda las fosas nasales, despertando mi avidez.

Le retiro la navaja de la boca justo a tiempo para que hable de nuevo.

—Pero —empieza a decir, pasándose la lengua por los labios para atrapar con ella las gotas que quedan— ¿y si él puede enseñarme cosas que tú no puedes?

¿Es así como pretende obtener lo que quiere de mí, sacándome de mis casillas?, ¿saltándose todos los límites y adentrándose en un territorio que nadie debería pisar?

—Ah, ¿sí? ¿Y qué sabe él que yo no sepa?

Me posa una mano sobre el abdomen y la presiona contra el músculo firme que se oculta bajo mi camisa. La sensación de sus uñas intentando clavarse en mi piel me provoca un escalofrío que me atraviesa todo el cuerpo.

—¿Y si él puede enseñarme lo que se siente al ser tocada por un hombre? —murmura—. ¿O a darme placer por la noche cuando estoy sola en la cama y me deslizo la mano entre los muslos?

Exhalo con fuerza por la nariz y aprieto la mandíbula como si estuviera hecha de piedra. Alzo la cabeza hacia el techo y noto cómo se me tensan los músculos del cuello. Necesito recuperar la calma, aunque sea solo un poco, para no estallar del todo.

Sin embargo, lo único que se me viene a la mente al cerrar los ojos es la imagen de Lyra tendida sobre el escritorio de Godfrey mientras él la devora como solo yo puedo hacerlo, marcándola con la boca y recorriéndole todo el cuerpo con las manos.

He visto cómo la miraba: como si fuera un hombre perdido en el desierto y ella, un río caudaloso esperando a que se zambullera en sus aguas. Puede que Lyra no quiera darse cuenta, pero sé que la desea.

Mi autocontrol pende ahora mismo de un hilo frágil a punto de romperse y, en cuanto lo haga, perseguiré a Conner Godfrey hasta hundirle las manos en el pecho y arrancarle las costillas una a una.

—Tú no puedes enseñarme eso —dice, con un deje de burla inocente en la voz.

Cuando permito que sus palabras calen en mi mente y se filtren de verdad en mi interior, todo encaja de repente.

«¿Y si él puede enseñarme lo que se siente al ser tocada por un hombre?».

Una carcajada sombría me retumba en el pecho y hace que le

vibren las manos, que aún tiene apoyadas contra mi abdomen. Chasqueo la lengua y esbozo una sonrisa maliciosa.

—Vaya, vaya, Lyra —la reprendo—. Siempre lo había sospechado, pero ahora lo sé con certeza. Qué sorpresa más encantadora.

Vuelvo a bajar la vista hacia ella y observo cómo me mira confundida.

—Mi querido fantasma es virgen —prosigo y, con un gesto ágil, giro la navaja que sostengo en la mano hasta que la hoja descansa en mi palma—. No hacía falta que intentaras ponerme celoso. Podrías habérmelo suplicado.

—¿Qué…?

—Podrías haberte arrodillado ante mí y haberme pedido educadamente que te permitiera llenarme de sangre la polla. Podrías haber sacado ese labio inferior tuyo y haber puesto morritos hasta que me abriera paso entre esas paredes tan estrechas, pero no lo has hecho.

Le meto el mango de la navaja en la boca y se lo empujo hasta la campanilla mientras agarro con fuerza la hoja y siento cómo se me hunde en la palma hasta hacerme un corte mucho más profundo que el suyo.

Los ojos se le abren de par en par y un gemido gutural le resuena en la garganta cuando la sangre me brota de la herida y un hilo cálido se le resbala por el cuello. Gruño al contemplar cómo gotea entre sus pechos tersos y, tal y como pensaba, es un espectáculo tan escandaloso que solo contribuye a alimentar mis impulsos.

La imagen de todo ese líquido rojo y brillante marcando su piel nívea, de mi sangre extendiéndose por su cuerpo hasta cubrir cada centímetro a la vista, hace que desee verla ahogándose en ella, asfixiándose conmigo.

—Eres mía —le gruño al oído, dejando que su cálida boca se atragante con mi navaja—. Mi alumna, mi puta mascota. Te doblegaré, te quebraré y jugaré contigo como me plazca, hasta reducirte a la nada si así lo deseo. Fuiste tú la que me suplicó que te instruyera, de modo que obedecerás mis reglas. ¿Entendido?

Noto cómo asiente con vehemencia antes de permitirme siquiera acabar.

—Dilo.

Le saco el mango de la boca para que pueda hablar y se la deslizo hacia un agujero muy distinto. Un olor metálico impregna el aire entre nosotros, apoderándose de mis sentidos conforme mi propia sangre me empapa la mano.

El dolor es secundario. Hace mucho tiempo que aprendí a ignorar sensaciones como esta, a anularlas antes de que tuvieran siquiera la oportunidad de herirme.

—Soy tuya —murmura, apoyando la espalda contra los cristales de la ventana para impulsarse y poder arquear las caderas hacia mí—, solo tuya. Siempre tuya, Thatcher.

Decir que la visión que tengo ante mí es erótica se queda corto.

Le separo bien las piernas y le rasgo las medias por el centro para dejar al descubierto su ropa interior blanca, oscurecida en la parte frontal por lo empapada que está.

La imagen de su jersey desgarrado y su cuerpo pintado con mi sangre protagonizarían las fantasías más húmedas de la mismísima muerte. Toda ella despierta en mí un deseo enfermizo que me he esforzado en ignorar. Mi asesina sangrienta, tan pequeña y con sabor a cereza, sería capaz de hacer que la propia parca se arrodillara ante ella.

Los ángeles revolucionarían el infierno y condenarían al cielo a una eternidad de sufrimiento con tal de poder echarle un simple vistazo. Los hombres se quitarían la vida si así se les concediera la oportunidad de contemplarla de este modo.

Nunca he flaqueado, ni una sola vez en toda mi miserable vida. He permanecido años impasible ante la belleza de mujeres y hombres por igual.

Hasta este maldito instante, donde las piernas me tiemblan y las rodillas amenazan con fallarme.

Le recorro el abdomen con el mango de la navaja, siguiendo las líneas de su cuerpo hasta centrarlo entre sus muslos. Entonces, con manos temblorosas, se sube la falda aún más, y me revela su mitad inferior.

—¿Querías que alguien hiciera que te corrieses, mascotita? ¿Era eso lo que tanto ansiabas, por eso me estabas desafiando?

¿Necesitas que alguien te enseñe cómo hacer que este coñito tan patético se corra?

Le aparto las bragas a un lado con la hoja, dejándoles una mancha roja al hacerlo. El corte de la mano aún me palpita y gotea sangre cuando coloco el extremo del mango entre sus húmedos pliegues.

El dolor que me atraviesa la entrepierna es casi insoportable. Mi polla disfruta más de la cuenta al verla mojada y cubierta de sangre. Su coño intacto y reluciente me atrae hacia él, rezándome como si fuese su dios, desesperado por que sea yo y nadie más el único que lo haga sangrar.

—Puedo hacer mucho más, Lyra. Puedo hacerte gemir y gritar.

Trazo un círculo alrededor de su clítoris, presionando con la suficiente fuerza como para añadirle un destello de dolor al placer. Me inclino sobre ella y apoyo la mano que me queda libre junto a su cabeza para sostenerme y poder observar cómo el cuchillo que tengo clavado en la palma se desliza entre sus fluidos.

Lyra echa la cabeza hacia atrás y noto cómo le palpita el coño contra el mango negro y resbaladizo, pero quiero más: ansío que inunde este edificio decadente con más de esos quejidos dulces y lastimeros, que despierte a los muertos con sus alaridos suplicantes.

—Thatcher. —Se le escapa un gemido antes de continuar—. Es-estás sangrando, mucho.

Entierro la nariz en el hueco de su cuello y ella impulsa las caderas hacia delante en bruscas embestidas, desesperada por sentir la presión que le ofrece el mango. Se frota contra él una y otra vez mientras la sangre que me brota de la mano se derrama en su sexo, lo que facilita el movimiento.

Le recorro la garganta con la punta de la nariz, embriagado por su olor a cerezas, y no puedo evitar lamer el corte que le acabo de hacer. Su sabor, dulce y metálico, me arranca un gemido que surge de lo más hondo de mi pecho.

—Por ti, estoy sangrando por ti. —Le rozo el cuello con los dientes, mordisqueo las zonas más sensibles—. Por este coño que chorrea para mí. ¿No lo oyes suplicándome, mascotita?

Asiente a duras penas con un gesto tembloroso, entregándose por completo a mí. Parece tener los sentidos tan nublados por el placer

que dudo que haya entendido siquiera mi pregunta o escuchado con atención mis palabras.

Nunca he estado tan cerca de alguien. Nunca he sentido este calor húmedo que fluye de entre sus muslos en oleadas suaves. Nunca le he causado placer a nadie, solo miseria.

Todo esto debería estar mal. Esta no es la forma correcta de tratar a una mujer que ansía el clímax.

Conozco el cuerpo humano. Sé qué aspecto tiene cuando se retuerce de agonía, cómo responde al más mínimo roce y dónde cortar según el daño que se quiera infligir.

Pero, sobre todo, conozco a Lyra Abbott; por más que desee no hacerlo y sacármela de la cabeza, la conozco. Y esta es exactamente la forma en la que quiere que la toquen. Esta pequeña asesina no quiere besos delicados ni que le susurren palabras tiernas al oído, no.

Quiere que la anhelen con voracidad. Quiere que alguien la desee con cada fibra de su ser, que ansíe con todas sus fuerzas respirar el mismo aire que ella y que sienta que cada molécula de su cuerpo se consume al tenerla cerca.

No quiere que la amen. Exige que alimenten su obsesión, que acepten su adicción desenfrenada sin intentar buscarle una cura. Una devoción por la que los dioses matarían.

No existe poesía delicada ni florida capaz de plasmar lo que ella necesita. Se requerirían palabras oscuras como la obsidiana, escritas con sangre en altares y traídas a la vida tras haberse dejado las rodillas amoratadas recitándolas.

Y en este instante no hay nada que desee más que alimentar esa obsesión que arde en su interior para demostrarle cuán abrumador puede ser fijarse en alguien como yo.

Sus gemidos me cantan al oído una melodía lasciva que solo ella es capaz de entonar. Unos jadeos pesados le brotan de los labios mientras se aferra a mi chaqueta, atrayéndome más hacia sí.

A juzgar por cómo tiembla, diría que está a punto de sumergirse en ese océano de éxtasis que ambos perseguimos. Acelero el ritmo, frotándole el mango sobre el clítoris y asegurándome de cubrir toda la hoja con mi mano.

—Más te vale pedirme permiso para correrte, Scarlett —le advierto antes de hundirle los dientes en la clavícula.

—Joder —grita, alzando las caderas en mi dirección sin poder contenerse—. Por favor, Thatcher. Por favor, deja que me corra. Necesito correrme.

Un poder, abrasador y gélido al mismo tiempo, me fluye por el cuerpo, como si me hubieran inyectado hielo en las venas. Es un subidón que nunca había experimentado.

El dominio que tengo sobre ella es absoluto: solo yo soy capaz de proporcionarle el orgasmo que tanto ansía. Si me detuviese en este momento, me suplicaría que continuase antes de que todo se desvaneciera.

Yo soy el amo y ella la preciosa marioneta que muevo con mis hilos.

—Pobrecita —murmuro con una voz felina—. ¿Necesitas correrte? Pues venga, mascotita. Córrete para mí.

No pasan ni dos segundos antes de que arquee las caderas una última vez y un alarido de placer le brote de lo más profundo de la garganta, lo que provoca que el resto de los cuervos huyan hacia el tejado. Su cuerpo se tensa contra el mío y permanece rígido mientras las oleadas de éxtasis la inundan por dentro una y otra vez.

Percibo todos y cada uno de los temblores y sacudidas que hacen que el cuerpo se le agite y el corazón le lata desbocado. Dejo caer el cuchillo al suelo con un golpe sordo y levanto la cabeza de su cuello tras inhalar su aroma. Clavo la mirada en sus ojos vidriosos y sostengo su delicada mejilla con mi mano ensangrentada.

—La sangre y el placer te sientan de maravilla, mi querido fantasma —susurro, acercando dos dedos a su boca enrojecida.

Se los deslizo sobre sus cálidos labios y ella los rodea de manera instintiva con la lengua para chuparlos. No puede evitar gimotear ante la siniestra combinación de los fluidos pegajosos y dulces provenientes de su sexo junto con el infame líquido carmesí que ha brotado de mis venas.

El corte profundo que me atraviesa la palma continúa goteando, pero se ha coagulado lo suficiente como para permitirme echarle un vistazo a la herida. Aunque me harán falta varios puntos, esa es la

menor de mis preocupaciones.

—No quiero volver a verte con él, ¿entendido? —digo, permitiéndole probarse a sí misma antes de retirarle los dedos.

De su garganta surge una mezcla de tos y un quejido. Frunce las cejas y, por la forma en la que me mira, sé que está a punto de protestar.

Levanto el dedo índice y lo muevo de un lado a otro frente a su rostro, y eso hace que cierre la boca de golpe antes de poder siquiera articular palabra.

Deslizo la mano con suavidad hasta su pecho descubierto y escribo mi nombre en la sangre que se ha acumulado sobre su piel pálida. Trazo las letras que lo componen una y otra vez en su cuerpo, justo encima de sus senos.

—No puedes…

—Sí que puedo —le advierto, inclinándome peligrosamente hacia su rostro exhausto de placer, con una voz tan gélida como una noche invernal—. Si Conner Godfrey vuelve a acercarse a ti, haré que se coma sus putas manos.

14
Entre las teclas

THATCHER

Tengo las manos al rojo vivo: doloridas, arrugadas y ardiendo. Me noto toda la piel encendida al frotarla con la áspera esponja, en un dolor sordo que puedo dejar en segundo plano mientras continúo lavándome.

Limpio, lo único que quiero es estar limpio, pero no importa cuánto me enjabone ni cuánto tiempo permanezca bajo el agua: sigo sintiéndome sucio. El rastro microscópico que Lyra me ha dejado se niega a desprenderse de mi piel.

Necesito borrar cualquier prueba de lo que he hecho, de lo que hemos hecho. Si froto con la suficiente fuerza y uso los productos químicos adecuados, tal vez pueda eliminar su sabor de mi lengua y mi sangre de la escena del crimen, como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros.

Siempre se me ha dado increíblemente bien limpiar cualquier desastre. Soy tan meticuloso que nadie ha detectado nunca ni el más mínimo indicio de mis delitos. Sin embargo, ahora que ni siquiera soy capaz de quitarme su aroma a cerezas de la piel, estoy empezando a pensar que tal vez haya perdido destreza.

La esponja se me resbala de las manos al apoyar las palmas contra la fría piedra gris de la ducha. Los puntos de sutura de la herida rozan la pared y cierro los ojos al notar cómo el agua se me desliza entre los omóplatos.

Tras mis párpados no debería haber nada más que una desolación negra y absoluta, desprovista de imágenes y conciencia, pero mi mente no deja de mostrarme su rostro una y otra vez.

Las náuseas me revuelven el estómago al pensar en lo que he

hecho y no puedo evitar sentir asco de mí mismo por haberla tocado, por haberme permitido perder el control. ¿Cómo he podido ser tan blando y mostrarme tan vulnerable ante alguien?

Le ordené que no se derrumbara delante de todas aquellas miradas indignas y, más tarde, fui yo quien se desmoronó en aquel mausoleo. El muro de contención que había erigido a mi alrededor saltó por los aires en cuestión de segundos al oír lo vacía que sonaba su voz.

Me repugna esta actitud.

La fragilidad y la ternura que ha despertado en mí no me caracterizan. Nací sin debilidades ni emociones, eso fue lo que me inculcaron desde la cuna. Estaba destinado a convertirme en un asesino a sangre fría y cualquier sentimiento era un virus que debía ser exterminado de raíz.

Lyra es una enfermedad, una dolencia desastrosa.

Sabía que acercarme a ella provocaría este efecto en mí, que me infectaría todo el cuerpo antes de que pudiera siquiera darme cuenta de su influencia. Es un faro capaz de atraer hacia la luz las emociones y los sentimientos de cualquiera, incluso de alguien tan sombrío como yo.

Matarla sería más fácil que vivir con esto, con su imagen grabada en las retinas; con la tensión que se apodera de mi entrepierna cada vez que su nombre se me pasa por la cabeza, con la punzada de dolor que me atraviesa el pecho cuando recuerdo cómo gemía mi nombre.

Quiero oírla de nuevo, saborear las cerezas en su lengua; sentir mi piel rozando la suya porque, por primera vez, mi cuerpo no se rebeló contra su tacto.

Desde que tengo uso de razón, mi mente ha sido un arma afilada, dispuesta a desgarrar al mundo. La han moldeado a base de golpes hasta convertirla en algo letal para el resto de la humanidad. Y, aun así, permaneció en silencio entre sus muslos, completamente en blanco en sus brazos, sin caos ni pensamientos que la enturbiasen. El único lugar donde encuentro un sosiego parecido es el piano.

Las teclas me ayudan a perderme. Ella me hace desear cosas que no tengo derecho a poseer, cosas con las que no sé cómo lidiar. Y,

para alguien como yo, es peligroso querer, anhelar o dejarse consumir por algo.

«Necesitar a los demás es fracasar, Alexander. Querer es de débiles. ¿Acaso eres débil, hijo mío?».

Me hundo las manos en el pelo y me agarro los mechones blancos para tirar de ellos con fuerza. El agua me corre por la piel sin cesar al inclinarme hacia delante y coger aire.

—¡Joder! —gruño a pleno pulmón, empleando un tono de voz más alto que nunca.

Grito, sintiendo cómo el vapor me envuelve. Grito hasta que el pecho se me agita por el malestar y las paredes de piedra parecen estremecerse.

Mi mente quiere destruir todo lo que esté relacionado con Lyra y arrasar con todos los pensamientos que giren en torno a ella hasta que no quede nada, pero mi cuerpo desea aferrarse al suyo.

La carne es débil y mis hormonas desbordadas amenazan con imponerse sobre todos los años de disciplina en los que he logrado someterlas. Una chica rara y amante de los bichos ha bastado para demoler todos los muros que he erigido.

«Lyra, Lyra, Lyra, Lyra».

Garabateo su nombre en las paredes de mi subconsciente mientras intento limpiar cada trazo con desesperación, si bien acabo gritando de nuevo. Este sentimiento me resulta insoportable.

Me he mantenido alejado, la he ignorado durante todos estos años y he evitado coincidir con ella en el mismo espacio para no verme doblegado de esta manera, porque sé lo que significa para mí.

«Lyra, Lyra, Lyra, Lyra».

La voz me falla. Le he concedido el tiempo suficiente para consumirme por dentro y he permitido que continuara, que se apoderase de cada fibra de mi ser.

«¿Qué pensaría tu padre si viera esto, Thatcher? ¿Crees que él habría reaccionado de una forma tan dramática? ¿Le habría importado, siquiera?».

Se acostaba con mujeres, las sacaba a cenar, las acompañaba hasta la puerta de sus casas y les daba un beso de buenas noches sin que le supusiese ningún tipo de esfuerzo. Luego era capaz de

volver a casa y despedazar a su amiga si le apetecía. Se las ingenió para engañar hasta a la madre de Lyra.

Y, sin embargo, aquí estoy yo, perdiendo la cabeza en la ducha después de un desliz que nunca debería haber pasado.

«Él es mejor que tú».

Dejo que ese discurso interno se ensañe conmigo para recuperar el control. Me fustigo hasta que noto cómo vuelve a levantarse el muro de contención que me distancia de todas estas emociones y consigo sacarla a ella de mis pensamientos. Cuando la voz se me desvanece por completo, me tomo unos segundos antes de forzarme a instaurar el orden en mi interior de nuevo.

—Uno —logro decir a duras penas.

Inhalo con fuerza por la nariz y siento cómo se me empieza a despejar la mente antes de exhalar. Me enredo los dedos en el pelo con un poco más de ímpetu del necesario y, acto seguido, aflojo el agarre.

—Dos.

Suelto otra bocanada de aire y, al ladear la cabeza, oigo el crujido de los huesos.

—Tres.

La última.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, la insensibilidad de siempre se me propaga por hombros y la indiferencia se me asienta en lo más profundo de los huesos, lo que me permite extender la mano y cortar el flujo de agua de la ducha.

Salgo y apoyo los pies sobre la cálida alfombrilla. Tras coger una toalla y ceñírmela a la cintura, enciendo el piloto automático y me limito a seguir mi rutina al pie de la letra, sin divagaciones que me distraigan.

Me lavo la cara con calma y me seco la piel con toques suaves antes de aplicarme el tónico de manera uniforme por los pómulos. Para cuando me pongo la crema hidratante, todo parece haber vuelto a la normalidad; o, al menos, a la normalidad a la que estoy acostumbrado.

Al mirarme en el espejo, contemplo el reflejo del monstruo que mi padre creó, uno que yo he moldeado hasta transformarlo en algo

mucho más grande de lo que él había soñado, pero que sigue siendo su pequeño Frankenstein.

«Recuerda que no albergas emoción alguna. Eres impasible y justo. Tu deber es destruir todo aquello que despierte algún sentimiento en ti. Solo así serás perfecto, Alexander. Tienes que serlo».

Ojalá la voz de mi cabeza no se pareciese tanto a la de mi padre. O tal vez sea un trauma reprimido que aflora para recordarme cuál es mi papel en esta vida.

En cualquier caso, pienso relegar esta crisis al rincón más profundo de mi mente y fingir que no ha ocurrido jamás. Porque, a todos los efectos, no lo ha hecho.

La próxima vez que vea a Lyra le diré que nuestro acuerdo se ha acabado. Me da igual que me suplique o que me ofrezca su corazón en una bandeja de plata para que me lo coma.

Estoy harto. De ser su profesor, de la obsesión que tiene conmigo, de todo.

Volverá a ser alguien irrelevante para mí y yo continuaré desdibujándola de mi memoria poco a poco hasta olvidarme por completo de que le perdoné la vida aquella noche en la que la vi saliendo del armario.

Oigo que llaman a la puerta con suavidad cuando me estoy poniendo el jersey verde oscuro de cachemira. Alzo una ceja, extrañado. Los chicos entrarían sin más y el personal del servicio sabe que no debe molestarme en mi habitación, sea cual sea el motivo, así que solo se me ocurre una persona que pueda estar aguardando al otro lado.

—Adelante —digo en voz alta.

El picaporte se mueve y los tacones de mi abuela cruzan el umbral de la puerta.

La falda amplia de color claro y la camisa blanca abotonada que lleva son prendas básicas en su armario desde que tengo uso de razón. Es una mujer que tiene a todo el mundo a su disposición y, aun así, insiste en hacerlo todo por sí sola. A mi abuelo lo sacaba de quicio.

—May —la saludo mientras me dirijo a la cómoda para sacar un

par de calcetines color *beige* del cajón de arriba—, ¿a qué debo el placer de tu visita?

Siento un profundo respeto por mi abuela, uno que no proviene del cariño familiar ni de la lealtad impuesta por los lazos de sangre, sino de la admiración por todo lo que ha tenido que soportar a lo largo de su vida. Aunque fue rica durante la mayor parte de su adultez, no lo tuvo nada fácil, y la he visto durante años enfrentarse a las adversidades con una elegancia que muchos desearían tener.

Hay pocas personas que puedan decir que han pasado por lo mismo que ella: presenció cómo metían a su hijo en la cárcel por psicópata, no le quedó más remedio que criar a su único nieto como si hubiera salido de sus propias entrañas y perdió a su marido poco después de todo aquello. Y ahí sigue, con la cabeza alta y una sonrisa casi perenne en su rostro envejecido.

Creo que es la única persona que nunca ha tenido prejuicios conmigo. Los que antes solo me veían como un niño distante cambiaron de parecer en cuanto arrestaron a mi padre. De pronto, me convertí en el próximo asesino en serie de Ponderosa Springs, en una bomba de relojería a punto de estallar.

Mi abuelo también comenzó a verme de otro modo, por más que lo negara; aunque, en su defensa, tuvo que hacerlo para impedir que repitiera los errores de mi padre. Si quería ayudarme, necesitaba verme tal y como era: un cóctel explosivo de tendencias homicidas y traumas de la infancia.

Sin embargo, May siempre me ha visto únicamente como Thatcher, su nieto; un niño que necesitaba estar solo más a menudo que otros, que tocaba el piano y que era muy observador. Me trataba como habría tratado a cualquier otro descendiente, y a mí se me olvidaba a menudo expresarle cuánto se lo agradecía, pero procuraba demostrárselo lo mejor que podía.

—¿Sabías que de pequeño solías llamarme Baba? —pregunta, adentrándose en mi habitación con varias cartas entre las manos.

Frunzo el ceño, sonriendo con escepticismo ante la idea de haberle puesto un apodo cariñoso a mi abuela. Nunca he sido un niño que mostrase mucho afecto.

—La verdad es que no lo recuerdo —respondo mientras me acerco

a la cama para enfundarme los calcetines—. ¿Seguro que no te estás confundiendo con otro nieto?

—Tu madre empezó a llamarme *babushka* cuando naciste. Significa «abuela» en ruso. Creo que la ayudaba a no echar tanto de menos su hogar —prosigue, deslizando el pulgar por el montón de cartas—. Era una palabra muy difícil de pronunciar a tu edad, claro, así que te quedaste con Baba.

Puede que sea cierto, si bien mi memoria se niega a retroceder tanto en el tiempo. Todo lo que sucedió antes de su muerte está cubierto por una niebla espesa, un velo que me dificulta recordar cualquier cosa más allá de lo que me han contado.

—¿Has venido a pedirme que vuelva a llamarte Baba? Porque, si es así, lamento comunicarte que has cruzado a esta ala de la casa para llevarte una decepción, May —le respondo en un tono desenfadado, para que entienda que estoy de broma pero tampoco se cree falsas esperanzas.

Ella pone los ojos en blanco, aunque esboza una ligera sonrisa. Deja el correo a mi lado y le echo un vistazo a la pila de cartas. Al incorporarme, me la encuentro de pie delante de mí.

—He venido a dejarte esto —musita, mirando el montoncito—. Te ha escrito.

Ya sé a quién se refiere. Esperaba que lo hiciera, por lo que no hace falta que me lo diga para darme cuenta de que se trata de mi padre.

Dejo escapar un suspiro.

—Siempre lo hace.

Leo por encima cada carta suya que recibo. En todas me relata, con una caligrafía inmaculada, su día a día aislado del resto y me pregunta qué hago o dónde estoy. Al terminar, las arrugo y las lanzo a la papelera, todas y cada una de ellas, sin excepción.

Sé que la única razón por la que me escribe es porque conserva la esperanza de que algún día le responda y acuda a él en busca de su aprobación. Quiere saber hasta dónde ha llegado su legado y que alimente su ego desmedido contándole que he seguido matando en su nombre.

Si yo continúo leyéndolas es por el subidón de poder que me

produce saber que soy su único vínculo con el exterior y quien tiene el control sobre él. Me necesita desesperadamente para saciar sus impulsos homicidas, pero nunca le concedo nada de lo que busca.

Ahora mando yo. El poder es mío y prefiero morir antes que devolvérselo.

—No eres como él. Lo sabes, ¿verdad?

El roce de los dedos de May apartándome el cabello húmedo del rostro me provoca un escalofrío. No lo hace con mala intención, es solo una abuela mostrándole afecto a su nieto y, por el respeto que le tengo, se lo tolero sin quejarme, aunque lo detesto.

Con delicadeza, me coloca dos dedos debajo de la barbilla y me alza el rostro para que la mire.

—¿Verdad?

Creo en el poder del contacto visual. Es una forma de comunicación que transmite confianza, asertividad y una autoestima alta sin necesidad de palabras. Si se utiliza como es debido, puede servir para intimidar a los demás hasta someterlos a tu voluntad. Es el delicado arte de demostrarle al resto que estás seguro de ti mismo y no temes lo que puedan ver al mirarte a los ojos.

Sin embargo, no creo en él cuando se trata de May. En sus ojos hay una tristeza permanente, un velo de lágrimas perenne, por todas las desgracias con las que ha tenido que lidiar, y no quiero sumirla aún más en un pozo de miseria al dejar que vea en qué me he convertido o, más bien, lo que he permitido que mi padre hiciera de mí.

Le marchitaría el corazón que aún le queda reconocer en mi mirada al hijo que perdió y saber que, a pesar de su amor, de las magdalenas caseras y de los viajes veraniegos, no había nada que pudiera haber hecho para cambiarme.

Henry me causó un daño irreparable. He visto demasiadas cosas y hace mucho tiempo que he aceptado mi destino.

En ciertas ocasiones, me siento culpable por ser así, sobre todo por May, pero tampoco mucho.

—Soy consciente de ello —digo.

Me aclaro la garganta y con el dorso de la mano le aparto los dedos de los que se ha servido para alzarme la barbilla.

—A veces no me lo parece.

Un suspiro de derrota se me escapa de los labios cuando se aparta de mí para darme espacio, aunque no se va de mi habitación. Se dirige hacia el piano negro que descansa en la esquina y hace sonar una tecla. Al oírla, me doy cuenta del tiempo que llevo sin tocarlo, porque casi siempre utilizo el del sótano. Me levanto y me acerco al instrumento para sentarme en la banqueta.

Ella permanece de pie, observándome desde el extremo opuesto de la superficie negra y pulida. Percibo sus facciones reflejadas en la tapa brillante al bajar la vista hacia las teclas y pasar los dedos por ellas con la ligereza de una pluma.

Me remango hasta los codos con calma y la miro.

—¿Alguna sugerencia? —pregunto, esbozando una ligera sonrisa.

Siente una clara debilidad por mi forma de tocar. No importa lo alterada o molesta que esté, le encanta escucharme. Y, cuando no puedo brindarle las palabras que necesita ni el consuelo que merece, le ofrezco lo que sé que está en mi mano.

—Toca algo que me cuente cómo has estado, Alexander.

¿Que cómo he estado? ¿Estos días o a lo largo de los años? Porque hay muchas maneras de expresar lo que me ha ocurrido últimamente, pero solo se me viene a la cabeza una palabra abrumadora.

Al contemplar los puntos que me atraviesan la palma de forma horizontal, su recuerdo me asalta de inmediato. Me siento atormentado, asolado y en un estado de agonía insoportable cada vez que me encuentro cerca de ella, y sé qué pieza musical transmite ese tipo de angustia a la perfección.

Me acomodo en la banqueta y comienzo a tocar. Me permito experimentar la misma tortura en la que me he sumido en la ducha, solo que esta vez dispongo de un lugar donde volcarla. La apertura del segundo movimiento del *Concierto para piano n.º 23* de Mozart me resulta muy reveladora en este instante.

Deslizo los dedos por las teclas, ejecutando un vals gótico para introducir el solo de piano. Es, quizá, la expresión más pura de anhelo y dolor jamás plasmada en un sonido. Percibo la sutil tristeza en la melodía, como si las teclas blancas y negras suspirasen y el

eco de sus sollozos acompañase a la voz solemne del instrumento.

En mi subconsciente, puedo escuchar el leve susurro de su nombre, instándome a verter en la canción todas y cada una de las emociones tortuosas que he experimentado por ella. El ruido que se origina es una representación artística de lo mucho que me desconcierta mi interior.

A medida que avanza la pieza, noto cómo va recayendo sobre mis hombros el peso de la soledad que despierta, moviéndose con fluidez de un lado a otro mientras visualizo a la orquesta sumándose a mí para entrelazar la belleza del dolor con el deseo melancólico.

«Lyra, Lyra, Lyra, Lyra».

Su nombre resuena al compás de cada tecla que toco. Aun con los ojos cerrados y el ceño fruncido, puedo verla. Está en el baile de Halloween del año pasado, con aquel vestido carmesí que realzaba cada curva de su cuerpo. En mi mente, gira sin cesar al son de mi música, en los brazos de un hombre vestido de negro que sostiene su delicada figura, pero la capucha oscura bajo la que se oculta solo me permite captar destellos de una piel espectral.

Él la guía con precisión y ella se limita a seguirlo, moviéndose con elegancia y ligereza al compás de cada nota. Está danzando con la muerte, una deidad que parece deleitarse en el hecho de que su piel enferma sea capaz de aferrarse a la de una humana sin causarle daño.

Tras siglos recorriendo el mundo en busca de alguien capaz de resistir la letalidad de su tacto, la ha encontrado a ella, la joven a la que todo el mundo ha olvidado, excepto él, el segador de almas. Y él nunca podría olvidarla.

Intensifico el ritmo, observando cómo sus pasos también se aceleran en mi cabeza. Aunque las tres familias de instrumentos no estén tocando en realidad, puedo oírlas apoyándose las unas a las otras, dejándose llevar por el sonido envolvente que brota de las teclas.

Dan forma a la danza macabra perfecta. El gemido de un violín y el clamor de una trompeta, cuerda y metal confluyendo en un único duelo, convierten el lamento de cada uno en una melodía inimitable.

«Lyra, Lyra, Lyra, Lyra».

Oigo su nombre una última vez al concluir la sección, al dar por finalizada la pieza y la danza al mismo tiempo. Cuando vuelvo a abrir los ojos, recuerdo que continúo en mi habitación, con mi abuela de pie frente a mí, mirándome con asombro.

Un silencio reconfortante se instala entre nosotros hasta que May habla de nuevo.

—Cada vez que te escucho tocar, pienso en la alegría que le habría dado a tu madre verte así.

Retiro los dedos del piano y aprieto la mandíbula mientras niego con la cabeza. Me levanto del banco con naturalidad y me dirijo hacia la cama para revisar el correo, tratando de eludir el tema de conversación.

—Sé que no te acuerdas mucho de ella, pero tu madre te quería con todo su corazón. Fuiste el único motivo por el que se quedó aquí en vez de regresar a Rusia —prosigue.

—Lamento que fuera así —respondo de manera cortante, echando un vistazo hacia atrás por encima del hombro—. Tal vez aún estaría viva si se hubiera ido.

Cuando me siento en el borde de la cama y cojo el montón de cartas, me señala con un dedo acusador y hace que vuelva a sentirme de repente como un niño. No me regañaba casi nunca, pero en alguna que otra ocasión alzaba ese índice y lo blandía como una especie de varita para meterme en vereda.

—Ni se te ocurra decir eso —me reprende—. Lo último que ella habría querido es que te culparas de su muerte. Decidió quedarse porque te quería. No lo interpretes de otro modo, Alexander.

Coloco la carta de mi padre al final y voy pasando las demás. Hay una de la Facultad de Medicina, otra relativa al fondo fiduciario, una del banco para solicitar una tarjeta de crédito nueva y… Ah, aquí está. Cojo el sobre manila dirigido a mi abuelo, procedente de una agencia privada de detectives de Washington.

Al lanzar el resto del correo a un lado, algo me llama la atención. Un sobre cuadrado, negro en su totalidad, se desliza de la pila. Lo recojo con el ceño fruncido y, cuando lo giro, veo mi nombre escrito en letras blancas e irregulares.

No hay dirección ni remitente, solo mi nombre.

Levanto la solapa del sobre, extrañado.

—¿Podemos dejarlo para otro momento? Tengo asuntos que atender.

Dentro hay una nota escrita con una caligrafía espantosa en una hoja blanca.

ponderosa springs ya alberga suficiente mal en sus tierras. si no te marchas ahora, nunca saldrás de aquí con vida. vete antes de que sea peor.

-X

¿Qué narices es esto?, ¿*Pequeñas mentirosas*? ¿De verdad hemos llegado al punto de recibir amenazas anónimas? A Alistair le va a encantar, y Rook se lo va a pasar en grande reduciendo la carta a cenizas.

Suelto una risita por la nariz y oigo unos tacones sobre el suelo. Al levantar la vista, me encuentro a May apoyada en la puerta, a punto de salir de la habitación.

—Sabes que no me gusta hablar de ellos. ¿Podrías dejar de hacerte daño a ti misma sacándome el tema? —le espeto, con un tono de voz más duro de lo que pretendía. No obstante, aunque las palabras sean ciertas, me arrepiento al instante de haberlas pronunciado, porque soy consciente de que no lo ha hecho con mala intención—. No quería que sonara tan brusco.

—Sí, sí querías, pero no te disculpes por ello. Has tenido las agallas suficientes para decírmelo, así que lo mínimo que debes hacer es no recular.

Se me dibuja una sonrisa al percatarme de que he heredado mi lengua mordaz de la mujer que tengo delante.

—No…

—¿Sabes por qué te gusta tanto el piano? —me interrumpe May, cruzándose de brazos.

No me hace falta mirarla para darme cuenta de que ha adoptado su habitual postura de «ni se te ocurra replicarme, chico».

—Porque requiere de orden y talento, dos cualidades en las que destaco sin lugar a duda —respondo con un deje de suficiencia—. Esas fueron las palabras exactas de mi profesor de música, por si se

te habían olvidado.

May me dedica una sonrisa cansada. Sabe que siempre reacciono de este modo cuando intenta hablarme de alguno de mis padres.

Uno es una mancha de la que me gustaría deshacerme y la otra es una completa desconocida. Ninguno de los dos tiene poder sobre mí.

—Al margen de tu encantadora confianza en ti mismo —me reprende—, Talia solía ponerte música clásica en casa a todas horas, de día y de noche. Fue bailarina de joven, y tú tenías solo dos años cuando te sentó en la banqueta para que tocaras.

La sonrisita que había esbozado se me borra de la cara y un nudo me atenaza el estómago. Una frialdad que no había sentido hasta ahora se apodera de mí mientras rebusco en mi mente para averiguar si es cierto lo que me está contando, pero no consigo encontrar nada.

—Da igual que no quieras reconocerlo o que no lo recuerdes —continúa—. Es a ella a quien debes agradecerle tu talento y tu pasión por la música, y cada día que pasa la veo reflejada un poco más en ti. Estaría orgullosa del hombre en el que te has convertido, Alexander.

—No lo creo, May —respondo, consciente de que ninguna madre podría querer a un hijo que ha hecho lo que yo he hecho, lo que ansío hacer.

—Yo sigo queriendo a tu padre —dice ella—. Queremos a nuestros hijos pese a todo lo malo. No hay día que no lamente haber perdido a mi pequeño de esa forma. Me duele saber lo que ha hecho, pero lo sigo queriendo.

El chasquido de la puerta al cerrarse me retumba en el pecho y no tarda en quedar engullido por el silencio. En esa quietud, reflexiono sobre si mi afición por el piano se debe a la añoranza de una madre a la que nunca conocí pero que ayudé a enterrar.

15
Juegos perversos

LYRA

—Entonces, aparte de que se lleva mal con James, ¿no tenemos nada más que vincule a Conner con la Aureola o los asesinatos? —me pregunta Briar.

Percibo la frustración en su voz, que suele ser calmada. Me coloco el móvil entre la oreja y el hombro mientras inspecciono la amplia estancia de paredes alicatadas y me asomo por debajo de cada uno de los ocho cubículos que la conforman para asegurarme de que no hay nadie en las duchas de los estudiantes de último curso.

Asiento con la cabeza, pese a que soy consciente de que no puede verme.

—Os he contado todo lo que me dijo. No me dio tiempo a preguntarle nada más. Alguien con complejo de conejo de Pascua perturbado decidió dejar una extremidad en el patio e interrumpirnos de mala manera, y no pudo haber sido Conner porque estuvo conmigo todo el rato antes de que apareciera la pierna.

Cuando confirmo que estoy sola en el baño, dejo mi mochila sobre la encimera blanca y pulida, con cuidado de que no se deslice dentro de alguno de los muchos lavabos. Me saco las botas de lluvia amarillas ayudándome de la punta del pie como buenamente puedo y observo cómo algunos trozos de barro caen al suelo en el proceso.

—Sage dice que Rook está convencido de que ha sido cosa de Easton. No quiere ni contemplar la posibilidad de que haya otra persona implicada.

Suelto una risa por la nariz.

—Para Rook, Easton Sinclair es culpable hasta del puto cambio

climático.

Si estuviera en su mano, lo culparía de todos los males que asolan al mundo, y no puedo decir que no lo entienda: el hijo de Stephen no es un buen tío. Es el típico niño bonito, tóxico y manipulador, con una vena misógina del tamaño de una catedral.

No solo le hizo la vida imposible a Sage, sino que también acosó a Briar al principio, y, además, lleva midiéndosela con los otros chicos casi desde que aprendió a hablar. Al igual que su padre, siente una necesidad imperiosa de demostrar que la tiene más grande que el resto, cuando todo el mundo sabe que ambos se correrían en los pantalones al más mínimo roce y que no encontrarían un clítoris ni poniéndoselo delante de las narices.

—Seamos sinceras —prosigo—, solo está buscando una excusa para quemarle el otro lado de la cara, no tiene ninguna prueba para inculparlo. Ya has oído lo del cuerpo que apareció el otro día. ¿De verdad crees que alguien que estuvo a punto de vomitar diseccionando una rana en el instituto sería capaz de hacerle lo mismo a una persona?

Después de un buen rato forcejeando con los pantalones para intentar bajármelos, se me enciende la bombilla. Suelto el teléfono en la encimera y pongo el altavoz para poder quitarme la ropa sin tener que contorsionarme.

—Por mucho que odie a ese puto imbécil, no creo que tenga huevos de dejar el torso de una mujer enfrente del ayuntamiento, ni aunque estuviera limitándose a hacerle el trabajo sucio a su papaíto.

Dos partes distintas de dos cuerpos diferentes en solo una semana. Se me revuelve el estómago al pensar en que quienquiera que se encuentre detrás de esto tiene un propósito claro en mente, y me atrevería a apostar lo que fuera a que está relacionado con nosotros.

—Hayley Townson —digo en un susurro, evocando su recuerdo—. Ese era el nombre de la chica a la que pertenecía el torso. Iba a graduarse este año con el mejor expediente de su promoción. El asesino no pretende pasar desapercibido ni esconderse: quiere que sepamos quién es.

Le habría resultado mucho más fácil ir tras alguien que gozara de menos popularidad, una mujer o una chica con la que no hubiera

llamado tanto la atención, pero está eligiendo a propósito víctimas con cierto estatus.

Quiere que lo descubramos, que sepamos que somos el objetivo principal de todos los asesinatos que comete. Si con los cuerpos no nos había quedado lo bastante claro, el mensaje grabado en el vientre de Hayley terminó de sacarnos de dudas.

SOLO PARARÉ SI VOSOTROS PARÁIS
DEJAD DE ENTROMETEROS
DEJAD DE IR A POR SUS TRABAJADORES

Es como la hoja de una guillotina que va descendiendo poco a poco y te obliga a recibir el corte de buena gana o a rendirte por las malas ante ella. De una forma u otra, van a seguir muriendo chicas, ya sea a manos de un asesino imitador o de un proxeneta. Ninguna de las opciones me parece aceptable, y me pesa verme forzada a escoger entre el menor de dos males.

Me estoy quitando la camiseta para quedarme en sujetador y bragas cuando Briar me toma por sorpresa con su siguiente pregunta.

—¿Y no crees que haya podido ser Thatcher imitando la técnica de su padre? Tendría todo el sentido del mundo que…

—No, imposible —la interrumpo, frunciendo el ceño y observando cómo se me ha descompuesto la expresión del rostro en el espejo que tengo frente a mí—. Puedes pensar lo que quieras de él, pero lo último que haría sería poner en peligro a los chicos, te lo aseguro. Da igual quién sea su padre: no perjudicaría de esa forma a sus amigos, e ir dejando miembros cercenados por el pueblo pondría el foco de atención directamente sobre ellos; así que no, no creo que haya sido Thatcher, y tú tampoco deberías.

Además, es demasiado perfeccionista y habilidoso como para exponer su trabajo al público de esa manera, aunque eso no puedo decirlo. Le prometí que no le contaría a nadie lo que me confesó ni lo que me enseñó, y pienso mantener mi palabra. No me corresponde a mí ventilar sus actividades extracurriculares.

—Solo estoy intentando considerar todas nuestras opciones, Lyra

—replica Briar—. Las personas que más quiero en este mundo están hasta el cuello de mierda. Thatcher es el único que sabe cómo actuaba su padre.

—Sí, y el país entero también. La investigación se difundió por todos los medios nacionales, por un montón de blogs y vete a saber por dónde más —respondo, con evidente irritación en la voz.

—No quiero que nos peleemos por él —repone con un suspiro, y sé que está pasándose una mano por el pelo—. Solo trato de protegerte. Espero que… lo que sea que veas en él no termine haciéndote daño.

«Yo también», desearía decirle, solo que ella lo malinterpretaría.

No me da miedo que me mate. Sé que no lo hará: si hubiera querido acabar conmigo, ya lo habría hecho. Pero tiene todo el poder del mundo para destrozarme, para aplastar mi corazón sangrante entre sus dedos largos, aunque lleve días sin hablarme y no se merezca mi lealtad ahora mismo.

Desde lo del mausoleo, ha estado dejando todos mis mensajes en leído y guardando silencio absoluto. Sin embargo, no puedo evitar sentirme atraída por las partes de él que vi aquel día en mi macabro refugio, por los pedacitos de su ser que he ido coleccionando a lo largo de los años y que nadie más ha contemplado nunca como yo. Sigo aferrándome a ellos y a la esperanza de que alguno de esos fragmentos también vea algo en mí.

—Lo entiendo, de verdad, pero la gente a la que quieres confía en Thatcher. Él no los traicionaría así, no es como su padre —digo pese a mis sentimientos, deseando que él creyera en esas palabras tanto como yo—. Voy a darme una ducha antes de salir del campus. Te escribo cuando llegue a casa.

Se produce un instante de silencio, como si quisiera añadir algo más y no se atreviera a hacerlo.

—Tú solo… ten cuidado —murmura.

—¡Espera, espera! —me apresuro a decir antes de que cuelgue—. ¿Vamos mañana al circo nocturno?

La carcajada que suelta me retumba en los oídos.

—Ya te lo confirmaré. Tengo un examen muy importante de Cálculo y me hace falta estudiar.

—Es Halloween, Briar. Habrá chuches y disfraces. ¿No puedes olvidarte de los números por una noche?

—Me lo pensaré —murmura, con una sonrisa en la voz—. Te quiero, Lyra. Nos vemos por la mañana.

Cuelga antes de que pueda decirle lo mismo. Desearía ser capaz de enfadarme con ella por poner a Thatcher como el villano de la película, pero lo cierto es que no puedo culparla, y menos cuando sé que lo único que pretende es mantener a salvo a quienes quiere.

En los baños comunitarios del distrito Rothchild reina un silencio sepulcral, y no es de extrañar: casi nadie los usa. Están reservados para los alumnos de cursos superiores, aunque la mayoría de ellos pueden permitirse vivir fuera del campus, por lo que, teniendo en cuenta que aquí la gente se limpia el culo con billetes de cien dólares, es raro que alguien prefiera quedarse en una residencia.

Así pues, la habitación de paredes alicatadas suele estar abierta y vacía, lo cual me viene perfecto para esos días en los que no me apetece volver a casa cubierta de hojas y barro, como hoy.

Lo cierto es que, pese a haber acabado con los dedos congelados y sucios a más no poder, he aprovechado bien el día. Me he pasado la mayor parte del tiempo recorriendo los bosques que rodean el campus en busca de nidos de seda entre los árboles y ciertas plantas.

Con la caída de las hojas del otoño, ha llegado la temporada de las arañas. Aunque las mariposas, las polillas y los escarabajos me fascinan desde niña, mi interés por esas criaturas de ocho patas que tanto miedo infunden a todo el mundo es más bien reciente.

Son uno de los pocos insectos con los que aún no he preparado una exposición. A pesar de que siempre he admirado sus creativas telas y su comportamiento, no empecé a obsesionarme hasta que me vi todos los episodios de un documental sobre ellas en Australia.

Entonces se me vino a la mente la imagen de una exhibición plana, en un marco rectangular, con una tela artificial tejida en el interior y varios tipos de arañas alrededor de ella, y pensé que quedaría genial colgada sobre la repisa de mi chimenea.

La idea se me ocurrió tan de repente que apenas me dio tiempo a anotarla antes de investigar qué especies colocaría dentro. Prefiero

capturar por mí misma cualquier araña local que encuentre, me parece más personal que encargar los ejemplares a terceros. Además, así puedo explorar el bosque, cosa que es un punto a mi favor.

Por suerte, he conseguido recolectar varios sacos de huevos, así que espero que eclosionen sin contratiempos para estudiar su ciclo vital antes de usarlas en una de mis exposiciones de taxidermia. Ya tengo preparados el terrario y la incubadora; lo único que tengo que hacer es vigilarlas de cerca durante unas semanas.

Una vez termino de enjuagar el barro de las botas, me meto en la ducha y corro la cortina fina y negra para concederme algo de intimidad, tanto física como mentalmente. El flujo constante de agua caliente me ayuda a deshacerme del frío que se me había instalado en los huesos.

Una oleada de emoción me recorre el cuerpo por primera vez en una semana. Mi pasión por los insectos siempre ha sido como una luz discreta que habita en mi interior y brilla cuando necesito alegría o calor, convirtiéndose en una llama que me acompaña en mis momentos más sombríos.

Recuerdo la primera vez que una tutora de acogida me preguntó por qué me gustaban. Había descubierto una caja llena de saltamontes escondida debajo de mi cama y no entendía por qué no empleaba el tiempo en cosas más normales, como jugar a las muñecas o leer cuentos.

No se me ocurrió qué decir, salvo que me parecían chulos y me gustaba sentir sus patitas en la palma de la mano. Pero ahora, que llevo años cultivando esta pasión y este arte, mi respuesta es un poco más concreta.

Cada araña, polilla y escarabajo pertenece a una categoría. Todos cumplen una función dentro de un sistema más complejo, resultan predecibles a su manera y cooperan para que todo funcione sin esfuerzo. Hacen mucho y, sin embargo, pasan desapercibidos y son objeto de desprecio por su apariencia.

Además, sirven a una infinitud de propósitos: para controlar las plagas que amenazan los cultivos, por ejemplo, o para algunos tratamientos medicinales, como aquellos que requieren de la

picadura de una abeja para aliviar a quienes padecen enfermedades crónicas. Se arrastran por la tierra, polinizando, reciclando, cumpliendo con su labor sin llamar la atención.

Para mí son un enigma insólito y sombrío por el que siempre me he sentido atraída, incluso desde que era pequeña. Son el único hilo que me mantiene unida a la niña que fui antes de que mi madre muriera, mi único vínculo con Scarlett.

Me masajeo el cuero cabelludo para extenderme el champú mientras dejo que el agua caliente se lleve consigo el estrés y me libere del peso de la propuesta de Conner, que no para de rondarme por la cabeza. Sé que no debería confiar en él por la gente con la que se ha juntado, pero me ha ofrecido la oportunidad de alimentar esa lucecita que habita en mi interior y convertirla en una carrera que sé que me haría muy feliz.

Sería una oportunidad que implicaría dejar atrás todo lo que he forjado aquí: mis amistades, mi vida, el recuerdo de mi madre… También marcaría el comienzo de una nueva vida en la que podría ser quien quisiera, sin que nadie estuviera al tanto de mi pasado por haber visto un documental sobre crímenes reales.

Aunque, claro, tendría que empezar de cero sin las personas que me han acompañado en mis peores momentos. Las dejaría atrás, a ellas y a todos los recuerdos que hemos creado juntas, por turbios que sean; a Briar y a Sage, a la Sociedad de las Lobas Solitarias. Todo permanecería en Ponderosa Springs, donde no reside nada más que el mal.

Y también estaría a un mapa entero de distancia de Thatcher. Se acabaría el salir a correr por la mañana siguiéndole el ritmo y las incursiones a su habitación para robarle sudaderas o gel de baño. Me quedaría completamente sola, sin ninguna obsesión a la que aferrarme.

El corazón se me agita solo de pensarlo y amenaza con dejar de latirme, pero esa tenue luz dentro de mí brilla de felicidad.

De pronto, el chirrido de la pesada puerta al abrirse interrumpe el constante zumbido del silencio y hace que me sobresalte. Mis pensamientos se disipan y me devuelven a la realidad. Unos pasos resuenan contra el suelo segundos después, y rezo en silencio por

que nadie me diga nada del montón de ropa sucia junto al lavabo.

Pero, por suerte, quienquiera que haya entrado se limita a abrir el grifo de la ducha de enfrente sin mediar palabra. Continúo quitándome la suciedad del día y procedo a aclararme el acondicionador del pelo cuando oigo el agua correr en el cubículo que se encuentra a mi espalda.

Solo he oído los pasos de una persona, así que no tiene sentido que haya abierto ambas duchas. Justo cuando estoy preguntándome el motivo que le habrá llevado a querer disponer de dos grifos, se abre otro, y luego otro, y otro más, hasta que el agua corre al unísono en los ocho cubículos.

El pecho se me contrae cuando se apagan las luces. El miedo me burbujea en el estómago y lo único en lo que puedo pensar es en que voy a morir como las típicas mujeres indefensas que salen en todas las pelis de terror que he visto: acorralada en la ducha, desnuda y empapada.

La oscuridad se apodera casi por completo de mi visión y apenas puedo verme la mano delante de la cara. Tiro de la toalla que había colgado junto a mi cubículo y me envuelvo en ella tras cerrar el grifo.

—¿Hola? —grito, aguzando el resto de sentidos ante la falta de luz.

Pongo el oído para captar el más mínimo movimiento, pero solo recibo silencio como respuesta.

Me digo a mí misma que solo será alguien gastándome alguna bromita pesada. Trato de repetírmelo una y otra vez para convencerme de ello, aunque, teniendo en cuenta a las mujeres a las que han asesinado en los últimos días, es difícil pensar en cualquier otra cosa.

Me aferro a la toalla con fuerza y corro despacio la cortina. Cuando asomo la cabeza, me doy de bruces con la oscuridad y la certeza de que hay alguien aquí conmigo, observándome.

Un escalofrío me recorre los brazos y me eriza el vello. La garganta se me tensa al sentir la presencia de alguien que no debería estar aquí. Guardo la esperanza de que sea un fantasma, lo cual me parece que es caer muy bajo, incluso para mí.

Si consiguiese llegar hasta mi móvil, podría llamar a alguien para

pedir ayuda. Lo he dejado sobre la encimera, a pocos pasos de la ducha, así que me daría tiempo a cogerlo…, ¿no?

Solo hay una forma de averiguarlo.

Respiro hondo dos veces para afianzar mi frágil confianza y procedo a salir disparada de la ducha. Mis pies mojados chapotean por el suelo de baldosas y le ruego a todos los dioses no resbalarme y abrirme la cabeza por culpa de un fantasma; o, peor aún, facilitarle el trabajo a un asesino en serie.

El trayecto hasta los lavabos da la impresión de ser mucho más largo que hace un momento. Como no puedo confiar en la vista para orientarme, me lanzo hacia delante y dejo que mi propio cuerpo me guíe.

Me estrello de frente contra el mármol, lo que me deja sin aire por el impacto. Trato de recuperar el aliento mientras palpo la fría superficie en busca del móvil.

Justo cuando rozo el dispositivo con los dedos, noto la presencia amenazante de alguien de pie detrás de mí. Ante la imposibilidad de hacer nada más, me giro con el móvil del revés para que su luz me revele el rostro de quien me está atormentando.

Así, por lo menos, podré ver a la persona que va a matarme.

—«Regla número tres —murmura—: Mantén siempre la guardia alta». ¿Cómo esperas acercarte a un objetivo sigilosamente si ese mismo objetivo podría estar acechándote a ti?

La cara de Thatcher se ilumina con la pantalla de mi móvil. Tiene la mandíbula tensa y los ojos clavados en mí. Bajo esta luz parecen casi negros y rebosan una emoción que nunca había visto en ellos.

Me aferro aún más a la toalla, temblando.

—¿No podías haberme dado la lección sin provocarme un infarto?, ¿o es que era indispensable que me asustaras de esta forma?

—Hueles a mí.

Me ignora como si no le estuviera hablando, como si ese hecho fuese más importante que haberme dejado sumida en la oscuridad más absoluta y haberme dado un susto de muerte.

—¿Por qué hueles a mí? —pregunta, exigiéndome una respuesta.

Hace una semana vi cómo la lujuria le teñía el rostro y fui testigo de la manera tan inquietante en la que es capaz de acaparar toda mi

atención cuando permite que el deseo se apodere de él. Creía que verlo fuera de sí me asustaría, pero, en realidad, tuvo el efecto contrario.

Ni siquiera ahora, por muy guapo que esté, puede compararse con el aspecto tan deslumbrante que tenía el otro día, jadeando sobre mí, entregado al caos en el que nos sumimos juntos y que nos negamos a soltar. Tenía algunos mechones de pelo alborotados sobre el rostro, la camisa arrugada y los ojos del azul más salvaje que he visto nunca.

Estaba hecho un desastre.

Thatcher Pierson estaba hecho un desastre, por mí.

Y no he presenciado jamás una belleza como la suya en ese instante.

Ahora, aquí de pie, es el mismo Thatch de siempre, el hombre impasible y de pose erguida que me observa con una mirada inescrutable, y siento debilidad por ambas versiones de él.

—Me he llevado tu gel de ducha del baño de tu residencia —le digo con la cabeza bien alta, aunque no sé qué me ha impulsado a confesárselo, si es porque estoy enfadada con él por ignorarme o simplemente porque no me importa que lo sepa.

Él aprieta la mandíbula y frunce el ceño.

—¿Por qué?

Me rodeo el cuerpo con los brazos, manteniendo el foco de luz entre ambos a la vez que trato de proteger las partes más vulnerables de mí misma, pese a que él ya haya visto lo peor de ellas.

—Me gusta cómo hueles —contesto, y me muerdo el interior de la mejilla—. Me gusta sentir tu olor sobre mi piel.

A juzgar por la expresión de su rostro, sé que se ha acordado de cómo se sintió al estar entre mis muslos, cubriendo su olor con el mío. Sé que se le ha quedado grabada esa sensación.

Cuando su aliento me acaricia el rostro, noto cómo las chispas saltan entre nosotros, y me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos durante esta semana que hemos pasado sin vernos. Sigo tan molesta con él que me he obligado a no seguirlo a todas partes: me he privado de mi adicción favorita.

—¿Mis jerséis también? —inquiere mientras un destello de comprensión le ilumina la mirada y alza un dedo para apartarme un mechón húmedo de la cara.

Asiento despacio, con las mejillas sonrojadas de pensar en todas las prendas que le he ido robando a lo largo del tiempo.

—Hollow Heights debería reforzar las cerraduras de las habitaciones. Los de cachemira son mis favoritos —murmuro, esbozando una ligera sonrisa.

Durante un único segundo que parece prolongarse, permite que algo más que una expresión vacía se le dibuje en el rostro; una que nos transporta a un lugar donde existimos entre las sombras de nuestro pasado y el comienzo de nuestro futuro.

Pero la vida tiene una forma curiosa de recordarme que no puedo quedarme aquí toda la eternidad. Por más que lo desee, siempre habrá algo que nos empuje en direcciones opuestas y él siempre procurará mantener la distancia entre nosotros para dejarme claro que se encuentra fuera de mi alcance.

—Se acabó —dice, dejando que su rostro adopte de nuevo esa expresión vacía que tan bien conozco y que no es más que un abismo repleto de nada—. Lo de seguirme, nuestras lecciones… Todo eso se ha acabado, mascotita.

Siento cómo el alma se me cae a los pies con cada palabra.

Esa es su especialidad: herir a aquellas personas que se atreven a acercarse demasiado. Cada vez que alguien intenta ir más allá de la superficie, se encarga de hacerlas añicos por dentro con una precisión quirúrgica.

Thatcher no es un muro sólido que pueda derribarse a la fuerza ni desmoronarse con el tiempo. Es una fortaleza de espinas, hecha de madera astillada, cristales rotos y los fragmentos que heredó de su padre a modo de armas mortales para protegerlo de todo sentimiento o emoción que lo aproxime a su humanidad.

—Y una mierda —replico con aspereza—. Eso no te lo crees ni tú. Solo estás echándote atrás porque sentiste algo por mí.

Y yo no soy una cualquiera que vaya a dejarse amedrentar con facilidad ante el más mínimo obstáculo. No pienso permitir que las cuchillas de su miedo me aparten de él, y menos cuando nunca me

ha importado sangrar.

Suelta una risita por la nariz, como si fuera lo más absurdo que ha escuchado jamás. Se aleja de mí unos pasos y enciende la luz, lo cual me quema las retinas por el fulgor repentino de las bombillas.

—No te lo tengas tan creído. Lo que pasó entre nosotros fue un error. No dejes que ese corazón desesperado que te late dentro del pecho te haga pensar lo contrario.

La frialdad de su tono me provoca un escalofrío, y la garganta se me cierra. El enredado cuento de hadas que me he pasado los últimos días construyendo está convirtiéndose en una pesadilla de la que quiero despertar.

¿Cómo que un error?

—Eres un puto cobarde. Ese corazón desesperado al que te refieres no es el único al que tienes que culpar. Tus manos también estaban entre mis muslos, capullo —le espeto.

No sé con quién estoy más enfadada, si con él, por restarle tanta importancia a lo que pasó entre nosotros, por ser capaz de mirarme a la cara sin recordar la desesperación con la que me tocó ni la lujuria que destilaban las palabras que me susurró al oído y por quedarse ahí como si nada, sin el menor atisbo de remordimiento en su rostro de porcelana, después de haberme dado tanto placer solo para saciar un capricho suyo, o si conmigo misma, por pensar que podía acortar la distancia que nos separaba y salir ilesa.

—Pero te faltan huevos para admitirlo —prosigo, dejando que mi ira sostenga mi corazón herido frente a su rotundo rechazo.

Me niego a apartarle la mirada, a pesar de que lo único que me apetece hacer sea replegarme y evaporarme del mundo; desaparecer de su vista y no volver a verlo jamás. Aunque eso sería darle exactamente lo que quiere y renunciar a él.

Thatcher puede ser muchas cosas terribles, tanto para mí como para otras personas. Puede que ahora no busque nada más que herirme con sus palabras y puede que yo esté tan enfadada con él que no sea capaz de pensar en nada más que sacarle los ojos de las cuencas. Pero no se merece que nadie más se dé por vencido con él: el mundo ya se ha encargado de darle de lado durante toda su vida.

Gira la cabeza en mi dirección de un modo tan brusco que me extraña que no se haya hecho daño en el cuello.

—Ten cuidado con lo que dices, mascotita —me advierte, curvando el labio superior.

—Hace una semana tú dijiste cosas mucho peores cuando me empapaste el coño con tu sangre. No tienes ningún derecho a venir a darme lecciones —replico.

La frustración se apodera de él y se pasa una de sus manos enormes por la cara, como si fuera a explotar en cualquier momento y arrasar el mundo con toda la rabia contenida. Es probable que sea la emoción más intensa que haya experimentado en toda su vida, y presenciar cómo trata de lidiar con ella resulta doloroso.

—¡Olvídalo! —grita, con tal vehemencia que un mechón le cae sobre el rostro—. Todo. La noche en la que mataron a tu madre, el mausoleo y cada instante que esté relacionado conmigo. ¿Entendido? Quiero que estés muerta para mí, Lyra.

En esa cripta, nuestros cuerpos rebosaban vida el uno contra el otro. Su lengua cruel y afilada no va a cambiar lo que siento por él, por mucho que me duelan sus palabras.

Pero ahora mismo quiero que sufra. Aunque sé de sobra que está mal buscar venganza y herirlo solo porque no comprende sus propios sentimientos, no puedo evitarlo. Quiero que le duela tanto como a mí, que no sea la única que salga por la puerta de este baño con una herida abierta.

Si yo sangro, me aseguraré de que él también sangre conmigo.

—Entonces, ¿se acabó?, ¿el trato y todo lo demás? —pregunto.

El vapor de la ducha se me arremolina frente al rostro y la toalla que me envuelve el cuerpo me mantiene caliente.

—Sí —responde, y observo cómo la nuez le sube y le baja al tragar.

Saco la ropa limpia de mi mochila y me la aprieto contra el pecho solo para demostrar mi enfado.

—Genial —suelto con una mueca de desprecio mientras le doy la espalda y me dirijo hacia los vestuarios—. Pues saludaré a Conner de tu parte.

No tengo ganas de quedarme a ver su reacción ni de seguir hablando con él cuando lo único que pretende es terminar de

destruir cualquier mínimo vínculo que hayamos forjado. Lo único que quiero es vestirme y dejar que los celos lo carcoman por dentro ante la idea de que busque consuelo en Conner Godfrey. Por mí, que se imagine lo peor.

Sin embargo, no llego muy lejos. Thatch me agarra del codo y me aprieta con fuerza, como si quisiera transmitirme en ese gesto todas las palabras que se niega a decir en voz alta. El dolor me obliga a volverme hacia él con el ceño fruncido de irritación.

Una tormenta de furia parece descargarse sobre sus hombros y me lanza una mirada sombría que no promete nada más que miseria y dolor, la misma que supongo que tiene cuando clava los ojos en los de alguien a quien está a punto de desmembrar o cortar en pedacitos.

Con la mano que le queda libre, tira de la toalla que me cubre el cuerpo de una forma tan brusca e impulsiva que no me da tiempo a impedir que se me resbale. Los pezones se me endurecen al entrar en contacto con el aire frío y, a pesar de que mi mente lo odia, mi cuerpo no puede evitar encenderse bajo su mirada.

—No juegues conmigo, Lyra Abbott —dice con una voz como la belladona, cargada de oscuridad y de intenciones poco decorosas.

Una advertencia.

Recorre con los ojos cada curva de mi cuerpo expuesto, acariciándome sin ni siquiera alzar una mano, algo que provoca que las entrañas me ardan de deseo. Una sonrisa de suficiencia le alza las comisuras de los labios al percatarse del espasmo involuntario que me sacude los muslos, como si hubiera ganado una especie de apuesta.

—Qué patético —murmura—. Tu coño ansía mi odio más de lo que jamás anhelará el amor de otro hombre. ¿Acaso no te parece triste, mi querido fantasma?

Me acerca un dedo a la clavícula y tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para agarrarlo antes de que llegue a rozarme la piel. Pese a que mantengo la cabeza alta, me siento como si se me fuera a quebrar la columna en cualquier momento.

—No puedes ser el hombre que me toca y el que me hace sufrir al mismo tiempo —repongo con una firmeza sorprendente—. Decídete:

o eres uno u otro, pero no ambos.

La calma y la seguridad que me había mostrado hace unos segundos comienza a flaquear. Retira de golpe su mano de la mía, se la desliza en el bolsillo de sus pantalones de vestir oscuros y permanecemos allí de pie, como dos mitades de un todo, separados únicamente por el silencio.

Me enfrentaría al mismísimo cielo y al infierno por él, la criatura más adictiva del mundo, mi propio ángel de la muerte y mi obsesión no tan secreta. Haría cualquier cosa por el hombre atormentado que tengo delante.

Y, aunque pueda destrozar este corazón propenso a las adicciones que poseo y que solo busca su amor, me niego a permitir que me trate mal solo porque esté dolido. Su indiferencia y su sarcasmo son una cosa, pero no pienso dejarme dinamitar por sus comentarios agrios, fruto de su inexperiencia con los sentimientos.

No voy a tolerarlo.

—Thatcher, te dijimos que fueras a por ella, no que la encerraras aquí —dice una voz desde la puerta.

Cuando me aprieto la ropa contra el pecho desnudo, Thatcher se apresura a colocarse justo frente a mí. Planta una mano a cada lado de mi cuerpo y me aprisiona contra la pared para protegerme de Rook, que es el que está hablando.

Su olor, denso y penetrante, se mezcla con el vapor y me envuelve por completo. Lo miro con los ojos entrecerrados, sin prestarle apenas atención a su amigo, mientras él me observa con una curiosidad silenciosa.

—No me debes nada, Lyra —dice, con una expresión genuina de súplica en el rostro—, pero te pido por favor que no aceptes. Al margen de lo que sientas por mí, cuando te propongan lo que van a proponerte, te pido que no accedas.

Frunzo el ceño.

—¿Qué van a…?

—¡Chica de los bichos! —grita Rook—. Tenemos que hablar. Estoy seguro de que Thatcher no ha sido muy considerado al preguntártelo, pero, si te sirve de algo, yo te lo pediré por favor.

—Dale un momento para que salga, impaciente —responde este

por encima del hombro y, cuando oye el sonido de la puerta cerrándose, se aparta de mí—. Di que no —repite por última vez y, acto seguido, procede a dejarme a solas para que me vista.

Me pongo la ropa con tranquilidad y me aseguro de que mis emociones estén completamente bajo control antes de salir a hablar con dos chicos que no tienen ni idea de lo que acaba de pasar en estas duchas comunitarias.

Trato de mentalizarme de que, cuando me plante frente a sus amigos, debo actuar como si Thatcher Pierson no fuera el hombre al que van dedicados todos mis latidos, aquel al que mi cuerpo anhela y mi mente detesta; el hombre en torno al cual giran todos mis sueños. Porque no puedo dejar que nadie se percate de ello.

Así que me tomo mi tiempo, hasta que consigo labrarme una máscara de ignorancia y apatía. Recojo mis cosas y, al abrir la puerta, el aire fresco del otoño me enfría de inmediato el pelo, todavía húmedo. Me meto las manos en los bolsillos del cárdigan y percibo un olor a humo en el ambiente.

Alistair está apoyado contra un lateral del edificio, sosteniendo un cigarrillo entre el pulgar y el índice mientras se lo pasa a Rook. La brasa ardiente arroja un humo gris al aire.

Ambos me miran cuando salgo, pero Thatcher parece dirigir la vista a todos lados menos a mí.

—¿Quién se ha muerto? —pregunto de broma, con las palmas de las manos algo sudorosas por los nervios, porque no me extrañaría nada que me dijeran que ha aparecido otro cadáver.

No deja de ser raro que hayan venido los tres a buscarme sin las chicas. Lo único que se me ocurre es que necesiten algo de mí y solo de mí.

—Nadie —gruñe Alistair en voz baja de forma cortante—, todavía.

Me balanceo sobre los talones, mordiéndome el interior de la mejilla.

—Entonces, ¿qué queréis? ¿Les ha pasado algo a Briar o a Sage?

—No —se apresura a decir Rook—. Están bien y podrás contarles lo que hemos hablado luego, pero queríamos preguntártelo a ti sola para que la decisión fuese tuya y de nadie más. Ya sabemos lo protectoras que pueden llegar a ponerse nuestras chicas cuando se

trata de ti, Lyra.

—Esto es una estupidez…

—Lo hemos votado, Thatcher, y has perdido, así que ya no depende de ti —lo interrumpe Rook en un tono firme que casi nunca utiliza—. Ahora es cosa de Lyra.

Thatch aprieta la mandíbula y lo fulmina con la mirada.

—Es una idea imprudente que no debería haberse sometido a votación.

—¿Imprudente porque la he propuesto yo —le suelta Rook— o porque no se te ha ocurrido a ti primero? Qué delicado te has puesto. No te preocupes, puedes llevarte todo el mérito, a ver si así te sacas el palo que tienes metido por el culo.

Sea cual sea el plan, ha conseguido enfrentar a dos personas inseparables. Los zapatos de vestir negros de Thatcher chocan con las puntas de las Vans de Rook; los diez centímetros de altura que le saca Thatch lo obligan a bajar la mirada hacia su amigo, que, en estos instantes, parece una llama viviente.

—Hay formas mucho más fáciles de morir, Van Doren —dice Thatcher con desprecio, y la luz de la luna se le refleja en los dientes al esbozar una sonrisa—. Pero, si quieres jugar, adelante: juguemos.

Están a dos segundos de enzarzarse en una pelea brutal que no me apetece nada presenciar. Con la rabia que se tienen el uno al otro ahora mismo, seguro que correría la sangre por ambas partes.

Rook le da una calada a su cigarrillo y le echa el humo en la cara a su amigo con una sonrisita de las suyas.

—Aquí te espero.

Doy un paso hacia ellos y le coloco una mano en el hombro a Rook mientras miro a su amigo, que parece dispuesto a rebanarle el pescuezo.

—Tranquilos —intervengo con calma—. Decidme qué necesitáis de mí. No me importa ayudar.

Thatcher clava los ojos en mi mano, apoyada sobre el hombro de otro.

—Quieren que te acerques a Easton —escupe, sin apartar la vista de mis dedos—, que vayas hacia él como una oveja al matadero y acabes sirviéndoles de cebo.

Frunzo el ceño y miro a Alistair en busca de confirmación al tiempo que vuelvo a meterme la mano en el bolsillo.

—Está exagerando —responde Alistair con un suspiro—. Lo único que queremos es que te acerques a él lo suficiente como para vigilarlo. Cada vez que intentamos acercarnos nosotros, se da cuenta de que estamos ahí. Necesitamos a alguien silencioso que pueda seguirlo y escuchar sus conversaciones privadas. Nada más.

Una oleada de orgullo me inunda por completo. Nadie me había necesitado nunca; al menos, no para eso, y, aunque han venido a buscarme solo por mi habilidad para pasar desapercibida, es igual de agradable sentir que te necesitan.

Por peligroso que sea, quiero formar parte del plan que tengan en mente y ayudar a esas chicas desaparecidas y a mis amigas. Hasta este momento, sentía que no podía serles de utilidad en nada, pero me acaban de brindar la oportunidad perfecta para contribuir a la causa recabando información que nos lleve a descubrir quién está al mando de la Aureola e incluso a acabar con esto de una vez por todas.

Lo que no entiendo es por qué Thatcher se opone con tanta vehemencia.

—No dejaremos que te pase nada, aunque él se piense lo contrario —añade Alistair, girando la cabeza hacia Thatch con un gruñido—. La decisión es tuya.

Necesitan un fantasma, alguien que sea invisible y pueda escuchar los susurros que rebotan en las paredes durante esas reuniones clandestinas; una persona capaz de camuflarse con el entorno.

Y esa soy yo.

Miro a Thatcher, pensando en lo que me ha pedido en la ducha y sopesando si de verdad merece la pena ignorar a las personas que me importan solo por ceder a sus deseos. Sus ojos me suplican en silencio que me niegue, que me vaya y haga como si nunca me hubieran pedido nada.

Así que aparto la vista de él.

—¿Cuándo queréis que empiece?

16
Amarga es la guerra entre hermanos

THATCHER

«Regla número veintidós: Asume las consecuencias de tus propias acciones». Esa fue una de las lecciones que más me costó aprender de niño. Ir en contra de tus instintos y aceptar que tu normalidad no es la misma que la de los demás resulta difícil.

Una vez, una gata logró colarse en la finca de mi familia. Estaba maullando y escarbando en el jardín cuando la encontré cubierta de tierra y con el pelaje enmarañado.

Solo me acuerdo de ella porque, al cogerla, no me bufó y ni siquiera me intentó arañar. Se limitó a acurrucarse contra mi pecho y empezó a ronronear sin parar. Sabía que mi padre era muy estricto con no tener mascotas, pero algo en aquella gata cautivó a mi yo de siete años.

Era de color negro y tenía las puntas de las orejas naranjas. Mostró una confianza ciega en mí y no pareció temer ni por un segundo que pudiera hacerle daño. No sé por qué decidí cuidarla, cuando, ahora que lo pienso, habría sido mejor que la hubiera dejado morir de hambre.

Al principio fue sencillo. La dejaba deambular por una de las casas de los cuidadores de la finca, dentro de los límites de la propiedad, y todos los días le llevaba comida y agua a escondidas. Los cocineros se dieron cuenta antes que mi padre, sobre todo porque me pasé un mes entero pidiéndoles nada más que sándwiches de atún para almorzar.

Después de las clases del colegio y de las que recibía por parte de mi padre, me iba a la casa del cuidador y leía mientras ella jugaba a mis pies o se dormía en mi regazo. Es el único rayo de luz que

guardo de aquella época.

Me pasaba las tardes escuchando, observando y ordenando el destrozo que mi padre causaba tras sus asesinatos; frotaba la sangre del suelo, con los cuerpos de las mujeres todavía colgando al fondo, y limpiaba las sierras a la vez que él se encargaba de los restos repartidos por la mesa. Pero, durante esos momentos que compartía con la gata, podía limitarme a coexistir en silencio junto a otra criatura viva, y pensé que tenía derecho a disfrutar de esa alegría y bondad en secreto.

No supe lo equivocado que estaba hasta que una madrugada, en la que la luna brillaba en lo alto y ni la luz del sol ni nada bueno hubiera podido atravesar las puertas de mi hogar, Henry Pierson irrumpió en mi habitación.

Arrojó a la gatita sobre mi edredón y el maullido de queja que emitió el animal me despertó. La cogí entre mis brazos mientras él me observaba con una mirada vacía.

—Ya conoces las reglas, Alexander —me dijo sin más.

Algo dentro de mí se apagó entonces. Cualquier rastro de humanidad que quedase en mi interior se desvaneció en cuanto me tendió un cuchillo en la oscuridad de la habitación.

—Llevas el nombre de un gran rey y espero que estés a su altura. La perfección no admite bondad ni sentimientos —prosiguió, colocando el arma en mis manos diminutas—. Preocuparse por otros seres vivos no sirve de nada. ¿Para qué cuidar de algo que está destinado a morir? No tiene sentido. El amor es una pérdida de tiempo y no debería tener cabida en ti, Alexander.

Lo último que recuerdo de aquella noche son esas palabras que me susurró al oído y los ojos de la criatura que había confiado ciegamente en mí hasta el final. Todo se volvió borroso en el instante en el que agarré el cuchillo, pero sé lo que hice y en qué me convertí.

No derramé ni una sola lágrima ni brotó protesta alguna de mi boca. Cumplí con lo que se esperaba de mí y me esforcé sobremanera por aceptar la maldad que me corría por las venas.

Había sido consciente de lo que pasaría y de lo que mi padre me obligaría a hacer si acogía al animal. Esa fue la consecuencia que

tuve que asumir por mi imprudencia.

Al igual que el hecho de que mi fantasma se lance a los brazos de Conner Godfrey es la consecuencia que debo asumir por las cosas que le dije, por más que dicha idea me deje un regusto amargo en el paladar.

No esperaba que fuese tan… explosiva. Por lo visto, a veces se me olvida que Lyra Abbott se ha forjado a sí misma a partir de noches carmesí y objetos afilados.

Debajo de la chica que muestra al resto del mundo se esconde una experta en cuchillos con intenciones macabras, una víbora de mordedura mortal, un soldado marcado por el dolor y la agonía. Es la unión entre la vida y la muerte, la guardiana de la guadaña, una segadora de almas dulce y sombría, un cadáver de suma belleza.

Y ahora le pertenece a él. Ya no buscará consuelo en mis dedos crueles y fríos, sino en los mocasines baratos y la nauseabunda colonia del profesor.

Puede que esté pecando de engreído, pero no puedo evitar preguntarme si va a ser capaz de obsesionarse con él igual que lo hizo conmigo. ¿Conner alimentará su adicción como yo? ¿Lyra lo preferirá a él antes que a mí?

—¿No vas a ponerte ningún disfraz? Me extraña que no quieras dar la nota, y más en Halloween.

Echo un vistazo por encima del hombro y capto un destello de cuero en la puerta.

—El negro es el color que se lleva en los funerales, ¿no?

Suelta un resoplido, sin encontrarle la gracia a mi comentario.

La noche de Halloween es la que Ponderosa Springs aprovecha para recaudar dinero con el fin de destinarlo a alguna obra benéfica que es probable que ni siquiera exista. El año pasado montaron una feria; el anterior, un zoológico interactivo.

La junta directiva jamás deja pasar la ocasión de exprimir a la gente y emplear los fondos en alguna reforma inútil para el pueblo o llenarse los bolsillos de pasta. Es un pozo sin fondo en el que los habitantes del pueblo tiran su dinero encantados.

Este año, el circo de las pesadillas: una mezcla de carpas rojas en espiral y en la víspera de Todos los Santos, donde se permite a los

muertos volver a caminar entre los vivos para revisitar su pasado y vengarse de quienes hirieron sus almas en vida.

Nunca he salido a pedir caramelos en Halloween, pero, con el tiempo, he aprendido a disfrutar de esta peculiar fiesta en la que todos deciden transformarse en monstruos espeluznantes y villanos terribles. Porque hoy, por una vez, no me hace falta ninguna máscara para encajar, sino que puedo pasearme con total libertad como el asesino de asesinos y decir que es un disfraz. Esta noche me desprenderé de la fachada tras la que se oculta mi verdadero ser en el día a día y mostraré la podredumbre que se esconde bajo la superficie.

—No va a pasarle nada —dice, entretenido con un lapicero lleno de bolígrafos que hay en mi escritorio—. Solo va a dedicarse a seguirlo durante el tiempo que dure el circo benéfico y luego se reunirá con nosotros en el aparcamiento a las nueve, cuando cierren. Lyra conoce las reglas, sabe que no puede ir a ningún sitio sin avisarnos. Además, no nos moveremos de allí. Todo irá bien.

Rechino las muelas y asiento sin entusiasmo, procurando mantener la boca cerrada mientras me encamino hacia el espejo para ajustarme el cuello de la camisa. No pienso volver a discutir con él sobre este tema, y menos sabiendo lo que ocurriría si llegara a pasarle algo a ella.

—Dudo mucho que estés así por Lyra.

Giro la cabeza hacia Alistair y me digno a mirarlo por fin desde que ha llegado. Me observa atentamente con sus ojos oscuros, como si fuera capaz de ver más allá del espejismo que le muestro. De todos los chicos, quizá sea el que más me conoce.

—Ilumíname, Dios todopoderoso, ¿por qué crees que estoy así, entonces? —pregunto con indiferencia.

Se sienta en la silla de escritorio como si nada y se recuesta en ella con las manos detrás de la cabeza.

No he conocido a nadie que pueda fruncir el ceño como Alistair Caldwell. Ya de niño tenía esa cara de enfadado a todas horas, aunque no lo estuviera.

—Te has mosqueado porque no me he puesto de tu parte —afirma, con una seguridad que provoca que se me escape una risa amarga

—. Ríete todo lo que quieras, pero es la primera vez que no estamos de acuerdo en algo. Siempre votamos lo mismo y, la única vez que no es así, vas y te pones de mala leche.

La tensión chisporrotea entre ambos; cualquier palabra o paso en falso podría derivar en una discusión encarnizada. Es una lástima que sea él mi contrincante: a pesar de que nuestro lazo es inquebrantable cuando coincidimos, nos convertimos en enemigos feroces cada vez que discrepamos.

Aun así, tiene razón en una cosa: esta es la primera vez en la historia de nuestra democracia como grupo que no votamos lo mismo y es evidente que me ha molestado. Seguir los planes descabellados de Rook nunca nos ha traído nada bueno y Alistair es consciente de ello, o al menos eso creía. Las ideas que propone son impulsivas y suenan bien en la teoría, pero acaban en consecuencias desastrosas en la práctica.

—Estoy harto de que actúes como si fueras el líder —replico—. No somos niños, no estamos en el patio del colegio y no estoy montando ninguna pataleta porque no me hayas escogido. Vivirías mucho más feliz si dejaras de creerte el ombligo del mundo, Ali.

La mandíbula se le tensa y mis palabras permanecen suspendidas en el aire, amenazando con hacerlo estallar. Es demasiado fácil sacarlo de quicio, siempre lo ha sido. Puede que él no conozca todas mis facetas, pero yo sí lo conozco a él, mejor que nadie.

Al principio, el grupo no era más que un dúo formado por Alistair y por mí, hasta que ayudamos a Rook a encender unos petardos en un club de campo mientras Silas montaba guardia. No obstante, durante un tiempo, antes de relacionarnos con ellos, éramos únicamente nosotros dos.

Mi abuelo había organizado un almuerzo para la alta sociedad de Ponderosa Springs. Nada fuera de lo habitual, teniendo en cuenta que formaba parte de la junta de Hollow Heights. Creo que era su manera de propiciar que mi padre conociera a la gente con la que debía colaborar una vez que se hiciera cargo del negocio de los Pierson y heredara su parte de este pueblo podrido. Quería que su hijo se codeara con las personas adecuadas, que supiera en quiénes no debía confiar y ese tipo de cosas.

Yo tenía casi seis años y estaba entretenido lanzando piedras a la gran fuente de agua que hay en el camino de entrada de nuestra propiedad. No era raro que mi casa estuviese llena de niños y adultos por igual, ni que yo buscara cualquier otro espacio al que huir para escapar de todo el bullicio del interior.

Mi abuelo me había dicho que mi deber era interpretar a la perfección el papel de un nieto adinerado, exhibir mi talento al piano ante todos y luego dejar que mi padre me guiara por la estancia para presentarme a las personas más poderosas e influyentes del lugar. Aguanté más o menos una hora antes de cansarme de la interacción humana y desaparecer para refugiarme en el silencio.

Cuando estaba de pie frente a mi casa, vi a Alistair y a su familia llegar. Me fijé en cómo su madre y su padre se bajaban del coche con su hermano mayor, Dorian, que caminaba junto a ellos. Ninguno parecía preocuparse por esperar al niño delgado que iba detrás, con la cabeza agachada, el traje arrugado y los ojos enrojecidos por la falta de sueño, como si comprendiera que su sitio estaba a cinco pasos detrás de ellos, a la sombra de sus padres y de su hermano.

Una realidad un poco triste para alguien tan joven. Y yo sabía lo que se sentía; entendía lo que era avergonzarse de tu propia existencia.

Al encontrarnos, tanto nosotros como con los chicos, nos reconocimos los unos en los otros, como si hubiera algo diferente en la sangre que nos corría por las venas y nos inundara a todos por igual. La oscuridad de las heridas que compartíamos nos unió, nos envolvió en aquello que odiábamos, de lo que nos escabullíamos, y nos moldeó hasta convertirnos en quienes somos a día de hoy. Nos transformamos en lo que más temíamos, solo que peor.

Siempre he creído que Alistair y yo estamos más unidos que ninguno; sin embargo, en este momento, siento que hay una distancia insondable entre nosotros.

—No va a pasarle nada a Lyra, te lo…

—Lyra —lo interrumpo con el ceño fruncido ante la manera apresurada e irrespetuosa en la que pronuncia su nombre— es prescindible para ti, una mota de polvo en tu mundo. Ni a ti ni a Rook os importa lo que le pase porque no significa nada para

vosotros.

Se levanta de la silla y no tarda en hacerse notar invadiendo mi espacio personal. Se ve que últimamente me ha dado por tocarles las narices a los amigos que me quedan: primero Rook, hinchando el pecho como el gran lobo feroz que es, y ahora Alistair. Menuda racha llevo.

—¿De qué coño estás hablando? —me espeta—. Sabes que no la pondría en peligro.

Lo dice como si fuera su deber protegerla, como si todos estuviéramos a su cargo. Me pregunto qué haría si supiera que solo ostenta ese poder porque yo se lo permito. Dejo que piense que está al mando de todo porque soy consciente de que se derrumbaría si algo escapara a su control, pero nunca ha tenido ningún dominio sobre lo que hago ni quien soy.

—Ah, ¿no? —Entrecierro los ojos y me inclino hacia él hasta que mi boca se queda a escasos centímetros de su nariz—. Entonces, ¿por qué no se lo has pedido a Briar o a Sage?

Puede que mi relación con Lyra sea complicada y que lo que fuera que tuviéramos se haya acabado, pero no hacía falta que se expusiera a ningún peligro, y menos aún por los chicos y por mí.

La simple idea de que Easton Sinclair le ponga una de sus sucias manos encima desata un huracán de furia en mi interior. No quiero que se acerque a él ni que respire el mismo aire que ese niñito de papá mal vestido.

Y esta noche estará dando vueltas por el circo, siguiendo cada uno de sus movimientos y prestando atención a cualquier detalle que pueda servirnos. Tendrá que observar su modo de andar, aguzar el oído ante su voz y controlar todos sus pasos, un trabajo que sé que es más que capaz de llevar a cabo, pero al que no quiero que se enfrente; al menos, no con Easton en la ecuación.

Alistair arquea las cejas.

—¿Me estás diciendo que te importa?

—Era solo una observación, Caldwell.

Él sacude la cabeza y sonríe con desdén.

—A ver si me ha quedado claro, Thatcher. ¿Me estás diciendo que Lyra Abbott significa para ti lo mismo que Briar significa para mí o

solo estás comportándote como un gilipollas por orgullo?

Las palabras se me escapan de la boca antes de que pueda darme cuenta o recuperar el control y reprimir la parte de mí que quiere deshacerse de cualquiera que se atreva siquiera a pensar en mi querido fantasma.

Le hundo un dedo en el pecho.

—No tienes ni la menor idea de lo que ella es para mí —replico con un gruñido de rabia.

Por suerte, eso es lo único que alcanzo a decirle antes de recordarme que no serviría de nada tratar de explicárselo. Él nunca podrá llegar a entender lo que significa para mí, lo que su alma representa para el mundo.

Lo que él siente por Briar no es más que una mancha irrisoria en comparación con lo que yo comparto con Lyra Abbott. Nadie me ha sometido a su voluntad como podría llegar a hacerlo ella, y por eso es de vital importancia que se mantenga lo más lejos posible de mí.

Alistair se estremece ante mis palabras; percibo en sus ojos algo que no logro descifrar, como si pudiera ver lo que hay en mi interior sin que yo le diga nada, y jamás le he profesado tanto odio como en este instante.

Por lo visto, Lyra es la única parte de mi conciencia que me resulta imposible ocultar. Permanece en la superficie, negándose a ser relegada a las sombras.

—No le pasará nada, te lo prometo —asegura en un tono de voz más suave.

—Guárdate tus promesas para quien las necesite —digo, sosteniéndole la mirada durante un segundo de más antes de apartarme.

Cojo la chaqueta que yace encima de la cama, me la deslizo por los brazos y me echo un último vistazo en el espejo antes de encaminarme hacia la puerta para dar comienzo a este desastre de noche.

Me meto la mano en el bolsillo y recorro con los dedos el metal frío que guardo dentro. Los grabados de ambos lados de la moneda se me marcan en las yemas al apretarla con fuerza. Es parecida a las que una vez coloqué sobre los ojos de Phoebe Abbott.

—Más te vale tener razón, Alistair. Porque, si le pasa algo —saco la moneda y la lanzo con descuido por encima del hombro—, ni siquiera nuestra amistad podrá protegerte de mí.

Salgo de la habitación y lo dejo allí con el tintineo del óbolo de Caronte resonando en el aire. El pago que exige el barquero para cruzar al más allá.

17
Bruma carmesí

THATCHER

Una de dos: o Lyra llega tarde o está muerta.

Me inclino por lo segundo, porque llevo un Rolex de diecisiete mil dólares que tiene más probabilidades de acabar en un bolsillo ajeno que de equivocarse marcando la hora. Y, según las manecillas, ya lleva veinte minutos de retraso, que es mucho más de lo que habíamos acordado.

Me aseguraron que no le pasaría nada, que el plan saldría bien: recopilaría la información y luego se reuniría con nosotros sin un solo rasguño. Pero solo he logrado verla una vez entre el caos de disfraces circenses y acróbatas haciendo malabares, cuando estaba escondida detrás de un puesto de comida al mismo tiempo que Easton se pavoneaba ante un grupo de acólitos que ni siquiera parecían impresionados por lo que les decía.

No he vuelto a saber de ella desde entonces. Un destello de sus rizos, un breve vistazo a su jersey oscuro; eso es lo único que he atisbado en esta noche macabra. Y encima sigue sin leer ninguno de los mensajes que le he escrito. Me ha estado ignorando todo el día y ahora va y se retrasa.

—Comprobar el reloj a cada segundo que pasa no va a hacer que llegue más rápido —murmura Rook frente a mí, apoyado en su moto —. Dale unos minutos, Thatcher. A lo mejor entendió que habíamos quedado a y media.

Mantengo los brazos cruzados y la espalda contra la puerta del conductor de mi coche sin dejar de fulminarlo con la mirada. Lyra no se confundiría de hora. Quedamos a las nueve, en el aparcamiento B del campus. Si todo hubiera ido según lo planeado, ya debería estar

aquí.

—¿Le has contado a Sage tu plan? —pregunto, ladeando la cabeza —. ¿Sabe que has mandado a su amiga a espiar al rencoroso de su exprometido?

El color le desaparece del rostro. Cualquier comentario ingenioso que tuviera en la punta de la lengua es reemplazado por una rabia feroz ante la idea de poner a su preciada Sage en peligro o de verla cerca de Easton Sinclair.

—Cállate la puta boca o haré que te tragues los dientes con esa arrogancia que tienes, Pierson. —Se aparta de la moto y endereza la espalda—. Acordamos contárselo después de esta noche, porque solo estamos tanteando la situación. No hace falta asustar a Sage por algo que puede que ni siquiera nos salga bien.

Alistair le pone una mano en el hombro a Rook para tranquilizarlo y evitar que acabemos a golpes en medio del aparcamiento del campus, pero a mí me trae sin cuidado. De hecho, igual sería una distracción agradable para mi mente inquieta, que parece incapaz de desprenderse de la idea de que Lyra corre peligro cuando nosotros estamos aquí sin mover ni un dedo.

—Adelante —le digo a Alistair—, quítale la correa al perro. Tengo puesta la vacuna contra la rabia.

—Que te den, soplapollas —masculla Rook.

Desbloqueo el móvil y entro en mi conversación con Lyra para abrir su información de contacto y llamarla. Al igual que en las tres veces anteriores, solo suena hasta que salta el buzón de voz. Bajo la mirada hacia el reloj mientras escucho el mensaje.

«¡Hola! Soy Lyra, en este momento no estoy disponible. Déjame un mensaje y te llamaré en cuanto pueda».

Debió de haberlo grabado estando de buen humor. En su tono reconozco una ligereza que solo emerge cuando está rodeada de las personas a las que quiere o cuando habla de aquello que la apasiona.

Un nudo me atenaza el estómago y algo dentro de mí me dice que este experimento le ha costado la vida o, como mínimo, una de sus extremidades.

—Yo nunca accedí a tales condiciones. Fuisteis Alistair y tú los que

os convencisteis de que mentir a vuestras queridísimas novias era la mejor forma de mantenerlas a salvo —repongo con un gesto de muñeca y un tono condescendiente cargado de desprecio y sarcasmo.

—Thatcher, te juro que…

El sonido de unos neumáticos sobre el asfalto desvía nuestra atención hacia otro lado. Espero ver la antigualla de coche que conduce Lyra, pero, por desgracia para todos los presentes, no es el suyo.

El McLaren recién rotulado de Easton Sinclair entra en el aparcamiento y se coloca en la plaza junto a la mía. Echo un vistazo hacia atrás por encima del hombro y contemplo de reojo cómo sale del asiento del conductor, sin ninguna rubia tonta ni los musculitos de sus amigos detrás, solo él.

—¿Una nochecita larga, Sinclair? —pregunto, sin cambiar de postura.

Él alza la mirada hacia la mía y un destello de miedo le ensombrece el rostro, porque no está acostumbrado a que sea yo el que se entrometa en sus asuntos y lo aborde como si lo tuviese en el punto de mira. Sin embargo, enseguida recuerda el papel de machito dominante que interpreta ante todos y recupera el semblante habitual, por el que Stephen, su padre, estaría orgulloso de él.

Por muchos injertos de piel que le haya realizado su cirujano plástico, Easton aún tiene una cicatriz brutal en el lado izquierdo de la cara. A pesar de que se le ha curado con el tiempo, sigue un poco desfigurada por las decoloraciones en la piel y las líneas de tejido que se le extienden desde la mandíbula hasta la parte superior de la mejilla. Aunque resulte desagradable a la vista, no hay nadie que se merezca esas marcas más que él.

—Cuánto tiempo, chicos. —Easton echa un vistazo por detrás de mi hombro y entrecierra los ojos al atisbar a Rook a mi espalda—. ¿Cómo está Sage, Van Doren? ¿Sigue sabiendo tan bien como recuerdo?

Puedo sentir las chispas que brotan de Rook por la furia que han despertado esas simples palabras. Ha sido una jugada bastante

arriesgada por parte de Easton, teniendo en cuenta que el pirómano de mi amigo lleva tiempo buscando cualquier excusa para ensartarlo y asarlo al fuego.

Sage siempre será un tema delicado para ambos. No sé si Easton se cree que la pelirroja le pertenece o si siente algo más profundo, pero no creo que se olvide pronto de ella, y Rook menos todavía.

—Dímelo tú. ¿Todavía recuerdas a qué sabe el tubo de escape de mi moto —Rook la señala con la cabeza, buscando pelea— o quieres volver a probarlo?

Easton se pasa los dedos por el contorno de la cicatriz que le adorna la cara.

—Adelante, atrévete a tocarme y me aseguraré de que sea Sage la que pague por ello.

—No es el mejor momento para amenazarnos, East —interviene Alistair, que se coloca a mi lado y me roza el hombro con el suyo—. No están aquí ni tus amigos ni tu papaíto para protegerte. ¿Cómo sabrán lo que te ha ocurrido si no encuentran tu cuerpo?

Suelto una risita por la nariz.

—Si es que queda algo que encontrar.

—Al menos no tengo que preocuparme de que vayas dejando mis extremidades tiradas por ahí, Thatcher. Todos sabemos que eres igual que tu padre: solo te pone descuartizar a mujeres débiles e inocentes.

Me lo suponía. No es de extrañar que el pueblo me haya declarado culpable sin darme siquiera la oportunidad de proclamar mi inocencia.

—¿Seguro que no eres tú el que va arrojando partes desmembradas como si fueran billetes en un club de *striptease*? Debe de haber sido muy duro para ti pillar a tu mami tirándose al padre de Alistair. ¿Qué tenías, cinco o seis años? Una edad muy tierna para ver a Wayne Caldwell trajinándose a la mujer que te trajo al mundo —se burla Rook—. ¿Estás desquitándote con las chicas del pueblo porque eres incapaz de asimilar el trauma?

A Easton se le tensa la mandíbula al escucharlo; otro tema delicado para nuestro enemigo de toda la vida. No sé si fue cosa del destino que nos enterásemos de la aventura que mantenían sus

padres, pero me encanta contemplar esa expresión de sufrimiento que le contrae el rostro cada vez que lo sacamos a relucir.

—Si hubiera sido yo, ¿no os habríais enterado ya? A saber desde cuándo tenéis a vuestro perrito faldero siguiéndome —replica con desdén.

Enderezo la espalda.

—¿Perdona?

—¿Os estáis haciendo los tontos o es que sois así? —pregunta, poniendo los ojos en blanco—. Una idea bastante ingeniosa, la verdad. Tenía la sensación de que alguien no paraba de seguirme, aunque, cuando me daba la vuelta, no había nadie. No vi nada sospechoso hasta unos segundos antes de irme del circo.

Miro a Rook y luego a Alistair, notando cómo la adrenalina me corre por las venas y se apodera de todo mi ser. Hemos cometido un error.

Por muy mal que nos caiga el niñato este, es inteligente y lo sabíamos. No deberíamos haberle pedido a nadie que lo siguiera, porque ahora es Lyra la que está pagando las consecuencias y no tenemos ni idea de dónde encontrarla.

Por una milésima de segundo, trato de recobrar la calma, morderme la lengua y ceñirme a ser el que siempre se muestra distante, el que nunca le da a Easton la atención que busca, pero me es imposible.

Perdí toda clase de autocontrol cuando me metí entre las piernas de Lyra Abbott. No soy capaz de contenerme cuando se trata de esa pequeña y fastidiosa reina de los bichos.

El sudor me recubre las palmas y mi cuerpo parece estar a punto de estallar de ira. Me invade una necesidad imperiosa de arrasar con todo lo que se cruce en mi camino, de matar.

Jamás me había ocurrido tan deprisa ni de una manera tan intensa. Dudo que alguien pueda impedirme reducir el mundo a cenizas y devorarlo hasta acabar con su existencia. El impulso que me retumba en el pecho es tan poderoso que ni una sola persona, ya sea hombre, mujer, niño, amigo o desconocido, está a salvo de mis garras.

Me acerco a él y lo miro con desprecio, hecho una fiera.

—Dónde está.

Ni es una pregunta ni le estoy rogando que me dé una respuesta: es una exigencia.

—¿Quién?

Arquea una ceja con arrogancia y es lo que me faltaba para agarrarlo por la parte delantera de la chaqueta y levantarlo del suelo unos centímetros, con el cuerpo temblándome de la rabia.

—¿Qué cojones…?

El aire le sale disparado de los pulmones cuando lo estrello contra el asfalto con toda la fuerza que soy capaz de reunir. Aterriza bocarriba con un golpe sordo y se le escapa un gemido de los labios mientras me coloco encima de él.

—Que dónde coño está —gruño.

No me costaría nada matarlo de una forma lenta y dolorosa. Lo sentaría delante de su madre y le arrancaría las costillas una a una; luego le sacaría la columna vertebral por la puta garganta y lo estrangularía con ella.

—Tienes diez segundos, Sinclair. —Me saco la navaja automática del bolsillo, pulso el botón para sacar la hoja y se la balanceo delante de la cara—. Déjate de jueguecitos si no quieres que te despedace.

—No… —dice con la voz entrecortada—. No lo sé.

Nunca he comprendido por qué mis amigos son tan territoriales con Briar y Sage. No veía qué tenían de especial para que los chicos se convirtieran en animales salvajes dispuestos a atacar a cualquiera que se atreviese a mencionar sus nombres. Me parecía una actitud ridícula y repugnante.

Pero, ahora mismo, entiendo que Rook quisiera quemarle la cara a Easton. Todo lo que hemos hecho por ellas ha empezado a cobrar sentido. Por primera vez, siento ese impulso de proteger lo que es mío y de matar a quien sea con tal de conseguir mi propósito.

—Cinco segundos —insisto, en un tono cargado de desprecio.

Él forcejea contra mi agarre.

—¡Te juro por Dios que no lo sé, joder! Se fue poco después que yo y no volví a verla. Te lo juro, tío, no sé dónde está.

El pánico que le tiñe la voz me resulta tan refrescante como el

sonido de las teclas del piano por la mañana.

Giro la navaja entre los dedos y dirijo la hoja hacia la nuez de Easton. Justo cuando voy a proceder a hundírsela en la piel, Alistair me agarra del hombro y sus palabras me retumban en el oído con el ímpetu de un relámpago, restallan en el aire y atraviesan mi furia como un látigo.

—Thatch, Briar acaba de mandarme la ubicación del móvil de Lyra. Sigue en el circo. —Me clava los dedos como un ancla y se acerca a mi oreja—. No merece la pena.

La mano me tiembla de las ganas que tengo de destripar a Easton como si fuera un pez y dejarlo tirado aquí en el aparcamiento, pero la necesidad de ver a Lyra prima sobre todo lo demás. Es lo único que me parece importante.

Me inclino hacia Easton y le escupo en la cara cuando le coloco la navaja sobre la garganta, con la presión justa para hacerle un corte.

—Más te vale rezarle al dios en el que creas, porque es el que te ha salvado la vida esta noche, escoria.

Con el mismo gesto con el que arrojaría algo a la basura, vuelvo a lanzar a Easton contra el suelo y lo dejo haciéndose un ovillo entre jadeos mientras me pongo de pie.

Alistair dirige hacia mí la pantalla de su móvil y veo el puntito azul que nos indica dónde está Lyra. Me enderezo y me ajusto las solapas de la chaqueta antes de encaminarme hacia el coche.

—Uf —le dice Rook a Easton antes de fingir un puchero y darle unas palmaditas en el pecho para añadirle más leña al fuego—. No me gustaría nada estar en tu lugar, colega.

Acto seguido, nos metemos los tres en el coche.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Alistair a mi lado.

Rook se desliza hacia el medio para escucharnos. Me aferro al volante y el motor cobra vida con un rugido en cuanto giro la llave.

No es la mejor disculpa del mundo, pero es la que necesito de ellos en este instante. Me basta con saber que están dispuestos a seguirme hasta donde haga falta, hasta enmendar los errores que han cometido al pensar que era buena idea no hacerme caso y poner a Lyra en peligro.

Aun así, por muy enfadado que esté, tampoco puedo culparlos

cuando ni siquiera yo entiendo lo que ella significa para mí. Y por eso, de momento, no necesito ninguna disculpa.

Lo que quiero es su lealtad incondicional y su ira; que esa parte oscura y retorcida que habita dentro de ellos salga a jugar con la mía.

—Encontrarla.

18
El circo de las pesadillas

LYRA

La pista del circo está desierta. Lo único que cubre la superficie del escenario es una fina capa de arena, cuya suavidad siento bajo los pies descalzos.

La sangre que ha brotado del profundo corte que me atraviesa el labio inferior de manera vertical ha comenzado a coagularse y, después de haber brotado de la herida abierta, la noto reseca en la barbilla.

Las mejillas me arden y el sudor me empapa la frente. La luz cegadora del foco que me apunta a la cara no hace más que intensificar el calor que me abrasa el cuerpo.

Apenas logro distinguir la primera fila de asientos más allá de la barrera levantada, esa en la que el público anima entre vítores a los maestros de ceremonias que caminan por la cuerda floja o a los acróbatas que surcan el aire con gracia.

Sin embargo, esta noche, todas las sillas que rodean el escenario se encuentran vacías. Y aunque nadie vaya a aplaudirme, yo soy el espectáculo; la protagonista de esta función privada, una que consiste en torturarme lentamente solo para dejar clara una postura y enviar un mensaje.

Siseo entre dientes y aparto la mirada del payaso uno, como yo lo llamo, mientras me clava los dedos viscosos en las costillas. Aprieta con tal intensidad que la piel me palpita de dolor, augurando el moratón que va a dejarme. Siento cómo me toca el hueso y sigue presionando con fuerza, como si quisiera hundirse por completo en mi carne.

—Esto no es más que un adelanto, chica —me susurra al oído—. Si

sigues escarbando, acabarás metiéndote tú solita en tu propia tumba. ¿Crees que no volverán a por ti para terminar lo que hemos empezado?

Contengo un grito, a duras penas, cuando la punta fría de un cuchillo me corta la piel y me abre otra herida. Me odio a mí misma porque, a pesar de haberme mordido la lengua, el sollozo que me brota de los labios les confirma que su tortura está surtiendo efecto.

Briar no habría permitido que se le escapara ninguna lágrima, y Sage habría muerto antes de mostrar cualquier signo de debilidad.

—No pasa nada por llorar. Adelante, no te cortes —me anima el payaso dos, que lleva una máscara blanca. Se acerca a mí, me coloca una mano en la parte superior de la cabeza y me manosea el pelo—. Quiero que tus amigos te vean llorando, llena de sangre y moratones, al borde de la muerte. Tal vez así aprendan a no meter las narices en asuntos ajenos.

Me esfuerzo por reprimir las lágrimas para no darles el gusto de contemplar cómo me derrumbo, aunque el dolor es insoportable y cada bocanada de aire que doy me parece un suplicio. Tengo la cara sensible por todos los golpes que he recibido y me gotea sangre de varias heridas menores esparcidas por el torso.

No les basta con matarme. Como han dicho, quieren que viva para darles una lección a los chicos, que vuelva arrastrándome con todo el cuerpo mutilado para que guarden silencio por miedo a acabar igual que yo.

Pero es evidente que no conocen a mis amigos ni saben lo que son capaces de hacer cuando alguien se burla de ellos. No tienen ni idea de hasta qué punto están dispuestos a llegar si están motivados por la rabia y el dolor.

—Irán a por vosotros —susurro, después de haber respirado hondo —. Os destriparán como a un puto pez cuando os encuentren. Sois hombres muertos.

El sonido de un guantazo reverbera en la carpa del circo. La cabeza me da vueltas no solo por la dureza del golpe que acabo de recibir, sino por la música extravagante que sale de los altavoces y que se enreda en mis pensamientos.

Me paso la lengua por el interior de la mejilla izquierda, resisto la

quemazón del impacto y me aseguro de tener todos los dientes en su sitio, hasta que el mismo que me ha pegado me agarra de la mandíbula y me la levanta para obligarme a mirarlo.

Las cuerdas que me envuelven el torso se tensan al tratar de librarme de ellas. No podría sentirme más indefensa, y todo esto es culpa mía por no obedecer las reglas. Si hubiera hecho lo que los chicos me pidieron y me hubiera limitado a vigilar a Easton en el circo en vez de seguirlo hasta su casa, no habría pasado nada, pero no podía quedarme de brazos cruzados.

No quería reunirme con ellos y sentir sobre mí el peso de sus miradas al contarles que no había logrado averiguar nada importante sobre Easton, su padre o la Aureola después de haberme tirado media tarde detrás de él. No tenía nada, ni siquiera una mísera multa de tráfico por exceso de velocidad que pudiera servirnos para usar en su contra.

Les he fallado, y su decepción me habría dolido mucho más que cualquiera de los golpes que estos dos puedan asestarme.

—Os habéis metido con las personas equivocadas. Esos putos pijos con los que te juntas no pueden hacer nada contra todo el poder que abarcamos. Deberían haber dejado pasar la muerte de esa chica, porque ahora vas a ser tú la que pague por sus errores, y todo por no saber estarse quietecitos cuando les hieren el orgullo.

El payaso uno me desliza el cuchillo por el cuerpo con lentitud, como un depredador jugando con su presa, prolongando el momento de la caza. Cuando llega a la articulación que me une el hombro con el cuello, me rasga el jersey para dejarme la piel al descubierto.

Trato de evadirme y pensar en cualquier otra cosa. Respiro con dificultad mientras repaso mentalmente cómo he llegado hasta aquí para distraerme.

Los detalles son algo vagos y parecen difuminarse en los bordes de mi memoria, pero sé que salí del circo tras Easton, a pesar de que me había prometido a mí misma que no lo haría. Necesitaba averiguar algo sobre él, lo que fuera; no podía decepcionar a todo el mundo volviendo con las manos vacías.

Una punzada aguda de dolor me atraviesa el hombro y la sangre

me humedece la piel, aunque mantengo la vista al frente y la cabeza ocupada. No merecen mi miedo ni mi sufrimiento. No les permitiré ganar.

Seguí a Easton hasta la casa de los Sinclair y, al percatarme de que no le había echado la llave al portón principal, me colé dentro. Pienso en cada rincón de la estancia, en lo que encontré en el escritorio de Stephen, en la puerta cerrada con candado que había en su despacho y en el tiempo aproximado que tuve que esconderme en un armario hasta que Easton y su madre terminaron de discutir durante la cena.

Puedo contar cada uno de los pasos que di tras salir de su casa hasta alcanzar mi coche, y sé que luego me planté en el aparcamiento de la universidad con la intención de esperar allí a los chicos hasta que llegara la hora a la que habíamos quedado.

Lo último que recuerdo es que alguien abrió la puerta de golpe y me agarró del brazo con fuerza. A partir de ahí, tengo la mente en blanco, como si se hubiera acabado el rollo o se hubiera quemado antes de poder terminar la proyección de la película.

Noto cómo me acarician la herida que acaban de hacerme en el hombro y, cuando vuelvo la vista hacia un lado, veo al payaso uno llevándose dos dedos a la boca para lamer mi sangre.

—Sabe demasiado dulce como para desperdiciarla.

La bilis se me sube a la garganta mientras se chupa el líquido carmesí que le impregna las yemas.

—Que te follen —replico con furia, y le lanzo un escupitajo que aterriza sobre la tela negra que le cubre el rostro.

Esa mezcla de saliva y sangre que le salpica la máscara provoca que suelte un gruñido feroz y que presione su rostro cubierto contra el mío. Acto seguido, me clava las uñas en el cuero cabelludo y me tira del pelo. El olor a putrefacción que desprende su aliento me levanta el estómago.

—Si eso es lo que quieres, podemos solucionarlo.

Están muy equivocados si se creen que voy a rendirme sin oponer resistencia. Puede que esté atada a una silla, magullada y sangrando, pero me niego a irme de este mundo con la cabeza gacha y en silencio.

Cuando los gusanos comiencen a darse un festín con mi cuerpo, mi huella seguirá grabada en la piel de estos tipos. Me recordarán por la ferocidad con la que luché y mi existencia no caerá en el olvido.

Con toda la fuerza que me queda, echo la cabeza hacia atrás, me impulso hacia delante y le estrello la frente contra lo que espero que sea la nariz. El cráneo me palpita por el impacto, aunque el gemido de dolor que logro arrancarle hace que haya merecido la pena.

—¡Serás zorra! —grita, levantándose la máscara para sujetarse la nariz partida.

Su cara no me resulta familiar, pero aun así intento retener cada detalle. La forma en la que el pelo, rubio y grasiento, le cae sobre los ojos, pequeños y mezquinos. El lunar que tiene en la mejilla y la cicatriz que se le curva alrededor del labio superior. Grabo en mi memoria cada rasgo, por si consigo salir viva de esta.

—Se supone que no podemos quitarnos la máscara —lo reprende el payaso dos, mirándome—. No íbamos a…

—Da igual —lo interrumpe su compañero. Se deshace de la suya por completo y la lanza al suelo—. Ya da igual que nos vea. No va a poder delatarnos estando muerta.

Las entrañas se me revuelven ante esas palabras. El terror se apodera de mi pecho y se convierte en una ola gigantesca que arrasa con todo mi cuerpo.

El payaso uno me agarra por los costados con sus manos enormes y me levanta de la silla sin esfuerzo. Pataleo en la arena, lo que eleva una nube de polvo a mi paso, y suelto un grito tras otro a pleno pulmón mientras tira de mí, arrastrándome por el suelo. Las lágrimas me surcan el rostro al sentir el tacto de una superficie metálica raspándome la espalda.

Giro la cabeza, buscando algo que me indique hacia dónde me lleva, y alcanzo a ver lo que parece ser una escalera compuesta de peldaños de rejilla negra que conducen a una plataforma pequeña. Mi cuerpo impacta contra los escalones y se resiente cada vez más conforme avanzamos.

Cuando llegamos arriba del todo, me arroja sobre la superficie. Entonces me asalta el recuerdo de lo que quedaba del evento de esta noche, lo que no podía recordar cuando me he despertado, y

por fin me doy cuenta de lo que planean hacer conmigo.

Abandonado en la pista se encuentra el dispositivo de tortura perfecto. Se trata de un tanque cilíndrico que hace unas horas estaba lleno de agua hasta los topes como parte de un espectáculo de magia. El número consiste en que un artista encadenado se sumerja y permanezca en el fondo hasta lograr liberarse de las cadenas y salir nadando a la superficie. Si escapas, te conviertes en todo un Houdini; si fallas, te ahogas.

Sin embargo, han debido de modificarlo, porque el líquido que contiene ya no parece agua; no del todo, al menos, ya que es más espeso y de color carmesí. Chapotea dentro del tanque, de unos tres metros de profundidad, y se agita conmigo cada vez que me remuevo por los nervios sobre la plataforma.

—Sangre de cerdo mezclada con un poco de agua —señala el payaso uno con sorna—. Íbamos a convertirte en Carrie por una noche y darte un par de ahogadillas para que se te disparase la adrenalina, pero no nos lo has puesto nada fácil, niñata.

El corazón me late en los oídos. Cuando me arrojen ahí dentro, se acabó: me hundiré hasta el fondo y no podré salir.

—Matarme no los detendrá. —Presiono los brazos contra las cuerdas en busca de un punto débil en los nudos, sin éxito—. Solo empeoraréis las cosas. Tu jefe sabe hasta dónde estuvieron dispuestos a llegar por Rosemary Donahue. No van a parar.

—A mi jefe —comienza a decir, pavoneándose— le dan igual. No creo que haya nada que desee más que sacrificar a un hijo de cada familia fundadora y hacer que este pueblo coseche lo que ha sembrado. Tú no eres más que la advertencia de lo que se avecina, Lyra.

Soy consciente, desde que me han secuestrado, de que estos hombres son los esbirros de la Aureola. Se nos está acabando el tiempo y han venido a silenciarnos, aunque para ello tengan que borrarnos del mapa.

Hemos llegado demasiado lejos y sabemos más de lo que les conviene. Matamos a un profesor y a su ayudante con el fin de descubrir de dónde procedían las drogas que usaban para sedar a las chicas que secuestraban, quemamos vivo al alcalde por vender a

Rosemary, su propia hija, y descuartizamos a dos detectives corruptos implicados en la red de trata.

Hemos propasado el límite de lo que están dispuestos a tolerar.

—No vivirás para contarlo —replico con la voz entrecortada.

—Primero ajustaremos cuentas contigo y luego ya veremos qué hacemos con esos amiguitos tuyos. Solo espero poder ser yo quien despedace a Pierson.

Se me acelera el corazón cuando lo mencionan. Un sollozo me atenaza la garganta ante el impulso de rogarles clemencia y rezar para que no se acerquen a él. Porque no me importa lo que me hagan a mí, sino lo que le pase a Thatcher.

—Adelante —dice el payaso dos con una risita—, suplícame que te perdone la vida y a lo mejor te dejo vivir el tiempo suficiente para que veas hasta dónde te cabe mi polla.

El cuerpo se me estremece ante la crudeza de sus palabras. Una lágrima solitaria se me resbala por la mejilla al pensar en las opciones que me quedan: comportarme, implorar y permitir que este hombre tan repugnante me ponga sus sucias manos encima o quedarme donde estoy, que me empujen a un tanque lleno de sangre animal y morir ahogada.

Mi vida entera ha quedado reducida a esas dos alternativas de mierda. Todo lo que haya hecho a lo largo de los años será ignorado y terminaré convirtiéndome en un simple titular macabro en el periódico, en la chica que fue asesinada en el circo de las pesadillas. Otra historia de fantasmas destinada a atormentar las calles de Ponderosa Springs.

Me aferro a los últimos vestigios de esperanza que me quedan y busco dentro de mí las fuerzas necesarias para hacer que mi voz rebote contra la tela de esta carpa en busca de ayuda. Y entonces grito el único nombre que existe para mí en este momento, el único que siento que puede salvarme de este maldito final, mi única esperanza; el nombre del chico que logró congelar el miedo con sus pasos invernales cuando, hace años, la muerte se cernió sobre mí.

Mi ángel.

—¡Thatcher!

De mis labios brota el alarido de una *banshee* en medio del vacío.

Tengo la esperanza de que, por algún capricho del destino, él se encuentre cerca y venga a buscarme; que note mi ausencia y, de algún modo, logre oír mi voz por encima de la música frenética del circo y de los aullidos del viento.

Solo necesito que venga a buscarme, que me salve una última vez, porque aún no estoy preparada para morir. No así, no antes de graduarme ni de ver a mis amigas caminar hacia el altar. Quiero labrarme una carrera, hacerme mayor, vivir.

No quiero morir sin haber…

—Thatcher, por favor —gimo mientras la sangre se me derrama de la boca—. ¡Thatcher!

—Vas a ser un cadáver precioso —murmura uno de mis secuestradores antes de golpearme con la bota en el costado.

El impacto hace que caiga dentro del tanque. La mezcla de sangre y agua me recibe con un aroma metálico y unos brazos pegajosos, que me arrastran bajo la superficie hacia una muerte segura.

El mundo a mi alrededor se tiñe de un magnífico tono de rojo a medida que me sumerjo hasta el fondo del tanque. Unas rosas aplastadas se filtran a través de mis ojos cerrados y saben a dulces monedas de cobre. Mis sentidos se pierden entre los tonos brillantes de este color tan familiar: cereza, granate, bermellón y rubí.

Está por todas partes. Me impregna cada mechón de pelo, se adentra en mis pulmones y se me queda incrustado en las paredes de la garganta. Me consume, me devora viva, me engulle por completo.

El pecho me arde, desesperado por recibir algo de aire. Intento romper las ataduras que me envuelven, pero, sin oxígeno, las extremidades apenas me responden. El tanque es mucho más profundo de lo que me imaginaba y no tengo la energía suficiente para permanecer a flote sin usar las piernas. La cabeza me da vueltas y la quemazón que me atenaza el cuerpo empieza a transformarse en una extraña sensación de calma, como si fuera consciente de que, en unos instantes, todo habrá terminado.

Siento unos brazos rodeándome la cintura, como la noche en la que bailé con Thatcher hace un año, en Halloween. Lo que solo fue una distracción para que nuestros amigos pudieran escabullirse de la

fiesta acabó quedándose grabado a fuego en mi memoria.

Se me viene a la mente el día que conocí a Briar y la inocencia que me transmitieron sus ojos. Me veo quemando aquel árbol legendario con Rook y pienso en aquella ocasión en la que pillé a Alistair en mi ducha después de que hubiera pasado la noche en nuestra residencia. También me acuerdo de cuando me encontré a Sage sentada en el comedor tras su regreso.

Todos los recuerdos que atesoro con cuidado, los mejores momentos de mi vida, se proyectan ante mí uno tras otro, como si formaran parte de una última película para brindarme paz antes de cruzar al otro lado.

Mi subconsciente parece desvanecerse hacia una luz intensa y cegadora, y el aire que me entra de golpe en los pulmones provoca que me atragante. Toda la sangre aguada que tenía acumulada en la boca sale disparada en cuanto jadeo.

—Sácala de ahí.

Unas manos me tocan y se enroscan alrededor de la cuerda que me mantiene atada mientras trato de comprender si he alcanzado la inmortalidad o si, por el contrario, alguien ha respondido a mi llamada de socorro y sigo con vida. Parpadeo para intentar despejar la bruma carmesí que me nubla la vista y así aferrarme a mis sentidos.

—¿Qué coño crees que estoy haciendo, jugar a las damas?

—Eres un inútil.

—Si no te callas, la suelto y te empujo a ti también dentro para que te ahogues, por gilipollas.

—Tú… —se detiene un segundo— limítate a ayudarla.

El pecho me sube y baja con rapidez, absorbiendo todo el oxígeno que puede. El dolor todavía está presente, y es eso lo que me confirma que sigo viva; que, de algún modo, ya no estoy en esa tumba líquida.

Oigo un murmullo de voces a mi alrededor y siento el tacto frío de una hoja de metal contra la espalda. Las cuerdas se aflojan y vuelvo a ser capaz de mover los brazos con libertad.

—Lyra, Lyra, Lyra…

Alguien que me resulta familiar se inclina hacia mí y me aparta el

pelo mojado de la cara. Me limpia parte de la sangre que me cubre los ojos, las mejillas y la boca con mi nombre sonando en bucle como un cántico.

Cuando el aire me llega de nuevo al cerebro, recupero el resto de mis sentidos poco a poco. Primero percibo un olor fresco, después noto unas manos frías sobre la piel y al final distingo los detalles del rostro al que pertenecen. Reconozco el cabello plateado manchado de rojo, goteando ese líquido granate, y los ojos de un azul tan claro que casi puedo ver mi reflejo en ellos.

—Thatcher —murmuro, como si se tratara de una plegaria—. Thatcher.

Con la mano temblorosa, alzo los dedos y trazo el contorno de sus cejas hasta desembocar en las arrugas que le surcan la frente. Puedo sentirlo: por más que me parezca un sueño, es real.

Entrelazo los dedos en los mechones mojados de su cabello y lo atraigo hacia mí, permitiéndome soñar con una realidad en la que ha escuchado mis súplicas y ha venido a por mí; una realidad en la que el villano ha renunciado a su plan de venganza para salvar a la chica.

—Lyra.

Mis labios se encuentran con los suyos en un roce silencioso, como el primer copo de nieve que aterriza sobre mi piel en invierno, como una estrella fugaz deslizándose sigilosamente por el cielo. El susurro de su último aliento se filtra entre mis dientes y me llena de aire los pulmones vacíos. Es el ángel de la muerte insuflándome vida.

No hay fuegos artificiales, no es un beso cargado de deseo ni de pasión. Sus labios se mantienen firmes contra los míos, como si fueran un regalo de los dioses, mientras nos limitamos a descansar el uno sobre el otro en busca de un breve respiro en medio del caos, comunicándonos sin necesidad de palabras.

«Hola, estás a salvo. Aquí, conmigo, estás a salvo».

Él es el primero en separarse, lo justo para no dejar más que unos milímetros de espacio entre nuestros labios. Parpadeo varias veces al contemplar su rostro sereno mirándome desde arriba.

—No quería… —comienzo a decir con voz ronca—. No quería morir sin haberte besado antes. Me parecía demasiado cruel irme de este

mundo sin saber lo que se sentía.

Thatcher me desliza el pulgar sobre la boca hinchada y me imprime en la piel la sensación de su beso, impregnándome de su sabor. Apenas consigue reprimir el ligero temblor que le sacude las comisuras de la boca.

—Mi querido fantasma —susurra—, no vas a morirte. Al menos, no hasta que haya acabado contigo.

19
Baño de sangre

THATCHER

Esta no es mi rutina habitual.

No he rastreado, acechado ni reunido información sobre esta víctima. No he podido dedicar tiempo a crear la introducción y el desarrollo de su concierto. No he escrito o modificado la partitura, y tampoco he compuesto una melodía macabra para preparar mi escenario. He empezado directamente por el final, sin pensar en cómo sonaría su muerte acompañada de mis notas al piano.

En otras circunstancias, salirme de mi rutina, de mi espacio, sin estar rodeado de mis armas, mis herramientas y mi música clásica de fondo, me habría descolocado.

Porque así no es como mato a la gente. Mi manera de destruir el cuerpo humano es un arte en el que suelo invertir un mínimo de varios meses en los que planeo y elaboro la pieza perfecta para cada parte de la función. Pero supongo que debo dejar todo eso de lado y hacer una demostración de lo que pasa cuando alguien toca lo que es mío.

Miro al frente y veo a un hombre atado a una tabla circular. El cinturón, negro y grueso, se le ciñe a la cintura, y tiene ambas manos entrelazadas por encima de la cabeza y los pies sujetos con grilletes. A su alrededor hay unas cuantas estrellas rojas pintadas en la superficie y que se han desconchado con el tiempo, aunque algunas de ellas quedan ocultas tras sus extremidades.

Estoy seguro de que este artefacto forma parte de un número de lanzamiento de cuchillos en el que un hombre, muy seguro de sí mismo, se planta ante la multitud y le arroja puñales a ciegas a una mujer medio desnuda para clavárselos a escasos centímetros de la

piel y dejar al público asombrado.

Sin embargo, ahora soy yo quien dirige el espectáculo. La pista del circo es la arena donde pienso impartir muerte, de modo que no habrá ninguna distancia de cortesía entre mi hoja y la piel de mi objetivo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta con nerviosismo—. Tío, por favor, dime qué va a hacer. ¿En serio va a matarme?

A pesar de haberse dirigido a Alistair, este guarda silencio y se limita a observarlo desde la silla que ha tomado prestada del público. Una nube de humo se alza del cigarrillo que sostiene entre los labios y se queda flotando ante su rostro impasible.

Ha sido él quien ha logrado atraparlo antes de que pudiera darse a la fuga con su compañero. Lo ha arrastrado de vuelta a la pista y ha esperado a recibir mis instrucciones, consciente de que no debe ponerle un dedo encima a mi presa. Sabe que esta muerte es mía y de nadie más.

Quiero beberme cada gota de su dolor, de su miedo, de su vida. Las tripas me rugen solo con pensar en el poder que siento al escuchar el último latido de mis víctimas.

Me giro hacia el estuche de cuchillos abierto sobre una silla, con cada hoja guardada de manera meticulosa en su propio compartimento. Paso los dedos por las puntas afiladas, sintiendo cómo el ansia de venganza despierta en mí un hambre voraz.

Me enrollo con cuidado las mangas sanguinolentas de la camisa de vestir que llevo puesta y dejo expuestos mis brazos pálidos y venosos, que enseguida se cubren de unos finos riachuelos color carmesí que provienen de los puños arremangados. El aire frío me roza el cuello, pero la expectación provoca que se me eleve la temperatura del cuerpo.

El sonido de la carpa al abrirse capta mi atención. Acto seguido, Lyra irrumpe en el interior y la luz del foco le resalta el labio magullado, el mismo que he sentido contra los míos hace apenas unos instantes. Su boca me ha sabido a crueldad y a miedo, justo lo opuesto al sabor a cereza que me había imaginado.

Después de sacarla de aquel tanque sangriento, he experimentado la verdadera faceta de la ira. La había visto en otros, había

presenciado lo que era capaz de hacer, pero nunca la había sentido en mis propias carnes, no de esta forma.

Mi furia es un depredador silencioso que se esconde bajo la superficie y me corre por las venas como papel de lija. Me raspa la piel y se me enrosca a lo largo de la columna.

Esta va a ser la primera vez que mate a alguien impulsado por mis emociones; impulsado por ella. Lyra es el faro que me guía incansablemente hacia mi lado más humano. Su simple presencia hace que nazcan en mí sentimientos que jamás había experimentado.

Los dedos se me tensan cuando veo a Rook aparecer a su espalda mientras la sujeta del brazo y tira de ella hacia atrás, hablándole en un tono de voz lo bastante alto como para que pueda escuchar lo que le dice.

—Lyra, tenemos que llevarte al hospital. No te conviene ver esto. No te conviene verlo así.

—No pienso irme —replica ella, retorciéndose bajo su agarre, decidida a adentrarse aún más en la carpa hasta dar conmigo.

—Por favor…

—Lyra —la llamo, interrumpiendo a mi amigo. Sus ojos suaves me buscan, como si mi voz fuera el único sonido que existe para ella en este momento. Doblo el dedo índice, invitándola a acercarse—. Ven.

Rook la suelta y sacude la cabeza con un resoplido al verla caminando en mi dirección. Me doy cuenta de que cojea un poco, pero mantiene la cabeza erguida, negándose a mostrar ni un ápice de dolor.

Quiere demostrar que no han logrado hacer que se desmorone ante ellos y que nunca lograrán hacerlo. El pecho se me hincha de algo que parece ser orgullo. Una sensación de lealtad, no solo hacia mí, sino también hacia ella misma.

Cuando se encuentra lo bastante cerca, extiendo la mano y le agarro la barbilla con los dedos. Le giro la cabeza de un lado a otro, observando cada rasguño, cada corte y cada moratón.

Debería ir al hospital a que un médico la examinara, física y mentalmente. Lo que ha vivido la golpeará como una maza cuando la adrenalina se disipe. Lyra se retraerá como respuesta al trauma,

porque ninguna persona es capaz de soportar tanto dolor sin perderse para siempre.

—¿Estás bien?

—Sí —asegura, asintiendo con ganas—, y quiero estar presente. Sé que dijiste que lo nuestro se había acabado, pero necesito aprender, Thatcher, antes de que esta cosa me consuma viva.

—No has dejado que te vean derrumbarte —murmuro.

Le acaricio la piel con el pulgar y siento cómo su cuerpo se acomoda a mí hasta casi fundirse con mi mano.

—Me dijiste que no lo hiciera.

—Y lo has hecho de maravilla, mi querido fantasma —murmuro, alzándole la cabeza para que me mire—. ¿Quieres que te recompense? ¿Te gustaría que fuese tu maestro esta noche?

Sus ojos de color jade se abren de par en par, llenos de curiosidad, y puede que también de sorpresa ante la facilidad con la que he accedido.

—¿Sin libros de texto de por medio?

Una sonrisa se me dibuja en los labios mientras niego con la cabeza.

—Nada de libros de texto. Has sido una alumna muy aplicada. Aunque yo que tú cogería apuntes, quizá te haga un examen luego.

Este pacto secreto entre los dos es lo que más me atormenta en esta vida y, sin embargo, me aferro a él sin ningún tipo de esfuerzo. Me cuesta admitirlo en voz alta, pero me gusta que Lyra me observe y me aceche entre las sombras, que solo se fije en mí. Soy el centro de su mundo, y ella es mi acosadora particular.

—Gracias —susurra.

Relaja los hombros y se da media vuelta para acercarse a uno de los asientos de la primera fila. Miro a Rook y le indico con un gesto que no se aparte de su lado por lo que pueda ocurrir.

Dejo que mis pensamientos se centren en ella, en la imagen de su rostro de porcelana perfecto, ahora ensangrentado y repleto de moratones, mancillado de un modo en el que jamás deberían haberla tocado. Al final, dirijo toda la ira que impregna cada fibra de mi ser hacia un único objetivo.

—Mi padre me regaló un juego de cuchillos arrojadizos cuando era

niño —digo, alzando uno de doble filo hecho de acero inoxidable—. Era una buena forma de practicar cómo blandir una hoja con precisión. Supongo que me aficioné a lanzarlos y, con el tiempo, he perfeccionado la técnica hasta convertirme prácticamente en un experto.

Saco una hoja de su funda, con dedos largos y cuidadosos, y la hago girar en la mano. Su acabado negro mate parece haber sido forjado en la oscuridad de la propia noche: un cuchillo diseñado para dar una muerte rápida y silenciosa. Lo sopeso en la palma con una quietud que carga el aire de una energía escalofriante, apreciando lo bien que combina su color con el de los guantes de cuero que llevo puestos.

Sé lo que voy a hacer esta noche. Desde que he puesto un pie en la carpa, he estado planificando cada segundo de la tortura que pensaba infligirle a quien fuera que hubiese orquestado esta función, y, a pesar de todo, me siento como si estuviese dando un simple paseo por el vecindario.

No tengo ganas de regodearme en sus emociones ni en su pánico, solo quiero acabar con él.

—¿Qué coño vas a hacerme, tío? —musita el hombre, atado a la tabla—. Solo estaba siguiendo órdenes. No íbamos a matarla. La idea era asustarla un poco y ya está. ¡Te lo juro!

—¿Cómo te llamas? —pregunto de manera brusca, ignorando sus palabras. No me interesa lo que tenga que decir.

Gimotea y aprieta los dientes mientras las lágrimas le corren por la cara. El miedo que se ha apoderado de él es tan intenso que apuesto a que apenas puede respirar. Seguro que le oprime los pulmones como si tuviera una roca aplastándole el pecho.

Me pregunto si, como yo, estará pensando en sus últimos momentos y si se sentirá preparado para reunirse, al otro lado, con cualquiera que sea la divinidad a la que le rece.

—Joder, joder, joder. ¡Vaya puta mierda!

En condiciones normales, retrasaría un poco más el primer corte para recrearme en esa oleada de poder que me sacude al rasgarle la piel a alguien, pero esta noche no estoy de humor para jugar con la comida.

La hoja negra da vueltas, hiende el aire como un rayo, y se clava en su objetivo con un golpe atronador, al que le sigue un alarido que brota desde lo más profundo de las entrañas del hombre frente a mí. Es un sonido que me acaricia los oídos y me reconforta del mismo modo que cuando toco una variación de Horowitz al piano.

La sangre se le desliza desde el centro de la palma. La doble hoja le ha atravesado la carne y lo ha fijado de manera efectiva a la tabla que hay detrás; el primer dardo de mi diana personalizada.

—¡Michael! ¡Michael! —grita con el rostro pálido y la vista en la mano ensartada—. ¡Me llamo Michael!

Asiento despacio a la vez que deslizo otra hoja entre mis dedos y, con calma, hago girar el metal sobre los nudillos.

Esto es por Lyra: la razón por la que estoy matando a este hombre está aquí. Y, aun así, no puedo evitar sentir cierta euforia al verlo consumiéndose de dolor, retorciéndose contra las ataduras e implorándome misericordia.

¿Es eso lo que me convierte en el héroe de moralidad gris del que todo el mundo habla, el que enmienda los errores con los que la sociedad siempre hace la vista gorda? ¿O es solo una excusa para dar rienda suelta a esa parte de mí que solo vive por y para matar?

Desvío los ojos hacia el público y recorro los asientos vacíos hasta que mi mirada localiza la suya. Parece que haya salido de una pesadilla; una versión en la que está cubierta de cortes, moratones y sangre que no es suya, con los rizos encrespados y la ropa empapada.

Sin embargo, no presto atención a ninguno de esos detalles, porque solo la veo a ella, a Scarlett. La chica que me lanzó un zapato en nuestro primer encuentro; la misma que, pese a estar asustada, no dudó en mostrar valentía. Nunca he conocido a nadie tan insolente y audaz como ella.

Salió disparada del armario, con unos mechones oscuros como la noche arremolinándose a su alrededor y los ojos llenos de determinación. Era el caos personificado, todo lo opuesto a la existencia pulcra y ordenada a la que yo estaba acostumbrado.

En aquella habitación que apestaba a muerte, ella era lo único que parecía rebosar vida, un ser de belleza caótica al que me fue

imposible matar, y me enfurece el hecho de que esta escoria andante se haya creído capaz de hacerlo.

—Michael —murmuro, apartando la vista de ella para volver a centrarme en mi objetivo—. Significa «¿Quién es como Dios?».

Yo soy el maestro de ceremonias, el que dirige el espectáculo; el que hace que los demás bailen y se retuerzan a mi antojo. Más que la violencia física, lo que me sube el ego es la tortura psicológica a la que someto a mi presa.

Esto es lo que Lyra lleva tanto tiempo deseando aprender. Ha sido paciente, se ha esforzado en superar mis pruebas, solo para presenciar el momento en el que juego con la mente de mi víctima y quiebro su espíritu antes siquiera de ponerle una mano encima, con una calma absoluta, encarnando la viva imagen de un asesino.

—¿Tú crees que eres como Dios, Michael? ¿Crees que por las venas te corre sangre divina y que tienes el poder de decidir sobre la vida y la muerte de los demás?

—No me mates, por favor. No estoy preparado para morir todavía —jadea—. Ni siquiera fue idea mía, a mí solo me contrataron porque necesitaba algo de dinero extra. No he tenido nada que ver en esto.

—Sí que has tenido que ver —lo corrijo—. Has secuestrado a una chica inocente y has decidido que tu orgullo valía más que su vida, ¿me equivoco?

—¡No fui yo, fue Colin! Él es quien iba a matarla. Yo solo quería cumplir con el trabajo que nos habían mandado. —Traga saliva y, de pronto, abre los ojos de par en par, como si se le hubiera ocurrido algo—. Si me sueltas, te llevaré hasta él. ¡Puedo averiguar dónde vive!

El peso de la hoja descansa de forma equilibrada sobre la palma de mi mano.

—¿Quién te ha contratado?

Un quejido tembloroso le brota de la garganta.

—Mierda. ¡Joder! No te lo puedo decir. Puedo ponerte en contacto con Colin, pero no puedo decirte nada más o me matarán y me cortarán en pedacitos, tío. No puedo…

El hecho de que se piense que lo que le tienen preparado ellos es peor que lo que planeo hacerle yo casi me arranca una carcajada.

Otra daga negra surca el aire, silenciosa como las plumas de un pájaro, y le aterriza en medio de la pelvis, donde le desgarra la piel y la carne. A juzgar por el aullido estremecedor que emite, intuyo que he dado en el blanco.

—Una puntería impresionante, sobre todo para lo pequeña que la tendrá —comenta Alistair desde su asiento antes de darle otra calada a su cigarrillo.

La hoja se le ha quedado clavada entre los muslos, perforándole lo que espero que sean el pene y los testículos. Las lágrimas le corren por la cara y el cuerpo se le sacude de la cabeza a los pies. El mango del cuchillo se tambalea con cada bocanada de aire temblorosa que inhala.

Sí, le aguarda una muerte lenta y dolorosa. Los cuchillos le sellan las heridas e impiden que se desangre, de modo que, a menos que se los retire, seguirá con vida hasta que haya terminado con él. No tiene más opción que permanecer ahí colgado, sufriendo.

—No espero que lo sepas, porque no me conoces, Michael —digo, levantando otra hoja sin mirar—, pero yo tampoco me creo un dios.

La hago girar en mi mano antes de llevarme el brazo detrás de la cabeza y lanzarla hacia delante. Me muevo con fluidez, sin hacer ningún ruido, propiciando que el arma se libere de mi agarre y se le clave en el centro de la mano izquierda.

Por un breve instante, oigo cómo le crujen los huesos y, acto seguido, lo escucho soltar otra ristra de maldiciones por la boca. Me acerco despacio al tablero circular y al hombre que cuelga de él, cada paso igual de firme y letal que el anterior.

—Soy mucho peor que cualquier dios que conozcas. —Mi voz destila una serenidad oscura e inquietante como la noche mientras le sujeto la mandíbula con una mano enguantada—. Aquí no hay misericordia ni milagros que valgan. Soy el santo patrón de tu muerte, y te irás de este mundo cuando yo lo decida.

Michael rompe a llorar a gritos y el cuerpo se le sacude con cada sollozo, una actitud impropia de un hombre que hace apenas un momento amenazaba con quitarle la vida a Lyra. El poder que creía tener sobre ella ha quedado reducido a la nada y ahora no es más que un insecto diminuto y repugnante al que podría aplastar

perfectamente de un zapatazo.

—¿Quién te ha contratado? —pregunto de nuevo, sintiendo cómo una oleada de euforia me recorre de pies a cabeza al verlo gimotear a moco tendido con la cara enrojecida de tanto desgañitarse—. Te conviene decírmelo, Michael. Puedo hacer que esto dure toda la noche.

Lo he quebrado. He hecho añicos hasta el último vestigio de masculinidad que le quedaba. He destruido sus barricadas hasta convertirlo en un mísero hombre desesperado por salir vivo de esta.

—¡Stephen Sinclair! —grita con los dientes apretados—. ¡Stephen Sinclair nos contrató!

No me sorprende en absoluto. Sabíamos que el decano de Hollow Heights estaba involucrado de algún modo en las actividades de la Aureola y que era una rata traicionera mucho antes de que Rosemary apareciese muerta.

—Por qué —inquiero, aunque, más que una pregunta, es una orden para que siga hablando.

—No lo sé. Solo nos dijo que debíamos atraparla y asustarla un poco. —Tose—. Cuando quise saber por qué, lo único que me contestó fue: «Para que, cuando vuelva arrastrándose a los degenerados de sus amigos, sepan lo que está en juego y lo que soy capaz de arrebatarles».

Agarro el mango de la hoja que tiene clavada entre las piernas y lo giro con brusquedad hacia la izquierda, hasta arrancarle otro grito de auxilio.

—¿Qué más sabes?

Michael aprieta los ojos y alza la cabeza hacia el techo, tratando de imaginarse otra realidad y aferrándose a la esperanza de despertar de esta pesadilla.

—Al principio no íbamos a ir a por Lyra —responde con voz rasposa —. Nos dijeron que fuéramos a por Sage Donahue, pe-pero…

—Pero ¿qué?

Aumento la presión del cuchillo con la intención de sacarle las palabras de la garganta a la fuerza.

—Un chaval rubio entró y le pidió que no lo hiciera. Tenía una cicatriz muy fea en la cara. Le dijo a Stephen que eligiera a Lyra

Abbott en su lugar, que ella era la más débil del grupo y la que se doblegaría con más facilidad.

Puedo sentir la rabia de Rook hacia Easton Sinclair fundiéndose con la mía. Hace un rato he estado a punto de partirle el cuello y ahora me arrepiento de no haberlo hecho.

—¿Seguro que no hay nada más que quieras contarnos?

—¡Eso es todo lo que sé! —proclama entre alaridos de desesperación—. ¡Os lo juro por Dios, joder! ¡No sé nada más!

Soy consciente de que esa es toda la información que vamos a sacarle. No creo que haya muchos hombres capaces de mentir con un cuchillo clavado en la entrepierna, y, desde luego, él no va a ser la excepción.

Su rostro ha adoptado un tono pálido y fantasmal, fruto de la pérdida de sangre. Michael ha cumplido con su propósito, de modo que ya no me es útil. Puedo ponerle fin a su existencia sin más dilación.

Alargo el brazo, cojo el mango del cuchillo que le atraviesa la mano y se lo retiro con rapidez. La sangre le brota a borbotones de la herida y me empapa el guante. Estoy a punto de hundirle la hoja en la tráquea cuando escucho la voz de Lyra.

—Espera.

Giro la cabeza y la veo delante de la barrera que separa la pista de los asientos del público. Se mueve en mi dirección como si yo fuera la luna y ella estuviese atrapada en mi campo gravitatorio, sintiéndose atraída hacia mí como si de un imán se tratara y no pudiera evitar acercarse.

Alistair y Rook se limitan a observar nuestra interacción en silencio. Somos dos personas atrapadas entre planetas que orbitan sin saber cómo encajar en la galaxia del otro.

—Quiero hacerlo yo —murmura.

Frunzo el ceño y la miro expectante.

—¿Hacer el qué? Di las palabras, mascotita.

Una bocanada de aire firme se desliza entre sus labios. Levanta el mentón y endereza la espalda.

—Quiero ser yo quien lo mate.

Lyra ya no es la chica frágil y tímida que muestra al resto del

mundo. Es una fuerza mortífera y de belleza singular, una mujer oscura y perversa que ansía venganza. Es la compañera de la muerte, su amante y su mano derecha.

Camina hacia mí hasta que su aliento me acaricia la cara. Un tipo de hambre muy distinta se me arremolina en el estómago y noto cómo un deseo ardiente y abrasador me consume por dentro.

Nunca he visto a nadie tan cautivador ni me he sentido tan atraído por otra persona como por ella. Me tiene tan embelesado que ni siquiera me molesta no poder acabar con la vida de este imbécil.

Extiendo la palma y le ofrezco la hoja para que haga con ella lo que le plazca. Cierra los dedos alrededor del mango, me arrebata el cuchillo de la mano y yo me aparto sin pensarlo.

Señalo a Michael con el brazo para indicarle que es todo suyo, pero, antes de alejarme, me inclino hacia ella hasta rozarle la oreja con los labios.

—Haz que me sienta orgulloso, mi querido fantasma —le susurro al oído.

Ella asiente, impasible ante el roce de mi aliento sobre su piel. La observo avanzar hacia el tablero como la reina de la muerte que es, dispuesta a reclamar su corona de huesos y dientes.

Pese a lo inmoral y retorcido del asunto, los pantalones me aprietan en la entrepierna. El miembro se me endurece al contemplar cómo sostiene el cuchillo en la mano mientras le arrastra la punta por el pecho a su víctima y le traza una línea inofensiva hasta la garganta.

—Mírame —le ordena, dejándole claro quién está al mando, aunque sea ella la que tenga que alzar la vista hacia él—. Quiero que me mires.

Cuando ve que no la obedece, agarra con la otra mano el cuchillo que tiene clavado entre los muslos, profundamente hundido en la carne, y lo retuerce hasta sacarle un gemido de dolor. Tras repetirle la orden una vez más, por fin abre los ojos.

Se me hace la boca agua al verla aceptar esa parte secreta de sí misma a la que tanto parece temer, reclamando como propio hasta el último ápice de la voracidad que alberga en su interior.

Cuando le retira el cuchillo de ahí abajo, él emite un grito de

agonía entre gorgoteos y la sangre comienza a empaparle la parte delantera de los pantalones.

—¿Te parezco débil? —lo increpa, con una confianza de la que nunca la he visto hacer gala.

—Por favor, lo siento. Dios, ten piedad de mí —gimotea él, con las pupilas dilatadas como platos y una súplica en la mirada.

Quizá la Lyra que todos conocen le habría mostrado misericordia, pero la criatura que habita en ella está demasiado hambrienta como para dar marcha atrás.

Se produce una breve pausa en la que solo se oyen los jadeos y quejidos de dolor del hombre. Observo a Lyra girar ambas cuchillas en las manos y agarrar con firmeza los respectivos mangos entre sus puños diminutos.

—Puede que tu dios te conceda el perdón —susurra mientras Michael levanta la cabeza para mirarla a los ojos—, pero eres un necio si esperas recibir la misma compasión por mi parte.

Entonces le entierra ambos cuchillos en las cuencas. Lo hace en un movimiento tan veloz e inesperado que ni siquiera me ha dado tiempo a seguirlo.

Las puntas afiladas le atraviesan el material blando de los globos oculares. El ruido seco del tejido al desgarrarse y la imagen de la sangre brotando sin cesar sellan su destino. La boca se le abre al tratar de balbucear unas palabras a las que no llega a dar voz.

Lyra suelta los cuchillos, echa los brazos hacia atrás para coger impulso y estrella las palmas extendidas contra el extremo de los mangos, lo que provoca que las armas penetren aún más en el cráneo de su víctima. Puedo oír el crujido de los huesos bajo el peso de las hojas que han silenciado al hombre que ha intentado arrebatarle la vida.

Ha usado tanta fuerza en el impacto que la cabeza de Michael se ha quedado clavada a la madera que tiene detrás. Hilos de sangre le destilan de las cuencas y le dibujan líneas desordenadas a lo largo de las mejillas.

Un torrente de poder, alivio y orgullo inunda el aire mientras el cadáver permanece ahí atado, con la boca abierta en un grito silencioso. Una versión demoníaca de la obra de Leonardo da Vinci

sobre el cuerpo humano. Una crucifixión de venganza.

Percibo la presencia de mi amigo antes de verlo y oír su voz temblorosa.

—Tío, da un miedo de la hostia.

—No. —Las comisuras de los labios se me curvan lo justo para que yo lo note—. Es excepcional.

Mi alumna devota, mi mascotita.

20
El hombre del piano

LYRA

—Estoy bien, de verdad —murmuro con los ojos cerrados mientras apoyo la cabeza contra la ventana—. La mayoría son solo cortes superficiales, os lo prometo. Ni siquiera me hacen falta puntos.

No por ello me duelen menos, pero mis amigas ya se han puesto lo bastante nerviosas como para añadirle más leña al fuego.

—¡Yo me lo cargo! —grita Sage desde algún lugar del fondo con voz estridente—. Se han buscado un problema mucho más grave que el de la mierda esta de la Aureola. Más le vale al gilipollas de mi novio tener una buena excusa para haberme mentido o pienso arrancarle la polla.

El pecho me duele al ser consciente de que yo también les he mentido.

Se me cae el alma a los pies cuando me acuerdo de Rook y de la forma en la que sus iris ardientes se fundieron con los míos tras sacarme de la carpa. Una tristeza que nunca le había visto le inundaba la mirada. Me envolvió en su chaqueta vaquera y me rogó que lo dejase llevarme al hospital. Se disculpó una y otra vez por haber permitido que el plan acabase de esa manera.

Sin embargo, lo que ha sucedido esta noche no ha sido su responsabilidad y, pese a que se lo he dicho, sé cómo lidia Rook con la culpa, cómo carga a sus espaldas el peso de haber decepcionado a sus amigos, cómo ese pensamiento lo carcome por dentro, y cuánto se esfuerza Sage por hacerle entender que no todo lo malo es una consecuencia directa de sus acciones.

Silas lleva ya cinco meses en el hospital y, aun así, Rook no es capaz de desprenderse de la culpa que le corroe las entrañas, como

si él hubiera podido hacer algo para impedir que su amigo dejara de tomarse la medicación.

—Fui yo la que les pidió que no os dijeran nada, porque no quería que os preocuparais por mí. Enfadaos conmigo, no con ellos. Dadme un día para recuperarme y luego podéis echarme la bronca del siglo. Los chicos solo estaban cumpliendo con su palabra, no se merecen que les reprochéis nada.

Ya las he puesto al corriente de lo esencial. Les he contado que lo ocurrido ha sido cosa mía por seguir a Easton a su casa sin avisar a nadie, que nos hemos encargado de la situación y que hay un hombre clavado a una tabla en el centro de una carpa de circo.

El resto… puede que salga a colación más adelante o que no se lo cuente nunca. Sé que, por mucho que me cueste, en algún momento tendré que explicarles lo que he hecho, aunque ahora mismo no tenga la energía ni las ganas de hablar de ello.

—Eres una cabezota, podríamos haber estado contigo —susurra Briar—, pero te quiero igualmente. ¿Seguro que no te apetece que vayamos a tu casa? Podemos llevarte algo de picar y unas pelis de miedo, o ayudarte a limpiarte.

—Prefiero estar sola esta noche —respondo, desviando la vista hacia la figura que se encuentra junto a mí, en el asiento del conductor—. Me apetece meterme en la cama y convertirme en una ameba. Podéis venir mañana a gritarme todo lo que queráis, ¿vale?

Ambas resoplan con resignación y me advierten que, si no las llamo en cuanto me despierte, se presentarán en mi puerta y la echarán abajo.

Dejo que me envuelvan el silencio y el tacto del cuero cálido y caro del respaldo contra mi piel dolorida. Pese a estar cubierta de sangre, no me importaría dormirme arropada en este aroma tan reconfortante.

Aquí me siento a salvo.

—Van a darse cuenta de que hemos sido nosotros los que han dejado el cuerpo de Michael ahí. Lo sabes, ¿no? —murmuro, con la esperanza de que la conversación me mantenga despierta el tiempo suficiente para poder darme una ducha—. ¿Qué digo si aparece la poli haciendo preguntas?

Thatcher agarra el volante con fuerza por un instante y luego relaja la mano, sin apartar los ojos de la carretera. Aún tiene restos de color carmesí pegados en la piel y en el pelo; los dos estamos cubiertos de sangre.

El peso de lo sucedido esta noche se cierne sobre nosotros, reforzando un poco más el vínculo que nos une, aunque él no sea consciente de ello. Los labios todavía me vibran al recordar el roce electrizante de los suyos.

—No lo harán —responde Thatcher con calma, girando el volante para atravesar la verja de entrada de su propiedad—. Stephen se enterará, llamará a sus sabuesos antes de que tengan tiempo de rastrearnos y lo encubrirá todo. Este pueblo no oirá nunca ni una palabra al respecto, pero el mensaje que les hemos enviado a los Sinclair ha quedado más que claro: si quieren meterse con nosotros, no dudaremos en devolverles el golpe.

Asiento con la cabeza y me muerdo el interior de la mejilla al tratar de incorporarme. Un dolor abrasador se me extiende por el abdomen y dejo escapar un leve siseo a la vez que me llevo las manos a las heridas que me cubren el vientre.

—Te las vendaré en cuanto entremos —afirma sin mirarme, satisfecho con seguir manteniendo la vista al frente.

Cuando me dijo que me fuese con él, creía que iba a llevarme a mi casa. No me he dado cuenta de que nos dirigíamos a la suya hasta que estábamos en pleno centro del pueblo.

—¿A tu abuela…? Bueno… —Las mejillas se me encienden de la vergüenza—. ¿No le importa que esté aquí contigo?

Sé que puede parecer una tontería preguntarle algo tan trivial con todo lo que nos ha pasado, pero May Pierson es una mujer encantadora y no me gustaría faltarle el respeto por nada del mundo, aunque necesite desesperadamente darme una ducha.

—El ala oeste de la casa es mía y ella casi nunca la pisa. Ni siquiera se enterará de que has venido.

Detiene el coche poco a poco frente a la casa y lo pone en punto muerto.

—¿Sabe…? —Trago saliva y lo miro—. ¿Sabe quién soy?

No hace falta que le diga más: entiende a qué me refiero. No le

estoy preguntando si sabe que somos amigos, lo que me interesa es si es consciente de que soy la chica que envió a Henry Pierson, su hijo, a la cárcel y sobrevivió para contar la historia de la muerte de su madre.

—Sí.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar o a preguntarle algo más, saca sus piernas largas y delgadas del coche. Creo que prefiero al Thatcher sarcástico que siempre me interrumpe a esta versión seca que va directa al grano. Su quietud me descoloca.

Estoy tan cansada que me cuesta respirar. Con los huesos doloridos, estiro la mano hacia la manilla y consigo abrir la puerta a duras penas. La adrenalina se me desploma de golpe en cuanto salgo y me debilita por completo.

El hambre voraz que me infundía fuerzas ha regresado a la oscura cueva de mi alma donde ahora duerme, con el estómago lleno y saciado, de modo que me toca lidiar con las consecuencias por mí misma; es decir, sintiéndome vacía y perdida.

Ese es el problema de todo esto. Una vez que las ansias se calman, la ira y el impulso de hacerle daño a alguien desaparecen, pero el dolor emocional sigue ahí, respirando y latiendo dentro de ti como una herida abierta que no deja de sangrar jamás.

Acabar con él solo ha servido para aplacar las ganas de matar de la bestia, no para sanar la herida. No ha borrado el recuerdo de sus sucias manos sobre mí ni el sonido de sus voces en mis oídos; tampoco ha sosegado el ardor que se me extendió por el pecho ante la falta de aire. Mi represalia ha sido suficiente para frenar el anhelo de sembrar la violencia y quebrantar huesos.

Sin embargo, no ha ahogado el miedo de haber visto morir a mi madre ni vengará su muerte. Michael se merecía pagar por la tortura a la que me han sometido él y su compañero, pero el hecho de arrebatarle la vida no ha cambiado nada, ni nunca lo hará.

Las rodillas me tiemblan al ponerme de pie. Thatcher se apresura a enroscarme uno de sus delgados brazos alrededor de la cintura y a sostenerme las piernas con el otro para levantarme del suelo. Me alza con un solo movimiento lleno de elegancia y el frío de su cuerpo logra congelar los pensamientos que parecen devorarme viva cada

vez que me permito perderme en ellos.

Junto a él no me siento sola.

Contemplo el perfil de su rostro y me percato de que tiene la mandíbula apretada, pero no pronuncia palabra alguna. Se limita a llevarme en brazos como si no pesara nada, como si fuera algo que hace a diario.

—Deja de mirarme de esa forma.

Reprimo una sonrisa y bajo la vista.

—Vale.

El resto del camino hacia el ala izquierda de la casa transcurre en silencio mientras le apoyo el oído contra el pecho y cuento los latidos de su corazón. Le late a un ritmo perfecto, con la presión justa, de manera constante y a un tempo saludable. Su sonido apacigua el mío.

Tengo muy pocos recuerdos emocionales que me brinden felicidad. Me refiero a esos que se te vienen a la mente cuando hueles un aroma que te resulta familiar o piensas en un momento vergonzoso del instituto y se te sonroja la cara como si acabara de suceder; o como cuando te diviertes con algún juego que ya dominas y sientes la euforia de las partidas que has ganado en el pasado. Esos desencadenantes te permiten disfrutar de esas experiencias una vez más.

No obstante, en mi caso, son diferentes: todos los estímulos externos que recibo están conectados a recuerdos que me provocan ira o miedo. Me basta un olor o una imagen para transportarme de nuevo a la peor noche de mi vida. De repente, dejo de estar en clase o leyendo un libro en casa y vuelvo a encontrarme metida en un armario, viendo morir a mi madre, una y otra vez.

Soy vagamente consciente de que, en realidad, puedo estar rodeada de gente y de que quizá alguien me mira, pero yo solo veo a Henry arrodillado sobre el cuerpo de mi madre, arrebatándole la vida, y no puedo hacer nada al respecto. No puedo respirar ni calmarme. El mundo sigue girando y yo me quedo atrapada en una bola de nieve, obligada a revivir sin cesar aquella experiencia tan traumática.

La única persona que logra resquebrajar esa bola de nieve y

sacarme de ese estado es Thatcher. Y no es algo que haga en este plano, sino que, cada vez que irrumpe en esas visiones, todo mejora de inmediato. Cuando, en ellas, entra en el dormitorio de mi madre, me olvido de todo lo demás y me aferro a él; dejo que su recuerdo me haga sentir segura y me reconforte hasta devolverme a la realidad.

A ojos de los demás, es la peor pesadilla que pueda existir; sin embargo, para mí, es el que siempre logra despertarme de la mía.

Entramos por el lateral de su casa y esta está casi a oscuras. Apenas logro distinguir la cocina y los sofás caros del salón. Subimos un tramo de escaleras y luego seguimos caminando. Todo a mi alrededor se convierte en un borrón conforme avanzamos por un pasillo demasiado largo.

Abre la puerta de su dormitorio sin esfuerzo y gira el cuerpo a un lado para que no me golpee la cabeza contra el marco. La habitación de Thatcher es exactamente como me la imaginaba y, al mismo tiempo, no tiene nada que ver con lo que me había esperado.

Recorro cada rincón visible con ojos ansiosos. El techo que excede con creces la altura de cualquier estancia normal, las paredes de un blanco roto y el suelo de mármol. El edredón que cubre la cama da la impresión de estar recién planchado al vapor, y las almohadas, que descansan encima, están colocadas con muchísima precisión. En una esquina se alza un elegante piano de cola y contra una de las paredes hay un escritorio.

Su cuarto tiene un aire moderno y limpio, pero no parece estar habitado por nadie. No veo ningún papel sobre la mesa ni zapatos tirados por ahí. Carece de personalidad y de vida, como un lugar desolado.

Estoy tan agotada que ni siquiera puedo regodearme en el hecho de haber conseguido entrar en su habitación, de encontrarme por fin entre las cuatro paredes donde mora a solas y todo huele a él.

Me lleva al baño con facilidad y me coloca de pie frente al lavabo antes de dirigirse a la ducha y pulsar un botón que hace que el agua caiga en cascada desde distintos puntos del techo; una ducha que, revestida de azulejos grises, seguro que cuesta más que toda mi casa.

—Puedes ducharte aquí —murmura—, yo voy al baño de invitados. Cuando salgas, espérame en mi habitación hasta que vuelva con las vendas. Supongo que te sirven mi gel y mis productos para el pelo, ¿o necesitas que te traiga algo más?

Noto cómo se me pone la cara roja y rezo en silencio por que la sangre disimule el rubor que me tiñe las mejillas. No debería haberle confesado lo del gel: no se le va a olvidar nunca.

—No, con eso me apaño. —Me aclaro la garganta—. No tenías… No tienes por qué hacer esto. Podrías haberme llevado a mi casa sin más. Aunque no te lo creas, soy capaz de cuidarme sola.

—Lo sé.

Observo cómo camina hacia la puerta y se detiene con la mano en el pomo y la espalda rígida, pero me quedo callada, sin moverme de mi sitio, esperando a que diga lo que sea que tenga que decirme.

—Te escuché —añade con voz temblorosa—. Cuando gritaste, te escuché.

Acto seguido, oigo el sonido de la puerta al cerrarse. Mantengo la mirada fija en el punto donde ha desaparecido, tratando de asimilar sus palabras. Porque resulta que sí que me había escuchado; de algún modo, además, respondió a mi llamada desesperada de auxilio.

Me dirijo hacia la ducha por inercia, como si hubiera activado una especie de piloto automático, y, tras un buen rato, por fin me coloco bajo el chorro de agua. Me enjabono despacio con su gel corporal y me extiendo su champú sedoso por los rizos.

Debo de haber perdido la noción del tiempo entre el vapor, porque, cuando el agua empieza a correr limpia, lo que me indica que he logrado deshacerme de toda la sangre ajena de mi cuerpo, me llega el tenue sonido de unas teclas de piano murmurando a lo lejos.

La curiosidad y la emoción se me arremolinan en el estómago. Pulso el botón que apaga la ducha, me envuelvo en una toalla cálida y, de pronto, me doy cuenta de que no tengo ropa que ponerme.

Me muerdo el interior de la mejilla, sopesando mis opciones. Al final, dado que Thatcher ya me ha visto desnuda, decido que no pasa nada por presentarme así ante él, aunque esta situación parezca mucho más… íntima, más delicada y pacífica; todo lo que no

somos de normal.

Con el cuerpo temblando, entreabro la puerta y el vapor se cuela en el dormitorio. La música suena mucho más alta ahora y me permite percibir con claridad las melodías que flotan desde las teclas del piano. La cama se encuentra vacía y sobre ella descansa un montón de ropa doblada con cuidado.

Pero Thatcher está sentado en un rincón, frente a mí, tocando el instrumento que tiene delante como si fueran un mismo ser, una única pieza. Tanto es así que soy incapaz de distinguir dónde termina él y dónde comienzan las teclas. No puedo ni imaginarme cuántas horas se habrá pasado en esta habitación, sentado ante ese piano, practicando y perfeccionando cada movimiento de dedos, por muy sutil que fuera.

Balancea el cuerpo al ritmo de cada nota. Tiene los ojos cerrados y el pelo mojado le cae sobre el rostro de una forma desordenada que no acostumbro a ver en él y que casi me roba el aliento.

Lleva una camisa negra desabotonada que le deja el pecho al descubierto. Los músculos del abdomen se le tensan mientras sus dedos vuelan con delicadeza sobre las teclas blancas y negras, fundiéndolas de tal modo que me absorbe en sus grises.

Nunca he visto una belleza ni un talento similar al suyo.

Es la primera vez que no tengo que preguntarme qué se le pasa por la cabeza, o en qué estará pensando, porque puedo… sentirlo; como si la melodía que brota de él estuviera contándome todo lo que necesito oír, como si me estuviera hablando a través de los acordes y las notas, atrayéndome hacia él para transmitirme exactamente lo que anhela en este momento.

Y me cala hondo. El dolor que habita en él, la tristeza que alberga en lo más profundo de su ser y que nadie más puede ver. Todo se encuentra ahí, delante de mí, acariciándome los oídos.

Llevo observándolo toda la vida, pero creo que esto es lo que se siente al verlo de verdad.

El dolor y la tristeza recorren el hilo que une mi alma a la suya. Mi pobre corazón llora por él, solloza al percibir cada una de las notas que componen esta canción tan sombría. Es música en su estado más puro, una comunicación verdadera que jamás había

experimentado.

Cuando concluye la pieza con elegancia, solo se oye su respiración en el espacio que nos separa. Mantiene los ojos cerrados unos segundos más antes de abrirlos y mirarme.

Me sorprende contemplándolo embelesada, y las palabras se me escapan de la boca sin que pueda controlarlas.

—Lo siento, no quería…

—Ya sabía que estabas ahí —me interrumpe, levantándose del banco—. No hace falta que te disculpes por curiosear cuando era consciente de que tenía público.

—Thatcher, sabía que tocabas, pero —frunzo el ceño— lo que acabo de presenciar es increíble. Podrías dar la vuelta al mundo tocando para la gente y hacerlos llorar a…

—El mundo no necesita a otro músico.

Salgo de detrás de la puerta del baño y el frío de su habitación me envuelve la piel.

«Mierda, que solo llevo una toalla encima».

—Tal vez. Pero sí que necesita a alguien como tú, ¿no crees?

Me lanza una mirada fría, como si no hubiera nada tras sus ojos y me pudiera revelar sus pensamientos antes de pronunciar palabra alguna.

—Creo que ya conoces la respuesta a esa pregunta, Lyra. —Se dirige hacia la cama con sus gráciles piernas y recoge el montón de ropa—. ¿Vas a vestirte o prefieres la toalla?

Todo lo que dice hace que me sonroje, como si mi cuerpo no supiera qué hacer ante su presencia, salvo dejarse inundar por la vergüenza y el deseo. Es de lo más frustrante.

El sonido de mis pies mojados sobre el mármol es lo único que se oye en el dormitorio conforme avanzo en su dirección.

Ahora que está de pie, me es imposible apartar la vista de él. Resulta muy difícil estar en la misma habitación con alguien que es tan… perfecto, incluso con un aspecto tan desarreglado como el de ahora.

Unos cuantos mechones de pelo todavía húmedos le caen sobre la frente y le resaltan esos ojos que me recuerdan al de las aguas más frías de Alaska y que no he visto en nadie más. La camisa que lleva

puesta deja al descubierto los contornos y relieves uniformes de su abdomen tonificado, que se tensa y endurece con cada bocanada de aire que aspira bajo mi escrutinio.

Reparo entonces en los valles que le surcan ambos lados de las caderas, trazando un sendero que se extiende peligrosamente bajo la cinturilla de sus pantalones y…

No jodas.

—¿Eso es un tatuaje? —pregunto, entrecerrando los ojos y olvidándome de la ropa que sostiene entre las manos, a menos de un brazo de distancia—. ¿Tienes un tatuaje?

—Sí. —Se aclara la garganta—. Ya soy lo bastante mayorcito para hacerme uno. Los chicos están cubiertos de ellos.

—Ya, pero tú eres capaz de arrancarle la mano a alguien solo por tocarte. Te gusta que todo esté impecable y hasta te pones guantes para matar a tus víctimas. No te pega nada tener un tatuaje.

El círculo de tinta que lleva grabado en la piel se oculta justo en la parte superior de su caja torácica. Se asemeja al óbolo de Caronte, el mismo tipo de moneda que depositó sobre los ojos de mi madre hace tantos años. Y también es la misma moneda que Silas porta en la muñeca.

—¿Te lo hiciste con los chicos? ¿Todos tenéis uno?

Otra pieza del rompecabezas que me acerca un poco más a ese hombre al que nadie logra descifrar, aunque, al igual que ocurre cada vez que alguien se le aproxima demasiado, no tarda en sacar los colmillos, como una víbora a punto de atacar.

Siempre que me parece estar avanzando en la dirección correcta, acabamos dando diez pasos atrás.

—¿Quieres la ropa o no? —pregunta con una frialdad que no dista mucho de la que suele mostrar, pero que no había sacado a relucir desde que me encontró en el circo.

Aparto la vista del tatuaje y alzo los ojos hacia los suyos. Extiendo las manos para coger las prendas que me ofrece y sonrío en silencio al sentir la tela entre mis dedos. El tacto mullido y aterciopelado de la cachemira me resulta inconfundible.

Sin embargo, me la arrebata de las manos con un movimiento veloz.

—Primero tengo que vendarte las heridas.

—Vale —accedo.

—Siéntate.

Me siento.

—Recuéstate.

Me recuesto.

—No soy un perro —protesto, aunque he hecho todo lo que me ha pedido.

—Ah, ¿no? —ronronea, alzando ligeramente las comisuras de los labios—. Pues casi me la cuelas.

Una risa ahogada me brota del fondo de la garganta, lo cual me provoca una punzada de dolor en el costado que imagino que se debe a alguna costilla rota.

—¿Acabas de hacer una broma?

—Si así te sientes menos insultada, sí, era una broma.

No puedo borrarme la sonrisa de la cara, porque él también está sonriendo, y no con malicia, sino de un modo divertido y alegre.

—Quítate la toalla —me ordena, arrodillándose frente a mí.

—¿Qué? ¿Por qué?

El pulso se me dispara de golpe y aprieto los muslos de manera inconsciente. Hay algo que no encaja: yo, Lyra Abbott, haciendo que Thatcher Pierson se ponga de rodillas. No, no soy capaz de asimilar lo que está ocurriendo.

—Tengo que ver si sigues sangrando o si hay que limpiarte alguna herida, y no puedo hacerlo por encima de la toalla —responde con indiferencia.

Parece un médico dirigiéndose a su paciente, como si ignorase por completo la reacción de mi cuerpo a su cercanía, más aun estando desnuda.

—¿Y por qué no…? Ay, no creo que…

—Quiero ver lo que te han hecho, mascotita. —El gruñido que emite provoca que me sobresalte—. Enséñamelo para que, cuando encuentre al que ha conseguido escaparse, pueda hacerle pagar por haberse atrevido a ponerte un solo dedo encima. Déjame hacer que te sientas mejor.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta, me deslizo

la toalla hasta la cintura y dejo todo el torso al descubierto. Las mejillas se me encienden al notar cómo el aire frío me punza los pezones y me los endurece.

—Quítatela del todo —exige.

Me muerdo el interior de la mejilla, titubeando.

—No me han tocado ahí abajo —susurro.

Por suerte, no insiste más en el tema.

Deslizo los ojos hacia mi abdomen por un segundo y pongo una mueca al verlo. Hay varios cortes abiertos que aún supuran sangre, algunos más profundos que otros. Me recorren los costados y el vientre.

Uno, que parece lo bastante profundo como para dejar cicatriz, está justo encima del hueso de la cadera. Frunzo el ceño con disgusto al percatarme de los desagradables moratones rojizos y violáceos que me adornan la caja torácica. Tienen un aspecto terrible, al igual que yo.

Lo que me han hecho es espantoso.

Las lágrimas me escuecen en los ojos y me obligan a apartar la vista de él y a fijarla en la pared para no tener que presenciar su reacción. Lo último que necesito es que me mire con asco o sienta repulsión al verme así.

Cuando noto su tacto frío contra la piel, doy un respingo. La yema de su dedo índice se desliza por el hueso de mi cadera, me sube por las costillas y me cruza el vientre, tocándome con delicadeza.

Al principio pienso que tal vez me esté untando algún tipo de pomada o limpiándome las heridas, pero, cuando me atrevo a mirar hacia abajo, me doy cuenta de que solo me está acariciando y contemplando mi cuerpo, con ojos serenos y el rostro lleno de luz.

Puede que sea la expresión más tierna que le haya visto mostrar nunca. Sus ojos rebosan una emoción que no soy capaz de definir: parece un niño que acaba de descifrar los secretos del universo.

—Tienes pecas aquí.

El aire se me queda atascado en la garganta y no sé qué responder ni cómo respirar. Ajeno a mi asombro, sigue recorriendo con los dedos las motas marrones que me salpican la piel. Lo hace de forma compulsiva, como si no pudiera contenerse.

De uno de los cortes más profundos, brota un hilo de sangre que me serpentea por el vientre y desemboca justo en el sendero que Thatcher está trazando con las manos, pero él, lejos de detenerse, me extiende el líquido rojo con el dedo como si fuera un pincel y mi cuerpo, un lienzo.

No doy crédito a lo que ven mis ojos. Se encuentra arrodillado ante mí, con un torso tan definido que parece esculpido en piedra, propio de un dios que camina entre mortales.

El dolor se disipa a medida que la lujuria me bulle en las entrañas, me eleva la temperatura del cuerpo y hace que los muslos se me tensen y el deseo se apodere de mis entrañas.

Tocar a Thatcher no es como tocar a los demás, no se asemeja a nada que haya experimentado. Su tacto traspasa lo superficial y me cala hasta los huesos. El rincón más profundo de mi alma vibra al sentir su piel sobre la mía y me arrastra a un estado de puro éxtasis. Nada de lo que me hubiera imaginado podría haberle hecho justicia a esto.

El tiempo parece detenerse conforme se inclina más sobre mi torso y me obliga a separar las piernas para dejar espacio a sus anchos hombros. El frío punzante de su piel al entrar en contacto con una parte tan íntima de mi ser provoca que me estremezca. Contrasta con el calor que emana de mí, haciendo que todo dé la impresión de ser mucho más real.

—Estás demasiado frío —jadeo, con la toalla presionada entre las piernas, protegiendo mis zonas más privadas de su mirada.

—O tú demasiado caliente —murmura mientras su boca se cierne justo sobre el centro de mi vientre, a menos de un centímetro de los trazos rojos que me pintan el torso—. Pero esa es la gracia, ¿no? Tú estás demasiado caliente y yo, demasiado frío.

Somos la luz y la oscuridad, dando forma a la materia gris que mantiene el equilibrio. Somos el bien y el mal, la prueba de que todos los matices habitan en lo más profundo de nuestras almas, sin importar las circunstancias a las que nos haya sometido la vida.

Siempre he sabido lo que yo significo para Thatcher y lo que él significa para mí, y, en este instante, me da la impresión de que él está un paso más cerca de comprenderlo también.

—Yo soy tu rosa —musito, e inhalo una fuerte bocanada de aire cuando sus labios fríos me tocan. Noto la humedad de su lengua lamiendo la sangre que él mismo ha esparcido—. Tú eres mis espinas.

Bajo la mirada hacia su pelo de color platino y observo cómo niega con la cabeza.

—No —susurra, y siento cada movimiento de sus labios en lo más profundo de mi piel—. Tú eres mi fantasma, Lyra Abbott; mío y de nadie más. Te dedicas a observarme y a existir para mí.

Una agonía placentera me recorre los huesos. Es tan abrumadora que ni siquiera me percato de cómo tira de la toalla con sus dedos sigilosos. De pronto, el aire frío de la habitación me acaricia los pliegues, y es entonces cuando caigo en la cuenta de que, ahora sí, estoy completamente desnuda ante él.

Estoy expuesta, vulnerable, en mi momento más frágil; y ahí está Thatcher, contemplándome sin ningún tipo de barrera entre nosotros. Todas mis defensas se han derrumbado al hundirle los cuchillos a Michael en el cráneo. Delante de él, no soy más que una chica vacía y rota que busca con desesperación sentirse querida y deseada.

—¿Y en qué te convierte eso a ti? —pregunto entre jadeos.

Desvío la mirada hacia él justo a tiempo para ver cómo desliza la cabeza más abajo, con la boca manchada de rojo. Un escalofrío me atraviesa el cuerpo al acordarme de la fantasía que tuve hace unos meses, en la que ocurría algo muy similar a esto.

—En el hombre al que atormentas. —Me roza el ombligo con el labio inferior y hace que me tiemble el estómago—. Tu aroma, tu sonrisa, tu tacto… Me has atormentado cada día desde que te vi por primera vez.

Inclina la cabeza y me deposita un beso tierno en la cara interna del muslo mientras me agarra la parte trasera de las piernas y me las acaricia con cuidado, como si temiera que fuese a romperme con su tacto.

El corazón me late desbocado al igual que el resto de mi cuerpo. Cada fibra de mi ser arde bajo su roce helado. La tensión que me atenaza el pecho y se apodera de mi sexo es casi insoportable.

Siento que voy a estallar, y eso que él apenas ha hecho nada.

Con las manos sádicas de un asesino, las mismas con las que tortura a otros y concede la muerte sin compasión, me da unos toquecitos en la parte superior de las rodillas, exigiéndome acceso. Los muslos se me separan aún más y ceden a sus demandas sin oponer ninguna clase de resistencia.

No hay manos que anhele más que las suyas, despiadadas y llenas de sangre.

—Qué dulce sabes, mascotita —murmura.

El pecho me sube y baja a un ritmo frenético. Deseo con todas mis fuerzas sentir su boca contra mi coño, sentirlo a él por completo, de un modo que solo puede describirse como febril.

—Thatcher —gimoteo—. Por favor, necesito…

«Mierda, ¿qué era lo que necesitaba?».

—¿Necesitas…?

Mis ojos se encuentran con su mirada fija y penetrante.

—Todo. Lo que sea. Por favor…

El primer lametón que le da a mis pliegues provoca que se me escape un gemido que brota desde lo más profundo de mi interior. Una descarga de electricidad me atraviesa el bajo vientre, y nada me había hecho sentir tan viva ni tan cerca de la muerte al mismo tiempo. Me recorre los labios, lamiéndome de arriba abajo, degustándome con un gruñido que hace vibrar mi sexo.

—¿Soy yo el motivo por el que sabes tan bien? Tu coño se muere de ganas de complacerme.

Los ojos se me ponen en blanco y asiento con vehemencia mientras arqueo el culo hacia el borde de la cama para restregarme contra su boca húmeda. Al rodearme el clítoris con la lengua y lo succiona, me sacudo contra él.

A diferencia del hielo que le cubre el cuerpo, su boca está caliente. Parece lamerme con llamas de puro fuego y su saliva da la impresión de envolverme en un manto de lava e incendiarme por dentro de un modo que nunca había experimentado.

Explora con calma cada rincón, en busca de todos los lugares que me debilitan. No puedo evitar morderme el labio cuando empieza a juguetear con el clítoris.

Gira su lengua cálida en círculos cerrados, con movimientos rápidos que aumentan la tensión que se me ha acumulado en el vientre, más de la que creía posible. Entonces me desliza una mano por el abdomen y, cuando bajo la mirada, lo veo empapándose los dedos de la sangre que brota de mis cortes antes de hacerlos desaparecer entre mis muslos, justo debajo de su boca.

—Ay, Dios…

Aspiro una bocanada de aire temblorosa al sentir cómo me presiona la entrada con un dedo y juguetea durante unos segundos antes de hundirlo entre mis paredes, aún estrechas.

Algo dentro de mí me dice que tal vez esté tratando de borrar las huellas espantosas que me han dejado y sustituirlas por las suyas haciendo que me corra. Está reescribiendo el recuerdo que me quedará de esta noche, para que, cuando más adelante contemple las cicatrices que me cubren el vientre o piense en este día, no se me venga a la mente la imagen de esos hombres, sino la de su figura arrodillada ante mí mientras me devora con la boca y me recorre el cuerpo con los dedos.

La sangre es nuestra fuerza vital. Es el color de la pasión, del deseo, de nuestros corazones. Es la que nos convierte en humanos, la que nos une a ambos de todas las formas en las que una persona puede unirse a otra. La manera más íntima de conectar con alguien es compartir ese líquido carmesí que simboliza el principio y el fin.

Estar a su lado es como balancearse entre la vida y la muerte, y yo quiero hacer ambas cosas con él: morir y vivir; existir, pudrirme y todo lo que haya entre medias.

Bajo la mirada y observo cómo desliza otro dedo dentro de mí hasta mezclar mis fluidos con la sangre que le empapa la mano. Es una imagen tan erótica que me deshago solo de contemplarla. Me es imposible controlar los gemidos que se me escapan de los labios y el movimiento de mis caderas contra su mano, porque no me importa lo desesperada o necesitada que pueda parecer con tal de hacerlo mío.

No aparta los ojos de mí ni por un segundo, ni siquiera cuando me aferro a la colcha y hundo las manos en el colchón al notar cómo la tensión acumulada dentro de mí amenaza con estallar.

—Mi pobre mascotita —murmura con voz seductora—. Quieres correrte, ¿verdad? Quieres verterme todos esos fluidos tan dulces en la lengua, ¿eh?

—Sí, sí, por favor.

Siento cómo mete y saca los dedos a un ritmo constante; lo suficientemente lento como para mantenerme al borde del clímax, ansiosa por llegar, pero sin poder alcanzarlo. Es muy consciente de lo que está haciendo.

—Vamos, mi querido fantasma, esfuérzate un poco más. Demuéstrame cuánto lo deseas, gánatelo.

Acto seguido, me da otro lametón en el clítoris. Gimo de frustración, hundiendo aún más las manos en la cama, y levanto el culo para apoyarme mejor y poder moverme contra sus fuertes dedos. Me empujo hacia delante y los veo desaparecer dentro de mí una y otra vez.

Las pupilas se le dilatan al observarme, como si estuviera leyendo los pensamientos impuros que me rondan la mente.

Estoy a punto. El sudor me resbala por la espalda y me perla el pecho conforme le follo la mano. Supongo que me he ganado una recompensa por emplearme tan a fondo, porque, de pronto, apoya la lengua contra mi sexo y me lame el clítoris con urgencia, aplicando la presión necesaria para hacerme explotar.

Las oleadas de placer que me sobrevienen hacen que la tensión que se me había acumulado en el vientre arrase con todo a su paso y se funda con mi orgasmo. El grito que escapa de mis labios es brutal y desgarrador mientras la espalda se me arquea y las piernas me tiemblan al correrme en su mano.

—Eso es —me alaba, y no duda en lamerme el líquido pegajoso que se escurre entre mis muslos—. Así me gusta, mi chica sangrienta.

Cada vez que me roza con la lengua, me envía una descarga eléctrica que me atraviesa de pies a cabeza y que provoca que todos mis sentidos se agucen. Un gemido le retumba en el pecho y continúa dándome lametones, que me ponen perdida y me hacen temblar más todavía, aun cuando las olas de placer comienzan a apaciguarse.

El pecho se me agita de forma errática al intentar recuperar el aliento y darle un respiro a mi cuerpo, pero sigo en las mismas cuando se aparta de mí y me priva del calor de su boca.

Al abrir los ojos, aún aturdida por el éxtasis, veo que tiene la vista fija en el regazo. Frunzo el ceño con preocupación y me inclino hacia él. Los brazos y las piernas me pesan una barbaridad, y el dolor y el cansancio me embisten de nuevo con toda su fuerza.

—Thatch —murmuro, siguiendo su mirada. Cuando me percato de la mancha oscura en el centro de sus vaqueros, abro la boca con sorpresa—. ¿Eso es…? ¿Te has…?

—Eso parece —responde. Se aclara la garganta, aunque la lujuria todavía le tiñe la voz—. Por lo visto, a mi polla también le gusta cómo sabes, mascotita.

21
Talón de Aquiles

THATCHER

—Que aproveche.

A juzgar por la violencia con la que deja caer la bandeja sobre la mesa que tengo delante, me da a mí que preferiría ver cómo nos atragantamos con la comida antes que desearnos un buen provecho.

Dirijo la mirada hacia la camarera, que se aleja de nosotros a toda prisa.

—Me pregunto si se echarán a suertes a quién le toca atendernos.

Nadie, ni el personal ni los clientes sentados a nuestro alrededor en la cafetería de Tilly, se molesta en disimular la curiosidad o la inquietud que les infunde nuestra presencia. No me extrañaría que el cocinero echara veneno de ratas en lo que han pedido mis amigos.

El evidente miedo que nos tienen y la envidia que nos profesan en secreto ya no me sorprenden. Cuando era pequeño, me preguntaba por qué todo el mundo siempre se nos quedaba mirando o se cambiaban de acera entre susurros si pasábamos junto a ellos, pero no tardé mucho en darme cuenta de que éramos todo aquello que deseaban ser y, al mismo tiempo, lo que se empeñaban en destruir a toda costa. Incluso si la macabra reputación de mi padre no me hubiera precedido, habríamos seguido siendo el tema favorito de todo el mundo.

—Se ve que le han dejado a ella el marrón esta vez —bromea Briar.

Desde el otro lado de la mesa, se acurruca un poco más contra el brazo de Alistair, que descansa de forma protectora sobre su hombro.

—¿De verdad merece la pena follarse al capullo más famoso de

Ponderosa Springs a cambio de este servicio de mierda? —murmura Rook.

Como está sentado sobre el respaldo del banco corrido, pegado a la pared, tiene que inclinarse por encima de mí para coger una cesta de patatas fritas. Y Sage, que lo tiene justo detrás, pone los ojos en blanco ante el comentario tan vulgar que acaba de soltar, aunque no hace ademán de corregirlo.

Briar ni siquiera se inmuta.

—No sé —se encoge de hombros—, para eso tendría que acostarme contigo.

A Alistair, que no se esperaba la respuesta de su novia, le da un repentino ataque de tos y se atraganta entre risas. Hasta a mí se me elevan las comisuras de los labios. Puede que Briar no sea de mi agrado, pero es divertido ver cómo dejan a Rook en ridículo por su estupidez.

Rook saca el labio inferior, fingiendo un puchero, y entierra la cabeza en los mechones pelirrojos de Sage.

—Cariño, ¿vas a permitirle que me hable así?

—Te lo has buscado tú solito —dice ella, sonriendo, mientras le pasa una mano por el pelo alborotado.

La puerta de la cafetería se abre de golpe y hace tintinear la campanilla de la entrada. Desvío la atención de las escenitas de pareja que me estoy tragando y me fijo en el par de botas de lluvia amarillas cubiertas de barro que acaba de cruzar el umbral.

Puedo oír el chapoteo de sus pasos desde nuestra mesa. El rostro de nuestra nueva visitante permanece oculto bajo un abrigo raído de color verde oscuro, pero los rizos que se le escapan por los bordes la delatan.

Lyra avanza por el pasillo como un espíritu, aferrándose con los dedos a la correa de su bolso cruzado sin mediar palabra. No llama la atención de nadie, se camufla con el entorno y pasa inadvertida sin esfuerzo.

Los clientes apenas se percatan de su llegada. Echan un rápido vistazo en su dirección y vuelven a centrarse en su comida insípida y en sus conversaciones vacías. En ellos no despierta ningún tipo de interés, cuando es la única persona que consigue cautivarme en

toda esta cafetería de mala muerte.

La reacción que tienen frente a ella es completamente distinta a la que tienen conmigo. No se detienen a contemplarla boquiabiertos ni a cuchichear; no, al menos, hasta que se dan cuenta de que he apartado la vista de mi grupo, ya de por sí marginado, y por fin reparan en su presencia. Le echan un segundo vistazo y luego un tercero, hasta que no pueden evitar mirar de manera descarada a la mujer que ha captado toda mi atención.

Por la forma en la que tensa los hombros, es consciente de que la están observando; una sensación a la que es probable que no esté acostumbrada ni le resulte cómoda. Se esconde aún más bajo la capucha en un intento desesperado de fundirse de nuevo con las sombras, pero ya es demasiado tarde.

Todo el mundo se estará haciendo la misma pregunta banal: «¿Quién es esa?». Yo, en cambio, barajo la idea de ir mesa por mesa para arrancarles los ojos y dárselos de comer a los buitres. ¿Me daría tiempo a limpiar la cafetería antes de que viniera la poli a detenerme?

Cuando llega hasta nosotros, las chicas la saludan con palabras de cariño mientras se quita la capucha. El corte del labio aún se le nota y sigue teniendo un moratón bastante feo en la mejilla. Los bordes se le han puesto amarillos, pero el centro todavía guarda un tono violáceo.

—Hola —murmura, agarrando el respaldo de una silla junto a una mesa vacía—. Perdón, estaba en la biblioteca y se me ha ido el santo al cielo. ¿Qué habéis…?

—No puedes coger esa silla.

Se hace un silencio tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Aparto los ojos de Lyra y le lanzo una mirada fría y penetrante al camarero que le ha dirigido la palabra. A pesar de que no se parece en nada a la joven que nos ha servido la comida, destila el mismo desagrado ante nuestra presencia.

—Ay, lo siento. No me había dado cuenta de que estaba reservada —se apresura a decir Lyra con el rostro encendido de vergüenza.

La ira me trepa por la garganta al presenciar cómo se ha encogido ante un hombre que no sabe ni escogerse solito la ropa y que está,

a todas luces, muy por debajo de ella. Se ha doblegado ante él sin oponer resistencia, asumiendo que merece ser tratada de esa forma.

—Es que no lo está, cielo —le contesta con sorna—, pero esto es un restaurante y la necesitamos para los clientes que pagan, ¿me entiendes?

Con una timidez y una obediencia un poco excesivas para mi gusto, Lyra se dispone a arrastrar la silla de nuevo a su sitio; sin embargo, antes de que pueda llevársela, agarro el frío respaldo de metal y la mantengo a mi lado.

Mi mascotita necesita aprender a hacerse respetar, y pronto. Me niego a verla someterse a la voluntad de otro hombre que no sea yo, la única persona ante la que debería inclinarse.

—¿Insinúas que nosotros no pagamos? —repongo con firmeza, clavando la vista en el que, conforme consta en su chapa, se supone que es el encargado.

Abre los ojos ligeramente, sorprendido por mi intervención. Estoy seguro de que esperaba lidiar con la personalidad explosiva de Rook o incluso con la mirada intimidante de Alistair, conocido por su mal humor, pero se nota que no contaba con tener que enfrentarse a mí.

Todos sabemos que esto no va de quién se sienta dónde, sino de los despreciables habitantes de este pueblucho tratando de plantarles cara a los lobos feroces que merodean por ahí y hacen lo que les viene en gana.

—No, no, por supuesto —se retracta, antes de aclararse la garganta—. Es que a esta hora solemos tener un poco más de ajetreo y podría hacerle falta a alguien…

—¿Alguien necesita esta silla? —pregunto en un tono lo bastante alto como para que mi voz retumbe en toda la cafetería.

Nadie se mueve ni se atreve a abrir la boca: se limitan a quedarse quietos en sus respectivos asientos.

Cuando miro de nuevo al encargado —Josh, según la misma placa —, tiene la cara roja como un tomate y los puños tensos a los lados.

—Es la política de la empresa —insiste, mostrando mucha más resistencia de la que había anticipado—. No puede sentarse en esa silla.

Asiento con la cabeza mientras una sonrisa me curva las comisuras

de los labios. Suelto la silla, me pongo de pie y me aparto del banco. Me abrocho los botones del traje con calma y luego me acerco a Josh hasta invadir su espacio personal.

Mi cuerpo se impone sobre el suyo, y no solo en altura.

—Dime que no otra vez —lo desafío.

Tartamudea algo ininteligible, incapaz de sostenerme la mirada. Busca a su alrededor a alguien que lo ayude, pero no hay nadie dispuesto a cruzarse en mi camino.

—Si ella quiere todas las sillas de esta basura de cafetería, las tendrá —replico—. Y si a mí me apetece comprar cada metro cuadrado de tierra sobre la que se ha construido esta pocilga, no dudaré en hacerlo con tal de ver cómo mi amigo te quema vivo dentro de este lugar.

El rostro de Josh se vuelve de un verde enfermizo. Como se le ocurra vomitarme encima, pienso arrancarle la columna y usarla de bufanda.

Agarro la silla de nuevo y, al girarla para que Lyra pueda sentarse, el metal chirría sobre el suelo barato. Acerco el rostro un poco más al encargado, que tiene toda mi atención.

—¿Me entiendes? —lo imito de manera amenazante.

Traga saliva, considerando con cautela cuáles van a ser sus próximas palabras.

—Sí, señor —dice al fin—. Lamento las molestias.

Eso debería parecerme suficiente. De hecho, si fuera otra persona, habría dejado que se marchara ya, con el orgullo herido y el rabo entre las piernas, pero soy un sádico al que le encanta quebrar a los hombres que se creen los dueños del mundo. Vivo por y para ello.

—No es a mí a quien le debes una disculpa —lo corrijo.

Miro a Lyra, quien me observa con el rostro inexpresivo. Desvío los ojos hacia la silla para indicarle que se siente y, aunque se muerde el interior de la mejilla, me obedece sin rechistar. Me coloco detrás de la silla y la empujo con suavidad hacia la mesa, donde había querido ponerse en un principio.

—Siento la confusión, señorita. No volverá a ocurrir. —Josh suelta un suspiro—. ¿Os pongo algo más?

—No, estamos bi…

—Una Coca-Cola de cereza —intervengo, interrumpiendo a Lyra—. ¿Crees que podrás traérnosla sin que haya más confusiones?

El encargado, después de hacer un gesto afirmativo, sale corriendo en dirección contraria a nuestra mesa.

—¿De verdad era necesario montar un numerito? —susurra Lyra, todavía sonrojada por la vergüenza.

Deslizo la mirada hacia ella.

—Deja de inclinarte ante gente inferior a ti y no tendré que hacerlo. Recuerda cuál es tu lugar, mascotita.

Sus ojos se clavan en los míos con una pregunta muda, aunque permanece callada y se limita a acomodarse en la silla.

Un silencio tenso, en el que todos están demasiado impactados como para abrir la boca, se cierne sobre la mesa. Pero nunca he justificado mis acciones ante nadie y no pienso empezar ahora.

Al final, una patata frita vuela por el aire e impacta contra el pecho de Lyra.

—Parece que la reina de los bichos ha logrado hacerse un hueco en el corazón helado de Thatcher.

Lyra esboza una ligera sonrisa mientras yo le dedico una peineta a Rook. Su rodilla choca con la mía y las mejillas se le tiñen de un sutil tono rosado. Lo más seguro es que se haya acordado de la última vez que estuvimos juntos. De pronto, me invade un hambre voraz, y no precisamente de la comida basura que sirven aquí.

Se aclara la garganta y echa un rápido vistazo alrededor antes de hablar.

—¿Se sabe algo?

—¿Sobre qué? Estamos de mierda hasta el cuello y cada vez nos salpica más. Vas a tener que concretar —murmura Rook.

No se equivoca: esta vez ha dado en el clavo. Ahora mismo nos encontramos en un callejón sin salida, aguardando a que los problemas vengan a nosotros sin poder hacer nada para defendernos.

—Sobre el circo. ¿La policía ha emitido algún comunicado o iniciado una investigación al respecto?

—Al despacho de mi padre no ha llegado nada. Ayer me pasé por la comisaría y tampoco escuché a nadie hablando sobre ningún

hombre empalado en una tabla.

A pesar de la turbulenta relación que Rook mantiene con su padre, el puesto que ocupa Theodore Van Doren nos permite enterarnos de cuál es la situación legal de todos los crímenes cometidos en Ponderosa Springs. Que sea el fiscal del distrito no solo nos da acceso a archivos confidenciales —sin su permiso, claro—, sino también a la comisaría, que es donde se ubica su despacho. Nos basta una breve visita para averiguar casi cualquier cosa.

—Eso es lo de menos —interviene Alistair desde la esquina—. Lo del circo no fue nada más que un ojo por ojo. Stephen sabe cómo va esto: si alguien viniera a por nosotros, es consciente de que no dudaríamos en señalarlo. No creo que quiera arriesgarse.

Lyra relaja los hombros, aliviada de que no vayan a llevársela en la parte trasera de un coche de policía.

—Cada día que pasa siento que estamos un paso más cerca de acabar en la cárcel —murmura Briar, pasándose una mano por la cara con frustración—. Sigo sin entender por qué no podemos acudir a alguien de fuera, ajeno a la jerarquía de poderes de Ponderosa Springs, y compartir la información que ya tenemos para que se encargue algún profesional.

Alistair le agarra el hombro con firmeza, como si estuviera diciéndole en silencio que preferiría morir antes que verla en la cárcel. Esto jamás llegará a salpicarlas, ni a ella ni a Sage. Los chicos no lo permitirían, aunque para ello tuvieran que pasarse el resto de sus días pudriéndose entre rejas.

—Todas las pruebas que hemos recabado están vinculadas a algo que podría hundir a cualquiera de nosotros —responde Sage con calma—. No tenemos nada sólido en lo que apoyarnos sin acabar incriminándonos y, además, no me fío de nadie, ni siquiera de los federales. Ya vimos lo que pasó la otra vez.

—Entonces…

—Entonces, ¿qué? —interrumpo a la rubia que tengo delante—. ¿Les contamos dónde están los federales desaparecidos? ¿Les decimos que la razón por la que conocemos esta red de tráfico sexual es porque llevamos a cabo una cacería sangrienta para descubrirla? Dinos, ¿cuál es tu gran plan?

Observo cómo aprieta los puños y tensa los labios en una fina línea mientras me fulmina con la mirada.

—No eres más gilipollas porque no te entrenas, Pierson. Al menos yo estoy intentando ayudar. Debe de ser una maravilla preocuparse únicamente de uno mismo.

—Lo es —replico, solo para cabrearla aún más.

Es inútil discutir con ella: Briar no me conoce y, aunque lo hiciera, jamás me entendería. Somos dos polos opuestos con puntos de vista muy dispares para cada situación. No existe un punto intermedio entre nosotros y nunca lo habrá.

Briar abre la boca para decir algo con lo que seguro que pretende dejarme claro lo mucho que desaprueba mis acciones, pero Lyra se apresura a impedirlo.

—Stephen va a presentarse a alcalde —suelta de golpe, y eso consigue cortar de inmediato a su mejor amiga antes de que pudiera articular palabra.

—¿Qué?

—Vi la información de la campaña en su escritorio. Planea anunciarlo pronto, en una especie de fiesta que está organizando.

—¿Cómo lograste colarte en su despacho? —pregunta Sage—. Los Sinclair tienen una cantidad demencial de alarmas instaladas.

Lyra se encoge de hombros.

—Me pasé todo el día vigilando a Easton y no escuché nada más que conversaciones inútiles, así que lo seguí hasta su casa para intentar sacar algo que nos sirviera y el muy imbécil ni siquiera cerró la puerta de la entrada. No podía desaprovechar la oportunidad.

Mientras sigue narrando los detalles de la aventura a lo Nancy Drew que casi le cuesta la vida, nuestra camarera se acerca lo suficiente como para dejar un vaso de refresco frente a mí. Sin pensarlo, saco la pajita de su precinto, la suelto en la bebida carbonatada y la deslizo en silencio hacia Lyra.

—¿Encontraste algo más? —inquiere Alistair.

Por su bien, espero que sí, porque, si se puso en peligro solo para enterarse de que Stephen va a postularse como alcalde, pienso cargármela con mis propias manos.

—Godfrey trabaja para él, vi varias facturas abiertas en su

ordenador. No había ninguna descripción de los servicios que le está prestando, pero… —da un trago a su bebida— le ha desembolsado un montón de pasta.

—Vaya, vaya —murmura Rook, colocándose los brazos detrás de la cabeza y estirando las piernas—. Qué sorpresa, Stephen paga a las putas que le lamen el culo. ¿Quién lo iba a decir?

Una parte de mí se muere por soltar un: «Te lo dije». De hecho, todos le advertimos que Conner Godfrey no era el hombre que ella se pensaba.

Pero no sería Lyra Abbott si no se empeñara en verle el lado bueno a todo el mundo. Aunque no haya nada que rescatar, se asegura de escarbar hasta dar con algo y se aferra a ello con todas sus fuerzas. Es lo que la define como persona.

—También vi una puerta. Estaba oculta detrás de una estantería y cerrada con un candado. Puede que no tenga nada de raro ser tan receloso con tu información fiscal, pero me parece importante mencionarlo, por si acaso.

—A lo mejor es donde guarda todos los trajes de piel que…

—¿Cómo descubriste la existencia de esa puerta? —pregunto por encima de Briar.

Me observa con una expresión impasible.

—Gracias a un arduo trabajo de investigación y a mi inteligencia natural. —Acto seguido, se muerde el interior de la mejilla y me aparta la mirada—. Me tropecé con la alfombra y le di sin querer a una estatua que había en el escritorio —murmura—. Así fue cómo se movió la estantería.

Los demás se ríen y puedo sentir ese mismo sonido trepándome por la garganta.

—Eso parece más realista.

Lyra masculla algo, quizá una maldición hacia mí, a la vez que rebusca en su bolso y saca el móvil. La observo introducir el pin, que me resulta familiar, y, tras abrir una imagen, desliza el dispositivo sobre la mesa para que el resto pueda verla.

—Le hice una foto a esto, que creo que es un horario. Hay ciertas fechas en las que Stephen se reúne con alguien en la «Term. Trece», pero no estoy segura de lo que significa. Igual alguno de vosotros lo

sabe.

—La terminal trece —intervengo—. Es un puerto comercial situado a unos treinta kilómetros de Ponderosa Springs. ¿Qué mejor manera de despachar a las chicas secuestradas que metiéndolas en un contenedor de carga?

Es el único puerto de aguas profundas cercano. Se encarga de trasladar mercancías por las terminales marítimas de Portland y, por lo visto, del transporte ilegal de personas.

—¿Tan fácil es traficar con gente? —pregunta Briar, frunciendo el ceño.

Su confusión, por irritante que me parezca, es comprensible, sobre todo teniendo en cuenta que se crio en un pueblucho extremadamente pobre de Texas. Para ella, estas cosas solo pasan en la tele.

—Cualquier cosa es fácil con la suficiente cantidad de dinero —responde Rook.

—Y yo que creía que los Sinclair tenían las neuronas justas para no cagarse encima… No me habría imaginado en la vida que fuesen capaces de dirigir toda una red de trata —comenta Sage con frialdad, refiriéndose a las mismas personas que estuvieron a punto de convertirse en su familia.

—Aun así, sigue sin bastarnos para demostrar nada —señala Alistair—. Rook, ¿conseguiste acceder al ordenador de Silas? ¿Has podido ver algo en las cámaras de seguridad de la finca de los Sinclair?

—¿Aparte de a Easton en gayumbos? —Rook se encoge con una mueca de asco—. No, no hay cámaras en el despacho ni en la sala de billar ni en ningún otro sitio donde pudiera esconder algo. Godfrey va mucho por allí, pero no he visto nada sospechoso.

Cuando comenzamos a indagar en todo esto para vengar a Rosemary, jamás pensé que llegaríamos tan lejos. Creía que alguien de Ponderosa Springs al que habíamos perjudicado de algún modo había ido a por nuestra única debilidad como forma de represalia. Estaba convencido de que, una vez que lo encontráramos y acabáramos con él, daríamos el asunto por zanjado, nos iríamos cada uno por su lado y dejaríamos toda la podredumbre que infecta

este pueblo atrás.

No obstante, aquí estamos, tratando de atar las pistas que tenemos y buscando cómo darle sentido a todo lo que ha ocurrido y a lo que hemos presenciado en estos dos últimos años.

Quizá nunca deberíamos habernos involucrado hasta este punto. No voy a ser el héroe que desmonte una red de tráfico sexual; ninguno de nosotros lo será. Pero mi lealtad hacia Silas me impide abandonarlo, así que no importa lo lejos que lleguemos, porque seguiré metido en esto hasta que él diga basta. Se lo debo, y no solo a él, sino también a Rosemary.

—Otro callejón sin salida —suspira Briar—. No hacemos más que darnos de bruces con un puto muro tras otro.

Se pasa una mano por el pelo y se inclina aún más hacia los brazos de Alistair, buscando consuelo en una mano con la que yo mismo lo he visto haciendo trizas a otros. Un hombre que ha creído durante toda su vida que no era más que un repuesto es, en realidad, lo único que evita que se derrumbe.

—En ese caso, esperaremos. No nos queda otra, ¿no?

—¿Esperar a qué?, ¿a que la Aureola cumpla lo que le prometió a Thatcher? —responde la rubia, con más agresividad de la que quizá pretendía—. ¿Esperar a que acaben lo que empezaron contigo, Lyra?, ¿a que vengan a por Alistair o a por Sage?

Miedo, las palabras de Briar vienen acompañadas por oleadas de miedo. Aunque no lo reconozca en voz alta, se le refleja en los ojos: lo lleva dentro, enquistado, y le sale a raudales por la garganta.

—Ladronzuela…

—No, Alistair, ni ladronzuela ni leches —replica, mirándolo con ferocidad y los ojos empañados por las lágrimas contenidas—. No pienso perderte. No pienso perderos a ninguno de vosotros. ¿Os queda claro?

Tiene miedo, sí, pero no por ella, sino por Alistair y por las personas a las que quiere. Le aterra tener que renunciar a él por las brutalidades que esconde este pueblo.

El diminuto ápice de respeto que siento hacia ella me palpita en el pecho. Ambos sabemos que, si el mundo se viniera abajo, estaría dispuesta a sacrificarlo todo con tal de protegerlo, al igual que él lo

haría por ella.

Alistair, cuyas manos son capaces de infligir un dolor inmenso, le limpia con sumo cuidado una lágrima de la mejilla con el pulgar. Luego se inclina hacia delante, hasta que le entierra la boca en el pelo, justo al lado del oído, y le susurra algo que solo ella alcanza a escuchar.

Nuestras emociones están a flor de piel y no me apetece ver en qué desemboca todo esto. Apoyo las manos en la mesa, listo para levantarme, cuando Lyra se dirige a mí.

—¿Has recibido amenazas? ¿Cuándo y de qué tipo?

—No es nada…

—Le llegó una carta en la que mencionaban algo del mal que alberga Ponderosa Springs y que, si no se larga de aquí, no saldrá con vida —me interrumpe Rook, siempre dispuesto a meter las narices donde no lo llaman—. Es probable que sea de alguien que se cree que estamos en *Pequeñas mentirosas* o alguna mierda de esas.

—Tú limítate a ocuparte de lo tuyo —le espeto con brusquedad.

—¿Por qué no me lo dijiste? —insiste Lyra.

Desde donde estoy, percibo el dolor que se le refleja en los ojos vidriosos. No necesito que se preocupe ni se compadezca de mí. No puede hacer nada para protegerme, porque no soy una víctima.

Se supone que no mantenemos ningún tipo de contacto al margen de nuestras clases privadas. Ni una sola de las personas que nos rodean sabe lo que hacemos a puerta cerrada, y está a punto de descubrir el pastel ante toda esta gente.

—No tengo nada más que añadir.

Me levanto hasta quedar completamente erguido y salgo del banco cuando sus palabras susurradas llegan a mis oídos.

—Pero…

Bajo la mirada hacia ella y niego con la cabeza de forma cortante, como quien reprende en silencio a un niño y le prohíbe cualquier intento de réplica.

No tiene derecho a dirigirme esa mirada empañada y llena de compasión. No soy una tragedia ni alguien cuya pérdida deba atormentarla. No debería significar nada para ella y, aun así, lo que leo en su rostro es todo lo contrario.

Por mí, que siga mirándome con esos ojos de cordero degollado todo lo que quiera. Me pasé toda la infancia aprendiendo a cuidar de mí mismo, a protegerme de mis emociones y a defenderme de cualquier daño.

Sin embargo, por alguna razón a la que no le encuentro causa biológica ni química, cada vez que estoy cerca de ella me cuesta más reprimir el impulso de hacer ciertas cosas de las que sé que me arrepentiré después; como apoyarle la palma de la mano en la cabeza, acariciarle el pelo y susurrarle al oído que no tiene por qué preocuparse por mí.

Nunca me ha gustado el contacto físico. Ha sido mi némesis desde que tengo uso de razón, pero ahora, con Lyra, la piel me arde en deseos de sentir su roce. Mis espinas anhelan la suavidad que solo consiguen de las yemas de sus dedos.

El pecho se me contrae y se me tensa con fuerza. Necesito salir de la cafetería y poner distancia entre nosotros cuanto antes, alejarme de esas botas de lluvia embarradas y de ese olor tan familiar que me inunda los sentidos, para recordarme que no me hace falta que Lyra se obsesione conmigo. Me resulta más fácil dejar de pensar en ella y en el efecto que parece tener sobre mí cuando estoy solo, lejos de su cuerpo.

Le doy la espalda y levanto la mano por encima de la cabeza en un adiós indiferente que no espera respuesta. Ni siquiera me fijo por dónde camino, lo cual no suele ser un problema, porque jamás me ha cortado nadie el paso. Todos rehúyen de mí cada vez que estoy cerca.

Y entonces, porque hoy debe ser mi día de suerte, me choco con alguien.

Con desinterés, dirijo una mirada fría hacia abajo. Sé que no debería asumir que nadie me iguala en altura, pero rara vez me equivoco; por eso bajo siempre la vista.

Unos ojos astutos y felinos que desconozco se alzan hacia mí con una confianza desbordante.

—No te vendría nada mal repasar el concepto de conciencia espacial, ¿eh?

Recorro con desdén la figura de la desagradable intrusa con la que

acabo de tropezarme. Es una mujer canadiense, a juzgar por el acento, y me observa como si fuera una mosca atrapada en su red.

—Podría decirle lo mismo a usted, aunque también le sugeriría que repasara un poco sus modales —repongo con frialdad.

—Tienes toda la razón, lo siento —responde, con una sonrisa repleta de confianza o de arrogancia—. Me llamo Odette Marshall, y este es mi compañero, Gerrick Knight. Somos de una unidad especial de la policía de Virginia y nos han llamado para dar nuestra opinión sobre los recientes asesinatos. —Me extiende la mano para que se la estreche—. Que no se diga que me faltan modales.

Me limito a mirarla sin intención de devolverle el gesto y luego desvío la vista hacia su compañero, un musculitos cuyas venas parecen a punto de estallar. Lleva un corte de pelo estilo militar: rapado por los lados y con un poco de volumen en la parte superior de la cabeza. Permanece de pie junto a ella, con una expresión impasible y los brazos entrelazados a la espalda.

—Solo se considera una muestra de buena educación estrecharle la mano a alguien cuando te complace conocerlo —murmuro, metiéndome las manos en los bolsillos—, pero se agradece el ademán.

Para mi sorpresa, Odette Marshall sigue sonriéndome, aunque el ojo izquierdo le tiembla un poco al tratar de disimular su enfado. A nadie le gusta que lo menosprecien, sobre todo cuando creen estar al mando.

Me extraña que hayan tardado tanto en aparecer por aquí.

—¿También tienen pensado ocultar pruebas y aceptar sobornos? —Chasqueo la lengua, escudriñándolos a ambos—. No sé si es algo que les enseñan a todos los miembros del FBI o solo a sus compañeros.

Los medios de comunicación de todo el mundo se hicieron eco de las indiscreciones de Cain McKay y Finn Breck, quienes habían jurado proteger y servir a su país. Por desgracia, ninguna de las filtraciones sirvió para demostrar su vinculación con la Aureola, pero fueron suficientes para manchar su reputación.

De cualquier forma, nos encargamos de borrarlos a ambos del mapa. La muerte de uno consta en los registros y el otro,

supuestamente, se dio a la fuga. Tampoco es que vayan a encontrar a Cain: me aseguré bien de ello después de que Rook acabara con él.

—Tranquilo, Thatcher. Te aseguro que solo somos dos detectives buscando respuestas con la mejor de las intenciones —responde en un tono calmado—. Era Thatcher, ¿verdad?

Cree que está por encima de mí, de ahí ese derroche de confianza. Se piensa que me saca algún tipo de ventaja solo por haber leído mi expediente y haber logrado recabar algo de información. Puede que haya investigado a los chicos también.

Lo que no sabe es que es imposible estar por encima de mí: o estás de mi lado o no eres más que un chicle pegado a la suela de mi zapato.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, detective, o solo está dando una vuelta por la zona con su marine? —pregunto, aburrido de la conversación.

Si Gerrick se sorprende de que suponga que tiene experiencia militar, no lo demuestra. Se limita a observarme en silencio y a dejar que su compañera tome la iniciativa.

—Pues, mira, sí —contesta, juntando las manos frente a ella—. Queríamos saber si podrías respondernos a algunas preguntas. Al fin y al cabo, vives aquí y, según tengo entendido, eres bastante inteligente. Nos serías de gran ayuda para orientarnos en este caso.

Contengo una carcajada, aunque no la sonrisa. ¿En serio esta es la estrategia que han decidido usar conmigo?

—Detective, me halaga, pero, por favor, no me regale el oído. No se le da muy bien. Si lo que buscan es que alguien les oriente… —empiezo a decir mientras saco una tarjeta blanca de uno de los compartimentos de mi cartera y se la tiendo con dos dedos—, pueden introducir esta dirección en su GPS y les indicará cómo llegar hasta mi abogado. Seguro que estará más que encantado de responder cualquier pregunta que tengan acerca de mí.

—Venga ya, ¿de verdad necesitas una carabina? ¿No eres capaz de responder por ti mismo?

Esas son las primeras palabras que salen de la boca de Gerrick, y su voz es tal y como me la imaginaba: grave y algo áspera.

Arqueo una ceja ante su comentario y la sonrisa se me ensancha aún más.

—Claro que soy capaz —canturreo, asintiendo—. Otra cosa es que me apetezca.

Al escucharme, suelta un gruñido y se cruza de brazos. Entonces desvío la mirada de nuevo hacia Odette, que continúa ahí de pie con sus aires de grandeza pese a mi falta de cooperación.

—Interesante matiz —musita—. Nos aseguraremos de mandarle saludos de tu parte a tu abogado, pero, ya que estamos aquí…

Se mete la mano en el bolsillo y saca una tarjeta de color claro. Nos quedamos mirándonos a los ojos como si yo conociera su juego y ella también fuese consciente del mío.

Aunque mis derramamientos de sangre semestrales no están en su punto de mira, quiere tener bajo custodia al asesino de las chicas que han ido apareciendo despedazadas por el pueblo, y yo soy su principal sospechoso.

Asumo que va a entregarme la tarjeta a mí, pero, en su lugar, se aparta a un lado y dirige la mirada hacia las personas sentadas en la mesa a mi espalda. Han estado observando nuestra interacción en silencio hasta ahora, que han pasado a formar parte activa de la conversación.

—En realidad, me interesa hablar con todos vosotros.

Es una maniobra impresionante. Cuando se ha dado cuenta de que conmigo ha chocado contra un muro, ha decidido desviar la atención hacia la gente que cree que me importa, porque es probable que sepa lo unidos que estamos todos. Hay que admitir que ha hecho bien los deberes.

Odette se cree que conoce al dedillo mis puntos débiles, pero lo cierto es que soy inmune a la coreografía de *ballet* que ha montado. Si sigue así, me sentaré en la orilla del lago donde bailan los mediocres de sus cisnes y esperaré pacientemente a que Rook les queme las plumas una a una.

La detective observa con ternura a Lyra, que tiene el cuerpo girado en la silla hacia ella. Con un movimiento suave, alarga la mano en su dirección para ofrecerle la tarjeta.

Actúo por puro instinto. Sin pensarlo, enrosco la mano alrededor

del metal de la silla donde se sienta Lyra y la rodeo con el brazo para impedir que llegue a cogerla, pero me arrepiento en cuanto veo cómo la detective aguza la mirada y eleva las comisuras de los labios en una sonrisa de complicidad. Cambia de parecer y, en lugar de entregársela a alguien en particular, desliza la tarjeta sobre la mesa.

—Avisadme si os enteráis de algo que pueda servirnos. —Se aparta y se ajusta la chaqueta—. Thatcher, ya nos veremos.

Al cabo de unos minutos, tras asegurarme de que mis amigos, sobre todo las chicas, tengan claro que no deben hablar con nadie sin un abogado presente, me encamino por fin hacia mi coche.

He cometido un error al dejarle ver a la detective que, por desgracia, tengo una debilidad que me impulsa a ponerme a la defensiva; una que no aparece en los registros que habrá consultado, pero que ha echado raíces en mí como una hiedra venenosa.

Es absurdo seguir ocultándolo. Solo puedo pensar en Lyra, y mi instinto de protegerla le ha dado a Odette munición de sobra para ir a por mí. Se lo he puesto en bandeja de plata.

Para cuando llego al coche, me duele la mandíbula de tanto apretar los dientes. Abro de un tirón la puerta, me hundo en el asiento de cuero y me presiono las palmas contra los ojos mientras me recuesto en el reposacabezas.

«¿Cómo he permitido que se acerque tanto? ¿Cómo he podido ser tan débil?».

Todas esas preguntas carecen de relevancia ahora que Lyra me tiene atrapado en sus redes. He permitido que su fantasma me atormente mucho más tiempo del que debería, y ya va siendo hora de un exorcismo.

No puedo confiar en mí mismo cuando estamos cerca porque su presencia es demasiado abrumadora y me impide preocuparme por otra cosa que no sea ella. Ni siquiera pienso en mi seguridad o en los secretos que podrían meterme entre rejas, solo en que esté bien.

Aquí solo sobrevive el más fuerte, de modo que, si algo te debilita, te deshaces de ello. Y eso es exactamente lo que necesito hacer con Lyra: apartarla de mí, cortar los lazos que me unen a ella con un movimiento ágil y preciso. Si seguimos así, solo acabaremos

poniéndonos en peligro a ambos. Tanto su vida como mi libertad están en juego, así que no me queda otra.

Cuando abro los ojos, y por si acaso se me había ocurrido flaquear a la hora de sacarla de mi vida, veo que en el asiento del copiloto hay un regalo que no estaba ahí antes.

Una mano humana yace sobre el cuero marrón con un lazo atado a un dedo, una rosa fresca y una nota justo al lado.

te lo advertí.

22
Picaduras de araña

Lyra

No sé dónde está. No me coge las llamadas ni me responde a los mensajes, y ya han pasado casi dos semanas desde la última vez que lo vi.

No se sabe nada de él en el campus ni en ningún otro sitio de Ponderosa Springs, ni siquiera en la cafetería donde, los martes y los jueves, paga cinco dólares por un americano antes de su primera clase.

Tampoco ha aparecido por la galería de arte de su familia, a la que acude los sábados por la mañana, ni ha salido a correr por su ruta habitual o por alguna otra que conociera. Me he estado levantado temprano con la esperanza de encontrármelo, pero he vuelto a casa todas y cada una de las veces con los pies doloridos y el corazón apesadumbrado.

Cuando le pregunté a Alistair a dónde había ido, se limitó a mirarme. Su respuesta no me sacó de dudas ni me dio ninguna pista acerca de su paradero.

—No lo sé, Lyra —dijo—. Thatcher nos cuenta lo que quiere. Solo sabemos lo que decide compartir con nosotros, nada más. Nunca cuestionamos el porqué.

Pues a mí eso no me basta, me parece una chorrada. Si esa es la relación que mantiene con los chicos, perfecto, pero conmigo no le va a funcionar. Esa no es la conexión que tenemos.

Así que, a la tercera semana sin noticias suyas, he reunido el valor necesario para plantarme en su puerta. Allí, sin embargo, solo me han recibido los trabajadores y su abuela, que me ha asegurado con amabilidad que está bien y que, según le ha comentado, se ha

tomado unas semanas de vacaciones. Cree que está en alguna de sus otras casas; en la de Columbia Británica, la que más le gustaba de niño, o en la de Vermont, la favorita de su madre.

Hablar con ella le proporciona algo de alivio a mi corazón desesperado. Saber de Thatcher, por mínimo que sea, hace que me cueste un poco menos respirar, aunque sigue sin ser suficiente.

Me siento increíblemente sola. La torre de la biblioteca no me reconforta, y el mausoleo me parece un lugar sombrío sin él allí. Ni siquiera soy capaz de ponerme a trabajar con insectos o de salir a buscarlos… Dentro de mí hay un vacío que no experimentaba desde hacía años. Su ausencia me ha arrojado a un infierno eterno, a un pozo sin fondo del que no logro salir.

Así que, cuando May Pierson se despide de mí en la puerta de su casa, me apresuro a entrar de nuevo, solo que sin que ella lo sepa. Me muevo con sigilo, intentando recordar el camino que lleva hasta su dormitorio.

Tardo más tiempo del que me gustaría en dar con él, pero, una vez lo hago, me permito sucumbir a lo que queda de Thatcher en esta habitación, a cualquier retazo de su esencia al que pueda aferrarme; a las migajas que antes conseguían satisfacer mi obsesión hasta que lo siguiese a escondidas de nuevo o le robase otro jersey.

Sin embargo, ni siquiera esto me parece ya suficiente. Nada podrá ser suficiente después de todo lo que hemos compartido y de haber experimentado en mis propias carnes lo que es estar en los brazos de un hombre al que solo la muerte puede tocar. He sentido sus dedos sobre mi piel, entre mis muslos, y he probado su sangre.

Aunque nada de eso me impide ser una codiciosa. Quizá por ello presiono la nariz contra cada prenda que tiene colgada en el armario, en busca de su olor, y acto seguido deslizo los dedos por sus gemelos y corbatas. Me atrevo incluso a recorrer las teclas blancas y negras que sus manos han tocado tantas veces.

Me pongo uno de sus cárdigans negros sobre los hombros con la clara intención de llevármelo conmigo. Deslizo las manos por el escritorio escondido de la esquina y acaricio todas sus notas, siguiendo los trazos y las curvas distintivas de su elegante caligrafía.

Se pueden deducir muchas cosas de la letra de una persona. Por

ejemplo, el espacio tan amplio que Thatcher deja entre las palabras me indica que detesta las multitudes y que disfruta de la soledad. La forma estrecha en la que escribe la letra «e» refleja su desapego hacia los sentimientos de los demás. Y el punto en forma de tilde que coloca sobre las íes me revela dos cosas: la poca paciencia que tiene hacia la ineptitud de los demás y lo mucho que disfruta cortando cosas.

Me tumbo en su cama y noto cómo mi cuerpo se funde con sus sábanas mientras pienso en que nunca había pasado tanto tiempo sin verlo, sin observarlo en silencio, sin coexistir en el mismo espacio que él.

Desde que volví a Ponderosa Springs tras la muerte de mi madre, ha estado presente en mi vida casi todos los días, aunque no llegara a atisbar más que un fugaz destello de su imponente figura. Llevo años sin sentir su ausencia.

Quiero estar furiosa con él. Sabe lo importante que es esto para mí, que necesito saciar esta obsesión. A veces, creo que disfruta siendo el hombre al que observo con devoción, pero ahora se ha ido y ya no sé qué pensar.

Me lo ha quitado todo. Me ha arrebatado de las manos esa fascinación secreta y preciosa que siento hacia su persona. Un torbellino de emociones se me arremolina en el corazón y, aun así, nunca podría enfadarme con él de verdad; no de la manera en la que se lo merece.

Thatcher tiene una rutina, un sistema que sigue al pie de la letra hasta en el más mínimo detalle, y, si algo la interrumpe, se desmorona. Bien, pues no creo que sea consciente de que él es mi rutina, mi puñetero sistema, y que ahora soy yo la que se ha sumido en el caos sin él.

Me permito regodearme en mi miseria una media hora más antes de reunir las fuerzas necesarias para marcharme. Lo último que quiero es volver a casa y, aunque adoro a Briar y a Sage, no tengo ganas de verlas en este instante.

Pero aún estoy conduciendo cuando, de pronto, me doy cuenta de qué día es. Los jueves juego al ajedrez con Silas y hace un tiempo que no voy. Es la oportunidad perfecta para estar con alguien que

quizá pueda comprenderme.

El trayecto es largo y tranquilo. No me molesto en encender la radio, me limito a sentarme en silencio y escuchar el murmullo de mi coche viejo hasta que por fin llego al aparcamiento del mejor hospital psiquiátrico de Portland.

Cuando lo encuentro, Silas está leyendo *El arte del ataque*. La camisa y los pantalones blancos que lleva se ajustan a su robusta figura. Es mucho más corpulento que Thatcher, y siempre me hace sentir pequeña en su presencia.

No tardamos mucho en empezar a jugar, con el tablero de ajedrez entre nosotros mientras vamos moviendo las piezas por turnos. No estoy poniéndole mucho empeño a la partida, pero agradezco la distracción.

—Jaque —murmura—. Puede que seas la peor alumna de la historia.

—A lo mejor es que tú eres un profesor de mierda —respondo, con una ligera sonrisa burlona. La verdad es que Silas es muy bueno jugando al ajedrez y, si soy sincera, he aprendido mucho gracias a él.

Ladea la cabeza y alza una ceja ante mi comentario. Es lo más parecido a una sonrisa o a cualquier gesto con un mínimo de emoción que me ha dedicado desde que comencé a visitarlo. No recuerdo haberlo visto sonreír nunca, ni siquiera en los pasillos con Rosemary.

En esos momentos, su amor se le reflejaba en los ojos; vivía en ellos, en esos profundos iris marrones. Y ahora que…, bueno, ahora que ella está muerta, el brillo de su mirada también se ha extinguido.

—Lo siento, no estoy prestando mucha atención. —Suspiro—. Me siento como si estuviera un poco…

—¿Ida? —termina por mí, y yo asiento con una sonrisa amarga.

—¿Algún consejo para no perder la cabeza?

—¿Crees que si lo tuviera estaría aquí encerrado?

No puedo evitar reírme, aunque, en realidad, no tenga gracia, pero me gusta su humor seco. Me parece refrescante.

—Bien visto.

Me muerdo el interior de la mejilla, muriéndome de ganas por formular en voz alta la pregunta a la que no he dejado de darle vueltas desde que he llegado. Es egoísta por mi parte haber venido hasta aquí solo para hacerle sentir que lo estoy usando para sacarle información, pero es mi última esperanza.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Silas?

—Claro. —Se recuesta en la silla y se cruza de brazos—. Pero no te ofendas si no respondo.

«Es ahora o nunca, ¿no?».

—¿Tú…? —Trago saliva—. ¿Tú sabes por algún casual dónde está Thatcher, o a dónde podría ir si necesitara alejarse de Ponderosa Springs?

El rostro de Silas permanece inmóvil. No da ningún indicio de haberme escuchado: se limita a quedarse sentado, a escrutarme. Es tan difícil de descifrar como Thatcher y, a la vez, completamente diferente.

Thatcher es complicado de leer porque no siente del mismo modo que los demás, así que no tiene las reacciones que uno esperaría. Silas, en cambio, sí siente igual que el resto…, solo que lo oculta. Es un muro impenetrable que no permite que entre ni salga ninguna emoción.

Así que me quedo en mi sitio, estudiando su ceño marcado, la curva de su nariz y las pecas oscuras que le salpican la piel marrón clara. Está inmóvil, es inquebrantable; puede que él también esté intentando descifrar mi expresión y por eso apenas hable.

—No.

Una sílaba, una sola palabra. La única respuesta que voy a obtener de él con respecto a su amigo.

Asiento con la cabeza y bajo la vista al tablero de ajedrez. Se me forma un nudo en el pecho al notar cómo esa esperanza se apaga dentro de mí, consciente de que solo me queda esperar a que Thatcher vuelva de dondequiera que esté, si es que vuelve.

—¿Por qué quieres saberlo? —El tono de Silas es pausado y transmite una curiosidad genuina.

—Porque…

Las palabras se me quedan atascadas en la garganta. ¿Y qué le

digo, que soy su acosadora y no puedo encontrarlo? ¿Le confieso que llevo obsesionada con su mejor amigo desde que éramos unos críos? ¿Admito, en voz alta, que lo amo?

Todas son respuestas válidas, pero ninguna es lo bastante buena como para externalizarla. Me parecen insignificantes, porque no creo que se pueda explicar la forma en la que mi alma anhela a la de Thatcher.

—Solo por curiosidad.

Levanto mi caballo y lo muevo hacia delante para esquivar el jaque de Silas bloqueando a su reina. Me conformo con seguir jugando y quedarnos en silencio, como siempre.

—Lyra —me llama Silas, lo que me obliga a levantar la vista del tablero—, ¿por qué te estás haciendo daño de esta manera?

No necesito que añada nada más: sé lo que quiere saber. ¿Por qué estoy a merced de un hombre que ha demostrado, en incontables ocasiones, que es incapaz de sentir nada?

Es lo que se pregunta todo el mundo, lo que se murmuran los unos a los otros, aunque nunca lo expresan en voz alta porque, cuando lo hacen, no suelo darles una respuesta. Pero estoy cansada de que la gente mida lo que siento por Thatcher según sus propias expectativas del amor.

—No espero recibir nada a cambio por amarlo —replico, lanzándole una mirada firme—. Mi amor por Thatcher no es egoísta, es sincero. No necesita ser correspondido ni celebrado y puede existir por sí solo, sin el reconocimiento de nadie.

Soy un fantasma que se aparece ante un solo hombre, pero no necesito que me haga sentir humana: basta con que me vea, con que me permita habitar los desvanes vacíos de su mente y los pasillos desolados de su corazón.

Amarlo sin esperar nada a cambio es suficiente. Es mi obsesión la que reclama su atención y exige ser saciada, no yo.

—Creía que tú entenderías mejor que nadie lo que se siente —concluyo, porque, ya puestos a airear trapos sucios, no pienso ser la única que se quede con el culo al aire.

Si mi declaración lo pilla desprevenido, no da ninguna señal de ello. Se limita a observarme con la expresión vacía mientras

permanecemos sentados en silencio. Somos dos personas atrapadas en una red de dolor tejida por la araña más letal del mundo: el amor.

Puede que no fuéramos amigos cuando estaba con Rosemary, o que no lo conozca bien ni haya visto de cerca cómo le afectó su muerte, no del modo en el que lo vivió Rook, pero, de cualquier forma, siento que nos entendemos más de lo que parece. De ambos nace un río que desemboca en el mismo pozo de confusión. Quizá siempre ha estado ahí, desde el primer día que vine aquí a visitarlo.

Una parte de mí sabía que, a diferencia del resto del mundo, él sí lo entendería, sin necesidad de explicaciones. Silas incomoda a los demás porque se niega a ocultar el dolor en sus ojos, la tristeza que habita en ellos, y creo que él percibió que yo no le tenía miedo, por eso me ofreció su amistad.

Se inclina hacia delante, coge su alfil y se lleva una de mis piezas para añadirla a la creciente pila de figuras negras junto al tablero.

—Vaya dos patas para un banco —susurra—. Nos empeñamos en amar a personas que nunca nos corresponderán.

Dejo escapar una risa amarga en un suspiro y sacudo la cabeza.

—Rosemary te quería, no lo olvides.

—Ya no —dice, tensando la mandíbula ante dicha confesión.

Frunzo el ceño y, sin pensarlo, alargo la mano hasta apoyarla sobre la suya al otro lado del tablero.

—Ese amor todavía existe, Silas —repongo con urgencia—. No desaparece sin más, tiene que ir a alguna parte. Sigue siendo real.

Me estudia la mano y guarda silencio unos segundos antes de volver a alzar la vista.

—Pues no soy capaz de sentirlo.

No tengo respuesta. Nada de lo que diga contribuirá a aligerar la carga del dolor que lleva dentro, por lo que me limito a darle un suave apretón con la esperanza de que ese gesto le transmita todo lo que yo no puedo.

Permanecemos así un rato más y luego me separo de él mientras contemplo el tablero de ajedrez, sin la menor idea de cómo avanzar y no perder de inmediato.

—Lyra.

—Ya, ya, ya lo sé. —Le hago un gesto para indicarle que no me

meta prisa—. Estoy intentando pensar si debería atacar o defender…

—Rook tiene mi móvil.

Levanto la mirada hacia la suya y enarco una ceja.

—Cuando lo recuperes, te vas a encontrar con un montón de fotopollas. Lo sabes, ¿no?

Me responde con un resoplido que se asemeja a una risa, pero, cuando abre la boca de nuevo, dice algo que no me esperaba. Es como una mano amiga, igual que la que yo le tendí, y que me lleva a desear que ojalá pudiera ayudarlo de la misma forma.

—Tengo localizadores en los coches de todos los chicos. —Hace una pausa en la que suspira—. Si consigues hacerte con mi móvil, podrás ver dónde está cada uno.

23
Donde todo empezó

LYRA

La casa de mi madre es un sepulcro, un cadáver precioso y putrefacto. Es una sombra de lo que en su día fue una impresionante mansión inspirada en el estilo victoriano y de la que actualmente solo quedan ruinas engullidas por la hiedra y la maleza.

Los restos de mi infancia persisten a su alrededor y, si me concentro lo suficiente, aún puedo evocar algunos recuerdos. Me veo capturando mariquitas en el jardín, rompiéndome el brazo al trepar por el árbol del patio delantero y tratando de convencer a mi madre de que me dejara dormir en el porche de la entrada los días de lluvia.

Pero, a medida que avanzo por los pasillos desiertos, con la madera crujiendo bajo mis pasos, no puedo evitar sentirme una extraña, como si todos los momentos buenos y alegres vividos en su interior se hubieran desvanecido cuando Henry Pierson mató a Phoebe Abbott.

Ha permanecido vacía desde entonces, y con razón. ¿Quién querría vivir en un sitio donde se cometió un asesinato? Solo son cuatro paredes que albergaron la historia de un titular macabro y un techo que dio cobijo al dolor y a la desesperación. Ya no es un hogar ni un oasis de recuerdos felices.

Me he pasado un buen rato mirando el móvil de Silas pensando que la ubicación tenía que estar mal, porque no podía ser que Thatcher estuviera donde me indicaba. Sin embargo, al acercarme con cautela a mi antigua casa, he visto su coche aparcado en la entrada.

No es un producto de mi imaginación: está aquí. No sé por cuánto

tiempo, pero, ahora mismo, está aquí dentro, en el lugar donde comenzó nuestra historia; cuando él no era más que un Jack Frost al que nunca había visto y yo, una niña solitaria.

Los hilos de nuestro destino están enraizados en estos muros. Palpitan y respiran; no hay otra explicación a por qué mis pasos me llevan hasta la habitación de mi madre.

Cuando reúno el valor suficiente para abrir la puerta, me lo encuentro ahí, apoyado contra la pared, contemplando el modesto jardín trasero a través de las ventanas del balcón.

El traje azul oscuro que lleva está impecable, no tiene ni una sola arruga. Su pulcritud contrasta con el resto del dormitorio como si fuera una deslumbrante escultura de hielo, una que ha sido erigida en medio de la inmundicia para arrastrar consigo la historia de este sitio.

Por un segundo, desearía implorarle de rodillas a un dios en el que ni siquiera creo que no le permita poseer una belleza tan… cautivadora. Tal vez así me sería más fácil alejarme de él y verlo como lo que es para todo el mundo: un monstruo calculador, pernicioso e insensible.

Si ese anhelo que siente hacia la muerte se reflejara también en su exterior, ¿cambiaría algo? Me digo que sí, pero sé que no es cierto.

Al margen de cómo lo perciba el ojo humano, yo siempre sería capaz de ver su alma. Vería el frío que lo envuelve como la primera nevada del año en Hawái, como algo extraordinario y de una belleza singular.

—¿Qué haces aquí, Lyra?

No me molesto en preguntar cómo ha sabido que soy yo, sino que me limito a adentrarme más en una habitación que no había vuelto a pisar desde que el cuerpo de mi madre yació en ella. Y ahora está vacía, sin ningún mueble a la vista, y con la pintura de la pared desconchada.

Una ráfaga de viento frío se cuela por la ventana y me obliga a tirar de las mangas del cárdigan negro de Thatcher hasta cubrirme las manos. Me abrazo a mí misma para infundirme confianza mientras contemplo su espalda.

—Te esfumaste después de que me enterase de que estabas

recibiendo amenazas de muerte —respondo, aunque creía que era evidente—. Desapareciste como si nada, sin decirme ni una puta palabra.

Se queda en silencio y continúa mirando por la ventana, inmóvil como una estatua. Me muerdo el interior de la mejilla y me aprieto el brazo en busca de consuelo.

—Además… —trago saliva—, eres la única persona con la que no me siento sola.

No debería dolerme que no me conteste. Sé de sobra que expresar emociones o mostrarse vulnerable nunca ha sido precisamente su fuerte. No es su culpa que me haya enamorado de alguien tan frío…, ¿o sí?

—¿Qué haces tú aquí? —añado, devolviéndole la pregunta.

Es él quien está en mi antigua casa, de pie en esta habitación, como si formara parte de su día a día; como si este no fuera el sitio en el que mi madre y su padre se despidieron por última vez.

La pregunta provoca que reaccione. Se aparta despacio de la ventana y gira el cuerpo para encararme, aunque sigue teniendo la espalda apoyada contra la pared y las manos metidas en los bolsillos.

Parece el mismo Thatcher de siempre, con todos sus rasgos habituales, pero percibo un leve tono violáceo bajo sus ojos, fruto del estrés o la falta de sueño, o tal vez ambas cosas.

—Pensé que este sería el único lugar al que no vendrías.

No puedo evitar fruncir el ceño y que se me escape una risita incrédula antes de negar con la cabeza. Doy unos cuantos pasos hacia delante y me detengo en el centro de la habitación.

—No lo entiendes, ¿verdad? —digo con un deje de frustración en la voz—. No hay ningún lugar capaz de separarme de ti.

Después de todos estos años, se niega a ver que haría cualquier cosa y estaría dispuesta a ir a cualquier parte por él. Me parece inconcebible no hacerlo, porque el hilo que nos une se niega a soltarme y mi corazón se rebelaría contra mí si osara alejarme.

Thatcher no es solo el hombre al que amo. Es mi obsesión, una que ocupa cada rincón de mi mente sin descanso; una enfermedad, una droga que me niego a soltar y de la que no busco rehabilitarme.

No quiero vivir una vida en la que él no exista. Habitar en un mundo sin su presencia me parece un destino más cruel que la propia muerte.

—¿Y sabes en qué te convierte eso? —repone, inclinando la cabeza a un lado mientras me observa con frialdad—. No en una romántica empedernida, ni siquiera en un ser patético. Te convierte en una persona peligrosa, imprudente. ¿Estarías dispuesta a seguirme incluso a la tumba, mascotita? Porque ahí es donde acabarás si continúas por el mismo camino que hasta ahora.

Se me forma un nudo en el pecho.

—¿Me estás diciendo que crees que la Aureola cumplirá sus amenazas?

—Lo que te estoy diciendo es que, cuanto más te acerques a mí, más probabilidades tendrás de acabar a dos metros bajo tierra antes de tiempo.

Sacudo la cabeza.

—Me da igual. No…

—Eres una ingenua, Lyra Abbott —me interrumpe, apartándose de la pared para enderezar la espalda—. Una chica ingenua y enferma a la que de niña se le metió en la cabeza que yo era un ángel.

Abro la boca para intervenir, pero él sigue hablando, y cada palabra es más hiriente que la anterior. Su lengua afilada se me clava en la piel sensible, me desgarra la carne y me hace sangrar al recordarme todas las razones por las que jamás podré tenerlo de la forma en la que deseo.

—Para mí no eres más que un inoportuno contratiempo de mi infancia. Eres un objetivo al que debería haber matado, tal y como me ordenó mi padre; un error al que nunca debería haberme acercado. —Se pasa la mano por la mandíbula—. Es hora de despertar y volver a la vida real. No eres mi fantasma, y yo ya me he hartado de ser tu obsesión.

Todos los puntos de mi cuerpo en los que alguna vez he sentido su tacto palpitan de dolor ante su discurso. Las lágrimas me aterrizan en los labios y puedo saborear la desesperación y el sufrimiento que las impregnan.

—Acepto que seas frío —suspiro, lo que provoca que mi aliento

forme una nube de vaho ante mí—, que las capas de hielo que te envuelven sean tan densas que a veces duela físicamente estar a tu lado.

Doy un paso hacia él, luego otro y uno más.

—Acepto que no sientas nada, que alguien te arrancara hace tiempo toda la ternura que poseías y que ahora no seas más que espinas.

Me atraganto con mis propias palabras y un sollozo comienza a formarse entre ellas, pero sigo avanzando con las piernas temblorosas hasta plantarme justo delante de él. Su cuerpo se encuentra a apenas un centímetro del mío y tengo que alzar la cabeza para enfrentarme a sus ojos.

—Incluso acepto que seas cruel hasta la médula, Thatcher Pierson. No hay nada tuyo que no esté dispuesta a aceptar. Responderé a tu frialdad con mi calor y me acercaré todo lo que pueda aunque tus espinas se me claven, porque nací con el único fin de sangrar para ti.

Tengo los puños a los lados y los nudillos blancos de tanto apretarlos. Su mirada azul es como un lago helado y brillante en el que solo veo reflejadas mis emociones.

Sin embargo, sus ojos, que siempre se muestran vacíos, serios e intensos, se suavizan un poco. Lo noto porque me conozco su rostro de memoria y porque, a pesar de que él no se da cuenta de ello, a mí nunca me mira como al resto.

—Pero me niego a aceptar algo que sé que no es verdad —prosigo con voz ronca, sacudiendo la cabeza—. No puedes obligarme. No tienes ni idea de en lo que me convertiré sin ti.

—Si lo que te preocupa es no saber cómo controlar tus impulsos, lo harás…

—¡No! —grito, y, para mi sorpresa, ni siquiera parpadea. Se limita a cerrar la boca mientras le hundo el dedo índice en el pecho—. Si te pasara algo, no lloraría sobre tu tumba ni le suplicaría a nadie que te trajera de vuelta.

¿Cómo le explicas a alguien que no sabe nada del amor que es la razón de tu existencia, que habrías muerto hace mucho tiempo sin su compañía y que el único motivo que te impulsa a seguir con vida

es que él te vea?

—No buscaría venganza. —La voz, al final, se me quiebra—. Desataría una guerra infinita.

No voy a renunciar a él ni a permitir que me aleje, no cuando puedo protegerlo. La Aureola no me lo arrebatará. Nadie va a apartarlo de mi lado, nunca.

—Tu muerte no solo me destrozaría a mí, Thatcher. Sería la causa de la masacre del pueblo entero —le aseguro antes de apretar los dientes, pensando que el dolor que me causaría perderlo los pondría a todos en peligro—. No intentes deshacerte de mí solo para dejar que te maten y culparme del monstruo que nacería de mi duelo.

THATCHER

Llevo toda la vida sintiéndome orgulloso de mi honestidad; a fin de cuentas, es lo único que me distingue de mi padre. Él le ocultaba su verdadera esencia al resto del mundo y fingía ser un hombre cuando, en realidad, era un monstruo.

Pero me prometí a mí mismo que yo sería diferente, mejor, así que me negué a mentir aunque doliese, aunque la verdad escociera y supiese amarga. Permití que el mundo me temiera, que me viese tal y como era. De esa forma, nadie podría decir jamás que le había sorprendido mi comportamiento.

No quiero ser el asesino en serie cuyos vecinos salen en las noticias diciendo que ignoraban por completo que lo fuese, que nunca se habrían imaginado que pudiera desmembrar cuerpos humanos y disolverlos en ácido. Y lo he conseguido: a día de hoy, son plenamente conscientes de quién soy y de la clase de criatura que vive entre ellos.

—¿Crees que me preocupa en lo que puedas convertirte?

Las lágrimas le resbalan por las mejillas a borbotones, sin ningún tipo de control, por lo que puedo ver todo lo que siente, como si se hubiera abierto en canal y estuviera exponiendo ante el mundo ese estúpido y frágil corazón que alberga en el pecho.

—Yo no…

—Has debido de confundirme con otra persona, con alguien a

quien no le importa todo una mierda. Así que, con tu permiso, voy a dejártelo bien claro, porque no quiero que haya ningún malentendido a partir de ahora.

Levanto un nudillo y se lo acerco al rostro para secarle las lágrimas. Un gesto tierno que contrasta con la crudeza de mis palabras.

—No me importas, Lyra Abbott.

«Mentira, mentira, mentira. Es una sucia y asquerosa mentira».

Hay algo dentro de mí, una verdad que me he esforzado por ocultar y que negaré hasta mi último aliento: que ella siempre ha sido la única mujer, la única persona, que me ha importado de verdad.

La niña a la que no fui capaz de matar. La pequeña que me llevó a empujar por las escaleras a Scottie Camball, a modo de venganza, porque le había volcado una bandeja entera de comida en la cabeza en quinto de primaria. La mujer a la que le permito observarme y perseguirme porque disfruto cuando me recorre el cuerpo con los ojos.

Mi único punto débil, la primera persona que logró hacerme sangrar, y la he odiado por ello todos y cada uno de los días de mi vida. Detesto esa capacidad suya para transformar cualquier deseo mórbido en algo bello y apasionante.

—Pero tú…

—¿Pensabas que podías cambiarme? —pregunto, presionándole una lágrima contra la mejilla. Luego cojo uno de sus rizos y tiro de él con suavidad—. ¿Pensabas que podías meterte en mi mente, corromperme y transformarme en un hombre capaz de amar? No esperaba que fueras tan lamentable, mi querido fantasma.

Disfruto extinguiendo la luz en la mirada de la gente, eliminando cualquier rastro de vida de sus pupilas hasta que se empañan y se vuelven vidriosas. Me encanta esa parte y, sin embargo, esto no se asemeja en nada a esos momentos gloriosos de la matanza.

El brillo de sus iris color jade parpadea y se apaga, como si fuera una luciérnaga a la que acabase de aplastar bajo la suela del zapato. La emoción constante que nada en las profundidades cada vez que me mira de esa forma, tan abrumadora que puedo sentirla al otro

lado del patio, aun cuando trata de pasar desapercibida entre la multitud, ha desaparecido. Ya no queda más que un inmenso vacío, pero necesito que se desvanezca por completo.

Me inclino hacia ella y le aparto un mechón de la cara con el pulgar. En mi mente se queda grabada a fuego la expresión de su rostro pálido.

—No somos más que una maldición que se transmite de generación en generación. La novena sinfonía, condenada a terminar antes siquiera de empezar —murmuro—. Tu madre se enamoró de un asesino, y mira cómo acabó. Mira lo que le hizo mi padre e imagínate lo que puedo hacerte yo.

Phoebe Abbott se enamoró de Henry y se vio atrapada en un callejón sin salida. El hombre de sus sueños se convirtió en su peor pesadilla. Y nosotros hemos repetido la historia, pese a ser conscientes de ella.

Alza la mirada hacia mí y acto seguido desliza la mano izquierda dentro del bolsillo de mi chaqueta. La calidez de sus dedos traspasa la tela antes de sacar la navaja que llevo siempre encima.

—Ese es nuestro destino, ¿verdad, Thatcher? Yo me enamoro de ti y tú me matas. Igual que ocurrió con nuestros padres, ¿no?

Hago un breve asentimiento y le aparto las manos del pelo mientras contemplo cómo brilla el mango cuando lo coloca sobre la palma para ofrecérmelo.

—En ese caso, mátame.

Las palabras de Lyra rasgan el aire entre nosotros. Me observa desde abajo con una máscara de impasibilidad, inmóvil y sin miedo. O está lista para morir o cree que no voy a hacerle daño.

—Cállate —le ordeno, sabiendo lo que intenta.

—Si tú eres como tu padre y yo soy como mi madre, no debería costarte. Mátame —insiste.

Abre la navaja y la empuja en mi dirección, desesperada por que se la arrebate de las manos.

Noto cómo se me tensa hasta el último músculo del cuerpo y algo dentro de mí comienza a hervir. Una rabia que no había experimentado nunca sacude cada célula de mi ser y, cuanto más tiempo permanece ahí de pie, apremiándome a coger el arma, más

intensa se vuelve.

Me acerco más a ella.

—No pienso repetírtelo.

—¡Hazlo! —grita—. Si tan sencillo te resulta, si lo que dices es cierto, entonces hazlo. Adelante, acaba con esto.

La mano me tiembla de furia cuando le quito la navaja de un tirón y la sujeto del cuello para atraer su cuerpo hacia el mío. Con pasos firmes, la obligo a retroceder hasta que terminamos en el otro extremo de la habitación, sumidos en la oscuridad del armario, y su espalda choca con la pared.

Al presionarle la hoja por el lado plano contra esa garganta tan delicada, siento la calidez del metal en la mano. Como no la he soltado, utilizo mi agarre para inclinarla hacia la navaja.

—Mátame, Thatcher. Demuéstrame exactamente quién eres.

La respiración le sale entrecortada, pero mantiene la cabeza erguida, dándome acceso y casi suplicando que le hunda el filo en la carne, que la deje tendida en el suelo con nada más que un collar de rubíes líquidos fluyendo en cascada hacia el exterior, hasta que no quede ni una sola gota dentro de su cuerpo.

Aprieto los dientes, ansioso por ponerle fin a todo esto, porque la mano no me responde. Mi mente se niega a obedecerme.

—¡Que te calles!

Sacudo la cabeza e intento tragar saliva, pero la garganta se me ha cerrado por completo.

—¡Hazlo! ¡Mátame!

Su voz me retumba en los oídos, clara y nítida, exigiéndome que haga justo aquello en lo que llevo pensando años. Y yo, tal y como ocurrió la primera vez que se me asignó esta misma tarea, no soy capaz.

—¡No puedo! —Le tiro del pelo y la fuerzo a mirarme a los ojos—. Dios, me muero por despedazarte, mascotita. No hay nada que desee más que borrar hasta el último rastro de tu existencia para no tener que volver a sentir nunca más este horrible cosquilleo en el estómago cada vez que te veo. Quiero acabar contigo y con tu recuerdo, pero ¡no puedo, joder!

El pecho me sube y baja de manera agitada y expulso cada

bocanada de aire que respiro como si acabase de correr varios kilómetros. La cruda realidad flota entre nosotros, dejando patente la debilidad que siento por ella.

Soy incapaz de hacer lo único para lo que me criaron, y todo por su culpa.

Mis ojos se cruzan con los suyos y contemplo cómo el hambre arde con voracidad en ellos, aunque también percibo un tenue destello de triunfo.

—Te he estudiado toda mi vida. Soy la única que te conoce de verdad —murmura—, por lo que puedes dejar de mentir. Este es nuestro verdadero destino.

Esas son las últimas palabras que pronuncia antes de agarrarme de la nuca con una mano y de la parte delantera de la chaqueta con la otra para atraer mis labios hacia los suyos.

Y yo se lo permito, porque hay una parte de mí que sabe que tiene razón, que siempre la ha tenido; incluso cuando me privaba a mí mismo de ella y me negaba a reconocer su existencia por miedo a este preciso instante, a esta intimidad pura y adictiva que solo florece en su presencia.

Era evidente que lograría penetrar mis muros de piedra y echar raíces tras ellos, al igual que una rosa invernal logra brotar pese al frío cortante y al hielo despiadado.

Ningún ser vivo se resiste a mi tacto. Me enseñaron a destruir cualquier ápice de vida desde una edad muy temprana, pero ella, mi dama de la muerte y la miseria, conquista todos esos lugares que otros temen. Lyra prospera y persiste.

Chocamos los dientes y enredamos las lenguas, que lideran la batalla en la que nos enzarzamos. Gime contra mí, me obliga a tragarme su placer, a la vez que vertimos el uno en la garganta del otro toda la malicia y las palabras que no diremos en voz alta.

Cuando le deslizo la navaja desde el cuello hasta la parte delantera del cuerpo, me clava los dientes en el labio inferior y me muerde con la suficiente fuerza como para que perciba un sabor familiar y metálico en la lengua. Un gemido me retumba en el pecho al notar cómo me succiona la carne y cómo arrastra mi sangre hacia su boca hasta pintar su interior conmigo.

Somos una maraña de extremidades entrelazadas y de caricias que dejan marcas.

Desgarra la tela de mi chaqueta al arrancármela de los hombros, ansiosa por tocarme y sentirme bajo su piel. No le basta con quedarse en la superficie: quiere atravesar la coraza que me separa del mundo exterior, meterse en mi cabeza y calarme hasta los huesos. Nada de lo que le ofrezca será nunca suficiente.

El tiempo parece detenerse cuando le enredo las manos en el pelo y tiro de sus rizos indomables. La calidez de su boca arde contra la mía y su sabor a cerezas me inunda los sentidos.

Le rasgo con los dedos las costuras de la ropa y me acerco aún más a ella. Le suelto un gruñido en la boca al sentir cómo presiona contra mi pecho sus pezones expuestos y el deseo invade cada fibra de mi ser. Mi autocontrol no es más que un pensamiento pasajero, porque lo único en lo que puedo concentrarme en este momento es en tocarla.

Llevo toda mi vida queriendo estar limpio, sin una sola mácula, y, sin embargo, lo que más anhelo ahora mismo es que me ensucie, que me muestre su alma por dentro para hacerla pedazos si me apetece. Quiero conocer cada rincón que pueda ofrecerme, hundir mis manos en su interior y empaparme de todo lo que es Lyra Abbott.

Es una intimidad macabra, quizá la única clase de intimidad que soy capaz de tolerar, casi enfermiza por naturaleza. Pienso en lo mucho que deseo estar dentro de ella, encajarle la polla entre los muslos mientras mi sangre le llena la garganta y nuestros cuerpos tratan de fundirse en uno solo.

Le manoseo los pechos, le retuerzo los pezones con los dedos, y le arranco un grito que provoca que arquee la espalda. Con la lengua, exploro todos los lugares de su cuello que hacen que se tense.

La hoja que sostengo en la mano izquierda se estremece, como si también quisiera tocarla. Con un movimiento perezoso, le arrastro la punta por el torso desnudo, observando cómo se le eriza la piel, hasta alcanzar la cima de sus muslos.

Se agarra el borde de la falda, se la sube hasta la cintura y me muestra las bragas lavanda que lleva debajo. La polla me aprieta

contra los pantalones y me palpita al imaginarme unos hilos rojos corriendo por la piel pálida de sus piernas.

Giro la mano, le presiono la hoja contra la carne y se la deslizo lentamente para que sienta cómo el metal se abre paso entre sus tejidos. Ella responde aferrándose a mis hombros y hundiéndome las uñas hasta llegar al músculo.

Arquea las cejas y se le dibuja una expresión de angustia y gran belleza en las líneas del rostro. Intento concederle una tregua, pero se apresura a sujetarme la mano justo cuando voy a apartarla, sacudiendo la cabeza con desesperación.

—Espera —jadea—. Puedo soportarlo. No pares.

Los labios se me curvan en una sonrisa. Me inclino hacia delante y le beso el cuello, donde noto su pulso acelerado bajo mis labios y la calidez del líquido que me impregna el lateral de la mano.

Está dispuesta a recibir cada corte de manera obediente.

—Me encanta verte sangrar para mí, mascotita.

Y lo digo en serio, tanto que ni siquiera cuestiono el modo en el que me flaquean las piernas y me postro ante ella para apreciar cómo se hunde la hoja en la suavidad de su cuerpo.

Le agarro la parte de atrás de la rodilla con la mano que tengo libre y le alzo la pierna para separarle aún más los muslos. Le entierro los dedos en la carne con la esperanza de que mis huellas se le queden impresas durante mucho tiempo después de que yo haya abandonado este mundo.

—¿Te das cuenta de lo que despierta en mí tu sangre, querida? ¿Sabes lo que me impulsa a hacer?

Me centro en el siguiente corte, justo debajo de la primera herida horizontal, hasta que la sangre brota de la incisión. Por primera vez, no me contengo y poso mi boca sobre su piel enrojecida.

—Thatcher… —gime al sentir mi tacto.

Se le escapan unos cuantos gimoteos, sollozos y suspiros mientras le lamo la sangre que le recorre la pierna y dejo que su sabor ácido me baje por la garganta a medida que me empacho de ella.

Ahora sé que no importa a dónde vaya ni lo que me ocurra: siempre la llevaré dentro de mí. La encontraré en aquellos lugares en los que ningún otro ser humano ha osado adentrarse, entre los

huecos de mis costillas, y fluyendo por las venas que me rodean el corazón.

Cuando me baja las manos por el pecho y me empuja hacia el suelo, el aroma que desprende me convierte en una criatura dócil que no es capaz de oponer ningún tipo de resistencia. Al menos, esa es la única explicación lógica que considero plausible al verla trepar por mi cintura.

El tintineo metálico de la navaja al impactar contra la madera me retumba en los oídos. Apoyo las palmas para mantenerme erguido al tiempo que ella se acomoda en mi regazo. Una vez se asienta, me recorre el cuello con la boca y me mordisquea la piel.

Se mueve de forma salvaje y frenética, rozándome con su piel suave y cálida, impaciente por sentirme. Los ojos se me empañan de deseo al contemplar cómo le rebotan los largos rizos justo por encima de sus pálidos pechos.

Unos dedos ágiles y feroces me tiran del cinturón y lo aflojan antes de desabrocharme el botón y bajarme la cremallera de los pantalones. El pene se me endurece y me palpita a la par que el pecho me sube y baja a un ritmo acelerado.

Nadie ha estado nunca tan cerca de mí ni ha llegado tan lejos. Jamás he experimentado nada parecido ni deseado sentir a alguien de esta manera. Pero Lyra me ha convertido en un animal salvaje, dominado por los instintos más básicos, impulsado únicamente por la idea de notar sus delicados dedos alrededor de mi polla y ver cómo mi semen le gotea del coño.

El sexo para mí siempre ha sido ese concepto impreciso por el que todo el mundo pierde la cabeza como conejos en celo. Es toda una novedad que me atraiga el hecho de tener a alguien tan unido a mi cuerpo.

Dejo escapar un gemido cuando percibo la calidez de sus dedos rodeándome la base del pene y moviéndose de arriba abajo. Una descarga eléctrica me atraviesa la espalda y me nubla la mente.

Me he prohibido el contacto físico toda mi vida, tanto por mis propias acciones como por el modo en el que mi padre decidió criarme. Llevaba tanto tiempo sin sentirlo que no he sido consciente de lo mucho que lo ansiaba hasta que Lyra ha empezado a tocarme.

Me despojaron de ese vínculo que se crea a través del afecto; ni siquiera estoy seguro de si me sostuvieron en brazos cuando era niño. Me han negado la oxitocina desde que tengo uso de razón, pero ahora me he convertido en un hombre hambriento y a mi cuerpo le ha bastado con probar un poco para recordar todo lo que le ha sido privado.

Algo húmedo me recorre la punta del miembro. Al bajar la mirada, veo la mano de Lyra, salpicada del mismo líquido rojo que le resbala por los muslos, pintándome con caricias lentas y nerviosas. Me la desliza con una cadencia vertiginosa a lo largo del miembro mientras se sirve de la sensación resbaladiza de la sangre para acelerar el ritmo.

Me muerdo el labio inferior, observando cómo me marca, y le rodeo la cintura con un brazo. Dejo el otro apoyado en el suelo, para mantener el equilibrio, a la vez que levanto las caderas de tal modo que no le queda más remedio que quitar la mano y permitir que le presione la polla contra las bragas.

—Mascotita —murmuro, rozándole los labios con los míos—, déjame verte el coño. Te mueres de ganas por ofrecérmelo, ¿verdad? Enséñame lo mojado que lo tienes, quiero empaparlo de mí.

Una lujuria oscura y perversa se le refleja en los ojos. Parece estar tan entregada a este momento que sé que se inclinaría ante cualquier orden que le diese. Un poder que jamás he experimentado me corre por las venas al ser consciente de que es completamente mía y puedo dominarla como se me antoje.

Lyra se aparta la tela de las bragas a un lado para dejar su coño rosado al descubierto solo para mí. La polla me gotea al apretarme contra él y siento cómo el calor líquido que le brota de entre las piernas me devora.

Aprovecho que estoy sujetándola de la cintura para hacer que las caderas se le balanceen al ritmo de las mías. Mi miembro se desliza entre sus pliegues con facilidad, gracias a la mezcla de la sangre y al resto de fluidos que ha provocado nuestra excitación.

Parece tan diminuta entre mis brazos que me da la impresión de que, si la penetrara, podría partirla en dos. Estoy seguro de que mis

manos podrían llenarle la piel de moratones sin apenas esfuerzo, y aun así se muestra dispuesta a recibir de buena gana todo lo que le brindo.

Un gemido se le escapa de los labios a la par que frota las caderas contra mí con movimientos torpes y desesperados.

—Más, Thatcher. Quiero más. Te quiero a ti entero.

La polla se me estremece ante la idea de enterrarse dentro de ella y no volver a salir, pero mi autocontrol se aferra a la poca cordura que me queda e impide que me deje llevar.

Nunca querrá alejarse de mí después de esto. Estará en peligro mientras sigan teniéndome en el punto de mira, y lo peor de todo es que ni siquiera le importará.

Si continuamos así, será mía, solo para mí. Aunque sea incapaz de amarla, no permitiré que pertenezca a otro hombre ni mujer jamás. La poseeré por completo en cuerpo, mente y alma, y no puedo hacerle eso, ni a ella ni a mí mismo.

Pero, Dios, no hay nada que desee más en este instante.

La sujeto contra mí para recostarla sobre el suelo y colocarme encima. La amplitud de mi cuerpo la obliga a separar los muslos y me sirvo de la mano para guiar mi polla de nuevo hacia la calidez resbaladiza de su coño.

—No seas una zorra avariciosa. —Muevo las caderas, frotando la punta de mi polla contra su clítoris hinchado—. Sé una buena chica y córrete para mí. ¿Te ves capaz de hacerlo, Scarlett?

Solo yo tengo derecho a llamarla por su primer nombre. Soy la única persona en el mundo que lo conoce y la única que puede usarlo a su antojo. Es algo nuestro que no pienso cederle a nadie.

Alza las caderas del suelo para moverse conmigo, persiguiendo ese orgasmo que tanto ansía. Tenso la mandíbula, consciente de que, si me desvío ligeramente hacia abajo, podré sentirla entera, sin ningún tipo de protección.

Aprieto los dedos alrededor de su cintura, con un poco más de intensidad de la necesaria, atormentado ante la escasa fuerza de voluntad que me queda e intentando convencerme, por una vez en la vida, de hacer algo bueno y no arruinarnos a ninguno de los dos.

—Joder —siseo.

Su tacto es tan adictivo que me resulta muy difícil contenerme.

—Thatch, voy a correrme —jadea, y se acerca aún más a mí—. Por favor, por favor, por favor…

Mantengo el mismo ritmo, restregándome una y otra vez contra su clítoris. Pero, cada vez que me aparto, siento que eleva más las caderas, lo cual hace que sea todavía más complicado evitar ese estrecho agujero que tantas ganas tengo de destrozar.

—Lyra, no —le advierto entre dientes, aunque mi cuerpo, despierto y vivo como no ha estado nunca, me suplica que ceda a sus deseos —. No podemos.

Me presiona las manos contra la parte baja de la espalda para empujarme hacia delante. Opongo una resistencia patética, consciente de que no voy a ser capaz de ignorar mis propios instintos e impulsos durante mucho más tiempo.

—Por favor, Thatcher. Estoy a punto —me implora, y el gemido que le brota de la garganta podría hacer que cualquier rey se arrodillase ante ella.

Los testículos se me tensan y noto cómo me aproximo al orgasmo conforme nos movemos el uno contra el otro. Al cometer el error de bajar la vista hacia donde nuestros cuerpos se frotan, un profundo rugido me sacude el pecho.

Esta vez, cuando retiro las caderas para impulsarme hacia delante, Lyra arquea el cuerpo de tal manera que la punta de mi polla le roza el agujero.

Las venas del cuello me palpitan mientras le agarro la cintura con ferocidad.

—Lyra, cariño, no me obligues a…

Pero ya es demasiado tarde.

Lyra deja escapar un grito tortuoso, cargado de placer y angustia, que me indica que ha llegado al orgasmo. Mi miembro entero se adentra en ella justo en el momento en el que se entrega al clímax y siento cómo envuelve cada centímetro de mi longitud en su cálida humedad.

—Joder —gimo de nuevo, hundiéndole la cabeza en el hombro cuando contrae las paredes alrededor de mi pene como resultado de su orgasmo—. No deberías haber hecho eso.

Aspiro su aroma. Huele a cerezas y al aire que impregna la noche. Es fresco y relajante, y me recuerda a todo lo que me encanta de la oscuridad.

Somos una mezcla de blanco y negro, materia gris enlazada por una atracción catastrófica que ninguno de los dos se molesta en negar dentro de este armario. Me metí en su cabeza hace tiempo y, ahora que estoy profundamente enterrado en su cuerpo, ya no va a poder sacarme de su vida.

Ella solita se lo ha buscado.

—Ya me dirás que ha sido un error luego —murmura, agarrándome de la nuca—. Ahora limítate a sentir cómo sangro sobre tu polla, porque mi misión principal en esta vida es sangrar para ti.

Me incorporo un poco para contemplar su rostro desde arriba, nuestros cuerpos unidos de un modo en el que nunca lo habían hecho, ni el uno con el otro ni con nadie más.

Lyra lleva una mano ensangrentada hasta mi rostro y me la desliza por los labios, con los ojos muy abiertos y relucientes de la emoción. En respuesta, le paso la lengua por el pulgar antes de volver a fundirnos en un beso embriagador y teñido de sangre.

Es la peor pesadilla de cualquier final feliz de cuento de hadas, la cruda realidad de nuestro vínculo. Siempre hemos estado marcados por el silencio de la noche y la sangre derramada.

La obsesiva y trastornada fascinación que siente por mí se ha apoderado de todo resquicio de lógica que alberga su mente. Y yo cedo a ella, alimentando su obsesión, porque no hay nada que ansíe más que ver a Lyra desesperada por poseerme, ardiendo en deseos por mí.

Cuando echo las caderas hacia atrás, percibo el pánico en sus ojos al creer que voy a detenerme y a ponerle fin a esto aquí mismo, pero no tardo en disipar sus miedos.

—Ahora es mío, Scarlett. —Vuelvo a hundirme por completo dentro de ella—. Tu coño es mío por derecho. ¿Lo entiendes? Solo yo puedo follarte como me plazca, ¿te queda claro?

Frunce el ceño y de sus labios escapa un siseo de dolor al notar cómo sus paredes se ensanchan para amoldarse a mi polla.

—Dime que entiendes lo que has hecho —gruño, deslizándome en

ella con más fuerza. Le atrapo un pezón con la boca y le doy un mordisco—. Este cuerpo es mío. Estos pezones duros, estos labios…, eres mía. Ya no hay nada que te pertenezca a ti.

Estoy a punto de llegar al orgasmo. La estrechez de sus paredes, mezclada con esta intimidad a la que ambos nos hemos entregado por primera vez, amenaza con hacerme perder el control. Agradezco que se haya corrido antes de que empezara esta parte, porque no sé cuánto más voy a poder contenerme.

—Siempre… —Se queda sin aliento cuando la embisto de nuevo, esta vez algo más brusco—. Siempre he sido tuya.

Mi boca se cierne sobre la suya y absorbo sus jadeos de incomodidad. Los utilizo como combustible para moverme más rápido mientras escucho cómo su coño empapado envuelve hasta el último centímetro de mi miembro.

Le coloco el pulgar sobre el clítoris y trazo círculos lentos alrededor para aliviar el dolor que debe de estar sintiendo.

—Voy a destrozarte. Mira cómo hago sangrar ese coño precioso e inmaculado.

Me echo hacia atrás sobre las rodillas sin dejar de metérsela y sacársela, contemplando cómo le rebotan los pechos con cada sacudida y cómo me impregna la polla con sus fluidos.

Tiene la mitad inferior del cuerpo manchada de rojo, marcada por mis caricias y algunas gotas de color granate. Es la imagen más erótica y abrumadora que he contemplado en la vida. Se le escapan pequeños gimoteos de placer cuando descubre lo perdida que se ha puesto.

Con cada arremetida, sus paredes vuelven a atraerme hacia sí. Le rodeo la cintura con ambas manos y tiro de ella hacia mí hasta obligarla a recibirme por completo. Quiero que se ahogue en mí, en mi semen, en mi sangre.

—Thatch.

Esa es la gota que colma el vaso. Oír mi nombre en su lengua hace que me corra. Siento cómo la polla se me estremece y estalla en ráfagas interminables de semen caliente que le llenan las paredes, pero sigo embistiéndola con las caderas e impulsándome dentro de ella para marcarla con mi corrida. Así, su alma también será

plenamente consciente de a quién le pertenece.

Aún en su interior, deposito un beso casto sobre su ceño sudoroso.

—La muerte tendrá que esperar. Ahora eres mía.

—No podrá llevarnos a ninguno de los dos —murmura satisfecha entre mis brazos.

Lyra me pertenece. Es un deseo enfermizo, lleno de una esperanza macabra y de todo lo que debería haber evitado, pero, en esta vida, me pertenece a mí y a nadie más.

Me posa una mano en la cara y siento la gélida presión del anillo que nunca se quita sobre mi piel ardiente. Da la impresión de ser un gesto de lo más cotidiano.

Creo que odio lo natural que me parece todo a su lado, como la sangre que me fluye por las venas, el aire que me circula por los pulmones y las conexiones neuronales que establece mi cerebro.

Si la Aureola cumple su promesa y viene a buscarme, me lo tomaré como un cumplido. Sin embargo, si averiguan lo que Lyra significa para mí y vienen a por ella, no pienso dejar títere con cabeza.

24
Érase una vez en diciembre

Lyra

La nevada que marca el inicio de la temporada ha llegado tarde en comparación con otros años, pero no podría haber elegido un momento mejor. Así, la primera mañana de diciembre amanece con copos de nieve tan densos que se amontonan en las aceras, cubren las copas de los árboles y transforman Ponderosa Springs en un paisaje invernal de cuento.

—¡Eh! ¿A dónde vas con tanta prisa?

Aminoro el paso y, cuando echo un vistazo por encima del hombro, veo a Conner Godfrey trotando hacia mí a través de la nieve que se ha acumulado en el aparcamiento de la universidad.

La bufanda que lleva puesta ondea al viento conforme avanza en mi dirección, con la punta de la nariz más roja que un tomate. Le dedico una sonrisa tensa.

A pesar de que no hemos encontrado nada que lo incrimine a él como tal, sigue siendo un amigo íntimo del decano y, aunque no creo que sea capaz de traficar con seres humanos, sería raro que no estuviera al tanto de lo que su mejor amigo de la universidad se trae entre manos.

—Tengo… —tartamudeo en busca de las palabras—. Tengo una clase de refuerzo y ya voy tarde.

Refuerzo en el arte del asesinato, pero sigue siendo una clase, al fin y al cabo.

Es la primera lección que damos Thatcher y yo desde lo que ocurrió en mi antigua casa. No me avergüenzo de la esperanza que me late en el pecho, sino que la dejo brillar dentro de mí como una estrella que ha vuelto a nacer.

Aunque soy consciente de lo rápido que Thatcher se aparta de mí, nuestra relación cambió aquella noche. Logré verlo sin su coraza, atravesé una tormenta de metralla hasta llegar a él, ensangrentada y magullada, pero me aceptó de todas formas. Recogió cada fragmento de mi alma dañada y la fundió con la suya.

Las cicatrices de mis muslos me hormiguean al recordar esa necesidad frenética de estar cerca de él que me ardía en el estómago, más cerca de lo que nadie había estado o estará jamás.

—¿Tú? ¿En qué asignatura te hace falta ayuda a ti?

Se ríe de manera amistosa e inocente y yo intento percibir algún cambio en su mirada o en sus gestos, pero sigue siendo el mismo Conner de siempre.

—En unas tareas para ganarme unos créditos extra. Nada importante.

—Llevo un tiempo sin verte por el laboratorio. ¿El frío te ha mermado la creatividad?

No, es lo que pasa cuando tienes que dedicar gran parte de tu tiempo a intentar desmantelar una red de tráfico sexual mientras aprendes a matar a la gente como una auténtica profesional. Es el miedo por lo que pueda ocurrirles a mis amigos lo que me ha quitado la inspiración y mis ganas de salir en busca de insectos, el hecho de vivir en un estado de alarma constante y esperando lo peor.

—La verdad es que me encanta el frío, pero he estado liada con las cosas de la universidad, intentando sacar buenas notas y todos esos rollos que nos preocupan a los estudiantes —murmuro.

Conner esboza una ligera sonrisa.

—Bueno, no te entretengo más. Solo quería decirte que el director de las prácticas está deseando recibir tu solicitud, y también asegurarme de que estés respetando las medidas de seguridad.

Cómo no.

Pese a que no ha aparecido ninguna mujer desmembrada desde hace semanas, el campus sigue en alerta máxima. Se aseguran de que las chicas vayan a clase en grupo y de que no estén solas después del anochecer; incluso las que permanecen en la residencia deben cumplir con un toque de queda obligatorio.

—Voy con cuidado, lo prometo —le aseguro, ajustándome la mochila sobre el hombro—, pero tengo que irme. Ya nos veremos, profesor Godfrey.

Me doy media vuelta para dirigirme hacia mi coche; sin embargo, me agarra con suavidad de la chaqueta e impide que me aleje.

—Oye —susurra, con cierto deje de nerviosismo en la voz—, sé que no es asunto mío, y soy consciente de que es probable que me esté pasando de la raya, pero no sería capaz de perdonarme a mí mismo si no te dijera nada al respecto.

Me giro hacia él con el ceño fruncido, esperando a que continúe.

—Sé que tienes tus motivos para elegir a tus amistades. Solo quiero que pienses con cabeza en tu futuro y que priorices tu seguridad.

—¿Ser amiga de Briar y Sage es peligroso?

—No, pero ser amiga de Thatcher Pierson sí lo es —afirma, mirándome a los ojos—. Se rumorea que tal vez haya tenido algo que ver en los últimos asesinatos. No quiero que te pase nada, Lyra.

El veneno me hierve bajo la piel. Siento cómo mi instinto protector despierta de su letargo a ese impulso que tanto me esfuerzo por reprimir.

La mandíbula se me tensa y le arranco la tela de mi abrigo de las manos. Me importa un pimiento que lo diga por mi bien.

—Tienes razón: no es asunto tuyo —respondo de forma tajante.

Mi ira no va solo dirigida a Conner, sino a todo este pueblo que le colgó el cartel de villano en la frente a Thatcher incluso antes de que alcanzara la adolescencia.

Todos ansiaban un monstruo al que temer y señalar a la hora de difundir rumores crueles, así que le otorgaron ese papel. Ayudaron a Henry Pierson a transformarlo en el hombre insensible que es hoy.

—Lyra, no…

Alzo la mano para callarlo.

—No hace falta. Entiendo tu preocupación, pero mis amigos son cosa mía y de nadie más.

Lo oigo llamarme por mi nombre varias veces antes de que el sonido de mi coche saliendo del aparcamiento ahogue su voz. Ni siquiera la música suave de la radio logra que me olvide de la

conversación que acabamos de mantener.

Agarro el volante con fuerza. Quiero hacer que Ponderosa Springs pague por el modo en el que lo ha tratado. Quiero hacer que su padre pague por convertirlo en una máquina de matar que apenas es capaz de sentir emoción alguna ni de tocar a otras personas.

Aunque el trayecto de la universidad hasta la casa de Thatcher es corto, me paso todo el recorrido imaginándome cómo torturaría a Henry Pierson. Lo desangraría, lo asfixiaría lentamente y quizá incluso me aventuraría a desmembrarlo.

Se merece morir dos veces: una por mi madre y otra por Thatcher. Si pudiera matarlo y volver a traerlo a la vida solo para arrebatársela de nuevo, lo haría sin pensarlo.

La larguísima entrada hacia la casa encantada de Pierson Point está decorada por la naturaleza. Los enebros de un verde intenso, ahora cubiertos de nieve, forman un precioso dosel sobre mí.

El otoño ha pasado a ser un recuerdo ante la imponente presencia del invierno. Siempre me ha parecido mágica la habilidad que tiene el frío para congelar ciertos momentos dentro de una especie de bola de nieve. De niña me dejaba vencer por el impulso de quedarme horas en la calle, solo por sentir el aire fresco acariciándome la piel, para luego calentarme los dedos helados con el fuego de la chimenea.

Cuando llego a la cima del camino principal y veo la fachada de la casa, toda la alegría desaparece de golpe y da paso a una confusión marcada por el pánico.

Solo se necesita un segundo, un único segundo eterno, para convertir la alegría en un miedo desenfrenado. La vida estable, cómoda y anodina que crees llevar puede cambiar en cuestión de menos de un minuto. Todo lo que conoces y todo aquello en lo que crees se puede derrumbar en un mísero instante.

La esperanza de que las luces rojas y azules que parpadean frente a la casa sean decoraciones navideñas colocadas antes de tiempo se desvanece en cuanto distingo los coches de policía que ocupan la parte delantera, rodeando la fuente y el camino adoquinado.

Hay una sola ambulancia junto a la puerta. El pecho se me tensa al verla ahí y percatarme de los coches de Alistair y Rook aparcados

junto al de Thatcher.

De repente, el frío carece de toda belleza. Me quema la piel cuando salgo del coche. El viento implacable me azota todo el cuerpo. Las manos me tiemblan a los lados y la nieve cruje bajo mis botas.

El mundo a mi alrededor parece moverse a cámara lenta. Me siento como si estuviera corriendo cuando sé que, en realidad, solo estoy dando pasitos cortos. Obligo a mis rodillas a no ceder, a mantenerse firmes, a seguir avanzando.

Dos policías pasan junto a mí y reparan en mi presencia unos segundos después de que yo los vea, aunque las miradas cortantes que me lanzan no logran frenarme. Pero entonces se giran y se acercan a mí con las manos extendidas.

—Señorita, no puede estar aquí —me dice uno de ellos—. Es mejor que espere en el coche.

Frunzo el ceño. ¿Por qué tendría que esperar en el coche? ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que está ocurriendo?

Un sinfín de preguntas sin respuesta hace que la cabeza me dé vueltas. La estática de una radio me chisporrotea en los oídos antes de que una voz entrecortada resuene en el aíre frío del invierno.

«La víctima estaba muerta al llegar». Una pausa. «No hay señales de que hayan forzado la entrada».

El suelo se desmorona bajo mis pies. Todo mi mundo se agrieta y se hace pedazos, me arroja a un vacío insondable en el que no hay nada a lo que aferrarme y solo puedo limitarme a girar, sin ninguna esperanza de poder frenar la caída.

Una vez escuché que el dolor de la pérdida se presenta como un testigo que da fe de que el amor es verdadero. Sin embargo, no era así como quería que se demostrara el mío, en el caos de la muerte o en el duelo por un alma. Quería que mi amor respirase y existiera, que pudiera sentirse durante una eternidad; pero aquí, de pie, esa esperanza ha quedado reducida a cenizas que se dispersan con el viento.

La policía me está hablando, aunque no logro escucharlos. Estoy anestesiada, sumida en una soledad aplastante que se ha apoderado de mí por completo. Ni siquiera siento que sea yo misma: es como si

mi alma se hubiera desprendido de mi cuerpo y me observara desde arriba.

Las lágrimas se me deslizan por las mejillas y un dolor profundo me atraviesa el pecho. Se oyen pasos saliendo por la puerta principal y, acto seguido, vislumbro unas botas militares que reconozco.

Alistair Caldwell tiene el pelo alborotado, como si se hubiera pasado las manos por la cabeza demasiadas veces, el rostro pálido y los ojos enrojecidos de ira.

Noto cómo me quiebro por dentro cuando intento coger aire para gritar su nombre y suplicarle que me explique lo que está pasando, que me diga que todo va bien, que Thatcher está bien.

Tiene que estarlo, ¿no? La muerte no sería tan cruel, ¿verdad?

No, no. La muerte es compasiva y bondadosa, tiene las manos heladas y una sonrisa triste. La vida, en cambio, sí sería capaz de mostrar tal crueldad, de destrozarte con dedos implacables y dejar que te recompusieras solo, a la intemperie.

—Me has pisado ya dos veces.

La cara se me encendió de vergüenza mientras le suplicaba a la tierra que me tragase entera. Thatcher me agarró la cintura con un poco más de fuerza, mirándome con los mismos ojos azules e imperturbables de siempre.

En ese momento, pensé que había cometido un error tremendo. No tendría que haber accedido a involucrarme en los planes de los Hollow Boys ni haberme acercado tanto a Thatcher, y a saber qué estaría haciendo Alistair con Briar.

Pero no me desagradaba del todo la situación. Me sentía vista, y no estaba sola porque él estaba conmigo. La última vez que habíamos estado tan cerca el uno del otro había sido la noche en la que murió mi madre, y éramos solo unos críos. Aquello era distinto.

—Te dije que no se me daba bien bailar —respondí abatida antes de quitarme un mechón de la cara con un resoplido.

El vestido que llevaba puesto rozó el suelo cuando me apartó y me sujetó la mano para hacerme girar al compás del piano. La habitación dio vueltas a mi alrededor, con colores cálidos y vibrantes

que se fundían entre sí.

Al atraerme de nuevo hacia su cuerpo, le apoyé las palmas sobre el torso y sentí la tela de su traje. Estábamos demasiado pegados; me había pasado toda la vida siendo su sombra, pero siempre a cierta distancia, nunca así de cerca.

—Esto no es un baile —replicó. Su aliento me rozó la cara y el olor a menta me inundó los sentidos.

El corazón me latía desbocado en el pecho, martilleándome las costillas y moviéndose de un lado a otro, inquieto, emocionado. Pese a llevar tanto tiempo observándolo de lejos, me resultaba increíble la cantidad de detalles que había pasado por alto.

Pude ver cada marca, cada curva, cada rincón de su atractivo rostro… Y me aseguré de grabármelo todo a fuego en la memoria, por si ese instante no volvía a repetirse.

Lo miré con curiosidad.

—Entonces, ¿qué es?

—Una distracción —murmuró, inclinado hacia mi oído—. Deberías procurar no acercarte tanto a mí, Lyra. La muerte y yo tenemos muchas cosas en común, pero la piedad no es una de ellas.

El recuerdo de nuestro primer baile, hace tantos meses, me asalta la mente con vehemencia. Una sensación de vacío se me extiende por el pecho y me sumerge en una inmensa nada.

Rook es el siguiente en salir. La capucha le cubre la cabeza, pero puedo percibir el tono rojizo que le tiñe las mejillas. Se nota que la tristeza lo ha arrasado de un modo que no había previsto.

Me obligo a dar otro paso adelante, ignorando los brazos que tiran de mí hacia atrás. Una fuerza que brota desde lo más profundo de mi ser me empuja a abrirme paso por la nieve. Sigo avanzando y me repito que, si logro llegar hasta la puerta, la próxima persona que salga será Thatcher, con un traje bien planchado, sano y salvo.

Será Thatcher, tiene que ser él. Me niego a aceptar cualquier otra opción que no sea él.

Otro par de zapatos cruza el umbral, pero no son unos mocasines ni unos Oxford encerados, sino unas botas pesadas. Mi Jack Frost

sombrío, cuyo brillo resplandece en los meses de invierno, no es quien atraviesa la puerta.

Son hombres en uniforme trasladando una camilla. La bajan por los escalones y la llevan hacia la ambulancia abierta. Sobre ella yace un cuerpo cubierto con una sábana blanca, manchas de color granate tiñendo la tela y creando un fuerte contraste con la nieve del exterior.

A lo lejos, oigo mis propios sollozos. Creo que incluso estoy gritando. Distingo de manera borrosa a Alistair y a Rook corriendo hacia mí.

Todos me están mirando, todo el mundo puede verme, menos él.

«No puede, no puede, no puede…».

Me llevo las manos a los oídos porque, de repente, el ruido me resulta ensordecedor. Siento que pesa demasiado mientras me desplomo sobre el suelo helado. Quiero retroceder, regresar al armario. Quiero estar en cualquier otro lugar que no sea la realidad de este momento.

Mi corazón obsesivo, ese que late por las cosas que ama, que grita y salta cada vez que él se encuentra cerca, se queja. Sé que ha soltado el último grito, un eterno aullido gutural, antes de romperse.

Se resquebraja y se hace añicos. Explota en fragmentos tan diminutos que solo me queda un enorme vacío en el pecho, donde él habitaba.

Todo se vuelve oscuro, ya no hay luz. Mi mente se disuelve en la nada y mi cuerpo con ella. Rezo en silencio por abrir los ojos y despertarme en el más allá.

Pero llega un nuevo día y no es mejor ni más brillante, sino el comienzo de la noche más larga y sombría que haya existido jamás.

CONTINUARÁ...

AGRADECIMIENTOS

Hostia puta, tío. ¿Qué decir de este libro?

Cuando empecé a escribir los Hollow Boys, supe de inmediato cuál sería la trama de Thatcher y Lyra. Tenía claro que él sería el hijo de un asesino en serie y que ella lo acosaría en las sombras; lo que no me vi venir es que acabaran convirtiéndose en el centro de toda mi vida. El año en el que lo escribí fue muy duro para mí, pero volqué todo lo que sentía en cada palabra de este libro, me abrí en canal y permití que todas las emociones que me abrumaban quedasen plasmadas en cada página, con sangre, sudor y lágrimas. Todo mi mundo orbitaba en torno a estos dos personajes que, hasta la fecha, han sido la pareja más difícil que he escrito nunca, aunque son también la que me ha hecho sentir más orgullo, sin duda. A pesar de haber expresado mi odio hacia este libro en incontables ocasiones a lo largo del proceso creativo, era todo mentira; en realidad, lo adoro con todo mi ser.

Hay tantas personas a las que tengo que darles las gracias por hacer posible que esta historia viese la luz que no sé ni por dónde empezar.

Fletcher, la paciencia que tienes con mis horarios de trabajo es increíble. Es toda una suerte poder ser la Nesta de tu Cassian. Gracias por echarme siempre una mano.

Mis queridas Hermanas de la Fe, no sé qué deciros que no os haya dicho ya. Nuestras vidas se han entrelazado de tal manera que, sinceramente, no puedo pasar ni un solo día sin hablar con vosotras. Os agradezco los consejos, las risas y el apoyo que me brindáis de forma incondicional. Por muchos más años enviándonos mensajes con unas copitas de más y, sobre todo, preservando una amistad tan verdadera como la nuestra. Por cierto, lo intenté con lo de #pantygate, pero me quedé en #shirtgate.

Tril, te quiero. Gracias por no dejar nunca que me rinda.

¡Saffron! ¡Mi Saf, Saf, Saf! Eres uno de mis amigos más preciados y siempre me hace mucha ilusión enviarte mis libros en cuanto los acabo. Gracias por todos los consejos, significan mucho para mí.

A mis increíbles alfas, Kandace y Shaunna, que me habéis mantenido a flote. Gracias por las videollamadas a horas intempestivas y por impedir que se me fuera la cabeza.

A todas las personas que han ayudado a darle forma a este libro, ya sea diseñando la cubierta, maquetando el contenido, editándolo… No sería nadie sin vuestra ayuda.

A mis cuatro fantásticos, ¿de verdad creíais que iba a olvidarme de vosotros? No hay palabras suficientes en el mundo para expresaros mi gratitud. ¿Cómo se les da las gracias a esas personas que siempre te sacan de la oscuridad y te impulsan a seguir adelante? ¿Existe una tarjeta de agradecimiento específica para eso? Ya buscaré una. De momento, gracias, Andy, por hacerme mantener los pies en la tierra y recordarme que nunca vienen mal unas risas. A Hannah, gracias por no haber ridiculizado ni una sola vez mi pasión y por fomentar que me dedique a ella cada día. Y a Jess, gracias por abogar por mí cuando yo no era capaz de hacerlo y por ayudarme a ver que tengo que priorizarme más. Os merecéis todo lo bueno de este mundo. Os adoro.

Y a ti, que me estás leyendo, gracias por tu paciencia, por querer a estos personajes y por animarme a dar lo mejor de mí. Es probable que ahora mismo quieras matarme, lo sé, pero te prometo que este viaje merecerá completamente la pena. Así que, venga, dame la mano y adéntrate aún más conmigo en la oscuridad…

Table of Contents

1. Prólogo
2. 1
3. 2
4. 3
5. 4
6. 5
7. 6
8. 7
9. 8
10. 9
11. 10
12. 11
13. 12
14. 13
15. 14
16. 15
17. 16
18. 17
19. 18
20. 19
21. 20
22. 21
23. 22
24. 23
25. 24
26. Agradecimientos

Landmarks

1. Cover

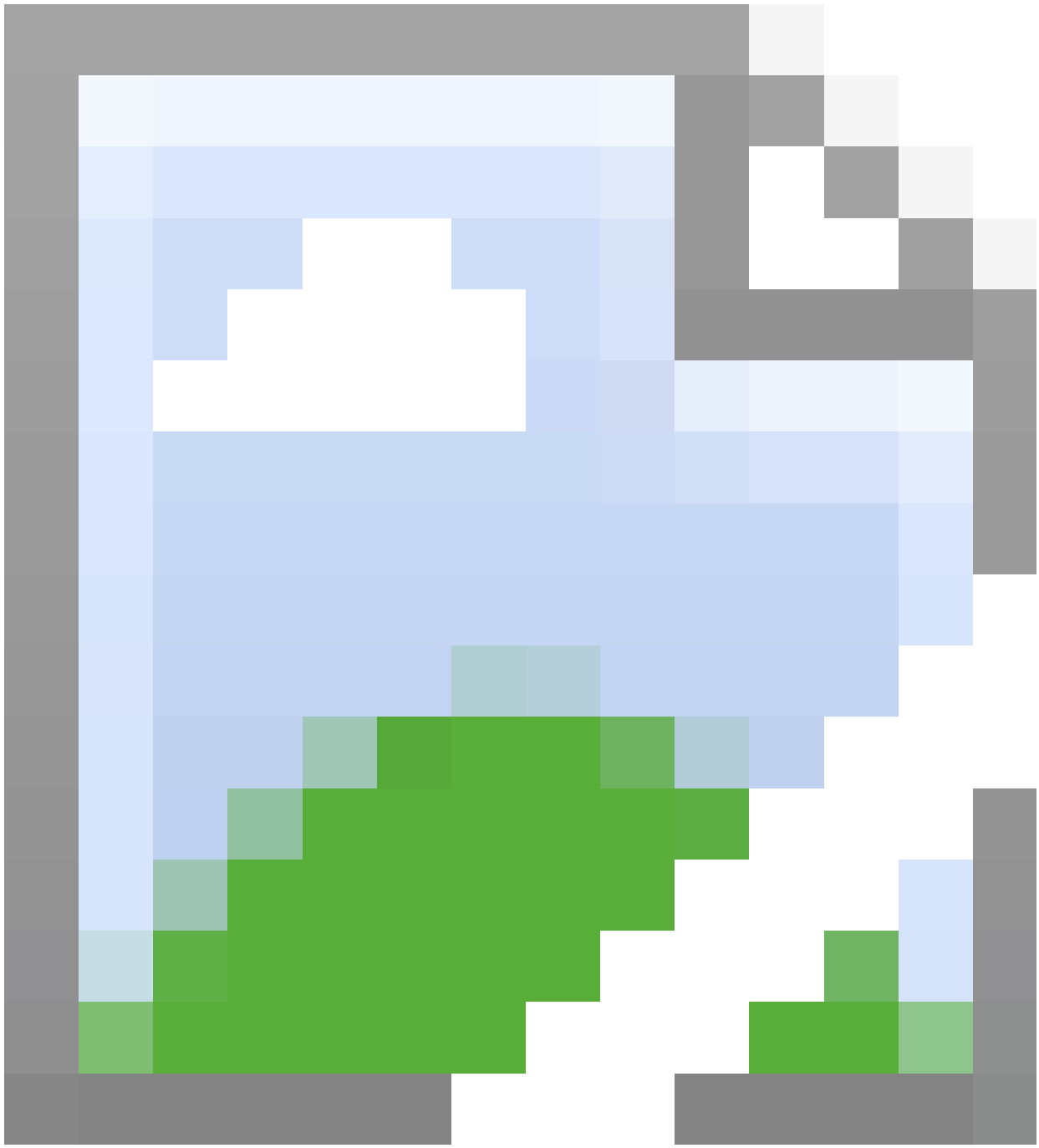

Table of Contents

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
Agradecimientos